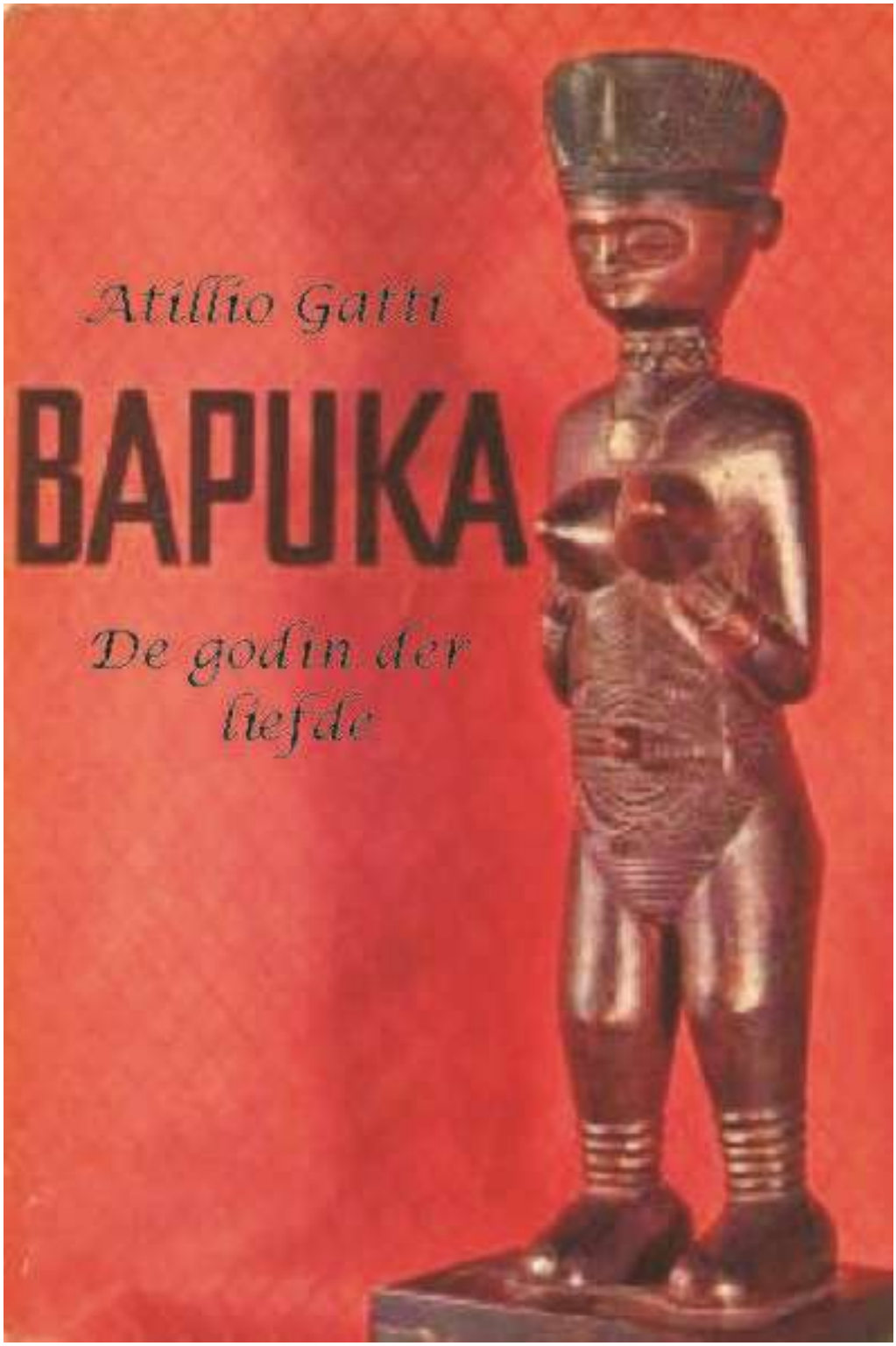
## *Atillio Gatti: Bapuka, la diosa del amor*

***Portada***



***Prólogo del webmaster***

Attilio Gatti (1896-1969) fue un explorador, escritor y documentalista italiano que viajó extensamente por África durante la primera mitad del siglo XX. Fue miembro de la Real Sociedad Italiana de Geografía y Antropología y uno de los últimos grandes exploradores de este continente. Dirigió trece expediciones a África entre 1922 y 1948.



En YouTube se pueden ver algunas de las películas que filmó durante sus viajes. En la década de 1950, cuando la televisión en los hogares aún era una rareza, sus películas sobre las tribus y la rica flora y fauna de este continente seguían despertando gran interés.

La esposa de Gatti, Ellen, lo acompañó desde su octava expedición. La décima expedición (1938-1940) lo llevó a través del Congo Belga, y la undécima (1947-1948) a las montañas Rwenzori, en la frontera con Uganda. Debió de ser un espectáculo impresionante para la mayoría de los lugareños, que nunca habían visto un automóvil, cuando una caravana, compuesta por algunos automóviles, grandes caravanas y camiones, llegó repentinamente a su aldea y poco después acampó en un claro.

El comandante Gatti fue uno de los primeros europeos en avistar al entonces legendario okapi y también al prácticamente desconocido bongo, un antílope marrón con cuernos en forma de lira y rayas blancas, y logró capturar algunos para donarlos a un zoológico. Era conocido entre los africanos como

"Bwana Makubwa", "gran jefe", y conocía muy bien a los pueblos pigmeos, los watussi y las tribus masái del Congo.

En sus viajes, conoció, entre otros, a Twadekili, una clarividente y chamana con dones mágicos, que compartía su choza y su vida con su compañero… una pitón gigante. Así como las energías de las plantas pueden curar algunas enfermedades, lo mismo ocurre —e incluso con mayor fuerza— con las energías animales, siempre que se sepa controlarlas.

Gatti, antes escéptico, presenció repetidamente rituales mágicos que hoy consideramos prácticamente imposibles, y que registró fielmente en papel con la mirada y la pluma de un observador escéptico pero experimentado. Son —aún hoy— testimonios raros y valiosos de culturas perdidas, pero ricas, que habían resistido el paso de los siglos hasta entonces.

Gatti escribió numerosos artículos y libros sobre los pueblos indígenas del sur del ecuador; a menudo conocía su idioma y tenía muy buenos contactos, entre otros, con jefes y hechiceros locales. Filmó la vida africana y la plasmó en varias películas y en más de 53.000 fotografías. Sus testimonios contienen valioso material científico y antropológico de numerosas culturas en sus entornos originales, aún prístinos.

Se trata de culturas que prácticamente desaparecieron tras el contacto con la civilización de Europa Occidental y Norteamérica. Sus prácticas mágicas, métodos curativos y sabiduría ancestrales podrían haberse perdido para siempre. Sin duda, el mundo se ha empobrecido considerablemente como consecuencia de ello, lo cual es especialmente lamentable.

***Gatti, Attilio; Bapuka***

Traducido del inglés americano por Susanne Ullrich. Con 32 ilustraciones basadas en fotografías del autor. Zúrich: Orell Füssli, 1963.

Agradecemos a la editorial Orell Füssli su autorización para publicar el texto y la ilustración del libro.

***Texto de la contraportada:***

La reacción de un europeo pragmático ante los extraños, misteriosos y a menudo inexplicables fenómenos de la vida africana es de escepticismo y una profunda desconfianza hacia todo lo que parezca sobrenatural o mágico.

Se encoge de hombros: debe haber algún truco detrás de esto. No es así Gatti. Ha investigado demasiado y a fondo, y ha experimentado demasiadas

cosas extrañas en el Continente Oscuro, como para pasarlo por alto encogiéndose de hombros. Con gran seriedad y cierta consideración, habla ahora de todas esas misteriosas experiencias de sus treinta años de carrera africana.

Sus descripciones no sólo son apasionantes y coloridas, sino también tan convincentes que tenemos que estar de acuerdo con él: no todo es engaño, y los africanos tienen capacidades sensoriales que a veces superan las nuestras.

Su sentido de orientación, su fuerte intuición y los sorprendentes casos de telepatía que Gatti nos describe aquí causan una profunda impresión. La sutil historia sobre la diosa del amor Bapuka, que sigue al investigador serio a los pantanos asesinos de un área desconocida porque tiene que seguirla (y casi se convierte en su adorador), está contada con el encanto que esperamos de este escritor sensible y de buen corazón.

***Nota del traductor***

El libro data de 1963 y, por lo tanto, debe leerse y contextualizarse dentro del espíritu de la época, que aún conservaba un marcado carácter colonial. Ya no utilizamos algunos términos comunes en aquel entonces. Sin embargo, hemos optado por traducir el texto original con la mayor fidelidad posible. Al fin y al cabo, no nos corresponde alterar el lenguaje de Gatti.

Esto no cambia el hecho de que su libro Bapuka, al igual que sus otras obras, y especialmente su tratamiento de Skaimunga, evidencia una mentalidad abierta y un profundo afecto por la cultura africana negra. Una actitud que, lamentablemente, no se puede atribuir a todos sus contemporáneos.

***Contenido***

*Haz clic en el texto que deseas leer*


1. Bapuka: una diosa llena de misterio ..... 6
2. Gatti salva a Skaimunga de los cocodrilos. ..... 8
3. Skaimunga es salvado de su cruel amo. ..... 15
4. Skaimunga vertelt over de godin Bapuka. ..... 22
5. De camino a los misteriosos pantanos ..... 27
6. Desapariciones misteriosas ..... 32
7. El peligroso viaje a Semusha ..... 36
8. Semusha: entre la fiebre, la desesperación y la supervivencia. ..... 44
9. Un descubrimiento en las profundidades de la tierra ..... 48
10. Llamada de Bapuka. ..... 53
11: Bapuka y la tribu oculta ..... 58
12. La despedida a Skaimunga y la bendición de Bapuka ..... 62
13. La maldición del curandero ..... 68
14. El juicio de Dios: una enfermedad misteriosa ..... 74
15. Atakufa Kesho: La maldición del rinoceronte blanco ..... 78
16. La independencia africana: ¿bendición o maldición? ..... 86
17. Un curioso sentido de la orientación ..... 92
18. El hombre africano: instintos y poderes ocultos ..... 97
19. Más allá de los límites del tiempo y el espacio. ..... 103
20. Telepatía y clarividencia ..... 109
21. Atakufa Kesho: la maldición se supera ..... 125
22. Medicamentos inusuales ..... 132
23. Una sociedad secreta ..... 140
24. Pretoria y los Ndebele ..... 147
25. Rituales antiguos ..... 157
26. Jurisprudencia tradicional africana ..... 163
27. Jurisdicción con piedras de adivinación ..... 171
28. Suazilandia: curanderos y tradiciones ..... 179
29. Los espíritus de los antepasados ..... 184
30. Twadekili, la sacerdotisa de la pitón, lo ve. ..... 191
31. La maldición de los Inzimbiti ..... 199
32. La muerte de Nguo había sido predicha. ..... 204
33. Sabiduría antigua ..... 208
34. ¿Fe o superstición? ..... 216
35. ¿Bapuka? ¡Una fe inquebrantable! ..... 223
36. Bapuka y la sociedad secreta ..... 230
37. El árbol de la vida y de la muerte ..... 237
38. Ellen y Bapuka: su último aliento ..... 245

Epílogo del webmaster..... 247

## *Bapuka, la diosa del amor*

### 1. Bapuka: una diosa llena de misterio

Hace mucho tiempo, Bapuka llegó a mi poder. Quizá sería más correcto decir, en cambio, que fue ella, esta antigua y bárbara diosa del amor, fuente de la vida y manantial de la felicidad, quien se apoderó de mí cuando nos encontramos por primera vez, en un pasado remoto.

Sea como fuere, el hecho es que desde entonces siempre ha constituido un elemento importante de mi vida y la ha enriquecido generosamente con todo ese amor, esa vida y esa felicidad que su nombre prometía. Y no solo eso. Su influencia benévola e inagotable, unida al recuerdo imborrable de las dramáticas circunstancias de nuestro primer encuentro, ha tenido otro efecto profundo. Ellen, mi esposa, y yo nunca olvidamos, ni siquiera por un instante, el papel que desempeñó Bapuka cuando, de manera tan inesperada, hizo posible nuestra unión para toda la vida. Naturalmente, esto hizo que nos sintiéramos más atraídos que nunca por todo cuanto estuviera relacionado con aquellos poderosos fenómenos que generalmente se agrupan indiscriminadamente —y rara vez sin una sonrisa incrédula y condescendiente— bajo las rígidas categorías de magia, brujería, medicina indígena, poderes mágicos benéficos o maléficos, etcétera.

Por eso, durante toda nuestra maravillosa vida en África, Ellen y yo nunca dejamos pasar una oportunidad de investigar y estudiar este aspecto particularmente importante de la vida de los pueblos negros, a quienes amábamos sinceramente y a quienes nos esforzábamos, con todas nuestras fuerzas, por comprender de verdad. Esta es también la razón por la que jamás lamentamos ni por un solo instante los considerables sacrificios de tiempo, paciencia y esfuerzo que normalmente se nos exigían cuando queríamos añadir a nuestra colección un nuevo ejemplo de tales «misterios» y, sobre todo, seguir cada uno de ellos hasta su desenlace definitivo. Porque, siempre que parecía humanamente posible, estábamos decididos no solo a registrar íntegramente cada nuevo caso, sino también a intentar vislumbrar, aunque fuera fugazmente, los mecanismos psicológicos que se ocultaban tras él y explicar su funcionamiento de una manera que también pudieran comprender otras personas que no estuvieran tan profundamente fascinadas por el tema como nosotros.

5

No debe creerse que, en este camino arduo y difícil, nunca nos encontráramos con engaños más o menos disimulados. Por supuesto que los hubo. Pero, tarde o temprano, a medida que se desarrollaban los acontecimientos, acabábamos reconociéndolos como tales y abandonábamos rápidamente la investigación. En otras ocasiones, ante nuestro asombro, se revelaba exactamente lo contrario. Lo que presenciábamos con nuestros propios ojos parecía demasiado fantástico, demasiado increíblemente maravilloso para ser verdad. Entonces proseguíamos nuestras investigaciones sin descanso y buscábamos serenamente hasta el menor indicio de prestidigitación o fraude. Sin embargo, en la mayoría de aquellos casos tuvimos que llegar a la sobrecogedora conclusión de que nuestros sentidos no habían presenciado ni un espejismo ni un milagro, sino simplemente la manifestación real e inequívoca de una mente que, desde el punto de vista de algunas de nuestras concepciones habituales, podía parecer primitiva, pero que estaba alimentada por conocimientos y guiada por una sabiduría que parecía imposible únicamente porque se extendía mucho más allá de los límites de nuestra propia capacidad de comprensión; una capacidad limitada por los muros que la educación, la civilización y la llamada sofisticación de la raza blanca han levantado. Si aún quedaba en nuestros corazones la más ligera sombra de incredulidad, no teníamos más que fijar la mirada en la enigmática sonrisa de nuestra Bapuka, de la que nunca nos separábamos. Entonces, hasta la última pequeña duda se desvanecía por completo, como una ligera niebla dispersada por los poderosos rayos del sol.

Naturalmente, la simple idea de que esta estatuilla de varios siglos de antigüedad, magníficamente tallada en una madera rara, pudiera poseer poderes sobrenaturales propios podría parecer absurda a un escéptico. Sin embargo, es mi opinión meditada y mi firme convicción que este antiguo ídolo ejerció una poderosa influencia en el curso de nuestras vidas y nos salvó la vida a ambos una y otra vez.

Naturalmente, más de una vez se me ha ocurrido pensar que los acontecimientos que me llevaron a encontrarme con Bapuka quizá no fueran más que una simple cadena de circunstancias fortuitas, y que todo lo sucedido después de que ella entrara en mi posesión (o de que ella se apoderara de mí) no fuera más que una coincidencia. Sin embargo, sería un miserable mentiroso si afirmara que alguna vez he creído realmente en semejante explicación.

6

De hecho, hoy —si es que eso resulta posible— estoy aún más convencido que nunca de que esta pequeña estatuilla refleja algunos de los poderes sobrenaturales y de las extraordinarias facultades sensoriales que poseía la gran estatua de Bapuka (de la cual la mía es una reproducción realizada con cariño), reforzados por la sabiduría de los hechiceros que, desde tiempos inmemoriales, han sido los sumos sacerdotes consagrados de su culto. Porque hace muy poco tiempo Bapuka volvió a «hablarme», precisamente en el momento en que la tragedia más oscura y terrible de toda mi vida se abatía sobre mí.

Pero de eso hablaremos más adelante. Lo único que deseo expresar aquí y ahora es que este libro, aunque su origen se remonta a muchos años atrás, no pretende simplemente contar una vieja historia. Sin embargo, si quiero hacer lo que me propongo —relatar todos los hechos fielmente y sin adornos, exactamente tal como sucedieron, para que el lector pueda formarse su propia opinión—, debo comenzar por la época en que toda esta historia tuvo su origen. A partir de ahí, recorreremos juntos el tiempo y una parte considerable del mundo, hasta llegar al día de hoy y a la encantadora pequeña ciudad suiza de Lugano, donde se escribió este libro.

## 2. Gatti salva a Skaimunga de los cocodrilos.

Fue una sofocante tarde de noviembre de 1928, a primera hora de la tarde, cuando recibí mi primera impresión fugaz, pero profundamente conmovedora, de Skaimunga. No hace falta decir que en aquel momento no tenía la menor idea de que aquel indígena desconocido, de aspecto salvaje, estaba destinado a convertirse en el instrumento del que se servirían el largo brazo del azar, un pequeño giro del destino o —y esta es la explicación que más me inclino a creer— la inescrutable influencia de una lejana y bárbara diosa para hacer posible la próxima revelación de Bapuka.

No tenía la más mínima idea de quién era Skaimunga. De hecho, las circunstancias eran tales que, en el curso normal de los acontecimientos, jamás habría llegado a saber que existía alguien con semejante nombre, y mucho menos habría llegado a conocer a su portador. Pero no fue así. Precisamente aquel día, por casualidad, quebranté la regla establecida que, como prácticamente todos los blancos de África ecuatorial, observaba

escrupulosamente: dedicar aproximadamente una hora después del almuerzo a la sagrada siesta, por mucho que uno sudara o se sintiera incómodo.

7.

Nos encontrábamos a bordo del Kigoma. Era un vapor de ruedas de paletas originario de América, concretamente del Mississippi. Hacia 1907, una audaz compañía belga lo había comprado de segunda mano, lo había cortado en varias secciones, lo había transportado por barco hasta Matadi, en el Congo Belga, y luego lo había trasladado a través de los Montes de Cristal. Finalmente, había sido reconstruido en los astilleros de Stanley Pool, en Leopoldville. De aquellos fragmentos había surgido el orgulloso buque insignia de la flota del Congo.

El Kigoma tenía tres cubiertas: primera, segunda y tercera clase. En la proa, estas estaban coronadas por una cubierta más corta, donde vivía el capitán belga con su esposa, se las veía con un interminable torrente de documentos oficiales y mantenía constantemente una mirada vigilante sobre el timonel indígena.

¿Qué hacía yo allí arriba, en la parte de popa, de pie sobre el techo abrasador de la cubierta de primera clase, cuando cualquiera habría podido suponer que, como todos los demás blancos a bordo, estaba disfrutando de un sueño profundo y reparador? ¿Por qué había elegido precisamente aquella hora tan poco habitual y aquel lugar tan insólito para fotografiar a los cocodrilos y los hipopótamos que, al acercarse el barco, se deslizaban desde los bancos de arena hacia el agua? Después de todo, aquellas mismas escenas podían fotografiarse con mucha mayor comodidad desde la cubierta techada de primera clase, a casi cualquier hora de la mañana o de la tarde. Pero, yendo aún más al fondo de la cuestión: ¿por qué me había formulado aquellas mismas preguntas al menos media docena de veces desde que todos se habían retirado después del almuerzo, y por qué, a pesar de ello, no había conseguido decidirme a hacer lo mismo?

No lo sé.

Todo lo que sé con certeza es esto: si hubiera hecho lo convencional, si hubiera actuado como se esperaba de mí y me hubiera ido a dormir a mi camarote, o si hubiera sido capaz de tomar una decisión como solía hacerlo habitualmente —es decir, demasiado deprisa, si es que llegaba a tomarme el tiempo de pensar—, Skaimunga, en lugar de introducirse silenciosamente en

mi vida, habría caído en las terribles fauces de un cocodrilo y habría sido devorado por aquel monstruo. Naturalmente, más tarde habrían informado al capitán, pero demasiado tarde para que pudiera intervenir y prestarle ayuda. Lo más probable es que hubiera ordenado una investigación superficial. A continuación, se habría añadido una breve anotación al diario de navegación del Kigoma, más o menos en los siguientes términos: hacia las 14.30 horas, un indígena —nombre desconocido, tribu desconocida, procedencia desconocida— había saltado o caído al río (causa desconocida), donde unos cocodrilos lo habían atrapado y devorado antes de que pudiera intentarse cualquier operación de salvamento.

8

Los pasajeros no habríamos llegado a saber nada del accidente. Incluso si así hubiera sido, no habríamos podido hacer otra cosa que encogernos de hombros y decir: «¡Oh, pobre diablo!». En cualquier caso, no habría ocurrido nada que alterase mis planes. Mi expedición habría continuado hacia el sur, tal como estaba previsto. Naturalmente, nunca habría llegado a ver los «Pantanos del Misterio». Un padre habría seguido lamentando la desaparición de su único hijo. Y la diosa Bapuka nunca habría entrado en mi vida; no me atrevo siquiera a imaginar con qué consecuencias.

Pero, tal como sucedieron las cosas, tenía la impresión de que ya había tomado suficientes fotografías de aquellos monstruos, que por entonces todavía abundaban extraordinariamente en el río. Y acababa de llegar a la conclusión de que sería un perfecto imbécil si permanecía allí arriba más tiempo sin una razón de peso. Incluso mi sofocante camarote, con su ventilador anticuado que zumbaba sin cesar, debía de parecerme un oasis en el desierto en comparación con el calor infernal de aquella cubierta con techo de chapa. Entonces, una serie de ruidos extraños me hizo detenerme.

Me incliné tanto como me atreví y comprobé que los molestos ruidos procedían de la cubierta más baja, la de tercera clase, donde los pasajeros indígenas estaban hacinados en el reducido espacio que dejaban libre las máquinas del barco, las calderas y las pilas de leña que servían de combustible. Ahora oía mejor. Y no tardé en comprender de qué clase de altercado se trataba. Se oía el chasquido de un látigo, el golpe sobre la carne desnuda, seguido de un débil gemido de angustia.

Lo que sucedía allí abajo, naturalmente, no era asunto mío.

Si yo hubiera sido el doctor Cicogna, el director científico de mi expedición, habría alzado las cejas con repugnancia y me habría marchado sin vacilar para echar la siesta que tenía prevista. Que nadie piense que era un hombre carente de compasión. Pero vivía únicamente para su trabajo y no toleraba que nada se interpusiera en él ni que lo molestara durante los escasos momentos de descanso que se concedía.

9

Si yo hubiera sido Charles, nuestro cámara, o Bob o Walt, nuestros mecánicos —jóvenes buenos y agradables, pero inexpertos e impulsivos—, habría bajado precipitadamente y le habría propinado un puñetazo en la cara al que manejaba el látigo, fuera quien fuese. Si he de ser sincero, ese fue también mi primer impulso. Pero supongamos que quien administraba el castigo era un funcionario belga o un vigilante encargado por el capitán. ¿O supongamos que el indígena sometido a aquel trato bárbaro había cometido realmente un delito grave? En cualquiera de los dos casos, mi intervención no solo habría sido inoportuna, sino también completamente injustificada. Además, habría sido muy mal recibida. Y podría haber acarreado las consecuencias más graves para nuestra expedición, quizá incluso provocando que todos fuéramos expulsados inmediatamente de la colonia.

Puesto que la responsabilidad de la expedición pesaba sobre mis hombros y llevaba en la sangre la experiencia de varios años pasados en África, me obligué a pensar antes de actuar. Además, había algo en todo aquel asunto que estaba completamente fuera de lugar.

¿Qué era?

La despiadada flagelación continuaba sin descanso. Un chasquido, un golpe, un gemido. Un chasquido, un golpe, un gemido.

Aquello bastaba para revolverle a uno el estómago. Pero, al fin y al cabo, todas las flagelaciones prolongadas y severas que había presenciado en una u otra colonia me habían resultado igualmente repulsivas, incluso cuando eran perfectamente legales. Salvo en algunos casos extremos, siempre me habían parecido una crueldad estúpida y brutal, y un castigo que, desde luego, no era necesario en términos generales. Lo había demostrado a plena satisfacción manteniendo siempre una buena disciplina en mis campamentos y durante mis safaris, sin tener que amenazar jamás con castigos físicos —y mucho

menos aplicarlos— a los cientos y cientos de trabajadores y porteadores indígenas que estaban a mi servicio.

Pero ¿qué tenía este caso de tan particularmente inquietante?

En el mismo instante en que me hice de nuevo esa pregunta, la respuesta me cruzó la mente como un relámpago. «En todas las flagelaciones de las que había sido testigo, los indígenas presentes habían acompañado siempre cada golpe de látigo con gritos fuertes. Tal vez para dar ánimos al culpable si consideraban justa la pena. O con comentarios humorísticos si no soportaba los golpes con entereza. O con observaciones airadas si la multitud pensaba que no los merecía. En cualquier caso, siempre había mucho griterío, risas o alaridos. Pero ahora, aparte de aquellos sonidos que revolvían el estómago y del golpeteo amortiguado de las máquinas en la cubierta inferior, reinaba un silencio siniestro».

10

¿Por qué se comportaban de forma tan extraña la tripulación del barco y los pasajeros hacinados allí abajo? Sobre todo teniendo en cuenta que la flagelación continuaba con tanta crueldad, con tanta falta de compasión y durante un tiempo tan insólitamente largo. Un capataz negro podría haber sido fácilmente tan cruel con alguien de su propia raza, pero en ese caso los espectadores se habrían rebelado contra él hacía ya mucho tiempo, aunque solo fuera con sus gritos. Por tanto, tenía que tratarse de un blanco. Y, si era así, debía de ser un hombre al que todos los indígenas de allí abajo temían y odiaban terriblemente, hasta el punto de dejarse intimidar y guardar silencio. El capitán quedaba descartado. Era un flamenco gigantesco, rudo y pesado, pero era honrado, justo y respetado. Tal vez habría podido, llevado por un impulso, abofetear a algún indígena demasiado insolente, pero jamás habría sido capaz de ordenar una flagelación semejante. Además, sabía con certeza que estaba descansando. Media hora antes había visto al ingeniero y al maître d'hôtel-cajero, los otros dos únicos blancos de la tripulación, dirigirse apresuradamente a sus camarotes. Y tampoco ellos se habrían atrevido a organizar semejante espectáculo, no con aquel capitán tan estricto. ¿Quién podía ser, entonces?…

La flagelación implacable se interrumpió bruscamente.

«¡Parle, sale cochon!», espetó una voz ronca. «¡Habla, cerdo asqueroso!». La voz estaba ronca de rabia, pero se mantenía tan baja como era posible,

evidentemente por miedo a que alguien la oyera. Sin embargo, la reconocí al instante. Era la voz de un enano de ascendencia francesa muy dudosa y mezclada. Se trataba de una especie africana bastante repulsiva de buscavidas de la costa: un comerciante de marfil al que una vida demasiado larga en los trópicos y su matrimonio con una mujer indígena espantosa habían reducido a la miseria, y que intentaba mantenerse en pie tragando continuamente cantidades enormes de cerveza.

El día anterior lo había traído a bordo una barca de remos sucia y diminuta que había bajado por uno de los afluentes del Congo desde el interior del país. Cuando el Kigoma maniobró para recogerlo, todos nos habíamos quedado sorprendidos por la cantidad de equipaje que llevaba. Sus dos muchachos, hoscos y de aspecto miserable, se afanaban con montones y montones de baúles de hojalata. Entonces uno de los baúles empezó a deslizarse y cayó al suelo. La tapa saltó y, entre las risas generales, salieron rodando decenas de botellas de cerveza que se desperdigaron por toda la cubierta. Detrás de cada botella corría un indígena, entre carcajadas estruendosas.

11

Sin embargo, la alegría duró poco.

«¡Si rompéis una sola de esas botellas —había gritado el pequeño y mezquino advenedizo a sus muchachos—, os romperé los huesos!». Luego, dirigiéndose a los demás, había añadido: «¡Vamos, recoged esas botellas, todos vosotros! ¡Y deprisa!».

Había tanto veneno en su voz que los indígenas se quedaron inmediatamente callados y todos, excepto los dos muchachos, permanecieron inmóviles, sorprendidos, allí donde se encontraban. «¡Vamos, recoged esas botellas!», volvió a gritar el hombrecillo, amenazando con un látigo de piel de hipopótamo levantado a un viejo antiguo marinero. «¡Rápido, cerdos!».

Todos estábamos furiosos. Pero el capitán se adelantó a nuestra indignación. Antes de que nos diéramos cuenta, ya había aparecido en la cubierta inferior. Su mano, grande como un jamón, cayó sobre el francés, lo agarró por el hombro y le dio un empujón. «Una palabra más —dijo tranquilamente— y os arrojaré a usted y a sus malditos baúles para que se los coman los cocodrilos».

Vimos cómo el hombrecillo alzaba la mirada hacia el gigantesco flamenco, manteniendo la boca bien cerrada. Lo vimos mirar a los cocodrilos que nadaban bajo la superficie del agua y luego a los rostros inexpresivos de los indígenas, que permanecían inmóviles a su alrededor. De su boca débil y depravada escapó una maldición, y trató de soltarse. Al cabo de un rato, el capitán lo dejó ir. Pero no sin antes ordenarle: «Vaya a su camarote y quédese allí. Hasta que yo le permita salir de nuevo».

Otra maldición, y el canalla desapareció. Por orden del capitán, todos los indígenas presentes habían ayudado a llevar las botellas y los baúles a la segunda cubierta, cerca del camarote en el que se había metido aquel hombrecillo odioso.

Todo aquello volvió ahora a mi memoria como un relámpago. ¿Se habría escabullido el francés, desobedeciendo las órdenes del capitán? ¿Ahora que podía estar seguro de que todos dormían? ¿Para descargar su ira sobre sus pobres muchachos indefensos? ¿O sobre algún miembro de la tripulación?

«Parle, sale cochon», volvió a chirriar su voz. Y otra vez restalló el látigo; otra vez cayeron los golpes sobre la carne desnuda, y otra vez fueron respondidos por un gemido débil. Esta vez fue demasiado. Rápidamente me quité del cuello la correa de la cámara. «La dejaré aquí —pensé—, bajaré corriendo y le daré un puñetazo en la cara».

12

Pero todavía tenía la cámara en las manos cuando oí una exclamación furiosa y el rápido golpeteo de unos pies descalzos sobre las planchas de acero. Mis ojos alcanzaron a captar fugazmente la imagen de un hombre completamente desnudo, cubierto de sudor y sangre, que corría hacia el agua. Cuando saltó al río, mis dedos apretaron involuntariamente el disparador. «¡Capitán! ¡Hombre al agua!», grité mientras corría hacia mi camarote.

No creo que tardara ni veinte segundos. Pero cuando hube cogido mi rifle más grande y llegué a la barandilla, dos cabezas de cocodrilo ya avanzaban desde direcciones opuestas hacia una figura humana que luchaba desesperadamente. Disparé dos veces. «¡Rápido!», grité mientras volvía a cargar. «¡La corriente es demasiado fuerte para él!».

Volví a disparar dos veces. Entonces oí sonar repetidamente el telégrafo de órdenes del puente. El Kigoma se detuvo entre resoplidos de sus máquinas y

comenzó a virar. Desde la cubierta inferior llegaron ahora maldiciones ahogadas en francés. Después, un indígena habló con voz cortante y autoritaria. Decenas de figuras negras saltaron al agua espumosa y teñida de sangre y nadaron ruidosamente hacia el lugar donde una cabeza rapada había aparecido por última vez sobre la superficie. ¿Demasiado tarde? No. Bill, Walt y Charlie se reunieron conmigo en pijama arrugado justo cuando izaban a bordo un cuerpo flácido e inerte, con horribles marcas circulares rojas en el pecho. Unos metros más allá se produjo un violento tumulto en el agua. Privados de su presa humana, los otros cocodrilos ya estaban devorando a los dos monstruos que yo había matado o herido.

## 3. Skaimunga es salvado de su cruel amo.

El miserable y mezquino secreto que había adquirido proporciones exageradas durante la monótona travesía en un vapor del Congo fue rápidamente desvelado por el A.T. de Luka-Lela, el administrador territorial del pequeño y ordenado puesto gubernamental al que llegamos a primera hora de la mañana siguiente.

Skaimunga, que había sido atendido por el capitán y cuidado por miembros de la tripulación, se había recuperado lo suficiente tanto de la prolongada flagelación como de su desesperado salto al agua para poder asistir a la investigación judicial. En cuanto me vio, me saludó respetuosamente dando palmadas con las manos. Su vida, que yo había salvado, me pertenecía por completo, declaró. Era mía y podía disponer de ella a mi antojo. Así sería, añadió, desde el momento en que terminara de pagar su deuda con el hombre blanco francés.

13

El francés, a quien el capitán había encerrado en un camarote seguro desde el instante en que mis gritos y disparos habían dado la alarma, estaba sobrio por una vez y se negaba obstinadamente a responder a una sola pregunta hasta que pudiera contar con la asistencia de un abogado y del cónsul francés de Leopoldville. Por ese motivo, ignoró por completo el comentario de Skaimunga y todas las palabras del A.T. Pero este último quería conocer la verdad, y la fue descubriendo poco a poco a través de las respuestas tranquilas, inteligentes y dignas de Skaimunga, todas las cuales eran confirmadas sin excepción y sin vacilar por el otro muchacho del francés.

En pocas palabras: el francés había conseguido que ambos muchachos se vendieran a él, por así decirlo, como esclavos. Era su sistema habitual. Les pagaba salarios ridículamente bajos, les imponía literalmente baratijas sin ningún valor a precios desorbitados y, además, falseaba las cuentas de la manera que mejor se ajustara a sus propósitos. De ese modo conseguía que sus muchachos trabajaran hasta el agotamiento para él, convencidos de que siempre estaban en deuda con él y de que la policía los perseguiría si huían antes de haber pagado lo que todavía le «debían». Cansado de sus maltratos maliciosos, de los caprichos de su mujer indígena y de sus frecuentes estallidos de brutalidad salvaje, ningún muchacho había permanecido mucho tiempo a su servicio. A pesar de todas sus amenazas de recurrir a la policía y a la cárcel, cada uno de ellos había terminado escapándose después de unas semanas de aquel infierno y buscando refugio en los territorios más apartados de su propia tribu.

Skaimunga parecía ser la única excepción. Para asombro del otro muchacho, que llevaba trabajando para el francés apenas diez o doce días y ya planeaba escapar en cuanto se presentara la primera oportunidad, Skaimunga había permanecido allí durante muchos años. Al parecer, nunca había recibido su salario en dinero de verdad, sino únicamente, de vez en cuando, objetos de escasísimo valor, como una manta muy gastada, una camisa barata, unos pantalones cortos viejos o un poco de tabaco enmohecido.

14

En su sencilla manera de pensar, no podía comprender por qué, en aquellas circunstancias, todavía debía tantas decenas de francos. Pero era un hombre de honor. Y puesto que su amo afirmaba que estaba en deuda con él, no quería abandonarlo hasta que aquellas deudas, cuyo origen no podía explicarse, hubieran sido pagadas por completo.

«¿Ni siquiera ahora?», preguntó incrédulo el A.T. desde el estrado del juez. «¿Ahora, después de que tu amo te haya golpeado tan brutalmente que te ha empujado hacia una muerte segura?»

«No», respondió Skaimunga con sencillez. «Huir no es propio de un hombre honrado. Y lamento haberlo hecho. Pero no podía responder a las preguntas de mi amo. Sabía que volvería a golpearme una y otra vez. Por eso el dolor y la desesperación me empujaron al agua. Pero ahora trabajaré para mi amo hasta que mi deuda quede saldada. Después trabajaré para el hombre blanco

que me ha salvado la vida —y mi honor». Y me dirigió una humilde inclinación de cabeza.

Por supuesto, todos nos sentimos profundamente conmovidos y asombrados. No todos los días se oyen palabras de sentimientos tan nobles, ya sea en África o en cualquier otro lugar. Solo un hombre de la más alta cuna, de la sangre más ilustre y con una gloriosa tradición racial podía sentir de aquella manera y expresarse con tanta naturalidad y, al mismo tiempo, con tanta fuerza.

¿Quién era en realidad aquel Skaimunga? ¿De dónde había venido aquel guerrero de cráneo afeitado, cuyo aspecto era tan distinto del de cualquier otro indígena del Congo Belga que yo conociera? ¿Qué significaban aquellos tatuajes tan elaborados y extraños que cubrían su cuerpo? ¿Cómo había llegado un caballero negro tan orgulloso a convertirse en esclavo de un saqueador de las costas? ¿Qué relación tenía todo aquello con la pregunta que su amo le hacía una y otra vez, o con la respuesta que ninguna tortura había logrado arrancarle?

«No lo sé», repitió Skaimunga. «No lo sé».

Y era imposible dudar de su sinceridad o interpretar erróneamente la honesta confusión que se reflejaba en sus ojos castaños oscuros, dignos y valientes.

Calculamos que tendría unos veinticinco años. Pero no sabía cuándo ni dónde había nacido. Tampoco sabía quiénes eran sus padres, los miembros de su tribu o sus jefes. Ni sabía quién había hecho los tatuajes de su cuerpo, ni qué significaban. Ignoraba cuándo o cómo había entrado al servicio de su amo, y por qué este exigía que siempre llevara la cabeza afeitada. Ni siquiera sabía qué era exactamente lo que su amo intentaba averiguar de él cada vez que estaba excesivamente borracho, ni por qué lo golpeaba con tanta crueldad, simplemente porque no podía decir algo que desconocía.

15

«¿Oro o plata? ¿Diamantes o esmeraldas? ¿Montañas de marfil?», solía preguntarle su amo durante aquellos arrebatos de furia.

«Dime qué es lo que esconde tu tribu. ¡Y dónde! ¡Habla, cerdo asqueroso!». Y una y otra vez descargaba el látigo sobre él.

Siempre era lo mismo. Pero ¿qué podía contestar Skaimunga si no tenía nada, absolutamente nada que decir? Al fin y al cabo, salvo el marfil, ni siquiera sabía lo que significaban las palabras de su amo. ¿Oro, plata, diamantes, esmeraldas? ¿Qué eran esas cosas?

Pero nosotros conocíamos muy bien aquellas palabras. No era difícil imaginar lo que pasaba por la mente del francés, que estaba sentado en una silla, mohíno, con el rostro sin afeitar de una fealdad repulsiva y los labios apretados en una fina línea obstinada. Durante sus escasos momentos de completa sobriedad, había observado los mismos rasgos que nos habían revelado que Skaimunga pertenecía a alguna tribu lejana y poco conocida. Aquellos rasgos quizá habrían resultado aún más llamativos si hubiera llevado un peinado diferente. Por eso el francés se había asegurado de que la cabeza de su boy fuera afeitada con frecuencia, por temor a que otro hombre blanco se fijara en él y descubriera lo que él mismo todavía no había conseguido averiguar. La idea se le había ocurrido por primera vez durante una de sus habituales borracheras. Poco a poco se fue convenciendo de que Skaimunga se negaba a revelar el nombre de su tribu porque esta escondía algún gran tesoro que él deseaba conservar para sí. En sus arrebatos de furia más desatados, aquella idea fija se convertía en una obsesión abrumadora. Entonces intentaba arrancarle una respuesta a latigazos al pobre joven al que había maniobrado hasta colocarlo en una situación de endeudamiento perpetuo, semejante a la de un esclavo.

«Pero», le pregunté con cautela a Skaimunga, «¿no puedes decirme al menos dónde se encuentra la tierra de tu padre? ¿O contarme algo sobre cómo la abandonaste?»

16

«Allí nací», respondió señalando hacia el suroeste, «pero muy, muy lejos de aquí. Lo único que recuerdo son los lamentos de muchas mujeres, a las que unos hombres severos, vestidos con largas túnicas blancas, obligaban a avanzar. Y el brillo de las cadenas, el sabor de las lágrimas amargas, el lento enfriamiento y la rigidez de los delicados brazos de una mujer. Eso es lo que recuerdo, y también cómo una mano brutal me agarró, me arrancó de los brazos de mi madre muerta y me golpeó hasta dejarme inconsciente. Juro que no recuerdo nada más», añadió con vehemencia. «Lo juro por el santo nombre de Bapuka».



1. El barco «Kigoma» en el río Congo.





2. Skaimunga con su manta, después de que su cabello hubiera crecido un poco.
3. En la fotografía de la derecha: durante la huida.



4. A nuestra llegada a Leali, nos encontramos con Yeta III (con su melena de león y su pequeño gorro).



5. Las dos «canoas del Estado» que Yeta III envió apresuradamente para recoger al comisario del distrito.

Mientras tanto, el capitán del «Kigoma» se había vuelto inquieto. Refunfuñaba algo acerca de los horarios, de perder las conexiones, de la necesidad de evitar a toda costa cualquier retraso en el correo que transportaba su barco, y cosas por el estilo. El A.T. estuvo de acuerdo con él y tomó rápidamente una decisión. El francés debía permanecer en la comisaría hasta que llegaran instrucciones de Leopoldville, la capital de la colonia. El «Kigoma» podría continuar su viaje tan pronto como se descargara el equipaje del hombre. Los dos muchachos indígenas también debían quedarse atrás como testigos.

«¿No puedo llevarme a Skaimunga?», pregunté impulsivamente. «Si es necesario, podrán interrogarlo más tarde, cuando lleguemos a Leopoldville».

«Por supuesto, si él lo desea. Y», añadió esperanzado el A.T., «siempre que no quiera presentar una denuncia».

Cuando se le preguntó directamente, Skaimunga pareció estar encantado. No, no presentaría ninguna denuncia. Pero ¿qué pasaba entonces con las deudas? Ascendían a casi 40 francos...

En aquella época, esa cantidad equivalía aproximadamente a un dólar y unos cuantos centavos. Incluso teniendo en cuenta los bajos salarios de los indígenas, solo representaba un pequeño adelanto de una semana de sueldo. Skaimunga quedó asombrado por mi explicación. Quizá no podía creerlo, pues preguntó modestamente si yo mismo quería arreglar el asunto. Para ahorrar tiempo y evitar más discusiones, puse aquella considerable suma en manos del francés. Él se quedó mirando los dos billetes de 20 francos como si no pudiera comprender qué significaba todo aquello. Luego, furioso, los hizo pedazos, los arrojó al suelo y escupió sobre ellos, todavía sin decir una palabra.

Pero Skaimunga ya se había marchado. En pocos minutos estábamos de vuelta a bordo; la sirena del «Kigoma» emitió apresuradamente tres pitidos. Y partimos.

«Más tarde», le dije a Skaimunga, «te compraré ropa y mantas. Mientras tanto, he ordenado al responsable de la tripulación que te dé toda la comida que necesites. Ahora olvida los malos tratos de un blanco que estaba enfermo de la cabeza. Y olvida tus deudas y los latigazos. Olvídalo todo... y descansa».

17

«Descansaré y olvidaré», me dijo. «Para hacerme fuerte y poder trabajar para ti. Porque no eres solamente mi amo. Eres mi padre, y todas las bendiciones de Bapuka se acumularán sobre tu cabeza».

## 4. Skaimunga vertelt over de godin Bapuka.

«Bapuka», repetí para mis adentros aquella noche. «Bapuka».

Había algo familiar en aquel nombre que Skaimunga había mencionado dos veces. El Dr. Cicogna era mi compañero de camarote y a él también le impedía dormir el calor. Se lo pregunté.

«Debe de ser alguna especie de espíritu o dios de la selva», respondió. «Nunca he oído hablar de él».

Quizá, entonces, me equivocaba. Sin embargo, no podía apartar mis pensamientos de aquel nombre. Tampoco podía evitar intentar recordar alguna otra cosa que Skaimunga hubiera dicho. En el momento en que lo pronunció, había tocado una cuerda familiar en mi interior. Después se había reanudado el interrogatorio, otras cosas habían reclamado mi atención y ahora era incapaz de recordar aquellas extrañas palabras.

«Escuche, doctor…», comencé.

Pero no obtuve respuesta.

«Está bien», pensé, «mañana tendré una larga conversación con Skaimunga y lo averiguaré».

Y con eso, yo también me quedé dormido.

Al día siguiente tenía tantas cosas que hacer que no volví a pensar en el asunto. Dos días más tarde llegamos a Leopoldville. La descarga de todo nuestro material, las gestiones con las distintas autoridades, la reunión de unos veinte de mis antiguos muchachos —a cada uno de los cuales tuve que sacar del enredo de su propia pequeña familia— y las dificultades financieras y fiscales hicieron que una semana pasara volando.

Siguió otra semana frenética. Había distribuido uniformes y mantas de lana, asignado y explicado a cada muchacho su tarea particular, comprado

nuevos suministros y puesto en marcha toda la expedición por el difícil camino hacia Chitadi, Kanda, Bukama, Elizabethville y la frontera de Rodesia.

El mes siguiente fue un auténtico infierno.

18

Las autoridades nos habían advertido que el camino era «difícil». Lo que habían omitido decirnos era que la nueva carretera solo era transitable por tramos… y aun así, apenas.

Entre un tramo y otro, descubrimos que no había más que montañas escarpadas, enormes ríos, decenas de arroyos sin puentes, vastas extensiones de selva virgen y zonas desiertas y traicioneras de arena, rocas o barro.

Los muelles se rompían y había que reemplazarlos. Los automóviles se quedaban atascados y había que sacarlos. Los camiones se hundían en el barro y debían descargarse por completo antes de que pudiéramos empujarlos de nuevo hasta terreno firme.

Cada vez que empezaba un trabajo, alguien venía corriendo a buscarme urgentemente. En cuanto resolvía una dificultad, diez nuevas se me venían encima. Entre tanto, comía algo rápidamente y dormía una breve siesta. El resto del tiempo, según me parecía, corría continuamente de un lado a otro, día y noche.

Cuando por fin llegamos a Sakania —la Navidad y la víspera de Año Nuevo habían pasado sin que nos diéramos cuenta—, yo estaba hecho un desastre. Habíamos alcanzado la frontera entre la provincia más meridional del Congo Belga, ese mismo Katanga que ahora aparece una y otra vez en las columnas de los periódicos, y la provincia más septentrional de Rodesia del Norte.

Mis cuatro compañeros y nuestros africanos no estaban mucho mejor.

Por eso decidí, en cuanto conseguimos pasar todo nuestro equipo por la aduana, establecer un campamento cerca de la pequeña ciudad de Ndola y permanecer allí unos diez días, para que pudiéramos descansar y recuperar fuerzas para el largo safari que todavía teníamos por delante.

Solo hacia el final de aquel breve período de paz y bienestar volví a percatarme de la presencia de Skaimunga.

La tarea que le había asignado en cuanto salimos de Leopoldville consistía en mantener el campamento constantemente abastecido de abundantes cantidades de carne fresca.

Para un indígena de su categoría, me había parecido una tarea más digna que realizar pequeños trabajos de servicio dentro o alrededor de una tienda.

No solo había apreciado plenamente mi consideración, sino que también había demostrado ser tan digno de confianza como yo había supuesto… y aún más.

19

No sé cómo lo conseguía. Pero por muy temprano que saliéramos, por mucho que hubiera trabajado durante todo el día —construyendo puentes, empujando automóviles, descargando y volviendo a cargar camiones— o por muy tarde que nos detuviéramos para establecer el campamento, cada noche ocurría lo mismo.

Al cabo de aproximadamente una hora, Skaimunga solía regresar cargado de animales recién cazados.

Si el país nos parecía absolutamente desprovisto de animales de caza, eso no suponía la menor diferencia.

Antes de que se hubiera instalado la cocina y se hubieran levantado todas las tiendas, Skaimunga traía un antílope, un par de gacelas o un gordo facóquero.

Cuando me levanté aquella tarde de una reparadora siesta, Skaimunga estaba frente a mí, sosteniendo tres hermosas pintadas en cada mano.

«Estas —dijo— son para mi padre y sus amigos blancos. Ya hay mucha otra carne asándose sobre los fuegos de los indígenas.»

Parecía agotado. Estaba cubierto de barro, sudor y arañazos. Sin embargo, sus ojos brillaban como los de un perro fiel que acaba de hacer algo de lo que su amo estaría orgulloso. Calculé que, para conseguir aquellas pintadas, había recorrido una distancia mayor de la que nosotros podíamos cubrir en una jornada completa de viaje. Debió de ir tan lejos porque la región que nos

rodeaba era la más pobre en caza que había visto en muchísimo, muchísimo tiempo. A cualquier otro boy le habría dado un regalo por semejante esfuerzo. Pero con Skaimunga sentía que un elogio sincero y la expresión de mi aprecio valdrían más que cualquier obsequio. Era el tipo de hombre que impresionaba como ser humano: desnudo, primitivo, pobre y solo en el mundo como estaba.

«Nada de lo que pueda hacer por mi padre es demasiado», respondió con su habitual dignidad modesta. «Y Bapuka siempre ayuda al hombre justo que confía en ella.»

¡Un hombre justo! ¡Era aquella expresión la que me había atormentado aquella noche en el río Congo! Y ahora Skaimunga la había utilizado de nuevo.

«Skaimunga —dije con repentina excitación—, piénsalo bien. Los Baila y los Mashukolumbwe, cerca del lugar donde el Kafue desemboca en el gran Zambeze, son los únicos que se llaman a sí mismos "los hombres justos". Y ahora intenta recordar: veneraban a una diosa a la que llaman Bapugha. Creen que su padre, Monze, es el poderoso dios de la lluvia y que vive en el "Humo que truena", en las grandes cataratas que los blancos llaman las cataratas Victoria.

¿No es tu Bapuka esa misma diosa? ¿No era tu padre un Baila o un Mashukolumbwe?»

20

La voz del doctor Cicogna resonó alegremente desde la tienda vecina. «¡Maldita sea! —exclamó—. ¡Lo ha adivinado! Fíjese en su pelo. Todavía no ha tenido tiempo de crecer lo suficiente, pero instintivamente lo lleva como un Mashukolumbwe. Por eso aquel canalla francés quería que anduviera con la cabeza rapada.»

Salió de su tienda y continuó: «¡Y la manera en que caza! Nadie más que un Mashukolumbwe podría ser un cazador tan excelente y rápido. Skaimunga —le dijo al boy—, unos pocos días más y estaremos en el territorio de tu propio pueblo. ¿No estás contento?»

Skaimunga no estaba contento en absoluto. Su cuerpo permanecía rígidamente erguido. Tenía el ceño fruncido y los ojos cerrados, como si estuviera escudriñando las profundidades brumosas de su pasado olvidado. Su rostro había adquirido un tono grisáceo: la palidez del hombre negro. Tanto

el doctor como yo estábamos bastante desconcertados por la extraña actitud del boy. ¿Qué le ocurría?

«No, Musungu —dijo finalmente—. No conozco a los Baila. Tampoco a los Mashukolumbwe. Y la diosa a la que adoro no puede ser la Bapugha de los Baila. Su nombre es Bapuka; lo sé con certeza, porque mi madre me hablaba de ella a menudo cuando yo era pequeño. No sé dónde. Pero el "Humo que truena" está allí abajo», dijo señalando hacia el sur, «mientras que yo —creo que nací allí—, exactamente donde se pone el sol.»

Su mano izquierda, que aún sostenía las tres pintadas, apuntaba directamente hacia el oeste. Sus ojos miraban en esa dirección con una expresión de infinito anhelo. Dos veces abrió la boca como si quisiera decir algo más, pero luego sacudió la cabeza y guardó silencio.

«¿Qué te pasa, Skaimunga? —le pregunté—. ¿Preferirías quizá dejarme y marcharte solo al lugar donde naciste? Si eso es lo que quieres, te daré comida, dinero y una carta para todos los blancos de la administración.»

«No, Musungu —dijo solemnemente—. Bapuka no permitió que mi doloroso camino se cruzara con el suyo. Solo Bapuka puede ahora volver a separar estos caminos en la felicidad. Lo sé, porque ella me habla muchas veces.»

Un ronquido de risa se elevó en la garganta del doctor. Eso significaba que estaba a punto de estallar en una de sus carcajadas que le sacudían todo el cuerpo.

21

Mi codo se hundió en sus costillas, y él se quedó quieto.

«¿Cómo te habla? —le pregunté a Skaimunga.

—En sueños —respondió con cierta confusión, como si hubiera percibido la incredulidad del doctor. Luego añadió—: Y ahora, padre, llevaré estas aves al cocinero, para que no se estropeen.»

Y con eso casi salió corriendo hacia la cocina.

El doctor estaba profundamente ofendido. «¿Tiene que romperme las costillas? ¿Solo para no herir los sentimientos de ese boy?»

«No comprende de qué se trata —le dije—. No se trata únicamente de que Skaimunga sea completamente serio y un hombre tan digno y de fiar. También tengo un presentimiento; eso es. Lo tuve cuando mencionó por primera vez a la diosa Bapuka. Ahora es más fuerte, más claro. ¿No lo entiende? Si no es la Bapugha de los Baila, si no es un espíritu o una divinidad conocida por usted, por mí o por los misioneros y funcionarios locales —y esto último podemos comprobarlo muy rápidamente—, entonces podría indicar un culto todavía desconocido en Occidente. Quizá signifique que existe toda una tribu cuya existencia aún no ha sido descubierta. Una tribu que vive en una parte de este vasto país joven en la que todavía nadie ha penetrado. ¿No ve las posibilidades que eso encierra?»

Dale al doctor algo en lo que hincar el diente, pon algo desconocido delante de su larga nariz puntiaguda, y olvidará todo lo demás para lanzarse inmediatamente a ello.

Dos minutos después estaba vestido y ordenaba a uno de nuestros conductores indígenas que lo llevara ante el comisario del distrito de Ndola.

## 5. De camino a los misteriosos pantanos

Dos horas más tarde, el doctor regresó radiante de felicidad y empezó a desplegar ante mí grandes mapas detallados.

«¡Nadie sabe absolutamente nada de esa Bapuka! Eche un vistazo a este mapa que he tomado prestado del comisario del distrito. ¿Lo ve? ¡Todo son espacios en blanco! Apenas unos cuantos nombres de aldeas barotse a lo largo del Zambeze. Solo unos pocos puntitos para señalar lo que se supone que es el curso aproximado del río Lutembwe. Digo que se supone, porque nadie lo ha remontado más allá de unas pocas millas.

22

El comisario del distrito lo sabía perfectamente. Más allá de eso no hay nada, aunque la región forma parte de la provincia de Barotselandia. Nada, se lo aseguro. Ni un alma viviente de cuya existencia se tenga noticia. Incluso se

supone que allí no hay tierra firme. Nada en absoluto, solo pantanos pestilentes e intransitables. Los indígenas los llaman los "Pantanos del Misterio". Se extienden hacia el oeste a lo largo de toda la región, hasta llegar a la frontera puramente imaginaria con el África Oriental Portuguesa, y probablemente incluso más allá.»

Ahora que mi presentimiento parecía estar haciéndose realidad, al menos en parte, de pronto empecé a tener dudas.

«Bueno —dije—, si allí no hay más que pantanos, no veo mucho sentido en arriesgar nuestras vidas solo para explorarlos. ¿No le parece? ¿Únicamente porque todavía aparecen señalados como espacios en blanco en los mapas?»

Esta vez le tocó al doctor mostrarse obstinado.

«Pero, hombre, se lo ruego —insistió—, ¡nadie ha recorrido jamás esa ruta! Nadie. Acabo de comprobarlo en la pequeña biblioteca del comisario del distrito. Nadie ha atravesado aquella región: ni el portugués Lacerda, que en 1789 condujo al primer grupo de hombres blancos al territorio que hoy se conoce como Rodesia del Norte; ni los dos comerciantes portugueses que siguieron sus pasos unos años más tarde y que, como él, se vieron obligados a detenerse en Kasembe; ni el doctor Livingstone, cuando descubrió y bautizó las cataratas Victoria en 1855. Como usted sabe, es cierto que atravesó una parte de Barotselandia. Pero no llegó tan lejos y también él tuvo que dar media vuelta. Además —añadió con un brillo travieso en los ojos—, ¿acaso ha perdido de repente la confianza en su querido Skaimunga? ¿Ya no cree en su magnífica diosa?»

En pocas palabras, tres días después, en lugar de seguir la ruta hacia el sur que habíamos establecido de antemano —que debía llevarnos a Salisbury y Bulawayo, y luego, atravesando el Transvaal, hasta Suazilandia y Natal—, nos dirigíamos a toda velocidad hacia Broken Hill. Allí abandonamos la carretera. Y entonces comenzamos a avanzar dando tumbos, en línea recta hacia el oeste, por una región sin caminos, con las manos juntas en actitud de oración —por decirlo así—, atravesando las inhóspitas mesetas de Kawandi y Mankoya, en Barotselandia. Rogábamos fervientemente que nuestros vehículos resistieran aquella terrible prueba y que pudiéramos alcanzar las tierras bajas del Zambeze sin sufrir ningún percance demasiado grave. Porque allí se encontraba Lealui, la residencia oficial de Yeta III, el entonces rey de los barotse, el único hombre que podía ayudarnos en aquella empresa decidida

tan repentinamente, siempre que consiguiéramos convencerlo para que nos prestara su ayuda.

23

Pero ¿estaría dispuesto a hacerlo? ¿Y se alegraba Skaimunga del cambio de itinerario? Por ridículo que pueda parecer, ni siquiera éramos capaces de responder a esas preguntas.

Durante todos aquellos días en que atravesamos las mesetas, Skaimunga no solo permaneció callado y con el rostro inexpresivo, sino que incluso parecía evitarnos. Y, para ser sincero, no tuve el valor de enfrentarlo y preguntarle qué sentía y por qué se comportaba de una manera tan extraña.

Tenía la impresión de que, después de haber sido tratado durante años como un ser humano de tercera categoría por aquel espantoso comerciante de marfil, estaba harto de todo y reaccionaría con desconfianza si lo interrogábamos insistentemente. Y había algo más. Sin embargo, basándome en mi experiencia africana, me había jurado que nunca lo atormentaría sin motivo, pues, por mucho que hubiera deseado hacer cualquier cosa por mí, no habría sido capaz de comprender mis preguntas, del mismo modo que tampoco había comprendido las antiguas y odiosas preguntas sobre esmeraldas y diamantes. Una sospecha que más tarde habría de confirmarse.

A pesar de todo, para Skaimunga el deber estaba por encima de cualquier otra cosa. Naturalmente, su tarea principal en aquella región, tan escasamente poblada y tan abundante en animales de caza de toda clase, resultaba más sencilla. En cuanto nos deteníamos para preparar nuestro campamento nocturno, Skaimunga se marchaba con su lanza, su arco y sus flechas. Pocos minutos después solíamos oír el sonido del cuerno de búfalo que llevaba colgado del cuello. Entonces algunos de nuestros boys corrían hacia él y regresaban poco después cargados de carne para todos nosotros.

Nadie sabía qué hacía Skaimunga después de haber cumplido con su deber de cazador. Quizá los tímidos habitantes de la región, asustados por la ruidosa llegada de nuestra caravana motorizada y obligados a esconderse, salían de la maleza gracias a él y conversaban tranquilamente con él. O quizá simplemente buscaba la soledad para ordenar y aclarar sus pensamientos secretos.

Hoy, mirando hacia atrás, creo que la segunda explicación era la más probable. Algún instinto lo impulsaba a concentrarse intensamente en aquella minúscula porción de conocimiento o recuerdo que poseía, mientras al mismo tiempo liberaba su mente de cualquier otra impresión o sentimiento. Quería estar preparado para recibir plenamente e interpretar correctamente algún mensaje de enorme importancia que, de algún modo, sentía que estaba tomando forma y que era enviado hacia él desde la negra niebla de una distancia inmensa.

24

Naturalmente, por mi parte aquello no podía ser más que una impresión retrospectiva. Pero el hecho seguía siendo que Skaimunga rara vez regresaba antes del anochecer y a menudo permanecía fuera hasta las primeras horas de la mañana. En cuanto comenzaba la carga, allí estaba. Cumplía puntualmente con su parte del trabajo, y aún hacía más de lo que le correspondía. Después, mientras esperaba la señal de partida, y más tarde a lo largo del día, siempre que nos deteníamos para descansar un momento, se sentaba solo en algún lugar. Los otros boys comían, charlaban y quizá jugaban a alguna especie de juego de dados propio.

Él, en cambio, se mantenía a cierta distancia, con la mirada casi siempre fija obstinadamente hacia el oeste: tenso, esperando algo con ansiedad, silencioso e inmóvil como una estatua.

Así continuó hasta que llegamos a Lealui.

Todavía recuerdo con toda claridad nuestra llegada a la capital indígena de Barotselandia. Era temprano por la tarde, pero todos estábamos agotados y empapados hasta los huesos. La causa no era únicamente la lluvia incesante de los últimos días. Desde la mañana anterior, cuando habíamos descendido de la meseta, nuestros vehículos no habían avanzado tanto como habían tenido que navegar literalmente. El fondo bajo y más o menos llano del valle de los Barotse estaba casi completamente inundado. Aquí y allá todavía sobresalían pequeñas elevaciones. Algunas estaban coronadas por una mísera aldea que, al parecer, había sido abandonada durante toda la estación de las lluvias; otras, por un único y gigantesco baobab de entre dieciséis y veinte metros de altura y treinta metros o más de circunferencia.

Nuestros automóviles y camiones tenían que avanzar a ciegas y muy lentamente de una cima redondeada a otra, atravesando una interminable

extensión de agua amarilla y fangosa. De vez en cuando, el camión que iba en cabeza, cuyo techo había elegido yo como precario y tambaleante puesto de observación, caía en una pequeña depresión invisible y se detenía bruscamente. Sus ruedas provistas de cadenas chirriaban con irritación, pero sin resultado alguno. El agua del radiador hervía y siseaba. Entonces el segundo camión tenía que ayudar a sacar al primero, y acababa metiéndose él mismo en dificultades. Después era necesario poner en acción a todos los hombres y a todos los vehículos. Y, tras horas de sudor, gritos y empujones, volvíamos a ponernos en marcha... ¡hasta el siguiente agujero!

25

Durante nuestro primer día en aquella llanura inundada habíamos recorrido 22 kilómetros en catorce horas. El segundo día, trabajando como poseídos desde el amanecer hasta las once, conseguimos avanzar 9,5 kilómetros. Por fin apareció en el horizonte brumoso una colina más alta que las demás. Cuando vimos que estaba coronada por una población indígena bastante considerable y que, al parecer, estaba habitada, recuperamos tanto ánimo que recorrimos los últimos tres a cinco kilómetros en tres horas. Finalmente llegamos a tierra firme, aunque embarrada y resbaladiza, y subimos hasta una gran aldea: Lealui.

Un indígena alto se acercó a nosotros. Llevaba en la cabeza un sombrero de paja adornado con una melena de león. Detrás de él venía un grupo de jefes. Vestía con extraordinaria dignidad una blusa europea y una bufanda de vivos colores. Su rostro y sus gestos expresaban tal mezcla de agradable sorpresa y alegre satisfacción que nuestro ánimo se elevó de inmediato.

«Si el rey se alegra tanto de nuestra llegada —le dije al doctor—, hay buenas posibilidades de que finalmente nos ayude.»

Mientras estrechábamos las manos del rey Yeta III, de sus cortesanos, hechiceros y jefes, cientos de guerreros salieron en tropel de sus cabañas de tejados puntiagudos y se congregaron a nuestro alrededor. Alzaron sus lanzas en señal de bienvenida y nos dirigieron fuertes gritos de saludo.

Aquella efusiva cordialidad y el buen humor general cambiaron bruscamente en el mismo instante en que el doctor mencionó el río Lutembwe.

Era muy propio de él, desde luego, querer ir directamente al grano, sin permitir que nada se interpusiera en sus planes. Pero habría podido

estrangularlo. Antes de que terminara de explicar que deseábamos canoas y remeros para remontar el Zambeze hasta la desembocadura del Lungwebumgu, y después seguir río arriba por el propio Lungwebumgu y por el Lutembwe, hasta llegar a los pantanos situados entre ambos ríos, un silencio helado cayó de pronto a nuestro alrededor.

26

El rostro de Yeta se quedó rígido, por así decirlo, y se endureció. Intenté disipar la incomodidad con una broma, pero nadie se rio. Entonces empecé a enumerar despreocupadamente los numerosos regalos que habíamos traído para el rey de los Barotse y sus ancianos, dejando bien claro que no se los ofrecíamos porque quisiéramos obtener algo de él, sino únicamente para rendirle homenaje.

## 6. Desapariciones misteriosas

Algunos de los ancianos se marcharon apresuradamente. Los demás, junto con todos los guerreros armados, nos rodearon y nos condujeron, con el rey Yeta entre nosotros, casi como a un rebaño hacia su residencia. Cuando llegamos allí, me volví antes de entrar en la Gran Cabaña para gritarle a mi boy principal dónde debían aparcarse los vehículos y dónde había que montar el campamento. Fue pura casualidad que entonces observara cómo dos grandes canoas —me parecieron canoas del Estado— se alejaban a toda velocidad desde el pie de la colina en dirección sudeste.

«¿Adónde van esas canoas?», pregunté al rey Yeta. «¿Y por qué tanta prisa?»

«No veo ninguna canoa», respondió, aunque tenía la cabeza vuelta exactamente en aquella dirección. Sin embargo, tampoco mentía. Porque, antes de girarse hacia allí, había cerrado los ojos con fuerza. Esto demuestra hasta qué punto puede ser astuto un barotse y cómo, a pesar de todo, se aferra escrupulosamente a la verdad, incluso cuando se propone llevar a alguien por el camino equivocado.

Mientras Bob y Walt iban a los camiones a buscar las mantas, los paraguas, las pipas, los cigarrillos, los anzuelos y las diversas cosas que les había encargado, nosotros entramos solos en la Gran Cabaña, acompañados por el rey y sus más altos dignatarios. Siguieron abundantes libaciones, acompañadas de un intercambio de refinadas fórmulas de cortesía y de

regalos. Los obsequios del rey consistían en unas cuantas jóvenes risueñas (que rechazamos cortésmente), leña, leche, cabras y gallinas (que aceptamos encantados). Todo aquello continuó hasta que dejó de llover. Después, desde la veranda de la residencia real, contemplamos durante una buena hora y media el baile, en el que todos los hombres, mujeres y niños participaban con alegría inagotable.

27

Yeta III era un anfitrión perfecto. Quizá demasiado perfecto para mi gusto. No podía imaginar adónde habían ido las canoas. Pero no hacía falta mucho para comprender que su misión, en última instancia, no tenía absolutamente nada que ver con el baile. Tampoco era difícil advertir que el rey hacía todo lo posible por entretenernos y mantenernos ocupados, únicamente para impedir que tuviéramos otra oportunidad de hablar de nuestros planes. Incluso el doctor captó la indirecta, y nosotros guardamos silencio, esperando una ocasión propicia.

Esa ocasión llegó, en efecto, poco después, pero de una manera muy distinta de la que esperábamos.

«Lo siento, queridos amigos», dijo detrás de nosotros una voz británica culta, con un marcado acento, «pero no hay manera de hacerlo».

Ahora sabíamos adónde había enviado Yeta las dos canoas con tanta prisa: a Mongu. Habían recorrido siete millas a través de las llanuras inundadas para traer al hombre que, como Yeta había comprendido con astucia, era el único capaz de disuadirnos de nuestro propósito: el comisario provincial de Barotseland.

El comisario provincial era muy amable, muy cortés, pero también muy firme. No era de los que se andan con rodeos. Era evidente que los mensajeros del rey le habían explicado lo que queríamos. Y estaba decidido a frustrar nuestros planes allí mismo.

«En los dos últimos años —dijo—, siete hombres blancos han subido allí para buscar minerales, cazar o establecer relaciones comerciales con los nativos. Y figúrense: ni siquiera fueron muy lejos. Pasaron tan solo unas semanas a orillas de este tramo del Zambeze, al norte de aquí. Y todos regresaron. Pero después, uno tras otro, murieron de una fiebre maligna que ninguno de nuestros médicos ha conseguido curar hasta ahora. Hay algo que

no marcha bien, se lo aseguro. Y hemos decidido cerrar por completo esta zona a los blancos».

«Pero —objeté—, ¿qué ocurre con esos "Pantanos del Misterio"? ¿No debería alegrarse su gobierno de que queramos explorarlos? ¡Sin que ello le cueste dinero ni esfuerzo alguno! Usted sabe que no nos mueve la simple curiosidad. Hemos recorrido todo el camino desde Broken Hill hasta aquí porque tengo el fuerte presentimiento de que encontraremos allí algo extraordinariamente interesante».

28

«Haga el favor de escucharme», dijo el comisario provincial.

«Nos importa un comino lo que haya o deje de haber en esos pantanos. Estoy firmemente convencido de que allí no hay absolutamente nada. Pero, si los dejo ir, todos enfermarán gravemente y algunos morirán. Y entonces tendré un montón de problemas. En cuanto a su presentimiento…»

El comisario provincial se interrumpió y miró a su alrededor. Solo entonces nos dimos cuenta de que el rey Yeta había desaparecido discretamente, y también todos los bailarines. La lluvia volvió a caer sobre la aldea silenciosa, demasiado silenciosa.

«Vayamos a mi tienda», dije. «Y vosotros —ordené a Bob, Walter y Charles—, cenad bien y descansad largo rato».

Un criado nos trajo bebidas: whisky escocés y agua filtrada.

«No me hable de presentimientos», prosiguió el comisario provincial. «El año pasado, uno de mis magistrados más jóvenes me dijo exactamente lo mismo. Tenía un presentimiento. Insistió tanto que al final le permití marcharse. ¿Y sabe qué le ocurrió?»

«Le escucho. ¿Qué le pasó?»

«Nadie lo sabe. Sencillamente, nunca regresó. Y, sin embargo, era un joven fuerte y atlético, con años de servicio colonial a sus espaldas. Era ingenioso y los nativos lo respetaban y querían. Vino aquí, consiguió canoas y remeros de Yeta y llegó a la aldea de Noyo, setenta y cinco millas más al norte. Allí resolvió un asunto del gobierno con el anciano de la aldea. Mientras un ataque de

fiebre especialmente violento, que él creyó que era malaria, lo mantenía delirando en la cama, los habitantes de la aldea se marcharon. Solo los diecisiete remeros, jóvenes de confianza pertenecientes a la propia guardia personal de Yeta, se quedaron con él. Finalmente, el magistrado empezó a encontrarse mejor. Le costó mucho convencer a los remeros, pero consiguió que lo llevaran río arriba por el Lungwebungu hasta la aldea de Semusha. Allí lo detuvo otro ataque de fiebre. Volvió a tener dificultades con los nativos del lugar y con los remeros. Pero aquel magistrado era un hombre tenaz. Una mañana temprano abandonaron Semusha. Y eso es lo último que supimos de ellos».

«¿Quiere decir que desaparecieron todos?»

«Eso es exactamente lo que ocurrió. Yo mismo fui a Semusha y me llevé a Yeta conmigo».

29

Nunca volví a recuperarme del todo de aquel viaje infernal. Y no conseguimos averiguar nada: ni la más mínima información, ni el menor rastro; no se encontró ningún cadáver ni objeto alguno. Nada, salvo la breve nota que había dejado el magistrado y que había clavado con un cuchillo a uno de los postes de la cabaña donde había pasado la noche. Tuvimos la impresión de que se había creado ante nosotros y a nuestro alrededor un vacío sin fondo. Perdimos a muchos hombres del país durante aquel viaje. Los demás regresaron tan enfermos como Yeta y yo. Por eso lamento tener que decirles que ya no puedo permitir que ningún hombre blanco se interne en aquel infierno. Al menos, no mientras ocupe este cargo».

El doctor y yo expusimos todos los argumentos imaginables: nuestra experiencia en África, la buena organización de nuestra expedición, los medios de que disponíamos y las precauciones que podíamos tomar y que, sin duda, tomaríamos. Incluso me ofrecí a firmar una declaración por la que se eximiera de antemano al comisario provincial de toda responsabilidad y se absolviera al gobierno de cualquier culpa en caso de que nos sucediera algo.

Pero él se limitó a sacudir la cabeza. «Me temo que mi respuesta con respecto a los pantanos es absolutamente definitiva. Sin embargo —añadió con vacilación—, haré algo muy especial por ustedes. Si prometen no ir más

allá de Semusha, permitiré que ustedes dos y los boys que necesiten lleguen hasta aquella aldea. Incluso les prestaré toda la ayuda posible con la población local».

Era mejor que nada, y acepté rápidamente su oferta. «Tienen nuestra palabra: no iremos más allá de Semusha», prometí. «Al menos, mientras usted ocupe este cargo», añadí, intentando ocultar mi decepción tras aquella débil broma.

«Me parece muy justo», aceptó el comisario provincial. «En cualquier caso, todavía pasaré aquí unos cuantos años». A continuación anunció que, para «ayudarnos» —no, por supuesto, para mantener constantemente un ojo vigilante sobre nosotros en su lugar—, nos proporcionaría dos cabos africanos de la Policía Militar de Rodesia del Norte, como se la llamaba entonces. «Les enviaré a esos hombres esta noche —dijo— en la misma canoa que ahora mismo me llevará de regreso a Mongu».

30

Intentamos convencerlo de que se quedara a pasar la noche o, al menos, de que cenara con nosotros. Pero no quiso ni oír hablar de ello. «Este impermeable es realmente a prueba de agua», dijo. «Y los nativos mantienen buenos fuegos encendidos en las embarcaciones. Sobre todo, sé que pronto tendré otro ataque de fiebre. Y entonces prefiero estar en mi propia cama, con mis boys a mi alrededor y el médico cerca. No es que pueda hacer mucho por mí, pero ya saben cómo son estas cosas…»

Y con eso se marchó, internándose en la lluvia torrencial, y nos dejó sumidos en un sombrío estado de abatimiento.

## 7. El peligroso viaje a Semusha

Por una razón u otra, nuestro entusiasmo de antes se había enfriado tanto que el doctor y yo comenzamos durante la cena una de esas discusiones interminables y absurdas que nunca llegan a una conclusión satisfactoria. Cada uno se limita casi exclusivamente a contradecir al otro —y a sí mismo—, saca a relucir los argumentos más disparatados y, cuanto más lo hace, más irritado, ilógico e insultante se vuelve.

Al final tuvimos que recurrir al poco sentido del humor que aún nos quedaba para comprender que, por puro agotamiento, desánimo y nerviosismo, estábamos hablando hasta meternos en un callejón sin salida.

Ya no importaba si nuestro viaje había merecido el esfuerzo o si habíamos arriesgado el pellejo en vano. Después de haber presionado tanto al comisario provincial para arrancarle el permiso, ahora sencillamente teníamos que ir a Semusha. Nos gustara o no. ¡Maldita sea! ¿Cómo habríamos podido echarnos atrás sin convertirnos en el hazmerreír de toda la colonia?

«Bueno —concluí—, vayamos a dormir. Mañana haremos planes y demás».

La mañana siguiente fue la más sombría y desalentadora que había vivido jamás. A pesar de haber dormido mucho, seguíamos completamente agotados. Nos dolían terriblemente los huesos. Nuestro ánimo se había vuelto literalmente mustio y abatido por aquellos aguaceros persistentes. Los dos cabos de la policía militar terminaron de hundirnos.

31

Cuando se presentaron ante nosotros, nos saludaron con sequedad.

«Nos hemos despedido de nuestras familias —dijo uno de ellos con tristeza—. Nos hemos despedido para siempre».

«Ninguno de sus boys está dispuesto a emprender el viaje —dijo el otro, con un tono aún más lúgubre—. Ninguno, salvo uno llamado Skaimunga».

«Dentro de menos de un mes —añadió el primero—, las aguas habrán subido tanto que ningún vehículo podrá cruzar las llanuras». El segundo levantó la mano derecha hasta la altura del techo del camión más cercano. «Las aguas —dijo— llegarán hasta aquí. Y no bajarán durante tres o cuatro lunas. Solo en canoa podrá el Musungu abandonar el país. Es decir, los que quizá sigan con vida».

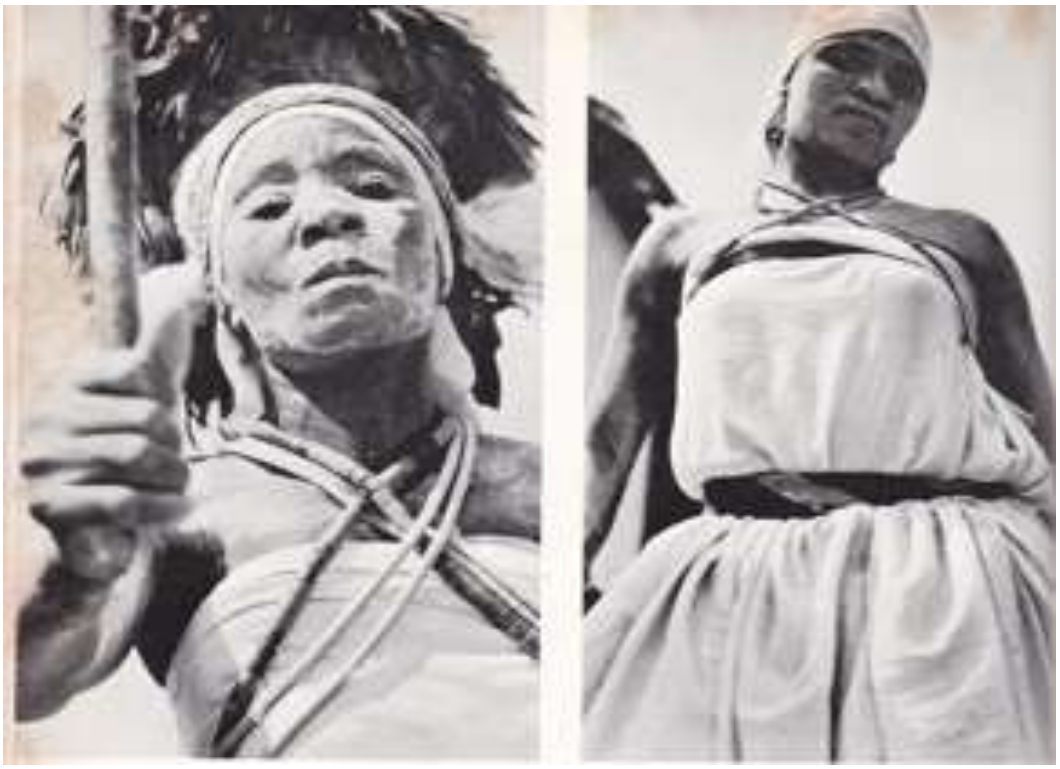
Aquello arrancó un grito al doctor Cicogna. «¡Mis colecciones!», gimió. «¡Dos camiones llenos!». «¡Mis películas!», se lamentó Charles en cuanto lo comprendió. «Con esta humedad diabólica no podremos salvar ni medio metro si tenemos que sacarlas del deshidratador del camión. ¡Diez mil metros de negativos expuestos, y todos se echarán a perder!»



6. Los «placeres» de viajar en una pequeña canoa.



7. Siempre que era posible, permanecíamos bajo las mosquiteras, con la vana esperanza de escapar así de la fiebre.



8. El padre de Skaimunga, el sumo sacerdote de los Bapuka.
9. A la derecha, uno de los espíritus femeninos blancos.



10. Construcción de uno de los pontones con los que queríamos transportar nuestros vehículos a un terreno más elevado y seco.

Por mucho que deseara cumplir nuestra palabra ante el comisario provincial, todo parecía indicar que tendríamos que abandonar el plan. Arriesgar todas nuestras películas y todas nuestras colecciones era demasiado peligroso.

Llamé a Bob y a Walt.

«¿Creéis que podremos prepararnos para emprender el regreso dentro de uno o dos días?», les pregunté.

Me miraron como si pensaran que me había vuelto loco.

«¡Dios mío!», exclamó Bob. «No podemos marcharnos sin desmontar antes todos y cada uno de los vehículos. Podemos darnos por afortunados si conseguimos hacerlo en catorce días, y hasta eso lo dudo».

«Y si —añadió Walt indignado— esos monos de boys no se dignan a ayudarnos de verdad, ni siquiera tres semanas serán suficientes. Mire esto». Y me puso en las manos una lista de seis páginas con las reparaciones y sustituciones que él y Bob habían preparado la noche anterior.

Aquello cambiaba, naturalmente, toda la situación. Si el maltrato que habían tenido que soportar nuestros coches y camiones nos obligaba ahora a retrasar tanto el regreso, bien podíamos aprovechar entretanto para hacer el viaje a Semusha.

32

Como sucede en tales circunstancias, nuestro ánimo pasó de un exceso de pesimismo a otro de optimismo. ¿Cuánto tiempo tardaríamos en total en remontar setenta y cinco millas por el Zambeze? ¿Y luego otras cincuenta millas por el Lutembwe? Si limitábamos nuestro equipaje a lo absolutamente imprescindible, el viaje, teniendo en cuenta la manera en que los robustos remeros de Yeta hacían deslizarse una canoa a toda velocidad por el agua, no debería llevar más de seis días. Si Semusha resultaba aburrido, podríamos marcharnos enseguida. El regreso, río abajo, llevaría cinco días. Calculando con prudencia, dos semanas en total. Justo el tiempo mínimo que necesitaban Bob y Walt. Aunque Semusha resultara tan interesante que nos retuviera allí alrededor de una semana, todavía podríamos estar de vuelta en Lealui antes de que terminara febrero, salir de las tierras bajas y alcanzar la meseta antes de que las aguas llegaran a su nivel máximo. A mediados de marzo, cuando el

valle del Zambeze se volviera completamente intransitable, ya estaríamos lejos, recorriendo las buenas y seguras carreteras de Rodesia del Sur…

Parecía que todo encajaba en aquel plan y conspiraba para convencernos de emprender el viaje, apenas unos minutos después de que hubiéramos decidido abandonarlo.

«De acuerdo —concluí con sentimientos encontrados—. Pongámonos manos a la obra inmediatamente. Hoy es primero de febrero. Todos tenemos que darnos prisa. Y mañana por la mañana debemos estar listos para partir».

Nos pusimos a trabajar con enorme entusiasmo. Los boys, agradablemente sorprendidos de que ni siquiera intentara hacerles cambiar de opinión y convencerlos para que nos acompañaran, trabajaron con extraordinario entusiasmo y eficacia. Skaimunga se entregó a la tarea con su celo habitual. Incluso convenció a los dos cabos para que echaran una mano, aunque aquello no formaba parte de sus obligaciones. El rey Yeta tuvo que gritar, amenazar y vociferar durante bastante tiempo hasta reunir por fin un número suficiente de remeros. Estaban manifiestamente irritados y de mal humor. Pero aquellos pobres diablos poco podían hacer contra la voluntad de su propio rey.

No esperaba que lo consiguiéramos. Pero al día siguiente partimos de verdad. El doctor iba en la canoa de cabeza con un agente de policía y doce remeros. Yo iba con Skaimunga y el mismo número de remeros en una segunda canoa. Una tercera embarcación, al mando del segundo cabo y tripulada por catorce remeros, era la más grande y la que llevaba la carga más pesada. Transportaba nuestro equipaje y algunas provisiones para los africanos.

33

Mi anotación del diario del 2 de febrero dice:

«Siempre he creído que no hay nada más maravilloso que viajar en canoa. Ningún esfuerzo. Un trayecto suave y rápido. El paisaje se despliega tranquilamente ante nosotros en toda su belleza.

¡Dios mío!

Pero ¿dónde está el paisaje? No he visto otra cosa que agua durante todo el día. Agua, agua, agua. Arriba, abajo, por todas partes. Nos cae encima sin cesar, penetra por todos nuestros poros y nos empapa. Y ni un alma a la vista. Solo agua y lluvia, lluvia y agua. Desde las ocho de la mañana hasta bien entrada la tarde, cuando por fin encontramos una pequeña elevación del terreno donde podemos acampar.

El agua escurre de la ropa de cama. La comida, mal preparada, nos provoca náuseas. En el aire (si es que se puede llamar «aire» a esta niebla espesa y húmeda) revolotean miríadas de mosquitos. Nuestros remeros indígenas roncan tan fuerte que resulta imposible dormir. Un leopardo extraviado sale de la espesura y, en plena noche, se abalanza sobre un remero indígena que se encuentra cerca del fuego, apagado por la lluvia. El indígena también habría acabado muerto si no hubiera sido por la lanza de Skaimunga».

Las páginas del diario correspondientes al 3, 4, 5 y 6 de febrero están impecablemente blancas.

La anotación del 7 de febrero dice:

«Llegamos a Noyo esta tarde a las cuatro, dos días más tarde de lo previsto.

Los días anteriores fueron repeticiones exactas del 2 de febrero. La única diferencia: el viaje en canoa, que supuestamente no requería ningún esfuerzo, me ha dejado la espalda como si estuviera rota. Tengo todos los músculos agarrotados, los huesos calcificados y a punto de quebrarse.

Y no hemos vuelto a ver leopardos. Sin embargo, ayer un hipopótamo vivaracho se sumergió silenciosamente por debajo de nuestra primera canoa. A través de la espesa niebla vi borrosamente cómo la canoa se levantaba, cada vez más y más. Creí estar viendo fantasmas. Los gritos de los remeros indígenas del doctor me convencieron de que no era así. La canoa volcó y arrojó a todos al agua. El rifle del doctor se perdió. «El hipopótamo se lo llevó para utilizarlo como palillo de dientes», se defendió. La realidad es que está delirando a causa de la fiebre. Su temperatura supera los 41 grados. No sé cuánto más, porque nuestros termómetros clínicos

34

no llegan más allá, aunque parece que el mercurio no está de acuerdo.

Me alegra que el jefe de Noyo haya preparado para nosotros una cabaña nueva, espaciosa y muy grande. No consigo comprender cómo sabía que íbamos a llegar, ya que no he oído el sonido de ningún tambor de la selva ni he visto a un solo indígena durante todos estos días. Instalamos nuestras tiendas dentro de la cabaña. Pero los mosquitos de aquí tienen un aguijón de un kilómetro de largo. Pueden atravesar el techo de paja de la cabaña, el doble techo de la tienda, la mosquitera, nuestros pijamas y todo lo demás. En fin. Quizá yo también esté delirando por la fiebre».

10 de febrero:

«Estaba delirando. No sé qué ocurrió durante los últimos tres días. La pesadilla comenzó conmigo cuidando al doctor y terminó esta mañana con el doctor cuidándome a mí. Nunca he visto ni sufrido una fiebre tan violenta como esta. ¡Fue el infierno! Sin la inquebrantable entrega y las atenciones incansables de Skaimunga, no sé dónde estaríamos ahora. Según él, no tendremos otro ataque de fiebre durante seis días. ¿Por qué? Los dos cabos lo confirman. Dicen: «Daos prisa en llegar a Semusha, porque dentro de dos días nosotros también estaremos enfermos». ¡Esto mejora por momentos!

14 de febrero:

«Cocodrilos, hipopótamos, leopardos, serpientes. Lluvia, lluvia, lluvia. ¿Por qué demonios vinimos a Semusha? Que me condenen si lo sé. Llegada hoy a las seis de la tarde. Un pueblecito miserable que no ofrece nada interesante. Indígenas miserables y malhumorados, aterrorizados de muerte por una razón u otra. Veintidós de nuestros treinta y ocho remeros están postrados con fiebre. Los cabos también (tal como estaba previsto).

Esta fiebre parece seguir ciclos regulares. Tres días de temperatura demencial y delirio convulsivo. Tres días de agotamiento (después de unos cuantos ataques de este tipo, en su lugar se producen tres días de coma). Tres días de bienestar relativo. Después, o bien te deja en paz, o bien desaparece. O vuelve a empezar desde el principio. O te mata. ¡Unas perspectivas espléndidas!

Skaimunga aconseja esperar unos días, porque los demás remeros también caerán enfermos muy pronto. Él, sin embargo, no. ¿Es inmune? ¿Por qué? No lo sabe. En cualquier caso, voy a abrir una ficha médica para cada uno de ellos. En cuanto la mayoría prometa encontrarse relativamente bien

durante unos días, emprenderemos rápidamente el viaje de regreso en canoa. Pero... ¿lo conseguiremos?»

35

## 8. Semusha: entre la fiebre, la desesperación y la supervivencia.

No lo conseguimos.

El día 15, el doctor volvió a caer enfermo; el día 16, me tocó a mí. El día 19 ya no tenía fiebre, pero esta vez tuve que hacer un esfuerzo terrible para volver a ponerme en pie. Y cuatro quintas partes de nuestros hombres se encontraban en una u otra fase de la enfermedad, mientras que los demás se arrastraban de un lado a otro como fantasmas.

Solo Skaimunga estaba en pie, sano y activo. Es imposible describir hasta qué punto lo estaba. Podría escribirse todo un libro sobre los milagros cotidianos de valor, lealtad, iniciativa e ingenio gracias a los cuales nos mantenía con vida, nos alimentaba adecuadamente y hacía que nuestra existencia fuera lo más cómoda posible en aquel mundo húmedo e inundado de niebla espesa, lluvias interminables, humedad abrumadora e insectos que pululaban, reptaban y zumbaban, acechando ávidamente para mordernos, picarnos y envenenarnos.

Otro libro, un pesado volumen científico de 400 páginas, fue escrito más tarde por el doctor. Pues aquel hombrecillo parecía estar hecho únicamente de nervios. Su pasión devoradora por su trabajo parecía proporcionarle constantemente nuevas energías. Cada vez que conseguía esquivar un ataque de fiebre, o en el momento en que superaba la parte más terrible de uno nuevo, volvía a levantarse, incluso cuando apenas podía mantenerse erguido. Y tan pronto como volvía a estar de pie, se lanzaba de nuevo a sus observaciones y mediciones de los indígenas, les tomaba las medidas corporales y hacía moldes de yeso, analizaba interminablemente su propia enfermedad y la de los demás, se ocupaba de sus colecciones de insectos, aves, roedores y serpientes, me ayudaba a recopilar datos meteorológicos y a estudiar la topografía y la geografía de la región, y metía las narices en todo y en los asuntos de todo el mundo.

Lo cierto es que, a pesar de nuestra primera impresión devastadora de Semusha y de la desesperación que a veces se apoderaba de nosotros, aquellas semanas terribles y las que aún estaban por venir nos proporcionaron una

asombrosa riqueza de observaciones, colecciones y descubrimientos importantes.

Todavía hoy, varios científicos de distintas nacionalidades, que estuvieron ocupados en otras cosas durante la Segunda Guerra Mundial y los difíciles años de la posguerra, siguen estudiando, catalogando y evaluando el conjunto de resultados y datos que conseguimos reunir en aquellos días lejanos de duro trabajo pionero y sufrimiento casi constante. El mérito —me apresuro a decirlo— corresponde sobre todo al Dr. Cicogna. Y, como ahora quiero contar, al papel inesperado que Skaimunga habría de desempeñar en la vida y las acciones de todos nosotros.

36

Mientras tanto, en este libro quiero hablar de Bapuka, y no de los trabajos científicos que de algún modo conseguíamos realizar entre un ataque de fiebre devastador y el siguiente. Así que volvamos a Semusha y a cierto período terrible en el que creí que el final estaba cerca, no solo para el doctor y para mí, sino para todos nosotros.

No era únicamente que seis remeros y el más joven de los dos cabos hubieran muerto mientras esperábamos y esperábamos hasta tener suficientes hombres y fuerzas para atrevernos a emprender el viaje de regreso. Había muchas otras cosas que me preocupaban. Antes de que nos diéramos cuenta, había llegado mediados de marzo. Por la manera en que veíamos subir constantemente las aguas alrededor de Semusha, tuvimos que concluir que, aunque pudiéramos regresar inmediatamente a Lealui, ya sería demasiado tarde para salir de allí con nuestros coches y camiones.

Además, durante las seis semanas completas transcurridas desde nuestra partida de Lealui, no habíamos recibido ni una sola noticia de nuestros compañeros ni del comisario provincial, y tampoco habíamos podido enviarles señal alguna de que seguíamos vivos.

Ahora bien, para ser completamente exactos, tenía la vaga sensación de que habíamos recibido noticias suyas y de que también les habíamos hecho saber cómo nos encontrábamos. Pero solo una vez. Y por medio de tambores indígenas.

«Esta noche —había escrito en mi diario el 5 de marzo—, el jefe de Semusha vino a decirme que, por medio de los tambores de la selva, había

sabido que el comisario provincial estaba gravemente enfermo, que Bob, Walter y Charles no se encontraban bien, que todos estaban preocupados por nosotros y nos pedían que regresáramos inmediatamente. También dijo que había respondido con su tambor, describiendo nuestra situación y solicitando refuerzos que vinieran a recogernos. La única respuesta que había recibido era que una gran canoa había partido una semana antes, había sido volcada por hipopótamos y todos sus ocupantes habían sido devorados por cocodrilos. Nadie más se atrevía a venir. El jefe insiste en que dejemos con él a los enfermos que no pueden ser transportados y que partamos inmediatamente en una sola canoa, si conseguimos reunir suficientes hombres para tripularla.

Estoy tan enfermo que no podría jurar que el jefe me contó realmente todo esto. ¿O acaso fue una alucinación?»

37

O, si aquello fuera cierto, ¿podría tratarse entonces de una estratagema del jefe para librarse de nosotros? ¿Cómo podía comunicarse mediante tambores con otros indígenas, cuando no habíamos visto ni a una sola persona desde Lealui hasta Noyo, y luego desde Noyo hasta aquí? Ya no estoy seguro de qué pensar. Tampoco estoy seguro de lo que los hipopótamos podrían hacerle a aquella única canoa, que contaba con una tripulación insuficiente y que debíamos utilizar para el viaje de regreso. Lo único que sé con certeza es que se avecina un nuevo ataque de fiebre.

Después vienen seis páginas en blanco. Dicen mucho más que cualquier texto escrito sobre el estado en que nos encontrábamos. Tanto el doctor como yo habíamos llegado a un punto en el que rara vez alguno de los dos conseguía saltarse un ciclo de fiebre. Y eso no era todo. Cada vez que un nuevo ataque de fiebre nos derribaba, pasábamos ya tres días con una temperatura delirante y en pleno delirio, seguidos de otros tres días en un estado de coma casi ininterrumpido. Finalmente, volvíamos a levantarnos, pero ¡en qué condiciones!

Aquel doce de marzo estaba tan agotado que tuve que pedirle a Skaimunga que me afeitara. Aunque se esforzaba por no dejarlo notar, de repente parecía cansado. Sin embargo, nunca había estado enfermo ni un solo día. Y, como siempre, estaba alegre, era amable y poseía una serenidad indescriptible. Me dijo que el doctor dormiría hasta el día siguiente, durmiendo el sueño de los enfermos. Sosteniéndome firmemente, me condujo hasta mi mesa de campamento. Allí, por costumbre, abrí mi diario. Lenta y trabajosamente, leí

lo que había escrito seis días antes. Me pareció algo de lo que no sabía absolutamente nada, como si lo hubiera escrito otra persona, con otra mano, en una letra que apenas podía descifrar. Le pregunté a Skaimunga.

«Sí, padre», respondió, asintiendo solemnemente con la cabeza. «Es verdad. Son las palabras que el jefe le dijo. Son las palabras que los tambores le transmitieron».

«Pero», dije, «¿quién transmitió los mensajes? El sonido de los tambores no puede recorrer los 120 kilómetros que separan Lealui de Noyo, ni los 80 kilómetros entre Noyo y aquí».

¿Qué clase de hombres eran aquellos?, quería preguntar. ¿Dónde estaban? ¿Por qué no habíamos visto a ninguno de ellos? ¿Por qué no venían a ayudarnos a regresar? Pero ya no tenía fuerzas para discutir. Y Skaimunga no lo sabía, o no quería contarme nada más. Ya estaba en la entrada de la tienda.

«Un buen y sabroso caldo de pechuga de pintada le devolverá las fuerzas», dijo. Y desapareció.

38

A la mañana siguiente, el 13 de marzo, me encontraba mejor y estaba haciendo mi ronda entre los enfermos cuando apareció el doctor. No era más que una sombra de lo que había sido. Su rostro demacrado tenía un aspecto fantasmal bajo la barba de seis días. Pero sus ojos ardían como el fuego.

«No», dijo, «la fiebre ha terminado. Pero he tenido un sueño. Pongámonos en marcha. Rápido, antes de que vuelva a olvidar los detalles».

«¿Ponernos en marcha? ¿Adónde?»

«Al lugar que vi en mi sueño», dijo impaciente. «Está aquí mismo, en esta colina. A menos de cuatrocientos metros de aquí. Maravillosas pinturas de los bosquimanos sobre una losa inclinada de granito. Vamos, vayamos allí».

«¡Está usted loco!». Me encogí de hombros y sacudí la cabeza. «Usted, que nunca cree en nada, ¿ahora cree en los sueños?»

«¿Qué sabemos nosotros de los sueños?», replicó con vehemencia. «¿Nunca ha soñado que alguien disparaba un arma y se ha despertado después porque,

en realidad, algo había caído al suelo con un estruendo parecido al de un disparo? ¿Nunca ha oído hablar de novelistas que por la mañana abren los ojos, corren hacia su escritorio y escriben una historia entera que se ha formado en su cerebro mientras dormían? ¿No conoce la historia de August Kekulé, el famoso químico, que soñó que una serpiente se mordía la propia cola y giraba sin cesar ante sus ojos? Así fue como descubrió la teoría del anillo de benceno».

No me sentía capaz de hacer frente a semejante bombardeo de argumentos.

«Sí, sí, pero…»

## 9. Un descubrimiento en las profundidades de la tierra

La manera que tenía el doctor de «pedir» algo consistía en lanzar un tremendo «¡Eh!» que le gritó al jefe.

«Llévenos inmediatamente hasta el gran muro de enormes piedras que sobresale al otro lado de esta colina. Cerca del lugar hasta donde ha llegado ahora el agua. Hasta la roca que parece una cabeza humana sin nariz y que se mantiene en equilibrio sobre otra roca que parece los hombros de un hombre. Es el lugar donde los cazadores de tiempos antiguos grabaron en la piedra pequeñas figuras de cazadores y animales, que rellenaron con ocre de distintos colores. Hay pequeños arbustos dispersos por todas partes. Y justo enfrente de esa cabeza humana hay otras grandes piedras, una encima de otra. Así que no intentes tomarme el pelo ni decir que no puedes encontrar el lugar. ¡Porque yo lo conozco!»

El rostro del jefe era digno de contemplarse. Balbuceó que sabía con absoluta certeza que desde hacía años ningún ser humano se había acercado a aquella losa de piedra. Los indígenas no lo habían hecho porque, por alguna razón oscura transmitida por sus antepasados, creían que aquellas piedras contenían una magia maligna. Y ninguno de los poquísimos blancos que habían llegado alguna vez a Semusha se había atrevido a aventurarse tan lejos. Desde nuestra llegada, ni nosotros ni nuestros muchachos habíamos salido del pueblo. ¿Cómo podía entonces el Musungu hablar de aquel lugar como si lo hubiera visto con sus propios ojos?, preguntó temblando el anciano del pueblo. Y, después de reflexionar un momento, añadió: ¿por qué necesitaría el Musungu a un indígena para que lo guiara hasta allí si ya había visto el lugar?

«El Musungu», me apresuré a decir antes de que el doctor pudiera asustar aún más al jefe, «ha visto ese lugar en un sueño. Los espíritus de sus antepasados se lo han contado todo. Mientras dormía».

El jefe dejó escapar un profundo suspiro de alivio.

Como cualquier hombre primitivo, era supersticioso y creía en los sueños. Aquella explicación le resultaba convincente y la aceptó de buen grado. Además, si los antepasados del Musungu se habían tomado la molestia de venir a explicarle todo el asunto, eso significaba que no había ningún peligro en acercarse a aquellas piedras.

El jefe alzó la voz para difundir la noticia por todo el pueblo.

Era la primera manifestación de animación, casi de alegría, que habíamos observado hasta entonces en aquel lugar miserable. La gente nos rodeó. Otros corrieron hacia nosotros. Alguien empezó a reírse. Justo en aquel momento dejó de llover. Un rayo de sol intentó abrirse paso a través de la montaña de nubes que teníamos sobre nuestras cabezas. También fue el primer rayo de buen humor y felicidad que nos había bendecido desde que habíamos abandonado la carretera en Broken Hill. Y su efecto fue contagioso. Nosotros también empezamos a reír y a gritar. Incluso el cabo superviviente y algunos de nuestros muchachos menos enfermos fueron incapaces de resistirse a semejante estallido festivo de ruido. Salieron arrastrándose de sus chozas para unirse a nosotros.

40

«Pero», exclamó de repente el jefe, «¡no hay ninguna figura en esa piedra!».

«Están allí, sin ninguna duda», insistió obstinadamente el doctor. «Las he visto en mi sueño. Casi cuarenta».

Aquel breve intermedio alegre me había sentado tan bien que no me importaba acompañarlos, aunque todo resultara ser en vano.

«Muy bien, pongámonos en marcha y vayamos a verlo».

Prácticamente todo el pueblo se unió a nosotros. Al principio, todos se mostraban muy entusiasmados. Sin embargo, en cuanto apareció a la vista la

«cabeza humana», sus voces adquirieron un tono ligeramente dubitativo. Cuando tuvimos todas las piedras delante de nosotros, incluso desaparecieron los últimos valientes. Todos permanecieron inmóviles y en silencio, como si esperaran que aquellas rocas, a las que nos acercábamos con tanta prisa e irreverencia, nos hicieran pedazos.

Salvo por algunos detalles insignificantes, el saliente de granito era exactamente como el doctor lo había descrito. Llenos de esperanza, examinamos la superficie lisa que había mencionado: la parte inclinada que daba hacia la colina y que estaba mejor protegida de los elementos. Agarramos los escasos matojos de hierba que ocultaban la parte inferior de la roca y tiramos de ellos con las pocas fuerzas que todavía nos quedaban.

En Rodesia del Sur, donde existen por centenares, el descubrimiento de pinturas rupestres bosquimanas o petroglifos desconocidos ya habría sido un acontecimiento emocionante. Pero aquí, en Rodesia del Norte, donde, hasta donde se sabía, no existía ninguna de aquellas obras maestras del arte prehistórico humano, de entre diez mil y veinte mil años de antigüedad, la emoción era cien veces mayor. Y el descubrimiento habría tenido una importancia mil veces superior.

Tiramos y tiramos hasta quedar cubiertos de sudor y temblando por el esfuerzo. Finalmente, retiramos la escasa vegetación baja y dejamos al descubierto la base de la roca. ¡Ni un solo maldito dibujo! El anciano del pueblo tenía razón y el sueño del doctor no había sido, después de todo, más que un sueño febril.

«Eso era precisamente lo que yo pensaba y lo que expresé en voz alta, pero él ni siquiera se tomó la molestia de contestarme. Arrodillado en el suelo, ya estaba escarbando la tierra con sus manos nerviosas y fuertes. Rápido y excitado, como un terrier persiguiendo a una rata.

41

«Está aquí», jadeó. «Ayúdeme». Cogí el único pico que llevábamos y me puse a ayudarlo.

La curiosidad acabó imponiéndose entre los indígenas. Todos nos rodearon con cautela. Al ver lo duro que estábamos trabajando los dos, el anciano del pueblo y algunos de los hombres más valientes vinieron a ayudarnos. Y, efectivamente, en menos de diez minutos quedó al descubierto

la parte superior de las primeras figuras. Mientras continuábamos trabajando como poseídos, fueron apareciendo más pinturas rupestres. Una representaba a un antílope con cuernos que asomaba por detrás de un acantilado; la otra mostraba a un hombre que acababa de disparar una flecha con su arco. Ambas estaban representadas con un realismo asombroso: imágenes llenas de acción, movimiento y dramatismo.

«Exactamente como las vi», consiguió decir el doctor entre jadeos. «Allí abajo hay otros siete antílopes. Y otros tres cazadores. Y a la izquierda aparecen varias mujeres con las manos extendidas, participando en una especie de juego. También hay representado un hombre vestido como un árabe, algo que nunca se había visto hasta ahora en una pintura bosquimana africana. Y una palmera, un árbol que lleva miles de años extinguido en esta región. Que todos los hombres se pongan a trabajar y caven una zanja. Antes de que el agua siga subiendo». Y, dicho esto, se desmayó.

Cuando volvió en sí unos minutos después, sonreía con una felicidad indescriptible. Mis generosas promesas de regalos habían dado sus frutos. Todos los hombres disponibles estaban trabajando con los pocos picos y palas que teníamos, o transportaban la tierra en cestos para arrojarla detrás de la «roca de los hombros», como llamábamos a aquella sobre la que descansaba la «cabeza» en un equilibrio tan peligroso. Decenas de mujeres y niños contribuían al alboroto construyendo con la tierra empapada una especie de pequeño terraplén, que debía proteger la excavación de la subida de las aguas durante al menos unos días.

Poco a poco, las figuras descritas por el doctor fueron saliendo de su escondite milenario. Después de retirar parte de la tierra, que solo podía haberse acumulado allí a lo largo de cien siglos o más, quedó al descubierto, en toda su belleza completa y singular, la primera y única pintura rupestre descubierta hasta entonces en Rodesia del Norte.

El doctor, el cabo y yo nos turnábamos para supervisar el trabajo. Hacia el final del día siguiente, Skaimunga, que sabía que la fiebre volvería pronto a apoderarse de nosotros, nos trajo nuestra cocina plegable y mantuvo encendido en ella un fuego crepitante. A pesar de ello, y a pesar de nuestros pesados abrigos impermeables forrados de piel, antes de que terminara la excavación nos invadieron unos escalofríos tan violentos que ni siquiera éramos capaces de hablar.

42

Recuerdo perfectamente haber tomado docenas de fotografías del petroglifo con una cámara montada sobre un trípode. Recuerdo claramente que dirigí la cámara hacia nosotros, mientras estábamos de pie cerca de la estufa, y que hice una fotografía de todos nosotros utilizando el antiguo disparador automático con el que estaba equipada la cámara. Solo recuerdo vagamente que Skaimunga nos pidió que nos fuéramos a dormir, que nos acompañó hasta nuestras tiendas, me desvistió y me enterró bajo una enorme pila de mantas.

«Dales... dales todos los regalos que... que prometí...»

Lo siguiente de lo que fui consciente, cuando el tam-tam del anciano del pueblo me despertó con su fuerte estruendo, fue que ya había amanecido, aunque la luz era todavía pálida. Al parecer, estaba preparado para despertarme, o casi.

Me froté los ojos, los abrí y vi cómo Skaimunga arrancaba una hoja del calendario de pared. Le había enseñado a hacerlo todos los días. Era día 19. Intenté pensar: el 18, el 17, el 16, el 15, el 14... Conté hacia atrás.

«Cinco días desde que Skaimunga me llevó a la cama».

«¿Dónde», le pregunté, «dónde está el otro Musungu?»

«En su tienda», respondió. «Todavía está tan enfermo que su espíritu no ha dejado de hablar a través de su boca».

¿Cómo era posible que el doctor siguiera delirando después de cinco días? ¿Estaba empeorando? ¿Moriría como el cabo y los seis remeros?

Solo bebíamos agua que había sido hervida y después filtrada. Tomábamos tanta quinina como podíamos soportar. Nunca dormíamos sin utilizar una doble mosquitera. Cuando estábamos despiertos, durante las horas más peligrosas, llevábamos guantes en las manos y redes protectoras delante de la cara.

¿Podía ser que todas aquellas precauciones resultaran inútiles? Habíamos descubierto una pintura bosquimana, si no me fallaba la memoria. ¿Y qué? ¿Valía aquello nuestras vidas? ¿Todo aquel sufrimiento? ¿Y qué sentido tenía

todo aquello si quizá ninguno de nosotros volvería a regresar al mundo exterior?

43

Bueno, Skaimunga probablemente regresaría… después de habernos enterrado a todos. Que yo supiera, no tomaba ninguna precaución. Sin embargo, no había enfermado ni una sola vez. Pero ahora se comportaba de un modo extraño. ¿Por qué me miraba con aquella expresión seria y solemne, en lugar de mostrarse, como siempre, contento y aliviado cuando yo volvía en mí después de un acceso de fiebre? ¿Tenía alguna mala noticia que no quería comunicarme por miedo a alterarme? ¡Sí, tenía que ser eso!

Un sudor frío me perlaba la frente. El doctor también ha muerto; Skaimunga me ha mentido porque estoy tan débil.

## 10. Llamada de Bapuka.

Cerré los ojos e hice un esfuerzo desesperado por mantener los nervios bajo control. Luego miré al muchacho. «Ahora me encuentro bien», dije. «Habla».

«Musungu», comenzó, «he tenido un sueño».

¡Voy a hacerme abstemio! Esto de tantos sueños empieza a ser demasiado para mí. «Musungu», continuó Skaimunga rápidamente, como si adivinara lo que sentía, «desde que emprendimos el camino hacia Lealui, he estado intentando desesperadamente oír una voz lejana que me hablaba. Pero los oídos de mi espíritu no conseguían abrirse lo suficiente. Después de Lealui hubo demasiados enfermos de los que ocuparse, demasiadas cosas que hacer, y la voz lejana se fue debilitando cada vez más. Pero anoche, por fin, la diosa Bapuka me habló. Antes de acostarme, la invoqué y le supliqué por ti con todo el fervor de mi desesperación más profunda. Y al cabo de un rato habló. De ti y del otro Musungu. Muy en serio. Con gran insistencia».

Si hubiera sido otra persona, en aquel mismo instante lo habría mandado al diablo, a él y a su sueño. Pero, al fin y al cabo, era Skaimunga.

«¿Qué dijo tu diosa?», pregunté, y debo confesar que me consideré, si no precisamente magnánimo, al menos muy paciente y considerado.

«Dijo que, para salvar tu propia vida y la de todos tus amigos y sirvientes, tienes que venir conmigo», respondió. «Solo. En una canoa pequeña. Durante dos soles».

44

¿Dos días metido en una canoa pequeña? ¿En el estado en que me encontraba? ¿Se había vuelto loco? Sin embargo, hablaba como si estuviera transmitiendo un mensaje claro, que no admitía dudas, como si impartiera una orden imperiosa a la que no cabía oponerse, por imposibles que fueran las circunstancias.

Una vez más, todo parecía confabularse para obligarme a dar pasos contra los que mi sentido común y todos mis instintos –si es que se los podía llamar así– se rebelaban con vehemencia.

Si el ejemplo del doctor, apenas unos días antes, no me hubiera demostrado lo que podían significar los sueños, la sola idea de semejante viaje me habría parecido repulsiva, idiota, demencial. Pero el sueño del doctor había resultado ser cierto y nos había proporcionado el único resultado tangible y valioso de todos nuestros esfuerzos y sufrimientos desde el día en que nos habíamos dirigido hacia el oeste.

Si cualquier otra persona se hubiera presentado con una propuesta de semejante calibre –que un viaje fluvial de dos días hasta aquella tierra de nadie podía salvar mi vida y la de todos los blancos y negros de quienes yo era responsable–, me habría echado a reír o habría montado en cólera. Pero el hombre que me suplicaba que emprendiera un viaje tan absurdo era precisamente aquel a quien todos debíamos la vida una docena de veces.

Si hubiera tenido alguna posibilidad de elegir, alguna esperanza de recibir ayuda del exterior, al menos habría podido aplazar el asunto unos días. Pero nadie había llegado de Lealui. Y nadie volvería a venir de allí, ni de ningún otro lugar, y mis hombres estaban gravemente enfermos. Aunque fuera una última oportunidad desesperada y de aspecto ridículo, tenía que aprovecharla. Pero ¿cómo podía dejar solo al doctor? ¿Si no había nadie que pudiera cuidar de él? ¿Y qué pasaba con mi promesa al comisario provincial?

Skaimunga tenía preparadas sus respuestas. El cabo acababa de despertar de su acceso de fiebre. Al igual que yo, estaría bien durante tres o cuatro días y sería capaz de cuidar del Musungu, tal como Skaimunga se lo

había explicado aquella mañana con todo detalle. En cuanto al comisario provincial, Skaimunga sabía que yo había prometido no ir más allá de Semusha. Pero ahora, dijo, podía marcharme sin faltar a mi palabra. Los tambores que me habían despertado acababan de difundir la noticia. La fiebre había matado al «Hombre Blanco del Gobierno». Anoche. En el pequeño hospital de Mongu.

45

Sentí una profunda pena por el comisario provincial. Pero su muerte no solo me libraba de mi promesa condicional, como Skaimunga me había explicado. También me hacía comprender, más claramente que nunca, a qué destino estábamos todos condenados si no ocurría pronto un milagro.

Me levanté y empecé a vestirme.

«¿Adónde», pregunté, «te ordenó Bapuka que me llevaras? ¿Y qué se supone que debemos hacer allí, cuando apenas puedo mantenerme en pie?»

«No lo sé», murmuró Skaimunga. «No lo sé, Musungu. Pero tenemos que ir. ¡Hacia allí!» Y señaló directamente al oeste.

Me rasqué la cabeza. Pensé en las tierras que se extendían hacia el oeste: pantanos desconocidos, que no figuraban en los mapas, deshabitados y pestilentes. Pensé en el joven magistrado y sus diecisiete remeros: todos habían desaparecido allí sin dejar el menor rastro. Pensé en nosotros mismos, en la lamentable situación en la que había metido a mi expedición, y en los pobres negros cuyo rey yo había convencido para que los obligara a ponerse a mi servicio.

«¡Es la cosa más disparatada que he oído en mi vida!», concluí en voz alta. «Pero preparémonos y mañana…»

«Todo está ya preparado», me interrumpió Skaimunga. Me ayudó a ponerme mi abrigo más grueso. «Por aquí, Musungu».

Caminaba con enorme dificultad. Me daba vueltas la cabeza y la lluvia acabó por cegar por completo mis ojos, ya velados. No encontramos a nadie por el camino. Llegamos a una canoa. Era pequeña, pero su parte central estaba protegida por un toldo de juncos recién construido. Debajo había justo espacio para una de mis sillas plegables de campamento, que Skaimunga

había sujetado prudentemente con cuerdas; para una caja de hojalata que había llenado de provisiones; y, entre ambas cosas, para una gran fuente de barro en la que ya había encendido un buen fuego de combustión lenta.

Skaimunga me levantó en brazos, se metió en el agua vadeando, me acomodó en la silla y sonrió satisfecho cuando lo elogié por sus atenciones.

«Pero», pregunté, «¿dónde están tu lanza y mi rifle?»

«Quien sale a pedir la vida», dijo, «lleva consigo las armas de la muerte».

46

Empujó la canoa, subió a bordo con cuidado y se colocó sobre una plataforma plana en la popa, no más grande que una bandeja. Con destreza comenzó a manejar una pagaya, que al principio utilizó para impulsar la embarcación haciendo palanca. La pequeña barca se deslizó silenciosamente hacia delante, internándose en aquella inmensa extensión de agua sin horizonte que la limitara.

El monótono tamborileo de la lluvia sobre el toldo, el agradable calor del fuego y el lento y tranquilizador deslizamiento de la canoa pudieron conmigo. En cuanto cerré los ojos, me hundí en un sueño profundo y apacible. En cierto modo, me lo había ganado: según las reglas, aquel debería haber sido en realidad mi tercer día antes del coma. Y, sin embargo, nunca me he perdonado haber dormido tan plácidamente durante todas aquellas horas mientras Skaimunga, protegido únicamente por la ligera manta que ahora llevaba siempre, se afanaba sin descanso bajo la lluvia.

Tampoco me he perdonado haber perdido aquella oportunidad única de observar cómo conseguía abrirse camino por un territorio desconocido. Cuando regresé a la mañana siguiente, aquel lugar se me reveló como un increíble laberinto de islas: algunas eran colinas inundadas, con vegetación flotante –ramas frondosas de árboles medio sumergidos–; había bancos de barro que eran arenas movedizas peligrosas, y estrechos canales sinuosos de agua clara que solo un hechicero habría podido descubrir.

Pero, por encima de todo, siempre lamentaré haberme dejado caer en un sueño profundo durante aquellas horas, que habrían de ser las últimas que pasaría a solas con Skaimunga. En aquel momento, a pesar de sentirme todavía tan débil, tan confuso y tan desconcertado, no tenía ni idea de que

aquel hombre, que se había convertido en una parte tan esencial de mi vida, iba a ser arrancado de ella de manera tan repentina, tan pronto y tan irrevocable.

Cuando desperté, era aquella hora tardía de la tarde en que la lluvia suele detenerse por un rato y, a veces, el sol aparece como una esfera difusa de color rojo violáceo.

Abrí los ojos y sentí un dolor agudo: tan intenso era el resplandor de aquella luz opalescente e irreal a través de la cual nos deslizábamos hacia la bola rojo sangre del sol poniente.

«Musungu», dijo Skaimunga detrás de mí, «estamos cerca».

«¿Cerca de qué?»

«Cerca del lugar adonde Bapuka nos conduce».

¿Cómo podía saber adónde se dirigía, cuando yo ni siquiera conseguía distinguir la línea que separaba el cielo del agua?

47

Se lo pregunté, y me dijo que no había hecho otra cosa que remar o impulsar la canoa con la pértiga hacia el oeste. Si algún tramo intransitable o la presencia de demasiados cocodrilos lo habían obligado a desviarse de su rumbo, había seguido dando vueltas hasta poder recuperar la dirección original.

«¡Mira!», susurró. «¡Mira, Musungu, allí, justo debajo del sol!»

A través de la niebla luminosa pude apenas vislumbrar, más que distinguir con claridad, una línea dorada y dentada que indicaba la presencia de tierra firme y rocosa. Pero ¿por qué tanto entusiasmo?

«Humo», dijo Skaimunga con tensión. «De muchas chozas se eleva humo».

Yo no conseguía ver humo alguno. Sin embargo, si realmente había humo allí, significaba que existía una aldea, habitada por hombres, mujeres y niños. Personas que habían logrado tender un velo impenetrable de misterio en torno a sí mismas, a sus orígenes y a sus costumbres. Personas que habían

conseguido evitar ser descubiertas por los blancos; personas lo bastante orgullosas y poderosas como para intimidar a las tribus vecinas y obligarlas a guardar un secreto absoluto. Esa era la razón por la que los habitantes de Semusha parecían tan asustados. Y esa era también la razón por la que, al acercarnos nosotros, todos habían desaparecido a lo largo de las tierras bajas inundadas. Y quizá aquel fuera el lugar donde habían desembarcado el magistrado y sus diecisiete remeros, donde tal vez los habían capturado y matado… e incluso quizá devorado, siguiendo la buena y vieja costumbre caníbal.

«Musungu», dijo Skaimunga, «levanta las manos, con las palmas abiertas, para demostrar que no llevas ningún arma».

Levanté las manos y vi que él había dejado la pértiga en el suelo y hacía lo mismo. Ahora podía ver mejor. De los tejados se elevaba humo; eran incluso más empinados que los de Semusha. Había enormes bloques de roca esparcidos por todas partes en un desorden salvaje. Las chozas estaban parcialmente ocultas detrás de ellos. Pero ¿dónde estaban los habitantes? No se veía ni se oía a ningún ser vivo.

«¡Soy Skaimungaaa! ¡Bapuka me ha llamado aquí junto con mi Musungu!»

El grito de Skaimunga, amplificado por sus manos ahuecadas alrededor de la boca, se oyó a gran distancia. Pero nadie respondió.

48

## 11: Bapuka y la tribu oculta

El rostro de Skaimunga se contrajo de pronto con inquietud. Volvió a remar y dirigió la canoa hacia un lugar donde había varias canoas grandes amarradas una junto a otra.

Estaba a punto de decirle que se detuviera y esperara, para darme tiempo a pensar en la situación, cuando una voz potente gritó: «Solo quienes hagan lo que se les ordena podrán desembarcar sin peligro», resonó en la lengua barotse.

«Diles que haremos lo que nos ordenen», le mandé a Skaimunga.

«No nos pedirían eso si lo único que quisieran fuera que subiéramos a un gran caldero para cocinarnos la cena, ¿verdad?»

Skaimunga ya había respondido. Apenas se había apagado el eco de sus palabras cuando una figura imponente apareció lentamente detrás de uno de los grandes bloques de roca. El rostro del hombre tenía una expresión solemne, a pesar de la abundante pintura blanca. Su cabeza estaba coronada por un magnífico tocado de plumas escarlatas. Sostenía delante de sí, rígidamente, un bastón recto. Sus ojos penetrantes nos examinaron con atención. Su presencia tenía algo de asombrosamente majestuoso.

No se movió cuando la canoa encalló en la playa, ni tampoco cuando yo salté de la embarcación con toda la ligereza que pude reunir.

«Bienvenido, Musungu», dijo entonces. «Te estaba esperando». Lanzó una mirada pensativa y curiosa a Skaimunga, que se había colocado a mi lado.

«Este es Skaimunga», dije. «Es un buen hombre y no tiene malas intenciones».

Una extraña sonrisa iluminó los ojos del anciano. «Lo sé».

Mientras abandonaba lentamente la rigidez de su postura, de detrás de cada roca fueron apareciendo espíritus femeninos. Digo «espíritus» porque aquellas mujeres vestían túnicas blancas, tenían pintadas de blanco todas las partes descubiertas del cuerpo y parecían deslizarse hacia delante con extraños pasos de danza ceremonial, sin pronunciar palabra ni producir el menor sonido. Era la escena más inquietante que había presenciado en mi vida.

«De los súbditos de Bapuka», dijo el hombre de las plumas escarlatas, «soy el más elevado de todos».

Ajá, pensé, así que Bapuka existe de verdad. Este hombre es su hechicero supremo, una especie de sacerdote, por así decirlo. Pero ¿por qué nos deja…

49

«Sin saberlo», continuó el hechicero, «tú, hombre blanco, has curado la herida de Bapuka». ¿Yo? ¿Cómo? ¿Cuándo?

«Con pleno conocimiento», prosiguió, «curaré tu enfermedad y también la de los hombres que están contigo. A los blancos y a los negros por igual, sin distinción». ¡Dios mío, ojalá fuera verdad!, pensé. Todos esos hombres parecen fuertes y sanos. Parecen inmunes a la fiebre. Quién sabe cuánto tiempo llevan viviendo aquí; no es de extrañar, por tanto, que hayan descubierto algún remedio natural, que hayan preparado algún tipo de brebaje...

«Pero en cuanto hayas recuperado un poco las fuerzas», dijo el hechicero, «deberás marcharte. Porque solo quienes han absorbido el antídoto de Bapuka con la leche materna están protegidos para siempre contra el ardor devastador de las fiebres de los pantanos. Pero ven ahora».

Añadió una palabra de mando que no pude entender. Sonaba más o menos como «Banguayaluwitu». Fuera cual fuese su significado, los «espíritus» se alejaron deslizándose fuera de nuestra vista. Y tres hombres a los que no había visto antes salieron de una choza y se acercaron a nosotros. Eran musculosos, tan altos, robustos y de hombros anchos como Skaimunga, quizá incluso algo más. Sus ojos eran unas rendijas inexpresivas. El cabello, que llevaban trenzado en numerosas y largas trenzas, enmarcaba sus rostros anchos y completamente inexpresivos. Llevaban collares y pendientes de un metal amarillo que a mí me parecía más oro que latón, aunque quizá aquel brillo no fuera más que un efecto de la luz del sol poniente.

Cuando a la mañana siguiente me llevaron de vuelta a la aldea de Semusha, pude tomar una fotografía de aquellos tres hombres. Pero incluso hoy no sé quiénes eran ni por qué nos siguieron por el sendero de las cabras por el que nos conducía el hechicero. Supongo que serían una especie de sacerdotes de rango inferior del culto de Bapuka. En mi desconcierto, lo único que pude distinguir en aquel momento fueron sus trenzas y sus pendientes. ¿No era una coincidencia extraña? Skaimunga también llevaba anillos en los lóbulos de las orejas, aunque mucho más pequeños. Y él también había conseguido dar a su peinado una especie de aspecto trenzado. ¿Pertenecía a otra tribu que también vivía en aquellos pantanos y que todavía era desconocida para los blancos? ¿Era esa la razón por la que era inmune a aquellas fiebres bestiales? ¿Y por qué se había sentido tan persistentemente atraído hacia el oeste, por una fuerza instintiva, casi irresistible?

50

«Que ahora tus pasos sean prudentes», dijo el hechicero. Habíamos llegado a un grupo de arbustos densos y oscuros. Apartó las ramas y dejó al

descubierto la estrecha entrada de una cueva. Lo seguí hacia abajo, tanteando y tropezando en la repentina oscuridad.

Después de unos veinte pasos cortos y cautelosos por aquel pasadizo, llegamos a una enorme caverna. Una luz tenue entraba por una pequeña abertura en el techo rocoso. Por lo que podía juzgar, nos encontrábamos en una sala de forma aproximadamente circular, aunque irregular, de unos quince metros de diámetro y de altura. En el centro había un objeto oscuro. Para mi gran sorpresa, creí reconocer en él una estatua gigantesca. Calculé que medía al menos tres metros y medio; sobresalía por encima de nuestras cabezas hasta esa altura. A sus pies había una gran pila con carbón incandescente. Los tres hombres de las trenzas se inclinaron y se pusieron a manipular algo que pronto reconocí como unos fuelles primitivos hechos de piel de cabra. De inmediato se alzaron altas llamas que iluminaron la estatua por todos lados de una manera sumamente dramática. Era una impresionante obra de arte primitivo, tallada con notable destreza en una madera que no reconocí. Skaimunga, que estaba a mi derecha, dejó escapar una respiración entrecortada, casi un sollozo. «Bapuka, Musungu», me susurró al oído. «¡Exactamente como tantas veces he soñado con ella!»

Después permaneció inmóvil, con los ojos llenos de una reverencia indescriptible fijos en el rostro de la estatua.

No podía dar crédito a mis ojos. Nunca había oído que los nativos de aquella parte de África adoraran ídolos gigantescos de aquella clase. Nunca me había encontrado con una obra de arte tan perfecta y magnífica. Nunca había visto nada tallado en madera que pareciera tan antiguo.

El hechicero interrumpió el vertiginoso curso de mis pensamientos. «Musungu», dijo con su voz profunda, que resonaba en el silencio de la cueva y se veía reforzada por los suspiros rítmicos de los fuelles. «Han transcurrido tres veces cien lunas de diez desde el día en que aquellos perros sarnosos, los mercaderes árabes de esclavos, llegaron con el viejo rey de los Barotse y afirmaron ser nuestros amigos, solo para matar y masacrar. Y para robar a los hombres, mujeres y niños que habían sobrevivido. Para venderlos como esclavos.

51

Tantos árabes murieron por nuestras lanzas, y tantos más murieron después a causa de la fiebre, que su raza bastarda nunca se atrevió siquiera

a intentar regresar aquí. Pero habíamos perdido la flor de nuestro pueblo. Y nosotros, que nunca habíamos hecho daño a nadie, pronunciamos el solemne juramento de exterminar a cualquiera que se acercara a nuestra isla, incluso a nuestros hermanos negros Barotse, si alguna vez se atrevían a traer aquí a un extranjero».

En el silencio denso y absoluto que siguió, no necesité más de un minuto para tomar una decisión. «Lo juro», oí decir a mi propia voz, «por mis propios dioses, juro que yo tampoco traeré nunca aquí a ningún extranjero».

«Eso es lo que desea Bapuka», asintió el hechicero, como si con ello expresara su agradecimiento. Luego prosiguió pensativo: «Han transcurrido tres veces cien lunas de diez», repitió como hablando consigo mismo. «Mi anciano padre fue asesinado por los perros árabes. Y cuando yo, su único hijo, defendí a Bapuka, estuvieron a punto de matarme. Pero no morí. Bapuka — diosa del amor, fuente de la vida, manantial de la dicha— me curó. Y me prometió que un día me sería devuelto mi propio hijo único, al que los perros árabes habían raptado junto con mi esposa herida». Se detuvo un instante y tragó saliva con dificultad. «Porque», añadió, «debo enseñarle los antiguos secretos, los poderes mágicos del culto de Bapuka. Para que, después de mi muerte, pueda servirla. Como lo hizo mi padre. Y el padre de su padre. Y toda una larga, larguísima sucesión de sus antepasados varones directos antes que él».

Durante unos instantes, un silencio opresivo pesó sobre todos. Trescientas lunas, calculé. Eso equivalía a unos veinticuatro o veinticinco años. En aquella época Rodesia era todavía un país completamente salvaje; sus jefes depredadores se dedicaban únicamente a las matanzas y a los ataques contra otras tribus, con el fin de vender cientos de miles de esclavos a los árabes de la costa...

## 12. La despedida a Skaimunga y la bendición de Bapuka

El hechicero salió de las sombras en las que se había sumido y me tendió una cesta ligera. Una rápida ojeada me mostró que contenía unas cuantas hojas secas de un verde pálido y plateado. Se parecían un poco a la salvia, pero desprendían un aroma intenso y amargo.

52

«Una hoja», dijo, «debe masticarse cada día al ponerse el sol. Despacio. Hasta que no quede nada de ella en la boca. Espera hasta que la fiebre no haya regresado durante nueve días. Entonces márchate, Musungu, márchate, tú, tus amigos blancos y tus amigos negros. Porque estas hojas solo crecen en esta isla. Y son escasas. No puedo darte más. Toda mujer embarazada debe comerlas a diario hasta que nazca su hijo, y seguir haciéndolo hasta que este haya sido amamantado durante nueve lunas completas. Porque solo quienes han absorbido el antídoto de Bapuka con la leche materna están protegidos para siempre contra el ardor devastador de las fiebres de los pantanos».

Así de sencillo era, pues. Más tarde, el remedio demostró ser tan maravilloso como el anciano lo había explicado con tanta sencillez. Sin embargo, en aquel momento me fascinaban aún más los aspectos misteriosos de mi aventura que la débil esperanza que aquellas hojas secas podían despertar en mí. «Pero», empecé, «¿por qué nos has esperado? El sueño de Skaimunga…»

«La diosa», me interrumpió el sabio, «también me envió sueños a mí. La noche anterior a este día vi llegar a un hombre amable y desarmado, acompañado por un hombre negro entusiasta y sin armas. Musungu, Bapuka no puede equivocarse. Tú eres el hombre blanco. Todas sus bendiciones te protegerán; porque has curado su herida, me has devuelto a mi hijo, perdido desde hace tanto tiempo. ¡Mira!»

Con un movimiento inesperadamente ágil, agarró a Skaimunga por un hombro y le arrancó la manta con la que estaba cubierto. «Este no es Skaimunga. Es Ingulu, mi propio hijo, mi único hijo. ¡Mira!» Y con un dedo ligeramente tembloroso señaló los intrincados tatuajes que cubrían el cuerpo del joven, y después exactamente los mismos dibujos que adornaban el cuerpo de la estatua.

«Yo», prosiguió, «yo mismo grabé estos tatuajes imborrables en la delicada piel de Ingulu cuando tenía seis lunas, apenas unos pocos soles antes de que llegaran los perros árabes».

53

Aquella noche pasó mucho tiempo antes de que siquiera pensara en sacar mi catre de campaña de su funda, una tarea que Skaimunga se había ofrecido a realizar, pero a la que yo me había opuesto enérgicamente. Me encontraba solo en la cabaña apartada e impecablemente limpia a la que me había

conducido el hechicero. Fuera había vuelto a empezar a llover. Dentro de la cabaña, con el fuego ardiendo vivamente, los cuencos de madera llenos de comida apetitosa a mi alrededor y sin un solo insecto a la vista, me sentía relajado y feliz como no lo había estado en meses. No puedo decir si la cabaña estaba mejor construida, si la isla estaba menos infestada de insectos que Semusha o si los olores que emanaban de la cesta de hojas mantenían alejadas a aquellas plagas. En cualquier caso, era una dicha indescriptible que por fin me dejaran tranquilo. Y la hoja que acababa de terminar de masticar hizo que una fuerza olvidada durante mucho tiempo volviera a mi cuerpo, que una nueva claridad entrara en mi mente y que renacieran esperanzas en mi corazón.

«Pronto volveré a estar bien», me repetía una y otra vez. «Seré capaz de curar al doctor, al cabo y a los demás, y de regresar a Lelui. Podré cuidar de Bob, Walt y Charlie. Y todos podremos emprender el viaje de regreso, incluso en canoa si fuera necesario».

¿Las películas? ¿Las colecciones científicas? ¡Maldita sea, seguro que encontraríamos la manera de salvarlas también! ¿Cómo? Bueno, ¿qué me había pasado? El asunto no era tan complicado. Ahora que mi mente empezaba a funcionar de nuevo, el problema perdía de pronto toda dificultad. Solo necesitábamos conseguir suficientes canoas y atarlas unas a otras, de modo que formáramos varios pontones, cada uno lo bastante grande y resistente como para transportar uno de nuestros vehículos completamente cargados. Haría falta mucho trabajo, pero sin duda podía hacerse. Y antes de que transcurrieran los nueve días sin fiebre que el viejo hechicero nos había prometido. ¡El rey Yeta estaría seguramente más que dispuesto a ayudarnos cuando se diera cuenta de que así se libraría de nosotros para siempre!

De esta manera, incluso cuando las aguas alcanzaran su nivel máximo, podríamos llegar a la meseta sin descargar las colecciones ni sacar las películas del gran deshidratador. Lo más importante era marcharnos antes de que se agotara aquella escasa reserva de hojas. ¡Marcharnos con el doctor y Charles, con Bob y Walt y con todos nuestros africanos!

¿Con todos nuestros africanos? No. Eso era imposible, incluso aunque ninguno de ellos hubiera sucumbido a la fiebre durante nuestra ausencia. Skaimunga, con mucho el mejor de todos, estaba perdido para nosotros. Aunque le permitieran acompañarme de vuelta, sería la última vez que lo vería.

54

¡Bueno, magnífico, maravilloso Skaimunga! ¡Cómo se había mantenido allí ante su diosa y ante su padre cuando el anciano le arrancó la manta! Había intentado ocultar los sentimientos desbordantes de su corazón tras la máscara de indiferencia que se suponía que debía llevar un hombre bien educado y «honrado», pero no lo había conseguido tan bien como habría deseado. De hecho, sentí un escozor ardiente detrás de los ojos; tan conmovedora en su sencillez y dignidad había sido la reunión del padre con su hijo, perdido desde hacía tanto tiempo, al que la fe del anciano nunca había dejado de esperar.

Para ocultar mis sentimientos, me había vuelto y examiné la estatua tan de cerca como permitían las llamas: su alto peinado, tallado con esmero y cariño; su rostro absurdamente pequeño, pero de una sonrisa tan humana; sus hombros estrechos, sus pechos asimétricos y su cuerpo tatuado con tanta maestría. Y las joyas reproducidas fielmente alrededor del cuello, las muñecas y los tobillos. Lo más asombroso de todo era el «Impande» que colgaba sobre sus pechos, la preciosa concha que durante tantos siglos, antes de la llegada del hombre blanco a África central y meridional, había sido la insignia de los más grandes potentados negros.

¿No era aquella la misma Impande que los lejanos Baila creían que había sido introducida en tiempos inmemoriales por Bulongo, uno de sus antepasados míticos, casi divinos? ¡Pero claro que sí! Ahora lo recordaba con claridad. No hacía tanto tiempo, como preparación para mi expedición a los Ba Ila, había estudiado páginas enteras de periódicos y libros de gran autoridad. Incluso ahora era capaz de ver con toda claridad ante mí frases enteras, como si estuvieran encerradas entre comillas.

«Entre las tribus que utilizan la lengua ila en el valle del Kafue (así habían escrito Smith y Dale), ciertos espíritus ancestrales son objeto de gran veneración; pero, de todas las figuras del panteón ila, el más sabio es también el más importante, el semidiós supremo Bulongo... Es el Muzhimo de todo el país; no hay allí comunidad alguna que no le rece... Y Bulongo también fue un ser humano y procedía del Salaland... Del Salaland procedía la concha Impande; pues cuando la gente de Bulongo bajó de allí, trajo consigo las conchas, y también toda clase de riquezas, como las grandes cuentas Bukolwe y Manbulukutu. También se cuenta, acerca de esta interesante cultura y de los ritos relacionados con el culto a Bulongo, que los hombres de tiempos antiguos los encontraron aquí cuando llegaron a esta región hace muchísimo,

muchísimo tiempo, y que ofrecieron sacrificios a Bulongo a ciegas, simplemente porque lo conocían de oídas...»

55

¿Existía alguna relación entre Bapuka y Bulongo? Y, de ser así, ¿cuál? El viejo hechicero parecía no oír mis preguntas. Sin embargo, cuando le pregunté por la desaparición del magistrado y de sus diecisiete remeros, me escuchó de inmediato, y su voz estaba llena de auténtica preocupación. ¡Qué expresión se dibujó en su rostro cuando me explicó lo que había ocurrido! ¡Qué vívidas y convincentes eran sus dramáticas palabras! Mientras hablaba, casi podía ver ante mí a aquellos diecisiete hombres negros, enfermos y aterrorizados, deliberando en secreto durante noches interminables sobre lo que debían hacer, sobre cuál de los muchos males que los rodeaban sin piedad sería el menor. ¿Debían huir y abandonar al hombre blanco, al que querían y que sufría de fiebre, a una muerte miserable y lenta? ¿Y quedar deshonrados para siempre? ¿O seguir adelante con él a través de los «Pantanos del Misterio»? ¿Y correr el riesgo de que descubriera la isla donde sabían de antemano que todos serían asesinados sin piedad? ¿Y qué sería entonces de su rey y de su tribu si un hombre de Semusha, una vez que se hubiera difundido el rumor, hablara y revelara cómo había encontrado la muerte el hombre blanco?

Finalmente, habían llegado a una decisión. «Mañana nos iremos», habían anunciado débilmente sus tambores en la oscuridad de la noche. «Porque el hombre blanco insiste en que lo hagamos. Pero pereceremos. Moriremos de hambre y encontraremos nuestra tumba en los vientres de los cocodrilos. Todos nosotros. Y también el hombre blanco. Porque, de todos modos, no le queda mucho tiempo de vida».

Y, estoicamente, habían llevado a cabo su desesperada decisión. ¿Increíble? No. No en aquella lúgubre cueva donde la diosa Bapuka había reinado durante incontables siglos. No cuando la trágica historia era relatada de nuevo con tanta solemnidad y, sin embargo, con tanta sencillez por aquel anciano sabio, ligado por un juramento sagrado y cuya boca, como yo sabía, no mentía ni podía mentir.

Yo seguía sentado allí, reviviendo aquellos momentos en la cueva de Bapuka. Intentaba imaginar las últimas horas de agonía del magistrado, que con toda probabilidad se habían visto privadas de dolor gracias a la bendición de la inconsciencia. Seguía reflexionando sobre los últimos acontecimientos, mientras una parte de mi mente ya se ocupaba afanosamente de los planes

para nuestro futuro inmediato, cuando un destello de luz se filtró por las rendijas alrededor de la puerta. La puerta de corteza de árbol se abrió y apareció el venerable hechicero. Sus tres ayudantes de largas trenzas lo seguían, uno de ellos con una antorcha en la mano. Y mientras sacaban en silencio las pocas pertenencias que llevaba conmigo, el anciano habló con la imponente dignidad que le era propia.

56

«El día aún no ha nacido», dijo. «Pero antes de que te marches, para que llegues a la costa de Semusha mientras los habitantes del poblado todavía están en sus chozas, hay unas palabras que deben pronunciarse».

Fue una despedida de una cortesía tan exquisita como pocas veces había recibido. Sin embargo, podía comprender su punto de vista. «Mi hijo —continuó— me ha abierto su corazón. También me ha contado las desgracias de su pasado. Sus sufrimientos fueron grandes y numerosos. Pero cuando estaba a punto de perder la vida, tú lo salvaste. Cuando estaba encadenado, tú lo liberaste. Durante todo el tiempo que estuvo contigo, fuiste para él un padre cariñoso. Ahora Bapuka será tu madre amorosa. Si las cadenas te retienen, Bapuka te librará de ellas. Si tu vida corre peligro, Bapuka te salvará».

Y, con un gesto principesco, me ofreció sobre sus manos extendidas una pesada estatuilla de madera: una reproducción exacta, de 35 centímetros de altura, de la diosa Bapuka, que yo había examinado tan detenidamente en la cueva.

Intenté responder, pero no pude pronunciar palabra. Sin embargo, el anciano sabio supo leer mi gratitud a través de mi desconcierto.

«Esta —dijo— es la única pequeña imagen de Bapuka que existe: la que, desde hace incontables generaciones, vela por la choza en la que el más alto servidor de la diosa vive solo, medita e interpreta los sueños y otras señales que ella le envía.

Ahora ella ha ordenado que te la entregue. Y la bendición de Bapuka estará siempre contigo. Pero no te desprendas de Bapuka, salvo de una manera que te permita complacerla mientras la dicha de la vida y del amor puedan permanecer contigo. Porque recuerda: vivir es amar. Y amar es vivir».

En aquel momento estaba demasiado asombrado, confuso y cansado para encontrar sentido a las palabras del anciano. Tampoco me dio tiempo para hacer preguntas. Ya se dirigía hacia la puerta. No me quedó más remedio que coger mi casco tropical, cubrirme a mí mismo, a Bapuka y al cesto de hojas secas con mi pesado abrigo y seguirlo al exterior, hacia la oscuridad lluviosa.

57

No volví a ver a Skaimunga hasta que llegamos a la canoa. Estaba muy ocupado supervisando la carga del equipaje, avivando el fuego y dando instrucciones a los hombres de las trenzas. Uno de ellos, como era natural, debía llevarme de vuelta remando. Los otros dos debían seguirnos en una segunda canoa, que mis remeros devolverían a la isla.

«Que la paz permanezca contigo», le dije al hechicero. Le tendí la mano a Skaimunga. Él la agarró y la apretó entre las dos manos con tanta fuerza que casi me rompió los huesos. Ninguno de los dos parecía capaz de pronunciar palabra. Solo cuando la canoa llevaba ya varios minutos deslizándose lejos, me llegó la voz de Skaimunga: «Que la paz te acompañe, Musungu», dijo, apenas capaz de contener su emoción. «Por siempre».

«¡E-èh!», respondí, a la manera de los Barotse.

Un doble «¡E-èh!» llegó como respuesta desde la distancia, que aumentaba rápidamente. Después reinó un profundo silencio, roto únicamente por el tamborileo de la lluvia y el suave sonido del agua desplazada por las vigorosas paladas.

## 13. La maldición del curandero

Así fueron las cosas. ¿Hay que creer en la magia? ¿O, más sencillamente, en las bendiciones sinceras? ¿Se puede decidir si una diosa pagana —o, al menos, las mentes agradecidas y sabias, los corazones de sus más altos servidores, que desean de todo corazón el bien de los demás— pueden influir en la vida de una persona? ¿Hay que suponer que la autosugestión pudo tener algo que ver con lo que me sucedió después?

Por supuesto, todo depende de la disposición mental de cada persona. Si las inclinaciones naturales de alguien lo hacen receptivo a lo sobrenatural, interpretará estos acontecimientos como una prueba nebulosa, pero no por ello menos asombrosa, de las fuerzas misteriosas que gobiernan el oscuro

mundo del hombre primitivo y que —según él— también dirigen los días de cualquiera que penetre profunda y plenamente en ese mundo y se identifique con él durante la mayor parte de su propia vida.

Si, por el contrario, cualquier cosa que rebase los límites de los cinco sentidos y del conocimiento generalmente aceptado no hace más que irritar y repeler a una persona, esta llegará a una opinión completamente opuesta. Considerará entonces lo ocurrido durante los muchos años que siguieron como una serie de acontecimientos puramente fortuitos, que no demuestran ni refutan absolutamente nada, salvo quizá que el destino puede gastarnos bromas muy extrañas.

Eso apuntaría a una cantidad muy, muy grande de coincidencias. Pero, una vez más, solo hay una cosa que puede decidirlo: los hechos.

58

Desde aquella noche en que me fue entregado Bapuka, cuando dejé atrás la isla cuya ubicación geográfica exacta había prometido solemnemente no revelar jamás (y que, hasta donde pude averiguar, sigue siendo desconocida incluso hoy para todos los blancos), y al fiel Boy, hacia quien siento una deuda de gratitud inestimable, han sucedido muchas cosas extrañas.

Las hojas secas del hechicero no solo restablecieron temporalmente nuestra salud, y durante el tiempo suficiente para permitirnos salir de las tierras bajas inundadas con nuestro safari transportado sobre pontones. No, durante un tiempo incluso nos sentimos tan revitalizados que el doctor y yo, antes de que la fiebre volviera a apoderarse de nosotros, y con el enérgico apoyo de nuestros tres técnicos, pudimos llevar a cabo una considerable cantidad de investigaciones y recolecciones en Semusha, en Noyo, en Lealui y también en aquella sección del Zambeze que entonces todavía estaba prácticamente inexplorada.

Naturalmente, aquella fiebre maligna regresó más tarde, a intervalos mucho más largos y adoptando gradualmente una forma más leve, hasta que finalmente desapareció por completo.

En realidad, aquella región era tan salvaje y estaba tan llena de misterios de toda clase aún sin resolver —y nosotros nos sentíamos mucho mejor y de nuevo llenos de confianza— que, tan pronto como volvimos a alcanzar el terreno seco de las mesetas de Mankoya y Barotse, nuestro entusiasmo por

perseguir varios objetivos científicos al mismo tiempo nos llevó a dividirnos en dos o tres grupos separados.

La mayor parte del tiempo, el doctor partía con algunas tiendas y los dos camiones que transportaban nuestras colecciones, cada vez más numerosas. Él conducía uno de los vehículos y uno de los mecánicos conducía el otro.

59

Charlie tomaba una dirección diferente con el camión que contenía dos camas de campaña plegables, el precioso deshidratador de película y todo el equipo cinematográfico. El segundo mecánico hacía de conductor, ya que Charlie deseaba pasar la mayor parte del tiempo viajando sobre el techo del vehículo, con sus cámaras siempre listas para disparar, para captar alguna escena de la población indígena o de la caza mayor que le pareciera interesante o que tuviera que filmar por encargo de alguien.

En cuanto a mí, bueno, volvía a tener el placer de vagar a mi antojo con plena libertad de acción, metiendo las narices aquí o allá o deteniéndome cuando lo deseaba.

Utilizaba el camión más pequeño, que arrastraba una caravana de camping: una caja de dos ruedas que podía abrirse en pocos minutos y transformarse en una tienda muy cómoda con veranda. La tienda contenía dos buenas camas, elevadas muy por encima de la humedad y los insectos del suelo, además de una mesa y una silla. La veranda, que por la noche se cerraba por todos lados con lonas de tienda, constituía una especie de segunda habitación: mitad cuarto de baño, mitad comedor.

Cada una de estas unidades se completaba con un cocinero más o menos bueno y otro personal africano.

Y como en aquellos tiempos prácticamente no existían carreteras y ni siquiera se soñaba todavía con utilizar radioteléfonos para comunicarse entre los vehículos, antes de separarnos no podíamos hacer otra cosa que fijar un punto de encuentro: uno de los muy pocos nombres de localidades que aparecían en nuestros mapas, por lo demás casi completamente en blanco.

Allí solíamos reunirnos de nuevo después de semanas de inmersión en las regiones más inquietantes, tras vadear ríos y rodear elevaciones demasiado escarpadas u obstáculos infranqueables. Nos encontrábamos para

intercambiar los resultados obtenidos o las pistas descubiertas, reparar todo lo que se había desorganizado, disfrutar durante un tiempo de comidas mejor organizadas y períodos de descanso relativamente más largos y, en ocasiones, planificar nuestras siguientes expediciones, que, según su naturaleza y sus exigencias, se llevarían a cabo juntos o nuevamente por separado.

No hace falta decir que quizá estas reuniones se celebraban puntualmente una vez cada mucho tiempo. Sin embargo, en la mayoría de los casos tenían lugar con retrasos de días, si no de semanas.

Y ello por una de las mil causas posibles, entre las que se encontraban no solo las enormes dificultades provocadas por el terreno salvaje y, en consecuencia, las continuas averías de los vehículos, sino también el hecho de que un grupo se perdía irremediablemente cada vez que uno de nosotros era lo bastante obstinado como para confiar en sus propias intuiciones e instrumentos en lugar de en el infalible instinto de los africanos. (Pero de eso hablaremos más adelante.)

O bien otro grupo quedaba irremediablemente atascado en el momento más inesperado, por la sencilla razón de que sus ayudantes indígenas habían salido corriendo de repente, presas de algún temor supersticioso, o porque un misterioso hechizo había embrujado a la mayoría de ellos y los había enfermado, de modo que no podían moverse del lugar, algo igualmente repentino e inexplicable.

60

Me gustaría destacar dos ejemplos que me sucedieron durante aquellos viajes a través de las vastas extensiones de Rodesia del Norte y que nunca he olvidado. En parte por el miedo y los retrasos que provocaron, pero sobre todo por los nuevos horizontes que me abrieron al permitirme conocer y apreciar cada vez más la variada sabiduría, la profunda psicología y los asombrosos poderes de los curanderos y hechiceros africanos.

Quizá el más extraño de estos acontecimientos comenzó la mañana en que Soap, mi muchacho de lavandería, rompiendo por completo las normas de etiqueta de la vida en el campamento, entró en mi caravana de camping para despertarme y traerme una taza de té matutino.

Eso bastó para hacerme comprender que había abierto los ojos en un mundo lleno de acontecimientos graves. Y el sabor del té —o, mejor dicho, su total ausencia de sabor— confirmó inmediatamente aquella impresión.

Si la primera desviación de las costumbres significaba que algún acontecimiento misterioso me había privado de los servicios de Cigarette y Penny, los muchachos de las tiendas, la segunda anunciaba que el cocinero y Tikky, su ayudante, tampoco estaban presentes.

Solo cuando Soap decidió contarme una larga y laboriosa historia sobre espíritus malignos, almas de antepasados, hechizos maléficos y no sé qué más, pude al menos averiguar que sus cuatro compañeros habían enfermado repentinamente y que, por tanto, no había ninguna posibilidad de que mi campamento se levantara temprano aquella mañana, como estaba previsto, y continuara su marcha.

Sin embargo, estaba muy lejos de imaginar lo que aquella interrupción pronto iba a enseñarme acerca del sentido de la justicia de un barotse y de los métodos rápidos y brutales que este barotse solía emplear para obtener lo que consideraba su derecho cuando resultaba ser un hechicero de primera categoría.

La epidemia, cuya naturaleza desconocía y que había afectado tan repentinamente a la parte indígena de mi campamento, presentaba ciertamente síntomas bastante alarmantes.

En la choza que compartían, mis cuatro muchachos estaban tumbados y ofrecían un aspecto gravemente enfermo.

61

Sus ojos y labios estaban hinchados, sus frentes cubiertas de sudor frío, sus manos frías y rígidas. Mis repetidos intentos de despertarlos y darles ánimos solo provocaron gemidos por parte de los muchachos enfermos y fuertes lamentos fuera de la choza, donde Soap se había quedado obstinadamente y me había asegurado con vehemencia que el interior de la choza estaba lleno de espíritus malignos que querían llevarse a sus compañeros, y que no tenía ningún deseo de unirse a una compañía tan peligrosa.

Durante las veinticuatro horas siguientes, los muchachos tampoco mostraron ningún signo de mejoría, a pesar de las generosas cantidades de aceite de ricino, quinina y aspirina que los obligué a tragar. Por el contrario, su estado parecía empeorar cada vez más. Y como el médico más cercano se encontraba a más de 300 km, no había caminos que condujeran hasta allí y yo no sabía absolutamente nada acerca de la naturaleza de aquella extraña enfermedad que había afectado a los muchachos, me sentí profundamente preocupado.

Cuando, por tanto, vi a un anciano acercarse lentamente al campamento y lo reconocí por su barba blanca y el gran collar de colas de mono que llevaba, me pareció como si Dios me lo hubiera enviado.

Lo había visto apenas unos días antes, cuando había venido a preguntarme si sabía algo acerca de unos animales que le habían robado y que eran muy valiosos porque estaban destinados a una ceremonia sumamente sagrada.

Ya no podía recordar si se trataba de vacas, cabras, ovejas o gallinas. Lo que sí recordaba era que se trataba de un hechicero y, evidentemente, de uno muy importante; pues durante su breve estancia en mi campamento, todos mis muchachos se habían mantenido bastante alejados de él y habían mostrado una sumisión completamente inusual.

Veamos si puede hacer algo por mis hombres enfermos, pensé.

Pero no fue necesario pedírselo, porque cuando me reconoció, me saludó y dijo:

«Vengo a visitar a aquellos que están en manos de los espíritus malignos».

Era extraño que supiera de ellos, pues nuestro campamento estaba tan aislado que, durante los pocos días transcurridos desde mi llegada, no había visto a ningún indígena aparte del anciano.

Pero en aquel momento eso tenía poca importancia. Y, sin decir una palabra, seguí al anciano, que ya se había encaminado hacia la choza de los muchachos.

62

## 14. El juicio de Dios: una enfermedad misteriosa

La experiencia me ha enseñado que una de las cosas en las que un hechicero es infalible es la manera en que juzga a un hombre blanco que, por casualidad, lo observa mientras practica su arte.

Si se da cuenta de que uno tiene prejuicios contra sus métodos, de que lo considera un charlatán o de que desea observarlo únicamente para burlarse de él, puede uno estar seguro de que se marchará en silencio y con indignación o, si las circunstancias lo obligan a practicar en presencia del hombre blanco, despachará el asunto en pocos minutos con unos cuantos gestos y palabras que no serán más que comedia y fanfarronería.

Sin embargo, si su intuición —y repito que parece ser infalible— le indica que uno demuestra un interés sincero y un sentimiento de respeto —llamémoslo así— por sus artes, y que no habla ni lo molesta con preguntas constantes, generalmente no tendrá inconveniente en mostrar sus prácticas mágicas de la manera más natural.

Permitirá que uno lo siga paso a paso, lo observe e incluso fotografíe cada fase del procedimiento.

Así sucedió en este caso.

En cuanto llegamos a la choza, el hechicero se detuvo delante de la puerta y comenzó a murmurar algunas palabras «mágicas» y a golpear el suelo con los pies en una especie de danza.

Luego entró, y yo lo seguí muy de cerca.

Inmediatamente lanzó al aire tres pizcas de un polvo que parecía polvo ordinario y que había sacado de una pequeña bolsa que llevaba a un lado.

Examinar a los enfermos y establecer un diagnóstico, como hacemos habitualmente nosotros, no formaba parte en absoluto de su programa. Se limitó a mirar fijamente a los muchachos, uno tras otro, desde el rincón donde se había instalado.

No puedo decir si lo que hizo después obedecía a un plan preconcebido o era el resultado de su examen.

Pero sin duda se trataba de uno de los ejemplos más impresionantes de poder mágico que había presenciado jamás, debido a la precisión matemática con la que actuaba el hechicero, la rapidez y celeridad de los resultados que conseguía y la línea recta que seguía para obtener justicia.

63

De un pequeño cuerno de antílope oculto en su extravagante collar, sacó cuidadosamente un largo pelo negro que, a juzgar por su textura áspera, procedía evidentemente de algún animal.

Acercándose muy suavemente a Cigarette, tomó delicadamente el pelo entre sus dedos y comenzó a pasarlo por la frente del muchacho, muy ligeramente, de un lado a otro, de un lado a otro.

El muchacho yacía allí como muerto, con los ojos cerrados y los labios apretados.

El anciano continuó con aquel lento movimiento de un lado a otro durante varios segundos. Luego se inclinó sobre Tikky, el ayudante del cocinero, un muchacho, casi todavía un niño, y comenzó a pasarle el pelo por la frente de la misma manera.

Pero al primer contacto del pelo, un sonido extraño rompió el silencio de la choza: el balido de una cabrita.

Con gran asombro, comprobé que aquel sonido procedía de Tikky, que permanecía completamente inmóvil, salvo por la apertura de sus labios cuando emitió aquel grito lastimero, que sonaba exactamente como el balido de un cabrito.

El hechicero repitió cuatro veces su lento movimiento de un lado a otro, y cada vez el balido se repitió con la precisión inhumana de un juguete mecánico.

Lo mismo ocurrió cuando el anciano se volvió hacia el cocinero. Solo que el cuerpo inerte del pobre hombre fue sacudido inmediatamente de la cabeza a los pies por un violento escalofrío.

Sin embargo, el movimiento del pelo no tuvo absolutamente ningún efecto sobre Penny, el último de los cuatro.

El hechicero, cuyos ojos brillaban de satisfacción, me miró durante un instante, como si quisiera disfrutar del cumplido silencioso contenido en mi expresión de asombro e interés.

Luego, dándome la espalda, se inclinó primero sobre Cigarette y después sobre Penny —los dos que no habían reaccionado— y realizó sobre sus cuerpos ciertas manipulaciones que yo no podía ver, sino únicamente deducir por los movimientos de su cabeza y sus codos.

Finalmente, se incorporó, caminó tranquilamente hacia la salida de la choza y me hizo señas para que lo siguiera.

A unos treinta pasos de la choza, se detuvo y fijó la mirada en la entrada por la que acababa de salir. Yo también me quedé mirándola fijamente, aunque no sé qué esperaba ver.

Siguieron varios minutos de silencio absoluto mientras esperaba detrás del anciano.

64

Entonces Cigarette y Penny salieron de la choza, con los rostros libres de hinchazón, los cuerpos ágiles y fuertes, sin mostrar ningún resto de la enfermedad que hacía apenas unos instantes había resultado tan alarmante.

Sin embargo, a diferencia de su comportamiento habitualmente despreocupado, llevaban la cabeza baja, como si se avergonzaran. No nos saludaron y se dirigieron inmediatamente hacia los arbustos al borde del claro.

Aunque no quería molestar al hechicero con preguntas innecesarias, no pude evitar preguntarle qué había sucedido y adónde iban los muchachos.

«Espera, Musungu», fue su única respuesta.

Pero sus ojos me miraron con una sonrisa fugaz.

Transcurrió un cuarto de hora mientras yo permanecía allí, mirando primero hacia la choza y luego hacia la densa maleza en la que habían desaparecido los dos muchachos. Sin embargo, no sucedió nada.

Finalmente, el hechicero me habló:

«Mira, Musungu», susurró.

Y vi a los dos muchachos salir de los arbustos, cada uno con una cabrita negra que balaba lastimosamente en sus brazos.

Cuando los dos muchachos se acercaron a nosotros, por fin recordé que el hechicero, cuando me había visitado unos días antes, me había preguntado precisamente por dos cabras de ese tipo.

Entonces también comprendí que el pelo con el que se habían acariciado las frentes de los cuatro muchachos debía proceder de uno de aquellos animales, destinados a una ceremonia tribal.

«Los gemelos consagrados al gran dios Monze», murmuró el hechicero, más para sí mismo que para mí.

«Pero ¿dónde los encontraron los muchachos?», pregunté.

«Lo sabían, aunque no los robaron. Sabían dónde aquellos otros dos» —y asintió indignado en dirección a la choza— «los habían escondido después del robo».

Y escupió furiosamente en el suelo.

El rostro de Soap, que apareció detrás de una choza con los ojos desorbitados, atrajo su atención.

«A este lo vi yo mismo el día del robo, abajo junto al manantial, mientras lavaba ropa, y sabía que era inocente. Por eso la enfermedad pasó de largo ante él».

De esto se desprendía claramente que la enfermedad de los cuatro muchachos había sido provocada deliberadamente por el propio hechicero.

Pero ¿cómo? ¿Mediante qué medios misteriosos?

¿Y cómo había logrado expulsar aquella enfermedad de dos de los muchachos con semejante maestría?

65

Pero el hechicero volvió a hablar. «Esos dos», dijo, asintiendo de nuevo en dirección a la cabaña, «verán pasar otro sol antes de que termine su sufrimiento, para que el futuro no los busque en vano».

Y se marchó con un saludo, tan imponente como siempre, aunque llevaba un cabrito bajo cada brazo. Ojalá pudiera ofrecer una explicación completa de las artes del hechicero. Por desgracia, no me es posible. Solo recuerdo bien las muchas conjeturas que me pasaban entonces por la cabeza y la curiosidad con que esperaba ver qué ocurriría con mi cocinero y Tikky. No les administré más medicamentos, sino que me limitaba a visitarlos de vez en cuando para comprobar cómo se encontraban. Sin embargo, su estado permaneció inalterado hasta el día siguiente. Yacían, por así decirlo, en un estado de inconsciencia, gemían de vez en cuando y la terrible hinchazón de sus labios y ojos persistía sin disminuir.

Entonces, de repente —exactamente veinticuatro horas después de que el hechicero se marchara—, los boys volvieron a la vida. Los vi salir de la cabaña en un estado físico completamente normal, extender sus mantas y lavarse y restregarse a conciencia, tal como exigían las normas del campamento.

Después pasaron cerca de mí, murmurando el saludo más triste y más lleno de culpabilidad de sus vidas. Y, sin esperar mis órdenes, corrieron hacia los otros tres boys y recogieron el campamento junto con ellos, haciendo un intento conmovedor de recuperar mi favor mediante un empeño en el trabajo absolutamente sin precedentes.

## 15. Atakufa Kesho: La maldición del rinoceronte blanco

El segundo ejemplo que mencioné ocurrió unos meses después, mucho más al este, al otro lado de Rodesia del Norte, en la frontera con el Mozambique portugués. Una vez más había salido por mi cuenta, incluso mucho más que de costumbre. El terreno era tan irregular y rocoso que tuve que dejar atrás mi camión y el remolque-caravana y continuar mi camino a pie durante varios días. Algunos porteadores contratados en el lugar transportaban a regañadientes sobre sus cabezas una pequeña tienda de emergencia, mi cama de campaña y un par de cajas de alimentos y municiones, además de algunas otras cosas indispensables.

66

Cigarette y Peany, Soap, el cocinero y Tikky no habían recibido autorización para cruzar la frontera. Por eso había tenido que pagarles lo que les correspondía y darles una buena prima para que pudieran regresar a sus aldeas de Barotseland. En su lugar, me había visto obligado a contratar allí mismo a unos cuantos boys, a quienes los pocos inmigrantes portugueses y los funcionarios de aduanas me habían recomendado como bastante fiables. Procedían de la misma aldea, situada cerca de la frontera, que los porteadores, que para entonces ya se habían quedado bastante atrás. O, para expresarlo con mayor precisión, habían venido.

Porque ellos, los porteadores y los dos guías habían desaparecido en masa y sin hacer ruido durante la noche anterior. De modo que, en aquella sofocante tarde de agosto, podría haber desafiado al mundo entero a encontrar, en toda la meseta espinosa de Tsenan, otra criatura viviente que estuviera siquiera la mitad de sola y desalentada que yo.

Con disgusto, repasé mentalmente mis diversas pertenencias, desperdigadas a mi alrededor, intentando decidir cuál de las decenas de asuntos urgentes debía abordar primero, cuando sucedió algo totalmente inesperado. El ejemplar más desagradable e insignificante de hombre indígena que jamás había visto apareció de pronto ante mis ojos, como si hubiera descendido deslizándose del aire. Y, sin embargo, sin aquel indígena quizá nunca habría sabido nada de la absurda «maldición del rinoceronte blanco», ni habría visto después con mis propios ojos cómo un ser humano se transformaba de una manera que casi debo calificar de milagro.

A una distancia prudente, la figura esbelta y agotada se quedó inmóvil, vacilante. Con sus piernas diminutas, tensas y separadas, y la ligera lanza sostenida a media altura con desconfianza, el hombre me observaba atentamente, como si estuviera dispuesto a huir ante la menor señal de disgusto por mi parte.

«Bueno», pregunté suavemente, «¿de qué tienes miedo?»

Solo entonces se atrevió a acercarse unos pasos y pronunciar unas palabras de saludo. Hablaba suajili, una lengua con la que, por fortuna, ya estaba bastante familiarizado. Después de que yo le dirigiera unas palabras de ánimo, explicó modestamente cómo se había enterado de mi difícil situación. A media mañana, dijo, había estado bebiendo en el manantial

cuando se acercaron varios hombres que hablaban en voz alta. Se había escondido y había escuchado su conversación.

67

Aunque no había podido entender todo lo que decían en su propia lengua, había comprendido que eran hombres malvados, a quienes no les importaba abandonar su trabajo y dejar a su bwana en la estacada.

Cuando los hombres hubieron saciado su sed y se marcharon, decidió venir a ver si tenía la suerte de poder ocupar su lugar. Porque necesitaba mucho dinero. Y con mucha urgencia. Así que había seguido sus huellas de regreso, y allí estaba.

Parecía demasiado bueno para ser verdad. Sin embargo, pocos minutos después ya crepitaba un alegre fuego en la cocina plegable. Y poco más tarde se habían amontonado ramas espinosas en los puntos estratégicamente más importantes, como protección contra los saqueadores nocturnos.

Y antes de la puesta del sol, el hombrecillo se alejó trotando alegremente, cargado con las bolsas de lona vacías para el agua, para ir a buscar una nueva provisión de agua potable.

A la mañana siguiente le pregunté cómo se llamaba. Mi pregunta pareció desconcertarlo profundamente. Entonces dijo: «Soy el hijo de Masakini».

Aquella respuesta era realmente curiosa. En primer lugar, Masakini significa «El Desdichado». En segundo lugar, nunca había oído que un indígena mencionara el nombre de su padre sin revelar antes el suyo propio.

Lentamente, como si buscara las palabras adecuadas, añadió: «Soy el nieto del Maldito». Y una vez más, como la tarde anterior, tenía un aspecto tenso y asustado, dispuesto a salir huyendo.

«¿Por qué iba una madre a querer llamar a su hijo “El Maldito”? ¿No debía eso traerle mala suerte?»

«No fue su madre», dijo el hombrecillo. «Al padre de mi padre le dieron ese nombre cuando ya era viejo, por la desgracia que había causado a su aldea».

El comienzo de la historia, según parecía, se remontaba casi cien años atrás, a la época en que su abuelo, en plena juventud, era un jefe próspero en el norte.

Su riqueza no procedía tanto de los ingresos de su tribu como del kanga, el rinoceronte blanco, del que por aquel entonces todavía abundaban los ejemplares en el África Oriental Británica. El abuelo era el más despiadado de todos los cazadores y tenía sus propios métodos. Pues, aunque nunca se llevaba consigo ni siquiera a uno de sus súbditos, conseguía abatir cada año decenas de aquellos temibles kanga, especialmente hembras, ya que en esta especie son ellas las que tienen los cuernos más largos.

68

El abuelo del hombrecillo había convertido su especialidad como cazador en una auténtica mina de oro, pues las pieles de rinoceronte, y aún más sus cuernos, tenían un gran valor. Pero el rinoceronte blanco (que no es blanco en absoluto, sino de un color gris parduzco) se reproduce muy lentamente. Como el animal terrestre más poderoso y, después del elefante, el más grande de todos, solo da a luz una cría cada vez, y además a intervalos muy prolongados. La matanza persistente de las hembras con los cuernos más grandes condujo rápidamente a la casi total desaparición del kanga en el territorio del jefe.

Entonces el jefe encontró otra solución para seguir manteniendo su riqueza: comenzó a vender a sus súbditos a los traficantes árabes de esclavos de la costa.

Algunos años después, también se agotó esta fuente de ingresos, pues todo el que podía correr huía y se escondía en la espesura. Los traficantes de esclavos, descontentos por las entregas cada vez más escasas de «marfil negro», atacaron el poblado por la fuerza. Esta vez capturaron al propio jefe, junto con veintidós de sus familiares adultos. Les colocaron collares de metal alrededor del cuello y los unieron entre sí mediante una larga cadena de hierro. Después cargaron a los hombres con el «marfil blanco» de los colmillos de elefante y empujaron a sus prisioneros delante de ellos en dirección a la costa.

Cuando aquella larga fila de desgraciados desarmados atravesaba un claro, un enorme rinoceronte salió trotando de la espesura. Mientras los traficantes árabes de esclavos se dispersaban en todas direcciones, el

rinoceronte, resoplando y bufando con estrépito, embistió directamente contra el jefe prisionero.

El gigantesco monstruo, que pesaba seis toneladas, golpeó con una fuerza terrible. No solo ensartó al viejo jefe con su cuerno frontal de metro y medio de longitud, sino que el impacto fue tan violento que los otros veintidós esclavos se rompieron el cuello todos en el mismo instante y murieron en el acto.

Esta tragedia tuvo un efecto enorme en los pocos supervivientes de aquella tribu que antaño había sido numerosa y próspera. Los hechiceros vieron en ella una maldición que perseguiría para siempre a la familia de su antiguo jefe. Entonces le cambiaron el nombre y lo llamaron «El Maldito». Su único hijo superviviente recibió el nuevo nombre de Masakini, «El Desdichado». Él y su madre fueron desterrados del territorio de la tribu.

69

Unos treinta años después, la maldición volvió a actuar. Masakini, que había encontrado refugio en el sur de Tanganica, se casó allí y formó una familia en su pequeña granja. De repente, fue atacado y muerto por un rinoceronte blanco, el único que se había aventurado en aquella región desde que existía memoria. Su esposa murió poco después, pero no sin antes haber exhortado a su único hijo, todavía joven, a seguir avanzando cada vez más hacia el sur, hacia tierras donde no hubiera kangas. Así fue como el hombrecillo creció y pasó unos años aquí y otros allá. Cada vez que corría por la espesura el rumor de que se había avistado un rinoceronte en las proximidades, él se apresuraba a poner pies en polvorosa. En aquel momento, la meseta de Tsenan le parecía un lugar completamente seguro. Sin embargo, sabía de antemano que la antigua maldición seguía persiguiéndolo. Algún buen día, sin duda, también allí aparecería un rinoceronte en las cercanías y tendría que huir de nuevo. De lo contrario, la maldición también se cumpliría en él.

«¿Es esa la razón por la que no quieres decirme tu nombre?», le pregunté con la mayor delicadeza posible.

Asintió tímidamente. Luego, con resignación, encogió sus estrechos y huesudos hombros y dijo: «Me llamo Atakufa Kesho». ¡No era de extrañar que tuviera el aspecto de un animal acosado y acorralado! Literalmente, aquel nombre significaba «el que muere mañana». Pero había algo más detrás de él.

Reflejaba la presión constante bajo la que vivía, la aceptación fatalista del destino que, tarde o temprano, inevitablemente caería sobre él, y la repulsión que los demás nativos debían sentir hacia él, como si fuera una especie de cadáver viviente.

Sin embargo, explicó con absoluta seriedad, durante todo aquel tiempo había estado lleno de una esperanza que ocupaba todos sus pensamientos. Si tan solo lograba reunir suficiente dinero para consultar a cierto hombre sabio, entonces se quitaría el pesado fardo de sus débiles hombros.

«Necesito dinero, mucho dinero. Lo suficiente para comprar dos vacas», suspiró. «Y necesito perseverancia para seguir las enseñanzas del hombre sabio». Enderezó sus hombros huesudos y sacó su débil pecho hacia fuera. «Sin embargo, de perseverancia sí que tengo», continuó. «En cuanto al dinero, puedo ganar el precio de una vaca trabajando para ti, Bwana. Para la segunda vaca ya he ahorrado suficiente. Aquí tienes el dinero, Bwana».

70

Y, dicho esto, sacó de su taparrabos un pequeño y pesado paquete de monedas, envuelto en el trozo de tela más sucio que uno pudiera imaginar. Cuando me pidió que lo guardara por él, no pude negarme. Me lo entregó con tanto orgullo y con un gesto tan majestuoso que cualquiera habría pensado que contenía una colección de diamantes preciosos.

Atakufa Kesho no exageraba cuando decía que tenía perseverancia. Por supuesto, debió de haber momentos en los que conseguía echar una breve cabezada o comer algo. Pero nunca lo vi comer ni dormir. Se levantaba mucho antes de que yo despertara. Trabajaba sin descanso, como un hombre poseído, permanecía a mi alrededor hasta que yo me retiraba a descansar por la noche y, después, mantenía encendidos los fuegos durante toda la noche. Parecía adivinar de antemano todos mis deseos y me prestó más ayuda en mis investigaciones que cualquier africano e incluso que algunos de los hombres blancos que había llevado conmigo en mis expediciones.

El único milagro que ni siquiera él era capaz de realizar consistía en conseguir porteadores, sencillamente porque no había absolutamente ningún habitante indígena en toda la región circundante.

Cuando mi estudio de la meseta de Tsenan se acercaba a su fin, Atakufa Kesho volvió a convertirse en mi salvador. Le expliqué dónde había acordado

reunirme con mis compañeros y le entregué una nota para ellos. No solo tenía poca confianza en que aquella misión pudiera llevarse a cabo, sino que además conocía un desvío por el que uno de nuestros camiones podía llegar sin grandes dificultades hasta el lugar donde tenía instalado mi campamento. Siempre que, añadió con desconfianza, el otro Bwana le permitiera viajar en el camión para que pudiera mostrarles a mis hombres el camino correcto. Fue incluso más allá y me dejó agua y comida suficientes para diez días, prometiendo regresar antes de que transcurriera ese plazo.

Y, por increíble que pueda parecer, en la mañana del noveno día oí acercarse un estruendo constante: el de nuestro camión más grande. Y aquel hombrecillo extraordinario lo condujo, sin vacilar ni un instante, hasta un lugar situado a no más de veinte metros de mi tienda. Tras un breve intercambio de saludos y noticias, Charlie, uno de los mecánicos, y seis de sus mejores muchachos comenzaron a empaquetar y cargar el equipo, con la enérgica ayuda de nadie menos que aquel a quien ahora llamábamos «el hombrecillo de la gran perseverancia».

¿Y qué ocurrió entonces? Por mucho que me partiera el corazón, tuve que decirle que había llegado la hora de nuestra despedida.

71

E così dicendo, tirò fuori dal suo perizoma un piccolo e pesante fagotto di monete, avvolto nel pezzo di stoffa più sporco che si potesse immaginare. Quando mi chiese di custodirlo per lui, non potei rifiutare. Me lo consegnò con tale orgoglio e con un gesto così solenne e magniloquente, come se contenesse una collezione di diamanti preziosi.

Atakufa Kesho non esagerava quando affermava di possedere fermezza. Naturalmente, dovevano esserci stati momenti in cui riusciva a concedersi un breve sonnellino o a mangiare qualcosa. Ma non lo vidi mai né mangiare né dormire. Si alzava molto prima che io mi svegliassi. Lavorava incessantemente, come un uomo posseduto, rimaneva sempre nei miei paraggi finché non mi ritiravo per la notte e poi manteneva accesi i fuochi per tutta la notte. Sembrava intuire in anticipo ogni mio desiderio e mi fu di maggiore aiuto nel mio lavoro di ricerca di qualsiasi africano e persino di alcuni degli uomini bianchi che avevo portato con me nelle mie spedizioni.

L'unico miracolo che neppure lui riusciva a compiere era trovare dei portatori, semplicemente perché in tutta la zona circostante non c'erano assolutamente abitanti indigeni.

Quando il mio studio dell'altopiano di Tsenan volgeva al termine, Atakufa Kesho divenne ancora una volta il mio salvatore. Gli spiegai dove avevo concordato di incontrare i miei compagni e gli consegnai un biglietto per loro. Non solo nutriva pochi dubbi sulla riuscita di quell'incarico, ma conosceva anche una deviazione attraverso la quale uno dei nostri camion avrebbe potuto raggiungere senza troppe difficoltà il luogo in cui avevo allestito il mio accampamento. A condizione, aggiunse con aria sospettosa, che l'altro Bwana gli permettesse di viaggiare sul camion, così da poter indicare ai miei uomini la strada giusta. Fece persino di più: mi lasciò acqua e viveri sufficienti per dieci giorni e promise di tornare entro quel termine.

E, per quanto possa sembrare incredibile, la mattina del nono giorno udii avvicinarsi un rombo regolare: quello del nostro camion più grande. E quello straordinario ometto lo condusse senza esitazione fino a un punto situato a non più di venti metri dalla mia tenda. Dopo un breve scambio di saluti e notizie, Charlie, uno dei meccanici, e sei dei loro migliori ragazzi cominciarono a preparare e caricare il materiale, energicamente aiutati da nessun altro che da colui che ormai chiamavamo «l'omino dalla grande fermezza».

E che cosa accadde allora? Per quanto mi spezzasse il cuore, dovetti dirgli che era giunta l'ora di separarci!

71

El pobre Atakufa Kesho estuvo a punto de desmayarse al recibir la noticia. Había trabajado para mí durante menos de un mes. Según sus propios cálculos, ni siquiera había ganado lo suficiente para comprar una pata de vaca, y mucho menos una vaca entera. Sin embargo, yo veía las cosas de otra manera y podía pagarle diez veces la cantidad acordada, y aun así tener la sensación de haber ahorrado dinero, sin contar con mi gratitud hacia él. Mis compañeros, que para entonces ya habían escuchado toda su conmovedora historia, añadieron también algunos pequeños regalos en dinero.

Cuando sumó todo aquello al dinero que me había confiado para que se lo guardara y calculó cuánto ascendía el total, pensé sinceramente que iba a desplomarse de alegría. Mientras nuestro camión, cargado hasta los topes, avanzaba dando tumbos y traqueteando por la accidentada y rocosa meseta,

siguiendo el sendero apenas visible que Atakufa Kesho nos había indicado con tanto esmero, vi por el espejo retrovisor cómo su conmovedora y delgada figura se hacía cada vez más pequeña. Continuó despidiéndose con la mano, lenta y tristemente, hasta que desapareció de nuestra vista.

«Adiós, pobre hombrecillo», pensé para mis adentros. «Sé que nunca volveré a verte. Y me alegro de ello. Porque nada sería más espantoso que tener que presenciar cómo la maldición se cumple en ti y cómo un gigantesco monstruo de rinoceronte te aplasta hasta convertirte en pulpa...»

Pero el futuro demostraría que estaba equivocado. ¡Y qué equivocado estaba!

## 16. La independencia africana: ¿bendición o maldición?

Incluso hoy, cuando cuatro quintas partes del continente africano se han sacudido tan repentinamente sus cadenas coloniales (aunque, en la mayoría de los casos, de una manera tan catastrófica) y se han convertido en unas treinta naciones más o menos «independientes» en menos de tres años, nadie que actúe de buena fe y tenga cierto conocimiento de los hechos puede negar una realidad: que la intervención de las potencias europeas en África durante el siglo pasado, así como la red de puestos de policía y funcionarios, misioneros, hospitales y escuelas que habían establecido en prácticamente todos los territorios, por remotos que fueran, ha tenido en muchos aspectos los efectos más beneficiosos para la población indígena. Esto, aunque en algunos casos aquellos comienzos fueron casi tan sangrientos, si no exactamente tanto, como lo que ha ocurrido recientemente como consecuencia natural de una libertad obtenida prematuramente y de forma demasiado repentina.

72

En la práctica, esto ha significado el fin de los espantosos horrores de la esclavitud y de las interminables guerras de exterminio que las tribus libraban unas contra otras. Ha permitido establecer fuentes de abastecimiento de alimentos regulares y permanentes, y ha frenado la propagación de las epidemias más terribles. Ha mejorado y multiplicado los rendimientos de la agricultura y la ganadería. En gran medida, ha abolido la práctica de ceremonias bárbaras en las que se ofrecían sacrificios humanos, así como los crueles castigos en forma de diversos tipos de tortura, entre ellos uno de los más espantosos: el empalamiento.

Pero, por mucho que me esfuerce, personalmente no consigo sentir demasiada admiración por la indecorosa precipitación con la que esas mismas potencias europeas se retiraron de repente y provocaron que la raza negra, por así decirlo, recorriera en un segundo la enorme distancia que nosotros, los blancos, hemos recorrido penosamente, centímetro a centímetro, a lo largo de miles y miles de años y a costa de tantos sacrificios, derramamientos de sangre, disciplina, sufrimiento y heroísmo.

Yo mismo tuve que dedicar casi veinte años a estudiar antes de estar suficientemente preparado para ocupar mi lugar en el mundo. Y durante aquellos años –así como durante muchos de los anteriores y muchos más de los posteriores– viví en el seno de una familia que era, a su vez, producto de una civilización que había recorrido paso a paso el largo camino desde la Edad del Bronce y había dejado atrás hitos como Cicerón, César, Dante, Leonardo da Vinci, Colón, Volta, d'Annunzio y Marconi, por mencionar solo algunos.

¿Y acaso debo considerar que yo mismo y todas las generaciones que me precedieron éramos un conjunto de necios, en comparación con el negro, hasta el punto de que él pueda recorrer en unos pocos años el camino que a nosotros nos llevó decenas de siglos conquistar?

Por supuesto, hay excepciones, relativamente escasas: el individuo negro que demuestra una inteligencia prometedora y capacidad de desarrollo. Sin embargo, en la mayoría de los casos me parece una criatura digna de lástima: una planta de desarrollo precoz, cultivada artificialmente en un invernadero y luego expuesta a las nieblas y nevadas del invierno. Una vez que se queda a su suerte, por lo general no encuentra en el mundo ningún lugar preparado para acogerlo, y su propia formación superficial no basta para que pueda crearse uno por sus propios medios. Y así, a menudo, acaba convirtiéndose en un inadaptado infeliz.

73

Hace poco tuve la oportunidad de debatir abiertamente esta cuestión con un joven bantú perteneciente a esta categoría. Como hijo de una distinguida familia de jefes tribales, naturalmente despierto, ágil e inteligente, podría haber vivido satisfecho y feliz en su aldea de la costa occidental, respetado por todos. Los ingresos procedentes de sus rebaños de ganado y de su huerto le habrían permitido disfrutar de una vida cómoda y, además, le habrían dejado

un amplio margen para aplicar y desarrollar sus buenas cualidades en el ejercicio de su función hereditaria como jefe tribal.

Pero la civilización lo arrancó de su hogar y primero lo llevó a una escuela misionera local, después a un colegio en Europa y finalmente a una universidad estadounidense, con el propósito de darle a conocer las emociones, las comodidades y las diversiones de los blancos, permitirle echar un vistazo fugaz a un mundo nuevo y maravilloso y, de repente, decirle: ¡Tómalo, es tuyo!

Entonces llegó el duro despertar. Se sentía insatisfecho y desdichado tanto en su propio país como en aquel Eldorado del que apenas había podido vislumbrar una parte. ¿Cómo podía regresar a las miserables y sucias chozas de su aldea y llevar una vida de ocio casi perezoso y de extrema sencillez, después de haber aprendido a apreciar la higiene y los baños, los automóviles y las casas hermosas, los teatros y las bibliotecas, los ballets, los cines y los conciertos?

Pero ¿cómo podía conseguir aquellas cosas maravillosas cuando esa misma civilización que había despertado en él el deseo de poseerlas ahora le cerraba de golpe las puertas sociales y económicas que conducían a aquel paraíso? Ni siquiera podía intentar abrirse paso por la fuerza a través de aquellas puertas que se cerraban a su alrededor de una manera tan desconcertante. El complejo de inferioridad surgido de su repentino traslado se había vuelto tan poderoso que había sustituido la seguridad natural del orgulloso hijo de un gran jefe tribal.

«¿Somos nosotros los culpables?», me preguntó con toda seriedad. «Ustedes, los blancos, vinieron, ocuparon nuestra tierra y nos dijeron que lo hacían por nuestro propio bien, para salvar tanto nuestras almas como nuestros cuerpos. Nos ordenaron olvidar nuestras costumbres, nuestras tradiciones y nuestra forma de vida, y adoptar la suya, en la que tendríamos los mismos derechos y deberes que ustedes».

74

Entonces, de una manera tan inesperada que dejaba sin aliento, se concedió la independencia a mi país y este se convirtió en una nación. Tenemos nuestra propia bandera y nuestro himno nacional. Tenemos nuestro

propio presidente, un primer ministro, nuestros ministros, embajadores y delegados ante las Naciones Unidas, etcétera. Yo podría haber sido uno de ellos, haber realizado un buen trabajo y haberme sentido orgulloso de ello, pero solo si hubiera pertenecido al partido adecuado. Yo era miembro del partido equivocado. Cuando me apresuré a regresar a casa para ofrecer mis servicios, me metieron en la cárcel. Naturalmente, sin juicio alguno. Con la ayuda de unos amigos conseguí escapar, pero no antes de que me hubieran molido a golpes hasta dejarme medio muerto.

Y ahora, ¿qué puedo hacer? Desde luego, no regresaré a nuestra capital mientras ese partido esté en el poder. Quizá me permitan volver tranquilamente a mi pueblo. Pero el hecho es que ya no tengo un lugar bajo el sol. Ni entre mi propia gente, que me admira porque la desprecio, ni mucho menos en su mundo, que me desprecia simplemente porque me ha enseñado a admirarlo.'

En cuanto a las cosas del alma, hicieron falta miles y miles de años de lucha, persecución y un despertar gradual de la conciencia antes de que pudiera aparecer Jesucristo. Después han transcurrido casi veinte siglos y todavía solo tenemos ideas vagas, divididas y contradictorias acerca de sus enseñanzas. ¿Cómo podemos, entonces, si nosotros mismos carecemos de unidad y precisión en nuestra concepción de la religión y la ciencia, pretender que estos frutos tan arduamente conquistados de nuestra civilización debían penetrar en unos pocos años en la mente de una raza grande y extraña?

La gran mayoría de los bantúes civilizados con quienes he abordado el tema han hablado mucho de Dios y de los santos. Pero, cualquiera que sea la fe que profesen dentro de su nueva religión, no es más que una nueva forma de superstición que ha ocupado el lugar de la antigua. Por desgracia, carece de las raíces profundas, de la filosofía imparcial pero profunda y de la exposición infantil —aunque, desde su punto de vista, justa y lógica— de los grandes hechos de la creación que les enseñaban sus antiguas religiones paganas.

75

Si examinamos a fondo el cristianismo de un bantú bautizado, descubriremos que el nuevo Dios al que adora, según sus propias palabras, no es otro que el Dios de sus antepasados, con la única diferencia de que se le ha añadido una larga barba blanca y un trono de nubes en el que se sienta majestuosamente, que está envuelto en una túnica de color claro y que detrás

de su cabeza cuelga algún objeto circular y nebuloso. A Jesucristo y a los apóstoles simplemente los ha elevado a la categoría de superbrujos-curanderos, de quienes se supone que realizaron milagros aún mayores que los hechiceros de su propia tribu. Por cierto, no ha perdido en absoluto toda su confianza en estos últimos.

En cuanto a la Virgen María, siempre recordaré la explicación que me dio un zulú que había recibido educación en una misión católica. «María es la Madonna», me dijo, «y la Madonna es una sacerdotisa de la pitón. Solo que mucho más poderosa».

Los vicios, los defectos y los excesos de los blancos han sido adoptados, lamentablemente, con bastante rapidez por los bantúes, pero no sus virtudes. Harán falta decenas de años, y no de días, para que nuestras ideas sobre el honor y la justicia, la sinceridad y la decencia, la compasión, la responsabilidad y lo que llamamos «democracia» arraiguen en el corazón del indígena, en lugar de estar simplemente pintadas sobre la superficie de su personalidad.

Mientras tanto, al adoptar las nuevas costumbres, olvida las virtudes innatas de su propia raza y pierde gran parte de aquella maravillosa riqueza de instintos e intuiciones que poseían sus antepasados y que, a lo largo de innumerables generaciones, habían ido agudizando cada vez más gracias a su contacto constante con la naturaleza y con sus fuerzas visibles e invisibles, benéficas y perjudiciales.

Incluso dejando de lado a individuos tan excepcionales como aquel magnífico Skaimunga o, a su manera, el pobre pequeño Atakufa Kesho, se comprobará que el indígena medio, cuando se le observa en su entorno natural e intacto, es en un 90 % atractivo, alegre, feliz y despreocupado. Modesto en su desnudez, elegante en sus movimientos y sumamente hospitalario con lo poco que tiene a su disposición, es leal, bueno y honrado. Durante los muchos años que he pasado en África, he tratado con miles de africanos «incivilizados» y nunca, realmente nunca, me he encontrado con uno que fuera un sinvergüenza de pies a cabeza.

76

Decenas de veces he dejado un camión cargado de conservas alimenticias y de valioso equipo de todo tipo, completamente sin vigilancia al borde de la carretera durante semanas o meses, y nunca nadie lo ha manipulado ni ha

registrado su contenido. Solo una vez he sido víctima de un robo, y debo decir que el sinvergüenza que me robó la cartera cuando la dejé unos minutos en mi coche en Kampala era un indígena tan civilizado que sabía leer y escribir bastante bien. Tuve que comprobarlo cuando más tarde utilizó esas habilidades para enviarme una carta en la que exigía que le recomprara los documentos personales que había encontrado en la cartera y que para él no tenían ningún valor.

Es cierto que millones de bantúes han conseguido ahora el Uhuru, la independencia con la que habían soñado durante tanto tiempo. Pero ¿qué ha ocurrido? Los numerosos blancos que, a pesar de todos sus defectos, también habían difundido la salud, la justicia y una prosperidad relativa entre aquellos que estaban bajo su protección, gracias a su duro trabajo, han sido en la mayoría de los casos desplazados y sustituidos por pequeñas camarillas de políticos negros. Embriagados por el poder, estos solo piensan en prosperar personalmente y enriquecerse, mientras que las masas bajo su régimen ya no tienen empleo ni derecho humano alguno, sino que pasan hambre, son encarceladas, asesinadas, violadas, robadas y prácticamente reducidas de nuevo a la esclavitud. Y esto cuando no son diezmadas por epidemias que reaparecen y que ya no se mantienen bajo control, o por nuevas matanzas entre razas, tribus e incluso partidos políticos, aunque muy pocos tienen siquiera una idea de lo que estos partidos políticos pretenden representar.

Estas son mis convicciones personales, y tengo suficiente sentido común como para abstenerme de afirmar que yo tengo razón y que los demás, quienes no comparten mis opiniones, están equivocados. Pero basta con observar lo que ha sucedido (y sigue sucediendo) en el antiguo Congo Belga y Katanga, en Togo y Camerún, en Ghana, Chad, etcétera.

Sin embargo, este no es un libro sobre política, sociología ni otras cuestiones de ese tipo. El punto que, en mi opinión, nadie puede refutar es el hecho de que el primer efecto de imponer precipitadamente el sello de nuestra civilización, mentalidad y costumbres políticas sobre el carácter y la naturaleza del indígena consiste en privarlo de su más precioso patrimonio ancestral.

77

Pienso en ese patrimonio de dones y poderes maravillosos, incomprensibles para nosotros, que permiten a los pueblos indígenas primitivos comunicarse a grandes distancias, conservar un perfecto sentido

de la orientación y de la dirección en las circunstancias más extraordinarias y encontrar alimentos y agua de una manera y en unas condiciones que casi rozan lo milagroso.

Se trata de poderes que también capacitan a muchos de ellos para vencer numerosas enfermedades, tanto provocarlas como curarlas, ejercer autoridad sobre la mayoría de las serpientes venenosas y resolver, con un extraordinario sentido de la justicia, situaciones complicadas que, cabría pensar, requerirían la madurez de la experiencia, el razonamiento y las deducciones de nuestros jueces más perspicaces.

Y, como lo más extraordinario de todo, está el don que permite a algunos de sus más grandes brujos-curanderos ver tanto el pasado como el futuro con la misma claridad con la que nosotros somos capaces de ver el presente.

Llámense como se quiera: instinto, intuición o sexto sentido, o inclúyanse todas bajo el término impreciso y a menudo mal utilizado de «poder mágico»: estos dones y poderes, que guían, sostienen y gobiernan toda la vida del indígena cuando se le deja a su aire, son innegables.

En lo que a mí respecta, debo repetir que, desde mis primeros días en África y, desde mi encuentro con Bapuka, incluso con mayor intensidad, estos fenómenos han ejercido sobre mí una fascinación tan poderosa que nunca me he cansado —y probablemente nunca me cansaré— de estudiar sus infinitas y variadas manifestaciones, que he tenido ocasión de observar y cuyas más notables voy a describir ahora.

## 17. Un curioso sentido de la orientación

Una de las capacidades más extendidas entre los africanos de todas las razas es, sin duda, la de conservar su sentido de la dirección y de la orientación, incluso durante la noche, en territorios desconocidos y bajo las circunstancias más difíciles.

Los mapas, las brújulas y los demás instrumentos que hemos inventado para este propósito pueden resultar a veces insuficientes y dejarnos varados en algún lugar.

78

Sin embargo, nunca he visto a un indígena en una situación tan desesperada, salvo en unos pocos casos en los que deseaba que algún sinvergüenza me guiara hasta un lugar determinado que él prefería evitar, generalmente debido a alguna superstición muy arraigada relacionada con aquel sitio.

Un día realicé un experimento con Tikky, el ayudante de mi cocinero y, sin duda alguna, el muchacho más estúpido de mi campamento. Lo llevé a una choza, le vendé cuidadosamente los ojos y lo hice girar una y otra vez sobre sí mismo, primero en una dirección y después en la contraria. Una docena de veces lo hice detenerse y le pregunté: «¿Por dónde sale el sol?».

Ligeramente asustado, pero riéndose entre dientes ante aquel juego disparatado del hombre blanco, Tikky señalaba infaliblemente hacia el este, con la precisión del instrumento más perfecto.

La reacción del estúpido Tikky, los ejemplos casi diarios proporcionados por tantos guías bantúes y pigmeos que me sería imposible enumerarlos todos, y la maravillosa seguridad con la que Skaimunga, cegado por la lluvia y la niebla, condujo mi canoa esquivando toda clase de obstáculos y dirigiéndola exactamente hacia la pequeña isla de Bapuka en aquella lejana y oscura noche, todo ello volvió a mi memoria cuando, hace muy poco tiempo, leí informes detallados sobre investigaciones sistemáticas realizadas para determinar el alcance de la PSI (parapsicología) u otras formas de ESP (percepción extrasensorial), que se han observado en algunos de los animales considerados inferiores.

Durante cuatro años, por ejemplo, el Dr. G. Kramer, en Alemania, y el Dr. G. V. Z. Matthews, en Inglaterra, han experimentado incansablemente con palomas mensajeras. El primero utilizó aves que nunca habían volado a más de 16 kilómetros de su palomar. De repente, fueron transportadas en cajas completamente opacas a la luz hasta lugares situados a 130 kilómetros de distancia y después puestas en libertad. De las 27 aves sin experiencia previa en vuelos de larga distancia, la mayoría emprendió inmediatamente el vuelo hacia su hogar en cuestión de segundos. Catorce regresaron a su palomar ese mismo día y diez a la mañana siguiente. Solo tres se perdieron (a menos que fueran abatidas durante el vuelo de regreso o quizá se convirtieran en presa de grandes aves rapaces).

El Dr. Matthews, por su parte, experimentó con palomas jóvenes especialmente adiestradas para regresar a casa únicamente desde una

dirección, concretamente desde el norte. Una vez más, las aves fueron transportadas en cajas completamente opacas a la luz y liberadas en un punto situado a 130 kilómetros al oeste de su palomar. Sin vacilar, las aves volaron inmediatamente hacia el este. En otro experimento, fueron liberadas a 145 kilómetros al sur del palomar. La mayoría se dirigió inmediatamente hacia el norte, mientras que las demás las siguieron en unos diez segundos.

79

Se han formulado numerosas hipótesis físicas y fisiológicas con el propósito de averiguar cómo sabe una paloma en qué dirección debe dirigirse. Una de estas hipótesis sostiene que las palomas se orientan por medio del sol. Muy bien. Pero, si así fuera, su sistema nervioso tendría que disponer de algo parecido a un cronómetro incorporado, un sextante, tablas de navegación e incluso una calculadora, para relacionar los datos solares observados en el punto de liberación con los que habían sido observados anteriormente en el palomar.

Además, todos estos cálculos tendrían que realizarse y completarse satisfactoriamente en un plazo máximo de 40 segundos. Se conceden 30 segundos a las aves para adaptarse a la luz después de un viaje nocturno dentro de una jaula cubierta con lonas. Y, después de ser liberadas, disponen de los 10 segundos durante los cuales la mayoría de los animales experimentales ya había emprendido directamente el vuelo de regreso a casa.

La teoría cinestésica tampoco resulta sostenible. Según esta teoría, la paloma siempre sabría exactamente dónde se encuentra gracias a los canales semicirculares de su oído interno, que le permitirían percibir la «fuerza de Coriolis» resultante de la rotación de la Tierra sobre su eje.

Por esta razón, en estos experimentos se transportó a una parte de las palomas hasta el punto de liberación en jaulas fijas, mientras que otra parte fue trasladada en jaulas colocadas sobre plataformas giratorias que rotaban a diferentes velocidades durante el viaje (de manera parecida a como yo había hecho con Tikky en aquella choza, aunque de una forma menos científica).

¿Se confundieron estas últimas palomas porque, durante todo el viaje de ida, tenían que encontrar el camino hacia su palomar o hacia el ecuador partiendo de una posición que cambiaba constantemente? En absoluto. Un grupo de palomas voló de regreso a casa con la misma rapidez y sin vacilación que el otro.



11. Reparación de un puente de troncos que había sido arrastrado por las aguas.



12. El terreno le jugaba malas pasadas a nuestro vehículo.



13. En el intransitable desierto del Karoo.



14. Limbabwe, la misteriosa «Ciudad del Silencio».

Otra hipótesis que resultó carecer de fundamento era que las palomas también fueran sensibles al magnetismo terrestre. Esto significaría que las palomas encuentran el camino de regreso a su palomar relacionando su

percepción de la «fuerza de Coriolis» con la del campo magnético terrestre, que varía según los distintos lugares de la superficie terrestre.

Una explicación cada vez más complicada, pero que puede refutarse fácilmente.

Una vez más, las palomas experimentales fueron divididas en dos grupos: a las palomas de uno de ellos se les fijaron imanes en las alas, mientras que a las del otro se les sujetaron objetos no magnéticos del mismo peso.

80

El primer grupo debía volar así dentro de su propio campo, que era tan intenso que las aves no podían percibir el magnetismo terrestre. Sin embargo, ambos grupos se dirigían de regreso a casa con exactamente la misma seguridad y la misma prisa.

En otras palabras, todavía no sabemos cómo encuentran las palomas el camino de regreso a casa, ni por qué los gatos hacen lo mismo desde distancias extraordinariamente grandes, como por ejemplo la ya famosísima Fluffy, que pasó dos años recorriendo los 560 km que la separaban de la casa de su dueño. Tampoco sabemos por qué tantos peces migratorios y aves migratorias repiten continuamente sus fantásticos viajes, para los que nadie ha encontrado hasta ahora una explicación.

La parapsicología ha pasado ahora a ocupar un lugar destacado como posible solución. Si algún día se demuestra que es aplicable a las palomas y los gatos, a los peces y las aves, no veo ninguna razón por la que esa misma parapsicología no deba utilizarse para desvelar el misterio del infalible sentido de la orientación de un Skaimunga y un Tikky, de los pigmeos y de cualquier bantú, cuyas facultades naturales todavía no han sido demasiado afectadas ni estropeadas por la civilización tal como nosotros la entendemos.

## 18. El hombre africano: instintos y poderes ocultos

En una de mis primeras expediciones descubrí que un mono en mi campamento no solo era una encantadora mascota, sino también un útil guardián. Desde entonces, siempre he procurado tener un mono conmigo. Lo dejo dormir en una caja debajo de la veranda de mi tienda o en el techo de mi caravana. Cuando, en plena noche, me despierta su molesto parloteo, puedo estar seguro de que algún animal peligroso ronda por el campamento, quizá

un leopardo o un león, y a una distancia inquietantemente cercana de cualquiera de nosotros.

Mi mono también sabe recompensar mi hospitalidad prestándome otros servicios. Cuando encuentro una fruta o una verdura desconocida cuyo aspecto apetitoso despierta la esperanza de introducir alguna variedad en el monótono menú de carne y conservas, se la doy a probar al mono. Si se lanza sobre ella con su glotonería habitual, no dudo ni un instante en utilizar una mayor cantidad para nuestras comidas.

81

Sin embargo, si lo arroja lejos con un divertido gesto de desprecio, en nueve de cada diez casos un análisis químico revelará que aquella fruta de aspecto inofensivo contiene alguna sustancia irritante o nociva, si es que no se trata incluso de un veneno mortal.

Si no hay ningún mono a mano, no es una comparación malintencionada decir que se puede realizar la misma prueba con un indígena no corrompido por la civilización. Aunque sea forastero en el país, actuará exactamente igual que el mono, guiado por el mismo instinto infalible y mostrando la misma espontaneidad y el mismo juicio certero.

Y quien se tome la molestia de realizar tales observaciones puede estar seguro de que, si su boy se levanta de repente mientras duerme, aviva el fuego hasta que las llamas se elevan muy alto, se acurruca aún más cerca de su círculo protector de luz y evita milagrosamente acabar completamente asado, es que algún enemigo invisible merodea por los alrededores. El indígena ha recibido una advertencia silenciosa de la presencia de un intruso, que funciona tan eficazmente como el estridente sonido de una alarma eléctrica antirrobo que despierta a un cabeza de familia dormido en la ciudad.

La atracción que ejerce la Nyama (carne) sobre el indígena no es menos poderosa, y conseguir carne constituye la principal ocupación del hombre primitivo. De esta misteriosa capacidad que indica al indígena dónde y cuándo puede encontrar Nyama y obtener su parte, existe un ejemplo impresionante que presencié en las llanuras de Budjumu, en Ruanda-Urundi, y que ahora recuerdo.

Necesitaba conseguir urgentemente carne fresca para uno de mis compañeros enfermos. Sin embargo, aunque realicé varias excursiones de

caza, no conseguí localizar ni siquiera la pieza de caza más pequeña. Al pasar por una pequeña aldea, vi una piel fresca de un antílope eland. Los habitantes me contaron dónde habían abatido al animal y dónde podía esperar encontrar otros.

A la mañana siguiente me puse en camino y crucé la llanura desnuda hasta que, con mis prismáticos, descubrí a lo lejos un eland solitario. Una y otra vez intenté acercarme a él, pero cada vez salía huyendo al galope antes de que yo pudiera llegar a distancia de tiro. Lo intenté todo: avancé arrastrándome centímetro a centímetro por el suelo, di largos rodeos con cautela y después corrí de repente hacia él a toda velocidad.

82

Pero todo fue en vano. El eland estaba siempre a la vista, pero nunca a distancia de tiro. Finalmente, desanimado, me senté y, aunque todavía se encontraba a 100 metros de mí, apunté con la mayor precisión posible a través de la mira telescópica y disparé. El animal no se movió, pero en cuanto me puse de pie, salió galopando.

Cómo habían conseguido aquellos indígenas abatir con una lanza un eland en un país donde la caza mayor era tan escasa, mientras que yo no había tenido ninguna suerte pese a disponer de mi vehículo, prismáticos, rifle y mira telescópica, seguía siendo para mí un misterio.

Sin embargo, al día siguiente, impulsado por la necesidad, decidí probar suerte una vez más y ya estaba en el lugar al amanecer. Dejé el vehículo detrás de unos arbustos y, por ridículo que pueda parecer, me até al cuerpo varias ramas con hojas con la esperanza de engañar a mi presa, y salí de caza. Ya fuera porque tuve éxito o simplemente porque tuve suerte, después de varias horas de maniobras conseguí acercarme lo suficiente a un grupo de cuatro elands para abatir a un gran macho.

Para entonces ya había caminado varios kilómetros, y un tramo de terreno pantanoso e intransitable me separaba de mi vehículo. Con los prismáticos exploré el horizonte en todas direcciones, pero no se veía ninguna choza ni un solo indígena. Por tanto, tuve que decidirme a cortar tanta carne del animal como pudiera cargar y dejar el resto allí.

En medio de aquella tarea bastante repugnante, volví a explorar el horizonte. A lo lejos, apenas visibles con los prismáticos, vi a tres indígenas

que parecían dirigirse hacia mí. Miré de nuevo a través de los prismáticos y vi que también se acercaban pequeñas figuras humanas desde otras direcciones. En menos de una hora, nueve indígenas habían llegado hasta mí, habían terminado de despellejar al animal y habían llevado hasta mi vehículo toda la carne que yo deseaba. Después se apresuraron a regresar a sus chozas, muy contentos con la Nyama que habían compartido conmigo fraternalmente.

Una vez de vuelta en el campamento, añadí dos nuevas preguntas a mi colección de interrogantes sin respuesta. ¿Qué había atraído a aquellos indígenas desde tan lejos, cuando no podían haber visto mis movimientos ni oído el estampido de mi rifle?

83

¿Y qué les había indicado el día anterior que mi disparo había fallado y que no era necesario que aparecieran, puesto que no habría carne que conseguir?

Un fenómeno muy parecido a este me parece la atracción oculta que ejerce el agua sobre casi todos los indígenas.

En el desierto de Karru se produjo de repente una demostración particularmente interesante de ello. Nos acercábamos al final de la estación seca cuando, un día, se levantó un viento repentino, mucho antes de lo esperado, que sopló implacablemente sobre toda la región, día y noche. Los pequeños ríos que hasta entonces nos habían proporcionado suficiente agua se secaron de inmediato. Desaparecieron todas las aves y los demás animales, e incluso la escasa vegetación se marchitó y murió rápidamente.

Enseguida comenzamos a racionar la pequeña cantidad de agua que nos quedaba, asignando a cada miembro de nuestro grupo algo más de medio litro para beber, cocinar, lavarse y afeitarse. De este modo esperábamos que el agua nos alcanzara hasta llegar al siguiente pueblo, cinco días después.

Pero nuestro camión no reconocía ninguna clase de racionamiento de agua. La resistencia del viento y la fina arena que entraba en el radiador hacían hervir el motor como el de una locomotora antigua, y tuvimos que contemplar impotentes cómo nuestras reservas de agua desaparecían en su insaciable boca redonda.

Solo quien haya conocido los tormentos de la sed puede comprender nuestro estado de ánimo. Aunque, naturalmente, todavía no padecíamos una verdadera escasez de agua, la incomodidad era considerable.

«¡Ojalá fuera zahorí en lugar de antropólogo!», gimió uno de mis compañeros.

¡Un zahorí! Aquello me dio una idea. Esta era una de las poquísimas formas del sexto sentido que habían resistido la influencia de la civilización y que todavía se conservaban en unos pocos blancos. Seguramente seguiría activo en el hombre primitivo. Llamé a Milk, nuestro cocinero y hombre para todo de entonces, el único indígena en un radio de 160 km.

«Upi manzi?» (¿Dónde hay agua?), pregunté cuando apareció el boy.

«Apani asi» (No lo sé), respondió con una risa despreocupada y alegre. Señalé unos cuantos cubos vacíos. «Tráemelos de vuelta llenos de agua —le dije—, y deprisa».

84

Obediente y alegre, se puso en camino, desafiando el viento cortante que casi lo arrastraba.

Esperamos casi dos horas, pero entonces apareció Milk de nuevo, sonriendo de oreja a oreja, con sus dos cubos llenos hasta el borde de magnífica agua de manantial.

Después de beber agradecidos aquel delicioso y fresco néctar, le preguntamos dónde lo había encontrado.

«Lapa», respondió vagamente. «¡Allí!» Lo seguimos para ver dónde estaba aquel «lapa», y nos condujo hasta un agujero de un metro de profundidad que había cavado con su cuchillo de caza. En el fondo brotaba un manantial, del que pronto llenamos los depósitos y todos los recipientes disponibles.

Cada una de las tres noches siguientes, cuando montábamos nuestro campamento nocturno, Milk se adentraba con confianza en el desierto en busca de agua, y nosotros lo seguíamos. Y cada vez que llegábamos a un lugar que no mostraba absolutamente ningún indicio exterior de la presencia de

agua, ni siquiera de una humedad suficiente, Milk se detenía de repente y decía: «Lapa».

Cuando levantamos el campamento el quinto día, eché un vistazo al barómetro de nuestra pequeña estación meteorológica. La aguja estaba exactamente en el centro de la palabra «seco».

«Oye, Milk —le dije medio en broma en mi suajili—, ¿cuándo llegará la lluvia?»

«Hoy, musungu», respondió en su inglés.

«¿Hoy? ¡Esto ya es el colmo!», dijo irritado el antropólogo. Pues una ráfaga de viento especialmente fuerte había separado por un instante la nube amarillenta de polvo en la que llevábamos viviendo una semana y nos había mostrado un mísero trozo de cielo azul y despejado.

«Sí, musungu», dijo el inocente cocinero con una amplia sonrisa y un enérgico movimiento afirmativo de la cabeza.

A lo largo de la tarde, unas nubes oscuras descargaron de repente sobre nosotros un auténtico torrente de lluvia que, como sabíamos, no cesaría hasta el final de la estación lluviosa.

Milk, que parecía muy contento, se volvió hacia el profesor.

«¿Lo ves, musungu? Hoy llueve a cántaros», dijo, convencido de haber aprendido la palabra inglesa para lluvia.

¿Y nuestro barómetro?

85

Cuando volví a consultarlo, me pareció un emblema significativo de todas aquellas series de instrumentos, aparatos, inventos y dispositivos a los que, mediante un trabajo laborioso, hemos ido transfiriendo sucesivamente las propiedades protectoras que el hombre primitivo ha conservado más o menos intactas en su forma natural: perfectas y sin esfuerzo, sin estar sujetas a pérdidas, huelgas, averías ni fallos.

Solo cuando la llanura se había convertido en un pantano interminable y nosotros chapoteábamos de un lado a otro como ratas que se ahogan, la aguja del barómetro llegó a la palabra «Lluvia».

Y el hermoso y reluciente instrumento también parecía estar muy orgulloso de sí mismo.

## 19. Más allá de los límites del tiempo y el espacio.

Uno de los miembros de un congreso científico, un profesor con una barba exuberante e impresionante, entretuvo a los asistentes exponiendo los resultados de las excavaciones que había llevado a cabo en Babilonia. Como durante aquellas excavaciones había encontrado un pequeño trozo de alambre de cobre, afirmó que, por lo tanto, los babilonios habían conocido y utilizado el telégrafo.

Ante lo cual otro científico, que no quería dejarse superar, se levantó de un salto y declaró que durante sus excavaciones en Zimbabue, la misteriosa «Ciudad del Silencio» de Rodesia, no había encontrado absolutamente ningún cable. Por consiguiente, sus constructores prehistóricos debían de haber conocido y utilizado la telegrafía inalámbrica.

Esta historia, que un viejo amigo mío había contado una vez medio en serio y medio en broma, me vino de nuevo a la memoria un día en que regresaba caminando desde el hospital de Broken Hill, en Rodesia del Norte, hasta mi campamento, situado cerca de allí.

Poco antes, hacia la una de aquella mañana, mientras conversaba con uno de los médicos en su despacho, un ayudante indígena irrumpió precipitadamente y le susurró unas palabras urgentes. Un hombre blanco, un buscador de minerales, había sido atacado por un leopardo, dijo el ayudante con excitación. Antes de que sus acompañantes indígenas pudieran acudir en su ayuda, había entablado una feroz lucha con el depredador. Solo después de varios minutos de terrible forcejeo con la bestia había conseguido matarla con su cuchillo. El hombre blanco había resultado gravemente herido y sus acompañantes indígenas lo estaban llevando ahora a Broken Hill.

86

El médico se disculpó y salió apresuradamente con su ayudante negro. Cuando regresó unos minutos más tarde, me sorprendió al sentarse tranquilamente y retomar el hilo de nuestra conversación.

«¿Y qué va a pasar con el buscador de minerales?», le pregunté.

«Oh, todavía hay tiempo de sobra», respondió. «Un médico y dos enfermeras han salido a recogerlo en la ambulancia».

«Pero yo había entendido que su muchacho había dicho que el accidente había ocurrido esta mañana».

«Sí, eso es lo que ha dicho», respondió el médico. «Hace una o dos horas, creo, pero en Kabenda».

Pues bien, el pueblo de Kabenda, situado junto al río Kafue, se encuentra a unos 320 kilómetros de Broken Hill. En aquella época, la única comunicación entre ambos lugares era una carretera que, en su mayor parte, no era más que un camino lleno de baches. A lo largo de ella, aparte de la estación del comisario de distrito, solo había tres o cuatro granjas dispersas.

«Por supuesto», continuó el médico, «ni siquiera mis veinte años en África me han enseñado cómo demonios pueden los indígenas transmitir noticias de esta manera. Pero Karimo me comunicó la noticia con una expresión en el rostro que demostraba que estaba completamente seguro de lo que decía. Y espero que la ambulancia llegue a tiempo».

Así pues, el médico, con su larga experiencia en África, había aceptado aquella noticia y había actuado en consecuencia sin la menor vacilación ni duda, como si se tratara de la cosa más natural del mundo.

Y no hay mucho más que añadir. Así son las cosas. El «científico» de la historia que aparece al comienzo de este capítulo quizá no fuera tan ridículo en su afirmación como podría parecer a primera vista; al menos, si su afirmación se hubiera referido a los indígenas de hoy en día y no a los desconocidos constructores de Zimbabue.

Nos sentimos tan orgullosos de nuestros inventos más recientes, de las últimas mejoras en la telegrafía inalámbrica o de la posibilidad de perfeccionar la televisión hasta el punto de que sus emisiones puedan atravesar los océanos

o ser «reflejadas» por satélites que giran en el espacio exterior y llegar a cualquier lugar del mundo.

Sin embargo, sabemos que, entre bastidores, pelotones enteros de científicos tienen que trabajar arduamente en magníficos laboratorios para desarrollar y poner en funcionamiento estas maravillas; que se gastan miles de millones de dólares en investigación; y que regimientos enteros de mecánicos y operadores deben trabajar con enormes instalaciones, costosos aparatos, laberintos de cables e inmensas cantidades de antenas de extraordinaria sofisticación.

87

Entonces llegamos a África y vemos que, a través de las húmedas sombras de la densa selva ecuatorial, sobre la abrasadora sequedad, casi desértica, de las interminables llanuras, por encima de los pestilentes pantanos, los inmensos lagos y los poderosos ríos, funciona un sistema completamente diferente de telegrafía inalámbrica y televisión, que está a la altura de todos nuestros inventos modernos y que a veces incluso los supera.

No se necesita ningún científico ni mecánico para manejarlo. Solo los hijos negros de la propia naturaleza. Vemos sus instrumentos. Ningún laboratorio ni aparato, tan solo unos cuantos tam-tams antiguos, excavados en troncos de árboles y cerrados en uno o ambos extremos con pieles de animales tensadas con firmeza. A veces se trata incluso de algo todavía menos complicado: columnas de humo durante el día y fuegos parpadeantes durante la noche, que transmiten mensajes de una colina a otra.

Y otras veces, ni siquiera eso: absolutamente nada. Nada, en absoluto, que nuestros cinco sentidos puedan ver, oír o percibir de cualquier otra manera.

No sé cómo lo hacen los africanos. Nadie lo sabe. Pero el hecho sigue siendo que poseen un método, y que siempre lo han poseído, para superar en cierta medida los misteriosos límites del tiempo y del espacio, límites con los que nuestros científicos experimentan hoy en día de una manera tan fascinante.

Es uno de los fenómenos más asombrosos con los que se encuentra continuamente cualquiera que viaje por África. Y toda persona que haya adquirido un conocimiento auténtico de los indígenas puede citar ejemplo tras ejemplo de experiencias de esta naturaleza.

¿Cuándo ha conseguido, por ejemplo, un viajero llegar a una aldea indígena sin que su llegada hubiera sido ya prevista? En determinadas circunstancias, los indígenas pueden fingir sorpresa, eso es cierto. Pero solo cuando les conviene. Cuanto mayor sea la sorpresa que aparentan, más seguro puede uno estar de que es fingida.

Y cuando vive un hombre blanco en los alrededores –un agricultor, un misionero o un funcionario–, los indígenas saben que se avecina una visita mucho antes que el propio visitante, incluso si este dispone de teléfono, telégrafo o una estación de radio de onda corta.

Además, los indígenas no solo saben que se aproxima una visita: también saben adónde se dirige el viajero y por qué, qué desea y qué hace, cuáles son sus características más destacadas e incluso, muchas veces, cuáles son sus debilidades secretas, de las que quizá ni él mismo sea consciente.

88

Y, naturalmente, conocen su nombre, o al menos el nombre que le han dado los demás indígenas y que, por lo general, transmite en una o dos palabras un retrato físico y psicológico muy acertado del hombre.

¿Cómo sucede esto? Cuando uno ha oído los mensajes de los tam-tams resonando en el aire, o ha visto las señales luminosas de las hogueras durante la noche o las columnas de humo elevándose durante el día, la explicación es sencilla. Pero ¿qué ocurre cuando no se ha visto ni oído nada?

Ningún hombre blanco ha conseguido jamás penetrar en el secreto de este misterioso sistema indígena de telegrafía y televisión, y no creo que nadie pueda llegar a comprenderlo a través de medios materialistas.

Mientras paseaba tranquilamente, pensaba en estas cosas y, en particular, volví a darle vueltas a la pequeña escena que acababa de presenciar en el hospital. Si el mensaje que el ayudante había transmitido al médico era cierto y realmente le había llegado en menos de dos horas, atravesando una extensión de 320 kilómetros de territorio escasamente poblado, entonces el asunto era verdaderamente extraordinario. Sobre todo porque la estación receptora, por así decirlo, no era un indígena en su remoto poblado, sino alguien que vivía en el centro de una ciudad y en un ambiente tan marcadamente europeo como el de aquel hospital.

Pero aún quedaba por considerar aquel «si», y me propuse comprobarlo lo antes posible.

Mientras tanto, reflexioné que aquel incidente era, más o menos, una repetición de algo que había vivido años antes en la Somalia italiana.

Recuerdo que era julio de 1924 y que, naturalmente, todavía no me había convertido en ciudadano estadounidense. Una noche, mientras inspeccionaba mi campamento de askaris, situado justo a las afueras de las puertas de Mogadiscio, escuché por casualidad unas palabras que mi ordenanza somalí intercambiaba con otro askari junto al fuego.

«Ayer, el Gran Rey de los "ingleses" le hizo un regalo al Gran Rey de Italia».

Intrigado, interrogué al hombre, pero solo después de insistir mucho conseguí arrancarle una explicación: el regalo consistía en «Refuge Bay y muchísima, muchísima tierra desértica detrás y alrededor de ella, y miles y miles de somalíes que viven allí».

89

Cuando le dije que aquello no eran más que tonterías, me dio, refunfuñando, y por iniciativa propia, las dimensiones del territorio como prueba de su afirmación. Pero fui incapaz de entender sus complicados cálculos, que se basaban todos —como era costumbre entre los somalíes— en medidas tales como: tantas veces la longitud desde el codo de un brazo hasta la punta del dedo corazón de la otra mano, más la anchura de la mano derecha y la distancia entre las puntas de los dedos de un hombre con los brazos extendidos horizontalmente, y así sucesivamente. En aquellos cálculos se incluía cualquier parte imaginable de la anatomía humana.

Le prohibí tajantemente —por aquel entonces llevaba muchos menos años de experiencia de la vida y las costumbres africanas— que fuera por ahí difundiendo noticias tan absurdas. Pero no quedó convencido y me informó cortésmente, con la postura más correcta y disciplinada, de que todo el mundo ya lo sabía.

Aquella misma noche, suponiendo que en ese «todo el mundo» estaba incluido el hombre más próximo al gobernador, su secretario jefe, que era un buen amigo mío, se lo comenté. Le divirtió mucho burlarse de mí por ello.

Desde el final de la Primera Guerra Mundial, me contó finalmente, siempre se había hablado de conceder a Italia una compensación colonial. Pero, aunque las conversaciones diplomáticas sobre esta cuestión llevaban seis años celebrándose en Londres y Roma, y dos comisiones llevaban ya varios meses estudiando el asunto en algún lugar de Kenia, ni siquiera el propio gobernador tenía la menor idea de cuántos meses o años más podrían prolongarse las discusiones, y mucho menos de cuál sería la extensión exacta del territorio que se entregaría a Italia.

Añadió, no obstante, que, según un rumor bastante extendido, el territorio incluiría Refuge Bay y Kisimayu. Deducí que mi ordenanza probablemente había oído aquel rumor de boca de algún sirviente del comedor de oficiales. Y así pareció quedar zanjado el asunto.

Sin embargo, unas semanas después, en agosto, se publicó la noticia de que Kisimayu y su territorio habían sido entregados a Italia. Ni el secretario jefe ni yo sabíamos qué pensar cuando le dije que la fecha en que se había firmado el acuerdo era exactamente el mismo día en que mi ordenanza había recibido la noticia con todos sus detalles.

90

Su información había sido tan exacta que, cuando uno de los secretarios somalíes hizo un cálculo a partir de aquel enredo de puntas de los dedos, brazos, hombros, manos, etcétera —que mi ordenanza conocía perfectamente de memoria y que estaba encantado de repetir con todo lujo de detalles—, el resultado fue algo menos de 2.000 millas cuadradas. En cambio, el territorio cuya extensión se indicaba en el comunicado oficial abarcaba 33.000 millas cuadradas. Pero quizá aquella discrepancia se debiera a un error de cálculo del secretario, que tal vez había basado sus mediciones en las dimensiones de su propio cuerpo. Y era un hombre muy bajito.

Las palabras de Karimo, el ayudante africano del médico de Broken Hill, resultaron ser igualmente acertadas, como pude comprobar cuando aquella noche, a las nueve, fui al hospital. Me movía no solo el deseo de verificar la exactitud de la información, sino también el de averiguar quién había sido la víctima del accidente.

La ambulancia acababa de regresar con un paciente gravemente herido, y descubrí que se trataba de un hombre al que ya había encontrado varias veces a lo largo de las orillas del río Kafue, donde se dedicaba a buscar minerales.

Era un tipo rudo, pero muy simpático; un hombre corpulento, de 1,95 metros de estatura, delgado y fibroso, que llevaba un enorme sombrero de vaquero encajado de lado sobre una esquina de su pequeña cabeza rubia. Por lo general, a cierta distancia detrás de él, le seguía una pequeña caravana de indígenas, que empleaban todas sus energías en hacer avanzar a diez o doce asnos diminutos y sobrecargados hasta lo imposible. Los animales trotaban en un intento desesperado e inútil de seguir el ritmo de las largas piernas de su amo.

Esta era también la causa de la gravedad del accidente. Cuando aquella mañana el leopardo había saltado inesperadamente de entre unos matorrales espesos y había caído sobre la espalda del buscador de minerales, la caravana se encontraba, como de costumbre, tan lejos que, cuando llegó al lugar, la lucha ya había terminado.

Los indígenas solo habían podido vendar las heridas de su amo lo mejor que supieron, colocarlo sobre una camilla improvisada y llevarlo hasta la carretera que conducía a Broken Hill. Allí, varias horas más tarde, la ambulancia dio con él.

Por fortuna, el médico y las enfermeras habían llegado a tiempo y, aunque el buscador de minerales tuvo que permanecer en el hospital durante más de dos meses, finalmente se recuperó.

Más tarde, me confirmó que el accidente había ocurrido poco después de las diez de la mañana, en la orilla opuesta del río Kafue, en dirección a Kabenda. Es decir, a más de 320 kilómetros de Broken Hill, ¡y menos de una hora y media antes de que Karimo le hubiera dado al médico un relato exacto del percance!

91

## 20. Telepatía y clarividencia

Cuando se produjeron, las visiones, los sueños (o como quiera que se desee llamarlos) de Skaimunga, de su padre y del médico, a quien le fueron «reveladas» las pinturas rupestres ocultas de los bosquimanos, me parecieron

no solo sobrenaturales, sino también manifestaciones absolutamente extraordinarias. Lo único que entonces podía relacionar, aunque fuera vagamente, con aquellos acontecimientos era el caso muy conocido, demostrado de manera concluyente y generalmente aceptado del doctor Emanuel Swedenborg, quien todavía hoy es reconocido como uno de los grandes filósofos místicos del mundo.

Fue en el verano de 1759 cuando Swedenborg se sintió de pronto muy agitado una noche. Se encontraba entonces en casa de unos amigos en Gotemburgo, a unos 500 kilómetros de su hogar en Estocolmo. Hacia las seis de la tarde, se vio repentinamente presa de una intensa inquietud. Acababa de declararse, dijo, un incendio peligroso en Estocolmo. El fuego ya se estaba propagando y había alcanzado la casa de una familia a la que conocía bien; su propia vivienda también corría un grave peligro.

La agitación de Swedenborg continuó sin disminuir hasta las ocho de la noche, cuando suspiró con cierto alivio. Finalmente anunció que el incendio estaba bajo control y que, por fortuna, su casa se había salvado. No era ni mucho menos el primer ejemplo del misterioso pero infaliblemente certero «segundo sentido» del filósofo. Naturalmente, sus amigos de Gotemburgo estaban muy interesados en comprobar si aquella facultad suya volvería a demostrar su exactitud.

Esto ocurrió hace más de doscientos años, cuando la transmisión de noticias era muy distinta de como es hoy. Por ello, transcurrieron casi tres días antes de que llegaran mensajeros desde Estocolmo. Pero cuando finalmente aparecieron —entre ellos, funcionarios del gobierno y representantes de la Cámara de Comercio e Industria—, confirmaron hasta el último detalle el relato que Swedenborg había ofrecido mientras el incendio aún estaba ardiendo.

En nuestros días, la ciencia ha avanzado tanto que se cree que casos como este (y parece que existe un buen número de ellos que han sido registrados de forma fehaciente y precisa), al igual que los que he mencionado anteriormente, podrían explicarse mediante leyes completamente naturales. El único inconveniente es que esas leyes todavía no se comprenden, exactamente igual que en tiempos de Swedenborg.

92

Mi esposa y yo, sin embargo, hemos observado o confirmado tantos otros ejemplos africanos desde mi estancia y aventura —memorables para mí— en los «Pantanos del Misterio», que casi se han convertido en algo cotidiano. Al menos para nosotros, quiero decir. Pero, como al mismo tiempo no nos hemos vuelto en absoluto indiferentes ante estos fenómenos, tengo la impresión de que aún quedan algunos ejemplos que merece la pena relatar aquí. Confío en que el lector los encuentre tan interesantes y desconcertantes como nos lo parecieron a nosotros.

Un ejemplo clásico y bien documentado, que tuvo entonces una importancia extraordinaria, ocurrió en África occidental durante los primeros años de la Segunda Guerra Mundial. Resultó ser tan importante que llevó a los Aliados a abandonar una base de gran importancia e hizo que los habitantes de la región llamaran a las aguas frente a Freetown «el cementerio del hombre blanco».

Después de la derrota de Francia y de que Dakar quedara fuera del alcance de los Aliados, Freetown, situada apenas 920 kilómetros más al sudeste, se había convertido en el puerto más valioso de África occidental para las naciones aliadas. Había sido fundada en el siglo XVIII como puerto para los desdichados rescatados de los barcos negreros por los cruceros británicos. En 1940, Freetown, capital de Sierra Leona y su única ciudad de cierta importancia, adquirió de repente una nueva y vital función.

Gracias a su situación estratégica, en la intersección de las rutas marítimas más cortas procedentes del Congo Belga, la Angola portuguesa, Sudáfrica y Oriente; gracias a la amplia bahía bien protegida con que la había dotado la naturaleza, y a las modernas instalaciones portuarias construidas poco tiempo antes, Freetown constituía el punto de reunión más lógico y seguro para los barcos que se agrupaban en convoyes para afrontar el último tramo de su viaje hacia Gran Bretaña.

Tierra adentro, Sierra Leona sigue estando rodeada por las regiones salvajes y escasamente pobladas de Guinea Francesa, Liberia y Costa de Marfil. Es cierto que el telégrafo y el teléfono, los ferrocarriles y las carreteras no son completamente desconocidos en esta parte de África occidental. Sin embargo, lo que existe podría describirse más bien como una colección de muestras que como un verdadero sistema adecuado a los tiempos modernos. En 1940, estos medios modernos de comunicación y transporte consistían únicamente en tramos cortos, rudimentarios y aislados. Aunque siempre estaban abarrotados, nunca resultaban difíciles de controlar, pues

permanecían bajo la estricta supervisión de unos pocos funcionarios blancos, auxiliados por algunos empleados africanos de confianza. Por ello, las condiciones de secreto más absoluto, indispensables para un puerto en el que debían reunirse los convoyes y desde el que debían zarpar, parecían estar garantizadas desde el principio.

93

En lugar de ello, poco después de que Freetown comenzara a ocupar el lugar de Dakar, que ya no estaba disponible, empezaron a producirse incidentes inquietantes con una persistencia maliciosa.

Cada vez que se formaba un convoy, aparecían aviones en el cielo, al parecer procedentes del Gobierno de Vichy, controlado por los alemanes. Todos los convoyes, aunque las rutas de los barcos se modificaban continuamente y solo se comunicaban en el último momento, eran atacados por unidades de submarinos en cuanto alcanzaban alta mar. Estos parecían haber estado aguardando al acecho en los lugares donde podían causar el mayor daño. En poco tiempo, las pérdidas de barcos dañados y hundidos alcanzaron proporciones alarmantes y catastróficas.

Naturalmente, las autoridades duplicaron todas las medidas de precaución que estaban a su alcance. El secreto en torno a las fechas de salida y las rutas se guardó con todavía mayor celo. La censura, que ya era estricta, se endureció drásticamente y se extendió a todos los canales imaginables de comunicación.

Pero ninguna de estas medidas resultó suficiente. La pesadilla continuó sin disminuir. Finalmente se llegó a la conclusión de que las noticias solo podían estar llegando a Dakar por medio de la poco comprendida y tantas veces ridiculizada «telegrafía de la selva». Los culpables podían ser indígenas desleales o incluso completamente inofensivos, cuya insaciable curiosidad y su irresistible afición al cotilleo estaban siendo aprovechadas astutamente por unos cuantos agentes ingeniosos. Pero el hecho seguía ahí y había que hacer algo al respecto.

Hill Station, el distrito oficial de Freetown, se convirtió en un hervidero de actividad frenética. Naturalmente, era del todo imposible controlar y cambiar, en la inmensidad de la naturaleza salvaje africana, las costumbres tradicionales y el carácter mismo de cientos de miles de semisalvajes reservados e inescrutables. Pero se hizo un esfuerzo enorme para suprimir, al

menos dentro de un radio de 15 a 20 kilómetros del puerto, todos los métodos de comunicación de los indígenas que pudieran percibirse a la vista o al oído. Durante el día ya no se elevaban señales de humo hacia el cielo; por la noche ya no brillaban las hogueras, y el sordo retumbar de los tambores y el sonido de los cuernos dejaron de quebrar el silencio del día y de la noche. Las normas se endurecieron rigurosamente; las infracciones se descubrían de inmediato y se castigaban con severidad.

94

Sin embargo, en cuanto se organizaba un nuevo convoy, los aviones habituales, que habían desaparecido por completo durante las semanas de inactividad en el puerto, regresaban en un momento tan inoportunamente elegido que aquello no podía atribuirse a una simple coincidencia. Como atraídas mágicamente, las unidades de submarinos volvían a aparecer en el mar, en las zonas más peligrosas. Durante las noches siguientes fueron hundidos más barcos de valor incalculable; se perdieron más tripulaciones de valientes marineros, más tropas que se necesitaban urgentemente y miles de toneladas de carga irreemplazable, todo ello engullido por el «Cementerio del hombre blanco».

Era para volverse loco, porque resultaba evidente que la información seguía filtrándose y llegaba al enemigo con una rapidez inexplicable y una precisión infalible.

¿Cómo era posible, si todos los canales de comunicación con el mundo exterior habían sido bloqueados con tanto esmero?

La razón era sencilla: el más amplio de todos los canales seguía completamente abierto. Era un canal que ningún poder humano podía cerrar, ni siquiera intentar controlar, al menos mientras los estibadores nativos del puerto subieran a bordo de los barcos para cargar o descargar mercancías, o para llevar provisiones frescas. Mientras las parlanchinas mujeres de aquellos estibadores permanecieran sentadas bajo las palmeras de sus aldeas, observando ociosamente cada movimiento de los barcos que entraban en el puerto. Mientras en todas las oficinas navieras y comerciales de Freetown hubiera empleados nativos ocupándose de la correspondencia y los documentos, y en cada casa de la ciudad y de Hill Station hubiera sirvientes nativos que captaban fragmentos de conversaciones mientras servían la mesa o llevaban bebidas.

Porque todo lo que aquellas personas veían, oían, asimilaban y meditaban lo transmitían mentalmente, casi al instante, a amigos y familiares lejanos. Estos, a su vez, daban vueltas a las noticias que habían recibido a distancia y las transmitían, con toda inocencia, cada vez más lejos. Hasta que llegaban a Senegal y Dakar, y a unos cuantos agentes blancos endiabladamente astutos e ingeniosos, que sabían cómo sonsacarles aquella información a esos muchachos y que aprovechaban inmediatamente todo lo que averiguaban.

¿Demasiado inverosímil? ¿Imposible?

95

En absoluto. Era tan poco imposible que finalmente hubo que abandonar la organización de convoyes en Freetown, de modo que las aguas azul verdosas frente a las costas de Sierra Leona, donde durante tanto tiempo había reinado una intensa actividad, pronto quedaron completamente desiertas. Y los estibadores, privados de todo trabajo, permanecían sentados tristemente bajo sus palmeras, contemplando en silencio la vacía y resplandeciente superficie del agua del «Cementerio del hombre blanco».

Los poderes telepáticos del hombre negro habían sido utilizados y explotados en la guerra total del hombre blanco. Y esta «arma secreta» del africano – tan real, infalible y poderosa como su indiscutible capacidad para prever los cambios meteorológicos, conservar perfectamente el sentido de la orientación incluso en las circunstancias más insólitas y encontrar alimento y agua de maneras y en condiciones que rozan lo milagroso – había atravesado libremente todas las barreras y medidas de seguridad levantadas por el hombre, desempeñando incluso un papel eficaz en un conflicto tan gigantesco como la batalla del Atlántico.

Este extraordinario fenómeno, la capacidad del indígena primitivo para «ver a distancia» acontecimientos que tienen lugar a cientos de kilómetros, y transmitir mensajes – quizá inconscientemente – a través de enormes distancias, sin ningún instrumento visible ni medio de comunicación que pueda explicarse, es uno de los fenómenos más asombrosos con los que se encuentra continuamente cualquiera que viaje durante un período prolongado por África.

Personalmente, quisiera insistir una vez más en que estoy firmemente convencido de que esta capacidad es solo uno de los muchos dones con los que la naturaleza ha dotado al ser humano. No pertenece exclusivamente a

un hombre determinado ni a una raza concreta, sino que probablemente la poseen todos los seres humanos, en cualquier lugar del mundo, como demuestra el caso del doctor Swedenborg, que está lejos de ser un caso aislado.

Lo que nos ha sucedido a la mayoría de nosotros, los blancos, es sencillamente que, generación tras generación, nos hemos ido distanciando cada vez más de la naturaleza y de la tierra, perdiendo así el conocimiento de este don inestimable y la capacidad de utilizarlo.

Pero la situación es muy diferente en el caso del ser humano – como, por ejemplo, el africano – que todavía se encuentra en una etapa primitiva de desarrollo. Porque sigue estando tan estrechamente vinculado a la naturaleza, y ha permanecido tan verdaderamente unido a la tierra como los animales: el antílope, que huye al galope ante la proximidad de un huracán, horas antes de que nuestros instrumentos más sofisticados puedan predecirlo; la paloma, el gato y el caballo, que encuentran infaliblemente el camino de regreso a casa, incluso atravesando territorios desconocidos; el perro, que lleva mucho tiempo ladrando antes de que el zumbido de cualquier sismógrafo anuncie un terremoto; el buitre, que aparece en el cielo azul y vuela directamente hacia el punto invisible donde una presa acaba de ser abatida silenciosamente, etcétera, etcétera.

96

Considero que se trata de una capacidad o de un sentido que, originalmente, quizá fuera tan poderoso y agudo como el sentido ordinario de la vista física. Del mismo modo que vemos objetos y observamos acontecimientos que tienen lugar dentro del limitado campo visual de nuestros ojos, prismáticos y telescopios, y del mismo modo que nuestros hijos aprenden a ver de manera natural e instintiva, a enfocar la vista y a coordinar lo que perciben sin necesidad de instrucciones especiales, así también la facultad o el sentido de ver a distancia y transmitir mensajes a grandes distancias se desarrolla de forma natural e instintiva. Se vuelve cada vez más agudo y preciso a medida que el niño del ser humano primitivo y no corrompido crece en su entorno natural e intacto.



15. Una niña clarividente.
16. Ella hizo posible que Gatti salvara a su padre.



17. Preparativos para partir de la meseta de Tsenan.



18. Llegamos a un lugar tan densamente cubierto de bloques de granito que no podíamos ni rodearlos ni dar marcha atrás.



19. La iglesia de Pretoria.

La viva curiosidad del indígena hace el resto. Sus necesidades son pocas, sencillas y fáciles de satisfacer. Su mente está libre de todas nuestras complicadas e interminables preocupaciones; apenas se ocupa del pasado y contempla el futuro con una indiferencia fatalista. Su atención se centra principalmente en el presente.

Los barcos que entran en un puerto donde se gana la vida, la próxima visita de un hombre blanco a una aldea remota, la posibilidad de ganar dinero inmediatamente, los caprichos del tiempo, los movimientos de los animales salvajes y la disponibilidad de una cantidad suficiente de alimentos y agua: esas son las cosas que interesan al africano.

Muy pocas de ellas escaparán a su atención, y aquello que se le escape se lo comunicarán sus constantes conversaciones con otros de su misma condición. Cada fragmento de información que obtiene es difundido después libremente en todas direcciones por su mente, mediante una especie de sistema de radiodifusión mental en esperanto, que supera las distancias, las fronteras nacionales y las diferencias entre tribus e idiomas, y llega a cualquier otro indígena que esté dispuesto a recibirlo y pueda encontrarlo útil.

Quizá se trate de las mismas facultades que nosotros también debimos poseer en otro tiempo, pero que hemos ido transfiriendo gradualmente a nuestros inventos e instrumentos mecánicos: la radio, el teléfono, el telégrafo, la televisión, el radar y el sonar, por no hablar de la brújula, el sextante, el barómetro, etcétera.

En cierto sentido, hemos perfeccionado estas capacidades, pues podemos recurrir a instrumentos sustitutivos siempre que lo deseemos. Y sabemos cómo funcionan esos instrumentos de sustitución.

97

Sin embargo, si alguna vez nos vemos privados de nuestros aparatos mecánicos, si estos funcionan de manera insuficiente o dejan de funcionar por completo, quedamos indefensos. Las facultades del hombre salvaje, en cambio, están inmediatamente a su disposición en el mismo instante en que las necesita, incluso si se encuentra desnudo y con las manos vacías.

Para pasar de acontecimientos de una importancia tan extraordinaria como, por ejemplo, el asunto de Freetown, a episodios casi ridículos, quisiera contar una experiencia muy sencilla. Precisamente por su sencillez (y porque

mi esposa y yo nos encontrábamos, por así decirlo, sentados en sus dos extremos) dejó en nosotros una impresión muy profunda.

En las legendarias montañas de Ruanda se encuentra un pequeño lago llamado Gabine, hogar de una bandada de patos salvajes particularmente cautelosos que, durante una de nuestras expediciones recientes, habían frustrado todos mis intentos de abatir unos cuantos para nuestra mesa.

Una tarde le propuse a mi esposa que se quedara en el coche mientras yo salía a pie. Acordamos que haría una señal con el silbato de policía que siempre llevaba conmigo cuando quisiera que viniera a recogerme.

El lugar donde ella se quedó estaba justo a orillas del lago, que por el otro lado estaba delimitado por una montaña alta. A unos ochocientos metros delante de ella, la montaña formaba una curva que le impedía por completo ver el resto del camino.

El único otro ser humano en toda la zona era un joven bahutu, un muchacho indígena de diez u once años que cuidaba un rebaño de cabras en la ladera de la montaña.

Ellen conocía lo suficiente de su idioma como para saludarlo y ofrecerle un cigarrillo, que él aceptó con evidente entusiasmo. Después, la conversación se estancó, aunque el muchacho permaneció allí, observando atentamente a aquella extraña mujer blanca.

Al cabo de unos cuarenta y cinco minutos, el joven pastor se dirigió de repente a ella con gran excitación.

«¡Bwana!» (¡El señor!) «¡Bwana!», gritó, introduciéndose dos dedos en la boca e imitando el sonido de mi silbato.

Mi esposa pensó que el fino oído del muchacho indígena había percibido el sonido de mi silbato, pero quedó impresionada por la precisión de su pantomima, pues estaba segura de que nunca en su vida había visto un silbato semejante.

98

Mientras tanto, puso el coche en marcha y, cuando hubo rodeado la curva de la montaña, me vio caminando hacia ella por la carretera.

«Un niño me dijo que habías silbado», me dijo cuando se detuvo a mi lado, «aunque yo misma no oí nada. Es maravilloso lo buen oído que tienen, ¿verdad?»

«Es más que maravilloso», respondí, «porque acababa de coger el silbato en la mano, pero todavía no había silbado. ¡Precisamente estaba regresando a un lugar donde pensaba que podrías oírme!»

Así pues, el sentido telepático de aquel niño le había transmitido una imagen clara de mi intención de dar una señal con el silbato. La imagen había sido tan nítida que fue capaz de reproducir tanto el sonido como mis movimientos, a pesar de que nunca había visto ni oído hablar de un instrumento como el que yo utilizaba.

Y aquí viene otro ejemplo: una experiencia que le ocurrió hace algún tiempo a un viejo amigo nuestro, un ingeniero famoso que más tarde llegó a ser director general de las minas de Broken Hill, en Rodesia del Norte, cuando N'dola todavía no era más que una mina y un pequeño puesto administrativo.

Este ingeniero viajaba en coche desde Broken Hill en dirección a N'dola, acompañado únicamente por su cocinero. La carretera pasaba cerca de una reserva de animales salvajes y constituía su límite oriental.

De repente, un magnífico y gran leopardo apareció en medio de la carretera. Tres metros más a la derecha y el animal habría quedado fuera de la reserva. Con un disparo certero, mi amigo abatió al animal. En cuestión de minutos, el cocinero lo había desollado, había colocado la piel en una caja dentro del coche y había enterrado el cadáver.

El cazador miró cuidadosamente a su alrededor. La llanura cubierta de hierba estaba desierta en todas direcciones y no se veía ningún vehículo en la carretera. Completamente convencido de haber llevado a cabo su acción en absoluto secreto, continuó conduciendo a buena velocidad hacia N'dola, situada cincuenta kilómetros al norte.

Una hora más tarde llegó allí y encontró al único policía blanco del lugar esperándolo. Este lo recibió con gesto severo y le preguntó:

«¿Y qué me dice del leopardo que acaba de matar en la reserva?»

Mi amigo, más sorprendido que molesto, mostró inmediatamente la piel y pagó la multa de buen grado. Naturalmente, sin embargo, sentía curiosidad por saber cómo se había enterado el policía de la noticia.

Este solo pudo contarle que, una hora antes, mientras su boy trabajaba con él en el jardín, el muchacho había estallado repentinamente en carcajadas.

99

«Un hombre blanco —había soltado de pronto, como si aquello le divirtiera enormemente—, mi Gran Jefe, el que viene en el coche, acaba de matar un leopardo en el camino de la reserva».

Sacudiendo la cabeza y hablando consigo mismo, había seguido plantando lechugas.

En aquella época no había ni teléfono ni telégrafo en esta parte de Rodesia del Norte. Mi amigo estaba completamente seguro de que no había oído tambores, ni visto fuego o humo, ni se había encontrado con ningún ser humano antes de llegar a N'dola. Aunque algún nativo se hubiera ocultado entre la hierba y hubiera presenciado el disparo, ¿cómo habría podido transmitirse la noticia a través de cincuenta kilómetros de territorio deshabitado? La única otra persona que conocía lo sucedido era su viejo y fiel cocinero. ¿Podría haber difundido la noticia sin darse cuenta?

Intrigado, mi amigo se dirigió al jardín con el agente de policía para interrogar al boy, que todavía seguía trabajando allí.

«¿Cómo sabes que el Bwana ha matado un leopardo en la reserva?». El boy parecía desconcertado y murmuró que simplemente lo sabía; que, por así decirlo, había «visto» todo lo ocurrido.

«Pero ¿cómo?», insistió mi amigo.

Un «¡Oh, Bwana!» y una sonora carcajada fueron toda la respuesta que obtuvo. Esta es una forma muy habitual entre los nativos de esquivar una pregunta que no pueden o no quieren contestar.

Acabo de darme cuenta de que, hasta ahora, solo he mencionado este don de la clarividencia en relación con los hombres, empezando por Skaimunga y

su padre y terminando con el jardinero del agente de policía. ¿Se debía esto a que las mujeres bantúes no poseen ese don? En absoluto. La única razón es que, durante una expedición, uno trata inevitablemente mucho más con hombres que con mujeres. Incluso en un campamento o en una casa de blancos, todas las tareas que normalmente consideramos propias de la mujer las realizan los «boys»: lavar la ropa, remendarla, planchar y, si en la casa hay bebés blancos o enfermos, cuidar de ellos. Las mujeres permanecen más en segundo plano y ya tienen bastante trabajo con su choza y su cocina, sus propios hijos y el huerto familiar.

100

Por supuesto, no hace falta decir que las mujeres de África charlan y parlotean tanto como las de cualquier otro lugar. La única diferencia es que en África no se comunican únicamente con la voz, sino también recibiendo y transmitiendo pensamientos y mensajes, exactamente igual que sus hombres.

Así lo demuestra el incidente que mi esposa, varios de nuestros técnicos y yo mismo presenciamos durante nuestra última expedición. Nuestro enorme campamento estaba instalado en el golfo de Kavirondo, junto al lago Victoria. Como pronto íbamos a descubrir, este gran lago podía estar en un momento tan tranquilo y liso como un pequeño estanque y, en cuestión de minutos, transformarse en un espantoso y turbulento caldero, con olas tan altas como casas, tan peligroso como el mar más embravecido.

Una tarde se levantó de repente una tormenta de ese tipo. Rugió durante un rato y poco a poco comenzó a amainar, cuando uno de nuestros operadores de cámara se acercó y nos informó de que una muchacha luo deseaba hablar conmigo sobre un asunto extremadamente urgente y, al parecer, muy doloroso.

«Por favor», dijo en cuanto la condujeron hasta nuestra gran caravana, «¡por favor, vaya a salvar la vida de mi padre!».

Aunque era muy tímida, conseguimos conocer su historia en pocos minutos. Su padre había salido a pescar en una barca bastante grande. Había otro hombre a bordo con él. Sin embargo, este había desembarcado en otro pueblo pesquero para visitar a unos familiares durante unos minutos. Pero entonces se había desatado la tormenta y una fuerte corriente, junto con el viento violento, se había llevado la barca. Solo a bordo, su padre había

intentado controlar la vela mayor, que ondeaba violentamente, pero sin éxito. El mástil se había roto y la tormenta había arrancado toda la vela.

«Bueno», dije, «seguramente tendrá remos. ¿No puede regresar de esa manera? Aunque le lleve algún tiempo hacerlo?».

«¡No puede!», exclamó casi gritando. «El mástil roto, que salió volando junto con la vela, le golpeó en la cabeza. ¡Y ahora está allí, herido, perdiendo mucha sangre, inconsciente e indefenso! ¡Por favor, Bwana, salga con una de sus pequeñas embarcaciones y vaya a rescatarlo! De lo contrario, morirá».

«¿Y dónde está?».

«Allí». Y señaló con gran seguridad en una dirección determinada.

101

Escudriñé toda la zona con mis prismáticos, pero no conseguí divisar ninguna embarcación, ni un barco en apuros ni ningún otro.

«Está allí, Bwana. ¡Por favor, por favor, vaya!».

Ellen me hizo una pregunta en inglés que debería habérseme ocurrido antes.

«¿Por qué está tan segura? ¿Y quién le ha contado todo esto sobre el otro hombre que se quedó en el pueblo de pescadores, etcétera?».

«Sí», dijo uno de nuestros hombres, que se habían reunido a nuestro alrededor, «¿no podría haber ido inmediatamente a socorrer al padre la persona que le contó todo esto, en lugar de limitarse a contárselo?».

Entonces le hice la pregunta a la muchacha. Más tímida y desesperada que antes, negó con la cabeza y se encogió de hombros, de piel suave como la seda.

«No, no, Bwana. Nadie me ha dicho nada. Lo he visto todo con los ojos de mi corazón. Y está allí, exactamente donde le he dicho. ¡Por favor, Bwana!».

Quizá otra persona habría dudado y vacilado. Pero ni Ellen ni yo lo hicimos.

«Bueno, entonces creo que será mejor que vayáis», me dijo sencillamente. «Por lo visto, la muchacha sabe de lo que está hablando».

Unos minutos después, partí con tres de mis compañeros en dos de nuestras pequeñas y rápidas embarcaciones de aluminio, equipadas con motores fueraborda, un botiquín de primeros auxilios y un rollo de cuerda. ¡Así que, una vez más, nos encontrábamos ante un caso de «televisión»!

A toda velocidad, nos dirigimos hacia la dirección indicada por la muchacha. Al cabo de un rato, detrás de un banco de arena cubierto de papiros, divisamos la embarcación sin vela y con el mástil roto.

Cuando nos acercamos, vimos al pescador tendido cuan largo era, inconsciente, sobre la pequeña cubierta de popa, en un charco de sangre. Esta brotaba de una fea herida abierta en su cabeza, exactamente tal como su hija nos lo había descrito.

Subimos a bordo de la embarcación, conseguimos que el hombre recobrara el conocimiento y limpiamos y vendamos su herida, que todavía sangraba abundantemente. Le administré un estimulante y le pregunté si podía sentarse y manejar el timón mientras remolcábamos su barco hasta su lugar habitual de amarre.

Nos dio las gracias, dijo que podía hacerlo y confirmó palabra por palabra lo que la muchacha había contado acerca del otro pescador, que se había quedado en tierra cuando la corriente arrastró su embarcación.

Ya estaba completamente oscuro cuando regresamos. Sin embargo, pudimos distinguir a la muchacha, que en realidad debería haberse quedado con Ellen, pero que ahora estaba allí, de pie junto al pequeño puerto.

102

«¿Por qué no te quedaste en el campamento, como te había ordenado?», le pregunté cuando desembarcamos.

«Oh, Bwana, vi cómo llegaba usted hasta la barca y ataba una cuerda a ella después de haber devuelto a mi padre a la vida. Por eso vine, para ayudarlo y cocinar para él. Y para dar las gracias a los otros Bwanas. Pero, sobre todo, para darle las gracias a usted. ¡Asante sana, Bwana M'Kubwa!».

¡Y aquí lo tenemos otra vez!

## 21. Atakufa Kesho: la maldición se supera

No quisiera afirmar que lo que sigue fuera otro caso de clarividencia. Probablemente no fue más que el resultado de una asociación de ideas. Sin embargo, lo cierto es que yo sabía con absoluta certeza – y con más de veinticuatro horas de antelación a que Atakufa Kesho reapareciera realmente – que nuestros caminos volverían a cruzarse. ¿O se trataba de una premonición (sea cual sea el significado que queramos dar a esta palabra), como la que casi todo el mundo experimenta de vez en cuando?

Fuera como fuese, estaba tan seguro de ello de antemano que había apostado una pequeña fortuna a que sucedería – y había ganado. En cualquier caso, cuando aquella premonición, como vamos a llamarla por ahora, resultó ser acertada, gané algo mucho más valioso que el dinero. Porque el dinero ya se habría gastado hacía tiempo y a estas alturas habría desaparecido por completo; en cambio, la experiencia que obtuve de este segundo encuentro con el «hombrecillo de gran firmeza de carácter» sigue estando hoy muy viva ante los ojos de mi mente. Mis compañeros y yo la atesoramos como si tuviéramos el privilegio de volver a vivirla nosotros mismos.

Pero empezaré por el principio.

Habíamos pasado varios meses en la meseta de Tzenan, en Mozambique, y se acercaba el momento en que, una vez concluidos nuestros trabajos de investigación, tendríamos que continuar nuestro viaje a través de territorios sin caminos, hasta conseguir llegar de alguna manera a la carretera principal que conducía al puesto de aduanas e inmigración situado en la frontera entre el territorio portugués y Rodesia del Sur.

Después de cruzar la frontera, nuestra intención era dirigirnos hacia el sur y llegar finalmente al Transvaal. Allí, puesto que ya llevábamos casi un año de retraso con respecto al calendario original, queríamos almacenar nuestro equipo, dejar todos los vehículos para que fueran sometidos a una revisión completa y enviar por vía marítima, a través de Durban, nuestras impresionantes colecciones científicas.

103

A continuación, teníamos la intención de regresar a casa en barco desde ese mismo puerto, llevando con nosotros nuestras montañas de cajas llenas de películas y fotografías. Solo después de que todo aquel material hubiera sido revelado y copiado podría fijar una fecha para mi regreso al Transvaal, con nuevos suministros y probablemente con un equipo de personal completamente renovado. Allí reanudaría y llevaría a término la misión que debía conducirme a través de toda la Unión Sudafricana de aquella época, la actual República de Sudáfrica.

Mientras continuábamos nuestro recorrido, siguiendo aproximadamente la dirección de aquel puesto de aduanas e inmigración y contando con la escasa ayuda de nuestros mapas (más allá del cual, según sabía, encontraríamos carreteras bastante buenas), me encontré de repente en una situación comprometida que, por otra parte, no era nada excepcional. Desde mi camión, que iba a la cabeza de la expedición, ya no veía ningún camino por el que pudiéramos continuar, por lo que tuve que dar la señal de detenernos.

Llevábamos un buen rato deambulando y buscando sin éxito un paso a través de la maleza demasiado densa y espinosa, cuando llegamos a un pequeño claro cubierto de hierba amarillenta y descubrimos un surco que lo atravesaba casi en línea recta.

«¡Maldita sea!», exclamó Charlie, que nunca había visto nada semejante. «¿Por qué demonios iba alguien a arar este miserable pedazo de terreno?».

Me apresuré a ordenarle que guardara silencio, pues el surco era muy reciente, y susurré: «Lo ha hecho un rinoceronte blanco. Esta bestia se alimenta exclusivamente de hierba, generalmente por la noche. Al hacerlo, arrastra su cuerno frontal por el suelo y deja tras de sí una especie de zanja. El rinoceronte que ha hecho este surco quizá no esté lejos. Y está prohibido abatir rinocerontes blancos, salvo en un caso de legítima defensa absolutamente evidente. Será mejor que nos apresuremos y salgamos de este lugar lo antes posible».

Sin embargo, eso era más fácil decirlo que hacerlo. Nos encontrábamos en una pendiente tan empinada e irregular que nuestros camiones, cargados hasta los topes, no podían ponerse en marcha sin que antes despejáramos un paso. Se trataba de un trabajo largo, duro y ruidoso que, sin duda, atraería la atención del rinoceronte.

El camino por el que habíamos llegado estaba tan lleno de enormes bloques de granito que dar marcha atrás o girar era prácticamente imposible.

104



20. En nuestro campamento junto al golfo de Kavirondo, en el lago Victoria.

La única solución posible consistía en descargar casi todo, hacer retroceder cuidadosamente los vehículos, ahora mucho más ligeros, durante varios cientos de metros hasta llegar a un terreno más adecuado, dar la vuelta y hacer que los pocos africanos que todavía estaban con nosotros transportaran el equipo pieza por pieza hasta un lugar donde pudiéramos volver a cargarlo sin peligro.

Comenzamos inmediatamente, pero sabía que, dada nuestra falta de mano de obra, toda la operación nos llevaría casi dos días completos. Mientras tanto, tendríamos que vivir y trabajar haciendo muchísimo ruido cerca de un monstruo de aspecto prehistórico que podía abalanzarse sobre nosotros en

cualquier momento y, con un solo empujón hacia delante de su enorme cuerpo, destrozar uno de nuestros camiones irremplazables y dispersar por todas partes los valiosos frutos de meses de trabajo.

«Esperemos que se mantenga alejado», pensé.

En ese mismo instante, Atakufa Kesho acudió vivamente a mi pensamiento. Tan vivamente, de hecho, que incluso miré a mi alrededor, casi convencido de que se encontraba en algún lugar cercano o que quizá incluso nos estaba observando en aquel preciso momento. Aquella sensación de su proximidad se hizo cada vez más intensa, aunque hasta el día siguiente tuve que ocuparme de otros asuntos, y no eran precisamente pocos.

Y entonces, efectivamente, apareció delante de mí. Debo confesar que su presencia me alegró tanto como la primera vez.

Tengo que admitir que mi alegría también tenía un motivo egoísta. ¡Aquí tenemos, me dije, otro par de brazos para trabajar! Alguien que, aunque parecía débil y poca cosa, ¡valía por tres hombres!

Sin embargo, incluso antes de que se acercara y me hablara, supe que esta vez no había venido únicamente para echarme una mano. No solamente. Mis compañeros también advirtieron inmediatamente que su rostro, su aspecto, todo su cuerpo y su expresión habían cambiado. Parecía más fuerte, más sano, más seguro de sí mismo y más sereno.

Sonrió con una sonrisa extraordinariamente radiante.

«Una vez más, mi camino se cruza con el suyo, Bwana», dijo. «Llevo semanas siguiendo sus huellas. Muchas veces encontré todavía calientes las cenizas de un campamento que usted acababa de abandonar. Pero ayer conseguí alcanzarlo. Desde lo alto de un termitero, a lo lejos, lo observé mientras examinaba el surco del kanga. Es un buen presagio», añadió, «que precisamente en ese momento me encontrara con un kanga, cuando usted, que ha sido tan bueno conmigo, está cerca, tal como me había ordenado el hombre sabio. Porque ahora el hombre sabio me ha hecho fuerte».

105

«Me ha enseñado muchas cosas y me ha enviado a cazar al más salvaje de todos los animales. Incluso me ha dado un arma mágica contra el Kanga. La

misma, dice, que utilizaba mi abuelo en sus primeros y buenos años. Pero ven, Bwana, te la enseñaré».

Lo seguí, alejándome del bullicio del campamento y avanzando un buen trecho. No sabía qué esperaba encontrar. Y probablemente no hace falta decir que me sentía bastante escéptico.

«Espera, Bwana», dijo Atakufa Kesho mientras se arrastraba bajo un arbusto espeso. Un segundo después volvió a salir, sosteniendo en una mano un pequeño paquete envuelto en piel de gacela. En la otra llevaba dos varas ligeras, alrededor de las cuales había algo enrollado.

Dejó caer el paquete, tomó las dos varas, de aproximadamente 1,25 metros de largo cada una, y las clavó en el suelo, separadas entre sí por unos 1,25 metros, es decir, tanto como permitía la red de finas correas de cuero que las unía. A aquella especie de tosca red estaban sujetas varias decenas de pequeñas tiras de algodón de colores vivos y llamativos, que enseguida comenzaron a ondear al viento.

Los ojos del hombrecillo brillaban y centelleaban. Todo su ser vibraba con una confianza extraordinaria, con una fe ardiente. «¿Y qué hay dentro del paquete?», pregunté, todavía completamente desconcertado. «¿Un veneno mortal?»

«¡Liga para pájaros!», exclamó. Su voz volvió a temblar de orgullo. «Ahora vete, Bwana. Y no temas al gran Kanga, porque yo lo detendré. Tengo que conseguir que se arrodille ante mí».

«¿Tienes que… qué?»

«Conseguir que se arrodille ante mí», repitió. «Entonces se romperá la maldición y mis temores quedarán enterrados para siempre. Entonces por fin estaré a salvo. Y volveré a ser un hombre, feliz y próspero».

Desde los vehículos llegaba un coro de voces que gritaban mi nombre una y otra vez. Al parecer, mis compañeros habían olvidado el peligro que corrían al atraer hacia sí la atención del rinoceronte. Le deseé buena suerte a Atakufa Kesho y regresé, admirando el valor de aquel hombrecillo, pero preguntándome al mismo tiempo si no se habría vuelto completamente loco.

106

Al anochecer, después de haber levantado un campamento provisional para pasar la noche, cogí mi pesado rifle y salí a hacer una ronda de inspección. Me dirigía hacia los grandes árboles que Atakufa Kesho me había señalado antes cuando su voz me hizo detenerme. No podía verlo, pero no debía de estar lejos, pues había reconocido mis pasos. Su voz llegó desde delante, asombrosamente fuerte, casi estridente e histérica.

«El árbol que tienes cerca, Bwana. ¡Sube, rápido, rápido!» Dudé un segundo. Entonces el suelo comenzó a temblar bajo mis pies. Un resoplido lejano llegó hasta mis oídos. No cabía ninguna duda: el rinoceronte se acercaba.

Me colgué el rifle a la espalda y trepé apresuradamente al árbol, cada vez más alto, hasta que pude ver el Kanga.

¡Qué monstruo era! Casi dos metros de altura hasta la cruz, unos 4,75 metros de largo y casi otro tanto de perímetro; parecía una excavadora con una reja de arado invertida sobresaliendo por delante: su cuerno frontal, de 1,25 metros de largo. Las enormes patas del animal quedaban ocultas por la hierba. Con el hocico casi pegado al suelo, el rinoceronte avanzaba al trote rápido, casi directamente hacia el campamento.

Me solté los prismáticos y me incorporé. Solo entonces vi las hileras de tiras de algodón que ondeaban al viento. Era el invento de Atakufa Kesho, que brillaba al sol, y él se escondía detrás de él.

«¡No dispares, Bwana!», gritó sin volver la cabeza. «No hables, limítate a mirar». ¡Así que ahora era él quien me daba órdenes!

El rinoceronte se dirigió hacia los gritos; aceleró el trote y sus resoplidos se hicieron más furiosos. Desde donde yo estaba, parecía que el animal se encontraba a apenas unos centímetros de Atakufa Kesho cuando este saltó de repente hacia un lado. Apenas había conseguido refugiarse detrás del enorme tronco del árbol siguiente cuando la bestia embistió. Alzó el cuerno y arremetió con fuerza contra el invento de Atakufa Kesho. Todo aquel artilugio se desplomó flácidamente sobre su cabeza y se quedó pegado por todas partes. El monstruo esperaba atravesar a su enemigo y lanzarlo por los aires. En cambio, no había encontrado resistencia alguna, sino únicamente aquel objeto inexplicablemente ligero, que se le adhería a las orejas, los ojos y los orificios nasales, cubriéndolos y envolviéndolos tenazmente.

Llevado casi hasta la locura, el rinoceronte resoplaba y gruñía, sacudiendo su deforme cabeza con una furia impotente. Luego volvió a captar el olor humano que tenía delante y se lanzó contra el árbol. Un impacto seco, un crujido espantoso, y el gigantesco tronco quedó casi destrozado.

107

Pero Atakufa Kesho ya había saltado hacia otro árbol. Desde allí volvió a provocar deliberadamente al rinoceronte blanco. El animal se dio la vuelta al instante y cargó contra él. Otro estruendo, otro tronco destrozado, otro grito, una vez más desde detrás de un árbol diferente.

El rinoceronte medio ciego giró en un nuevo arrebato de furia y lanzó otro ataque, solo para que su enemigo volviera a burlarlo y lo atrajera inmediatamente en otra dirección con una nueva avalancha de palabras provocadoras.

Ahora empezaba a jadear un poco y, cuando un nuevo estrépito anunció la repentina destrucción de otro árbol, no pude evitar admirar la infalible sabiduría del hechicero que se había hecho cargo de aquel despojo humano y lo había levantado, con paciencia y de manera gradual, tanto física como espiritualmente, hasta alcanzar aquel estado increíble. Nunca me había considerado un cobarde, pensé de pronto. Pero sabía que jamás habría tenido el valor de hacer lo que estaba haciendo Atakufa Kesho: ¡con tanta sangre fría y en el momento exacto!

Unos cautelosos sonidos de hojas agitadas y ramas que crujían llegaron a mis oídos desde abajo y desde atrás. Miré hacia abajo. Mis cuatro compañeros, atraídos por aquella sucesión de estruendos explosivos, se acercaban con los rifles preparados para disparar. Silbé y les indiqué que subieran a mi árbol con el mayor sigilo posible. Pronto todos juntos observábamos cómo continuaba aquel juego mortal.

Atakufa Kesho era rápido y ágil, impulsado por una ardiente confianza en sí mismo y sostenido por la certeza de que la victoria estaba cerca. El monstruo asesino, en cambio, se tambaleaba cada vez más. Agotado por tantos ataques y con el cerebro ya gravemente dañado por las numerosas sacudidas explosivas, seguía avanzando, empujado por su propia furia demencial.

Sin duda, era un método cruel dejar que un animal corriera de ese modo hacia su perdición. Pero su muerte pondría fin a los tormentos infernales de un hombre, borraría incontables años de sufrimiento y de miserable terror a la muerte, y lo transformaría en un hombre absolutamente seguro de sí mismo.

108

El gran rinoceronte blanco emprendió su undécimo ataque, pero empezó a tambalearse y se detuvo. Estaba acabado. Una vez más sacudió su enorme cabeza, de la que todavía colgaban jirones de la red untada con liga para pájaros. Entonces lanzó un chillido de sonido absurdo, casi lastimero, y cayó de rodillas.

Atakufa Kesho salió corriendo de su último escondite y se plantó delante del coloso tembloroso. Un último espasmo recorrió el cuerpo del animal; después cayó pesadamente de costado y quedó inmóvil. El hombrecillo miró hacia nosotros.

«¡Gracias a los dioses!», exclamó, jadeando.

«La maldición ha quedado rota. Y mi nombre ya no es Atakufa Kesho. Ahora me llamo Rasi Malamu».

«El victorioso, el afortunado», les dije a mis amigos. Rasi Malamu respiraba con dificultad. Estaba cubierto de sudor y polvo, de barro reseco y de un sinfín de arañazos. Pero había cambiado de aspecto. Se había convertido en un hombre. Y gracias a la extraordinaria sabiduría de un hombre sabio, a su fe igualmente extraordinaria y a su firmeza, ¡se había convertido en un hombre en toda la extensión de la palabra!

## 22. Medicamentos inusuales

Solo ahora, en el año 1963, nuestra propia ciencia empieza a tomar plena conciencia de los extraordinarios efectos que pueden conseguirse mediante el uso de una serie de nuevas drogas. Se afirma que dos de estas sustancias, administradas en pequeñas dosis y bajo la supervisión más estricta, pueden acelerar, entre otras cosas, la «psicoterapia mediante una comprensión cada vez mayor». Esto se ha demostrado hasta cierto punto.

Para expresarlo con mayor precisión: dos jóvenes psicólogos estadounidenses han llevado a cabo experimentos a gran escala con estas sustancias que «alteran la mente», a las que los psiquiatras llaman alucinógenos (es decir, drogas que provocan alucinaciones) o drogas psicotomiméticas (es decir, drogas que imitan las psicosis).

Una de estas sustancias, descubierta hace algún tiempo, es la mescalina, que se extrae de las flores o de las puntas de un cactus muy común en México, donde recibe el nombre de peyote. También crece en las regiones montañosas de África central, donde se conoce como Uchokuzu. La más reciente de estas sustancias es la psilocibina. Actualmente se produce de forma sintética, pero en un principio se extraía de hongos que también se encuentran fácilmente tanto en México como en África central.

109

Hay dos puntos que me gustaría destacar. En primer lugar, los experimentos de los dos jóvenes estadounidenses han demostrado que, entre los numerosos efectos provocados por la variación de las dosis de las distintas drogas administradas a los pacientes, hay uno que sobresale por encima de todos: la vida de la mayoría de estos conejillos de Indias humanos adquiere «un nuevo sentido».

El segundo punto es que el buen curandero africano posee conocimientos mucho más profundos que nosotros sobre las propiedades secretas de una interminable variedad de plantas, hojas, raíces, frutos, bayas, etcétera. Domina esos conocimientos desde hace quién sabe cuántas generaciones. Por tanto, no resulta tan descabellado imaginar que él y sus antecesores llevan muchísimo tiempo utilizando la esencia de esos mismos cactus y hongos. No es más inverosímil que afirmar que los indígenas sudamericanos aprendieron a utilizar el curare* —aunque en dosis relativamente grandes, suficientes para matar animales de gran tamaño o seres humanos— muchos siglos antes de que nuestros propios científicos y médicos comenzaran tímidamente, hace apenas unos años, a emplearlo en cantidades casi infinitesimales para curar o aliviar enfermedades, o como una ayuda importante en determinadas operaciones destinadas a salvar vidas.

Después de considerar estos dos puntos y de descubrir, al revisar minuciosamente mis antiguas notas, que el «hombrecillo de gran entereza»

había mencionado de pasada que el sabio le daba a menudo a beber una Dawa (medicina) de sabor extraño e intenso, hoy no puedo evitar preguntarme si algo parecido a nuestra psilocibina o mescalina —aunque no fuera químicamente puro— o quizá incluso una combinación de ambos ingredientes, pudo ayudar a aquel hechicero-curandero a «ampliar la percepción» del hombrecillo, penetrando en sus inhibiciones profundamente arraigadas y dándole «un nuevo sentido a la vida». Esto habría contribuido enormemente a la transformación casi milagrosa que mis compañeros y yo habíamos presenciado con nuestros propios ojos: la de Atakufa Kesho, despreciado y maldito, convertido en «el Victorioso, el Afortunado», Rasi Malamu.

* *Este poderoso veneno paraliza a sus víctimas al bloquear la transmisión de impulsos desde los nervios hasta los músculos. Se obtiene de una de las 59 especies de arbustos del género Strychnos del Nuevo Mundo, que producen curare y no estricnina. Los indígenas obtienen el veneno mortal para sus dardos de cerbatana extrayendo los componentes esenciales de las raíces y los tallos del arbusto mediante agua tibia. Después, la solución se concentra calentándola hasta que se evapora y se convierte en una pasta espesa y viscosa. Los indígenas sudamericanos, que conocen las propiedades mortales del producto final, no dudan en introducir las manos en él o incluso probar una gota para calcular la potencia del veneno según su grado de amargor.*

*Naturalmente, quienes fabrican curare son únicamente «especialistas»: curanderos, hechiceros o ancianos sabios, hombres y mujeres, que trabajan en secreto, en momentos muy concretos y siguiendo normas estrictas. Por ejemplo, debe utilizarse un recipiente nuevo para cada lote, y la persona que participa en la elaboración del curare debe abstenerse de mantener relaciones sexuales durante todo el proceso de preparación.*

110

Naturalmente, no puedo aportar aquí la menor prueba de ello, ni tampoco puedo esperar encontrarla jamás. En aquella época, además, apenas pensaba ya en aquel aspecto particular del milagro que el hechicero había realizado, por así decirlo, cuando, después de pasar aproximadamente medio año en Europa, regresé al Transvaal vía Durban con una nueva expedición. Sobre todo porque, casi sin darme cuenta, me vi envuelto en otra aventura inolvidable del espíritu.

Pues, sin la menor intención consciente ni mérito alguno por mi parte, tropecé por casualidad con otro caso de brujería, magia, poderes sobrenaturales o comoquiera que se pudiera llamar, que durante mucho tiempo no solo pareció inexplicable, sino sencillamente increíble. En realidad, se trataba de un misterio asombroso, digno de un cuento de hadas, cuya clave y explicación no llegaría a descubrir hasta unos veinte años más tarde.

Toda la historia comenzó poco después de mi regreso al Transvaal, en la sala destinada a los indígenas de un hospital de las minas de oro de Johannesburgo. Era un hospital ultramoderno, admirablemente construido y administrado. Pero para nosotros significaba algo más: era un paraíso para los antropólogos, donde teníamos completamente a nuestra disposición representantes de tipos humanos pertenecientes al menos a cien tribus diferentes, todos reunidos en un mismo lugar, donde podíamos estudiarlos, interrogarlos, medirlos y, en la mayoría de los casos, incluso tomar moldes de yeso de sus cuerpos.

Nuestro trabajo avanzaba rápidamente (aunque resultaba un tanto monótono, puesto que todo estaba tan fácilmente al alcance de la mano y requería tan poco esfuerzo), hasta que una mañana desapareció de repente todo sentimiento de aburrimiento.

«Pronto morirás», murmuró detrás de mí una voz temblorosa.

Lo que me dejó asombrado fue el hecho de que aquel hombre hablaba en lengua lingala. Este dialecto, hablado exclusivamente por las gentes que viven a orillas del curso superior del Congo, es una lengua que uno no esperaría oír en los barrios residenciales de Johannesburgo. Aunque miles de trabajadores indígenas son trasladados continuamente al Transvaal para extraer cada año oro por valor de un cuarto de mil millones de dólares de sus fabulosamente ricas minas, los acuerdos internacionales limitan su entrada en la zona situada entre el cabo de Buena Esperanza y el paralelo 22 de latitud sur. Esto supone una distancia de unos 8.000 kilómetros de naturaleza salvaje africana entre Johannesburgo y las regiones donde se habla lingala.

111

«Tata», volvió a decir la débil voz, «pronto morirás». Lo había murmurado en voz tan baja que no conseguía decidir si se trataba de una pregunta que exigía una respuesta o del monólogo febril de un hombre que sufría intensos

dolores. Yo sabía que «Tata» era un título honorífico, una forma de dirigirse a alguien con respeto.

Eché una mirada a mis compañeros: un médico holandés del hospital y el profesor Arnou, un antropólogo francés que era el director científico de esta nueva expedición mía. Ambos estaban completamente absortos en el molde de yeso que estaban realizando de un indígena tendido cuan largo era en el suelo. Sus rostros no revelaban nada que indicara que hubieran oído las extrañas palabras procedentes de las camas situadas detrás de nosotros. Al parecer, estaban demasiado concentrados en su delicado trabajo.

Sin volverme ni mostrar la menor señal de interés, retrocedí tanto como me atreví y, de ese modo, conseguí captar la respuesta. No fue más que un susurro, pronunciado lentamente, como si procediera de un hombre cuyas fuerzas se hubieran agotado por completo.

«Toma esto, Bandakwe». Después, tras una pausa durante la cual respiró con dificultad: «Los dos comeremos de ello ... ahora ... para morir rápidamente».

Llevaba ya muchos años en África y había aprendido mucho sobre las costumbres de los pueblos indígenas. En aquel momento, el mismo instinto que me había impulsado a escuchar con tanta atención las primeras palabras me indicó que, fuera lo que fuese lo que estaba sucediendo a mis espaldas, se trataba de algo de gran importancia.

Naturalmente, sabía que, si me daba la vuelta, no vería más que dos rostros negros, vacíos y completamente inexpresivos. Sin embargo, aquellos hombres difícilmente podían tener la simple intención de poner fin a sus sufrimientos. Nunca había oído hablar de indígenas que se suicidaran. Y, aunque sucediera, desde luego no sería para escapar de una enfermedad. Evidentemente, detrás de aquellas palabras que había captado por casualidad se escondía algo más de lo que parecía a primera vista. Se apoderó de mí un deseo aún más intenso de descubrir qué estaba ocurriendo realmente.

Justo en aquel momento, el profesor se incorporó de su incómoda posición arrodillada.

«¡Voilà!», exclamó radiante. «¡C'est fini!»

112

Podría haberle dado un golpecito en la nariz. En lugar de eso, hice un movimiento torpe con los pies y arranqué la barbilla de la máscara, que acababa de secarse. Me disculpé apresuradamente. El profesor dio rienda suelta a sus sentimientos utilizando las expresiones más rebuscadas, pero luego volvió a inclinarse sobre su trabajo. El médico holandés sonrió amablemente y vertió un poco de yeso fresco en el recipiente de mezcla. Al parecer, ninguno de mis trucos había sido en vano. Las voces detrás de mí guardaron silencio.

Estaba a punto de perder la paciencia cuando mi pequeña estratagema obtuvo por fin su recompensa. El hombre que había hablado primero pronunció una palabra. Sonaba como «fefelo» o «fifero». Después, de nuevo el silencio. Aquel hombre hacía honor a su nombre, pues Bandakwe significa «tortuga» en la lengua lingala.

Entonces oí estas palabras: «Y mañana, Tata, ¿llegará mañana la liberación?»

«¡Maldita sea!», me dije, «¿es que estos hombres se han vuelto locos?».

Yo sabía que padecían silicosis. Aquella enorme sala, con cien camas a cada lado del ala en la que estábamos trabajando, estaba llena de trabajadores enfermos de silicosis-tuberculosis. Esta terrible enfermedad era provocada por las nubes de fino polvo de cuarzo que se levantaban en las desoladas galerías, a varios cientos de metros bajo tierra, donde los trabajadores de las minas de oro se afanaban sin descanso. A pesar de las medidas de seguridad más sofisticadas adoptadas por las compañías mineras, era imposible evitar que los pulmones de un hombre inhalaran continuamente aquel polvo peligroso hasta quedar irremediablemente petrificados. Era una muerte espantosa.

Sin embargo, aunque llevábamos muchos días trabajando en aquella sala, nunca había observado que los pacientes de silicosis sufrieran alucinaciones. Tampoco las voces de aquellos dos hombres sonaban como si estuvieran delirando. Entonces, ¿de qué estaban hablando? ¿Pensaban suicidarse aquel mismo día y, al mismo tiempo, esperaban ser liberados al día siguiente? Era un completo disparate.

Y, sin embargo, el hombre al que llamaban Tata dijo: «La liberación llegará». Respiraba con dificultad, como si hablar le exigiera un esfuerzo enorme.

«Los otros lo saben ... vendrán antes del amanecer ... y nos sacarán de la fría piedra de los muertos ... antes de que lleguen los médicos con sus cuchillos ...»

Esta vez nuestro trabajo había terminado de verdad. Pero mientras guardaba mis cámaras con toda la lentitud posible, conseguí captar algunas palabras más.

«Pero», jadeó la Tortuga, «¿el árbol de la vida y de la muerte ...?»

113

El profesor volvió a interrumpir con uno de sus habituales gruñidos, y ya no pude entender las palabras que tanto ansiaba escuchar. Era un hombrecillo nervioso, ruidoso y vanidoso; un buen científico, ciertamente, ¡pero qué charlatán! Esta vez ni siquiera escuché lo que decía. En lugar de eso, me volví como por casualidad hacia los dos hombres que estaban detrás de mí. Tenían los ojos cerrados, los rasgos del rostro relajados y sus caras parecían máscaras mortuorias.

«¿No proceden estos hombres de la región del Alto Congo?», pregunté al médico.

«Sí, así es», respondió después de consultar las fichas médicas que había sobre sus camas. «Son Bakumu Walengola de los territorios del Aruwimi, cerca de las cataratas Stanley».

Recordé lo que había dicho Tata: «Los otros lo saben». Sin duda, se refería a otros miembros de su tribu. Pregunté al médico cuántos Bakumu Walengola trabajaban en toda la mina. Consultó un libro que estaba abierto sobre una mesa cercana.

«En esta única mina trabajan actualmente exactamente 13.658 trabajadores indígenas», dijo. «Entre ellos solo hay 36 Walengola. Todos llegaron aquí juntos hace aproximadamente tres años. Según los registros de personal, fueron los primeros de su pueblo que hemos tenido trabajando aquí».

«Pero», pregunté, «¿no se comprometen todos los trabajadores por un período de tres años?».

«Así es también», respondió el médico. «Los treinta y seis Walengola nos dejarán dentro de doce días. Es decir, todos excepto estos dos de aquí». Bajó la mirada hacia ellos. «Ellos no llegarán a ver el final del día de hoy».

Le pregunté si le importaría que intentara hablar con ellos.

«En absoluto», respondió, «pero me temo que llevan ya varias horas sin estar en condiciones de hablar».

«Eso es lo que usted cree», me dije mientras entraba en el estrecho pasillo entre las dos camas.

La Tortuga, como pude comprobar entonces, tendría unos veintidós años. El otro hombre, calculé, rondaría los cuarenta y cinco. En su ficha médica figuraba el nombre de Gorogoro.

Aparte de su respiración dolorosa y entrecortada, parecía que ya no quedaba ni una chispa de vida en ninguno de los dos hombres. Pude observar que ambos tenían unos pequeños restos de una sustancia de color rojo claro en las comisuras de sus bocas contraídas por el dolor.

114

El médico siguió mi mirada.

«¿Qué demonios han comido?», exclamó. «Ninguno de los medicamentos que les han administrado tiene un color semejante».

Cogió algunas de aquellas migajas entre dos dedos y, murmurando algo sobre madera, serrín y malditos necios, se dirigió hacia la ventana.

Aproveché aquel momento para hablar con los hombres.

«¡Bandakwe!», dije con firmeza. «¡Gorogoro!».

Ninguno de los dos dio señal alguna de haberme oído.

«Tata», dije entonces.

Inmediatamente, el hombre de más edad abrió los ojos. Y nunca he olvidado aquellos ojos. No eran los ojos de un hombre que se encontraba en el umbral de la muerte. Me miraban sin vacilación, penetrantes e inteligentes. Un escalofrío me recorrió la espalda. Parecía como si dos hombres estuvieran encarnados en una sola persona. Por un lado estaba aquel hombre tendido allí, agonizante, cuyo cuerpo y rostro tenían la rigidez y el color ceniciento de la muerte. Por otro, había un hombre cuya mente permanecía completamente despierta, desligada del dolor y de la angustia de morir, y cuyos ojos todavía podían examinar con calma y detenimiento el rostro de un desconocido.

«Soy amigo de los Bakumu Walengola», le dije.

«Dime cuáles son tus deseos, oh Tata».

## 23. Una sociedad secreta

Una nueva luz, amable y afectuosa, apareció en sus serios ojos de color marrón oscuro. Después se cerraron. Su mente realizó un último y extraordinario esfuerzo para obligar a su cuerpo agotado a obedecer una vez más sus órdenes.

«Mundele», susurró finalmente, «debo morir. Inmediatamente».

Sus párpados se cerraron sobre aquellos ojos tan extraordinariamente vivos antes de que el médico se acercara. Bandakwe, por el contrario, no se había movido en absoluto, según me pareció.

Por una vez, el médico estaba inusualmente irritado.

«Realmente es una especie de madera», dijo. «Alguna medicina indígena asquerosa, supongo. Lo que me gustaría saber es cómo consiguen esa sustancia. En cualquier caso, les ha dado el golpe de gracia».

Se inclinó, les tomó el pulso y les levantó los párpados.

«Están muertos», anunció.

Hizo una señal con la cabeza a un enfermero, que rápidamente y con eficacia levantó las mantas y cubrió los rostros de los dos hombres muertos.

115

« Mañana temprano la diseccionaré, Manuel. A las nueve », dijo el médico. « Asegúrate de que todo esté preparado ».

Me hizo señas para que lo acompañara a su despacho, adonde el profesor, al no tener oyentes, ya se había adelantado para lavarse.

¿Qué debía creer? ¿Qué debía decir? No pronuncié palabra. No dije nada hasta que estuvimos de vuelta en nuestro campamento. Entonces no pude resistir la tentación de contárselo al profesor Arnou. Nunca había ejercido la medicina, pero había obtenido su doctorado antes de convertirse en ayudante de antropología en la Sorbona. Ya había pasado un año con una de mis expediciones anteriores y había presenciado con sus propios ojos muchas cosas aún más extrañas de las que estaba dispuesto a admitir. Supuse que, sin duda, me creería.

Sin embargo, empezó a reírse a carcajadas antes incluso de que yo terminara mi relato.

« Mais c'est ridicule », exclamó, « ¡absolutamente imposible! ».

Ni siquiera pude llegar a contarle que Gorogoro había estado perfectamente consciente ante mis propios ojos y que me había hablado menos de veinte segundos antes de que el médico lo declarara muerto.

« Está usted agotado », se rio entre dientes el profesor, « y pasa demasiado tiempo al sol sin su casco tropical. Así es como uno acaba oyendo y viendo fantasmas ».

Me sentí doblemente estúpido. Aquella noche, en mi tienda, casi llegué a dudar de lo que mis propios sentidos habían percibido.

Pero a la mañana siguiente saqué al profesor de la cama una hora antes de la hora a la que solía levantarse. Y diez minutos antes de las nueve estábamos en el hospital, llamando a la puerta negra del edificio cuadrado y aislado que albergaba la morgue.

Nadie respondió. Empezamos a caminar de un lado a otro, esperando con impaciencia a que fueran las nueve.

Sentía una extraña inquietud. Intenté mirar hacia el interior. Pero en la pared delantera solo había una abertura: aquella pesada puerta cerrada con llave. A ambos lados había grandes ventanas, pero estaban demasiado altas respecto al suelo. Y nadie podía siquiera acercarse a la parte trasera del edificio, porque justo debajo de ella corría un torrente de agua fangosa y turbulenta: el canal de 6,5 metros de ancho en el que el agua, sometida a una presión enorme, arrastraba cada día 80.000 toneladas de polvo, los restos pulverizados del mineral extraído, triturado y procesado en toda la mina en un período de 24 horas.

116

Apenas habían transcurrido unos minutos cuando el médico salió de repente por la puerta de la sala de enfermos. Supe inmediatamente que mi presentimiento no me había engañado. El médico había perdido por completo la tranquilidad que lo caracterizaba. Se precipitó literalmente hacia nosotros, seguido de un Manuel visiblemente alterado. Toda una pequeña comitiva se apresuraba detrás de ellos, entre cuyos integrantes se encontraban el director del poblado de los trabajadores, el ingeniero jefe y el director general en persona.

Manuel estaba delante de la puerta de la morgue. Mientras intentaba correr el cerrojo con las manos temblorosas, el profesor y yo estrechamos la mano de todos los presentes.

«Deben saber», dijo el director general, «que ha ocurrido algo muy extraño. Durante la noche han desaparecido dos cadáveres».

«No se referirá usted a los dos Bakumu-Walengola, ¿verdad?», pregunté.

«¿Eh? ¿Qué dice usted?» me espetó. «¿Cómo lo sabe? ¡Acabo de enterarme en este mismo instante!»

De pronto se me ocurrió que mi comentario podía involucrarme en el asunto y que casi había traicionado a aquellos dos pobres diablos que por fin habían llegado a un reino de paz eterna. El profesor también había comprendido la situación. Por una vez, guardó silencio y me miró fijamente con expresión significativa.

«No es más que una suposición», dije rápidamente. «Sabía que habían muerto ayer y que el médico quería practicarles la autopsia a las nueve. Simplemente até cabos».

El anciano murmuró algo entre dientes y nos dirigimos a la morgue. Aquel lugar macabro era una sala grande, fría y cuadrada, con doce grandes losas de piedra dispuestas en tres filas de cuatro.

«Esas son las losas», dijo el médico, señalándolas. «Los números 6 y 7. Vacías. Pero», añadió mientras miraba a su alrededor con atención, «no se ha tocado nada más aquí. Y cuando Manuel entró hace media hora, encontró la puerta tan firmemente cerrada como la había dejado la noche anterior, después de que se hubiera introducido el último de los once cadáveres. Es la única puerta y Manuel tiene la única llave, deben saberlo».

117

Y allí estábamos todos reunidos, de pie, dando vueltas como unos tontos y observando las paredes y el techo de hormigón, el suelo de mármol, la puerta sólida, las altas ventanas intactas de las paredes laterales y las dos grandes ventanas abiertas de la parte trasera.

«¿Podría alguien entrar o salir por aquí?», preguntó el anciano, rascándose la cabeza con aire dubitativo. Miró hacia las ventanas traseras. Cada una estaba protegida por una doble fila de gruesos barrotes de hierro. Tal vez un acróbata delgado hubiera podido escurrirse por ellas, pero no dos cadáveres rígidos. ¿Y qué decir de los hombres que habrían sido necesarios para transportarlos? ¿Qué habría pasado con ellos?

«¡Y el barro!», exclamó el director del poblado de los trabajadores.

«Nadie puede vadear este canal. Una vez cayó en él un nativo mientras realizaba unas reparaciones. Por precaución, se había atado a una cuerda. Pero hicieron falta media docena de hombres para sacarlo».

Los especialistas examinaron las puertas, las ventanas y los barrotes de hierro. Se inspeccionaron las paredes del canal, las enormes rejas situadas en su extremo: todo fue registrado. Se registraron todos los edificios de la mina y todas y cada una de las cabañas del poblado. No se descubrió ni el menor rastro. Era como si los dos cadáveres se hubieran evaporado en la estratosfera.

Lo que preocupaba a la dirección de la mina no era tanto la desaparición de los dos africanos como la del oro. En aquella época, un lingote de oro no más grande que un ladrillo valía 25.000 dólares. ¡Imagínese la fortuna que podría desaparecer de la misma manera misteriosa!

Naturalmente, las sospechas recayeron sobre los treinta y cuatro Bakumu-Walengola que se habían quedado en la mina. ¿Quién más podía tener interés en hacerse con los cadáveres de aquellos hombres? A los pobres desgraciados los interrogaron durante todo el largo día. Por separado, en grupos y a todos juntos. Pero ni los gritos, ni las amenazas, ni las artimañas consiguieron arrancarles la más mínima información. No sabían nada, decían. Habían dormido toda la noche y –cosa que me sorprendió– también parecían descansados.

«Sigue siendo un misterio», dijo el anciano al final de aquella ajetreada jornada. Y, dirigiéndose a mí, añadió: «¿Está seguro de que no puede añadir nada más a lo que dijo esta mañana?»

118

«Lo siento», respondí, «ni una palabra». Por supuesto, los treinta y cuatro Walengola mentían. Y también sabían que yo lo sabía, a juzgar por la manera en que algunos de ellos me miraban. Pero, aunque no podía demostrarlo, estaba firmemente convencido de que la desaparición de Bandakwe y Gorogoro no tenía nada que ver con el oro. Su causa era, de eso estaba seguro, alguna clase de superstición. No diría nada que pudiera desatar un infierno sobre aquella pobre gente precisamente en el momento en que estaban a punto de regresar a sus lejanos poblados, después de tres años de trabajo agotador.

En cualquier caso, aquel asunto no concernía a la mina, como tampoco me concernía a mí. Sin embargo, habría ido gustosamente al Congo y habría dado cualquier cosa por averiguar más sobre el «árbol». Detrás de toda aquella historia había mucho más de lo que parecía a primera vista. Pero una gran expedición no puede cambiar de rumbo de un día para otro. Nos habíamos comprometido a realizar investigaciones exhaustivas y a reunir colecciones por todo el Transvaal, Suazilandia y Zululandia, y todo debía llevarse a cabo sin demora.

No podía hacer nada más que realizar discretamente algunas averiguaciones en la Universidad de Witwatersrand antes de abandonar

Johannesburgo. Era la única universidad del mundo que contaba con una facultad entera dedicada exclusivamente al estudio de los curanderos africanos.

Sin embargo, aunque cabía suponer que sus archivos estaban completos, mi amigo, que ocupaba la cátedra de medicina indígena, no pudo encontrar nada que recordara, ni siquiera vagamente, al misterioso «fefelo» o «fifero».

Pasaron nueve años —nueve años enteros— sin que consiguiera incluir una visita a la región del Aruwimi en el programa y el itinerario de ninguna de mis expediciones. Probablemente habría olvidado toda aquella historia, por fascinante que fuera. Pero un día, en Puerto Said, me encontré con un viejo amigo africano de mi padre, un coronel de caballería que había sido uno de los primeros pioneros del Congo.

Una noche, mientras conversábamos durante la cena, surgió por casualidad el tema de las sociedades secretas que, en su época, habían ejercido un poder aterrador en toda África Central y habían exterminado cada año a miles de víctimas inocentes en matanzas colectivas que solo podían compararse con las de los antiguos aztecas de México.

«Sin embargo, también había», dijo, «algunas sectas benéficas. La mejor de ellas era sin duda la N'kunda. ¿Ha oído hablar alguna vez de ella?»

Tuve que reconocer que no sabía nada al respecto.

119

«Eso no me sorprende», continuó. «A juzgar por los informes oficiales que todavía sigo leyendo, debo suponer que ha desaparecido por completo. Probablemente era demasiado buena para poder sobrevivir».

En aquellos tiempos tan lejanos, naturalmente, había tenido que ocuparse de asuntos mucho más importantes que intentar descorrer el velo de misterio que envolvía a una secta inofensiva. Pero aquella N'kunda, la sociedad secreta de los hombres babuino, lo había fascinado de alguna manera. En pocas palabras, era una especie de «universidad» bárbara, regida por un código elemental, pero extremadamente estricto, de principios éticos y tradiciones sagradas. Estaba formada por hombres que, desde su más tierna infancia, se habían dedicado a preservar y enriquecer los considerables conocimientos médicos, químicos y toxicológicos de su pueblo.

«Naturalmente», dijo el coronel, «nunca dispuse de suficiente tiempo libre para averiguar exactamente qué parte de aquello era pura superchería y qué podía considerarse una verdad científica. Pero aquellos viejos excéntricos eran sin duda capaces de realizar milagros. Curaron a varios de mis soldados que estaban tan gravemente heridos que ya los había dado por perdidos.

Una vez que nos hicimos amigos, sacaron una especie de brebaje de hierbas que proporcionaba a mis porteadores una fuerza y una resistencia verdaderamente increíbles. Además, eran hombres valientes. Cuando estaban a punto de caer en manos de los traficantes de esclavos, se tragaban un veneno que siempre llevaban consigo para evitar ser capturados, y morían. Al menos», añadió, «eso es lo que oí contar muchas veces.

También se decía comúnmente que sus cadáveres nunca volvían a encontrarse. Se suponía que el veneno disolvía la carne y los huesos, o algo parecido. Al menos, así fue como yo lo entendí. Naturalmente», añadió apresuradamente, «no puedo garantizar que esa historia sea cierta. Pero aquellos hombres babuino realmente tenían poder. De hecho, regulaban todos los asuntos importantes y vitales de toda su gran tribu».

La última frase del coronel despertó en mi mente un eco confuso. Una de las palabras que había pronunciado tenía para mí un significado especial. ¡Claro! De repente lo comprendí, justo cuando volvió a hablar.

«Debe saber que los Mituki son un pueblo orgulloso. Desconfiados, reservados, pero...»

120

Lo interrumpí. «¿No pertenecen a la gran familia de los Bakumu-Walengola?» «Desde luego», respondió, «pero ¿a qué viene tanta agitación?»

«¿No dijeron que los hombres babuino preferían envenenarse antes que caer en manos de los árabes? ¿Y que sus cadáveres nunca fueron encontrados? Pues bien, escúcheme con atención».

Y le conté toda la historia del misterio del hospital de Johannesburgo.

No se rio. Además, tenía una memoria extraordinariamente buena. Y en cuanto pronuncié la palabra «fefelo», me corrigió de inmediato.

«Fifero, no fefelo», dijo. «Ahora que menciona ese maldito asunto, recuerdo perfectamente la palabra. Los indígenas solían murmurarla con reverencia, como si se tratara de algo sagrado. Investigue el asunto, muchacho. Pero tenga cuidado. Porque si los N'kunda todavía existen, eso no le serviría de nada, se lo aseguro».

Y así, una vez más, llegamos a un callejón sin salida en aquel asunto. Sin embargo, sabía que nunca lo olvidaría. De hecho, estaba más convencido que nunca de que, si podía contribuir a ello, llegaría el día en que lograría esclarecer el misterioso caso de los dos cadáveres desaparecidos de la mina de oro. Tenía que existir una explicación verosímil y comprensible para todo aquello, y yo quería encontrarla.

Lo que entonces no podía prever era que, cuando finalmente llegara el momento, recordaría con tanta intensidad tanto las palabras de Skaimunga en el río Congo como las hojas mágicas que salvaban vidas y que su padre me había entregado más tarde.

## 24. Pretoria y los Ndebele

A tan solo 65 kilómetros al norte de Johannesburgo, la «ciudad construida sobre oro», y apenas 320 kilómetros al oeste del paraíso turístico y natural del Parque Nacional Kruger, se alza otro monumento a Paul Kruger, aunque este está hecho de piedra y bronce. Se trata de la imponente estatua de este presidente campesino y guerrero, situada en Church Square, en Pretoria, exactamente en el lugar donde, hace algo más de un siglo, los primeros colonos que se aventuraron tan profundamente en el Transvaal construyeron una pequeña iglesia con techo de paja en medio de un valle tranquilo y frondoso.

121

Hoy han desaparecido tanto esta pequeña iglesia como las dos iglesias más grandes que ocuparon su lugar posteriormente. Sin embargo, Church Square sigue siendo el verdadero corazón en torno al cual se construyó y creció la ciudad, así como el punto central donde confluyen las grandes carreteras procedentes de los cuatro puntos más importantes del país. Es una plaza grande, sencilla, digna, tranquila y hermosa, que evoca los cientos de ocasiones —solemnes, tristes, alegres o jubilosas— en que los ciudadanos se reunieron en este mismo lugar: primero alrededor de la pequeña iglesia con

techo de paja, cuya construcción comenzó a tomar forma en 1857; después alrededor de una «kerk» más sólida y grande; y finalmente alrededor del tercer y último templo que se levantó allí, exactamente en el mismo emplazamiento, hasta que fue demolido en 1905, cuando el gobierno adquirió la plaza para convertirla en un centro cívico.

Antes de detenerme, como tengo intención de hacer, en algunas de las creencias supersticiosas actuales, los poderes mágicos y las prácticas de hechicería de las principales tribus de Sudáfrica, cuyo estudio era el objetivo de mi expedición, siento que sería difícil obtener una perspectiva adecuada de la vida de estos pueblos —y de los blancos que los gobiernan— sin echar al menos un vistazo breve a la historia de esta región y, en particular, a la de Church Square, en Pretoria. Porque, de una manera u otra, ha sido el escenario de muchos de los acontecimientos más importantes de todo el país.

Entre otras cosas, durante su primer medio siglo de existencia, Church Square fue el escenario de las reuniones anuales de Nagmaal (la Santa Cena), a las que acudían en masa los pioneros y sus familias desde todas las regiones del Transvaal y desde Natal, que, naturalmente, incluía Zululandia. Sus medios de transporte eran carretas de bueyes del mismo tipo que las que aquellos audaces Voortrekkers utilizaron como fortaleza improvisada el 18 de diciembre de 1838, cuando cuatrocientos de ellos, bajo el mando de Andries Pretorius, resistieron el ataque de los muchos miles de guerreros zulúes de Dingane. De este modo protegieron a los bóeres de Retief de la matanza ordenada por el tirano y lo derrotaron decisivamente en la batalla de Blood River, nombre que recibió con toda razón.

Siguiendo exactamente el modelo de aquel mismo «laager» histórico, 56 de esas típicas carretas de los voortrekkers están dispuestas en círculo, a tan solo 3,5 kilómetros de Church Square, alrededor del imponente y macizo Monumento a los Voortrekkers, construido en granito gris, que simboliza elocuentemente y de muchas maneras la época del Gran Trek.

122

Cuatro enormes estatuas de piedra situadas en las esquinas representan a tres de los héroes más importantes —Piet Retief, Andries Pretorius y Hendrik Potgieter—, así como a un voortrekker anónimo, destinado a simbolizar a los miles que perdieron la vida durante el largo viaje hacia la desconocida naturaleza salvaje.

Delante de las entradas principales se alza una estatua de bronce de una intrépida madre pionera que protege a sus dos hijos de los peligros del veld salvaje. Una larga serie de magníficos frisos de mármol representa vívidamente muchos de los episodios más destacados de aquella intrépida epopeya. La propia arquitectura del monumento presenta algunos rasgos característicos de Zimbabue, la misteriosa «Ciudad del Silencio», y de diversas culturas bantúes. De este modo, simboliza el vínculo entre las antiguas civilizaciones que ya existían en el interior inexplorado del país mucho antes de la llegada de los primeros blancos y la civilización de Europa occidental que los voortrekkers llevaron consigo hacia el norte.

Esta última está representada de forma impactante por una llama vacilante en un nicho de mármol rojo, situado en una cripta en las profundidades del monumento. En el centro del Gran Salón, un memorial dorado lleva la inscripción: «Ons vir Jou, Suid-Afrika» («Nosotros por ti, Sudáfrica»). Una pequeña abertura en la cúpula superior ha sido calculada de tal manera que cada año, exactamente al mediodía del 16 de diciembre, un rayo de sol penetra en el interior e ilumina la inscripción dorada, en recuerdo del aniversario de la batalla de Blood River.

También allí, en Church Square, se reunían los comandos bóeres en silenciosa oración antes de partir hacia una batalla tras otra. Y allí era también donde, a su regreso, los supervivientes recordaban a sus camaradas caídos, celebraban con sus familias las victorias conseguidas o rendían homenaje por última vez a una personalidad nacional cuando sus restos eran transportados lentamente a través de la plaza hacia su última morada.

Es esta mezcla de historia, tradición y apego celosamente preservado a los recuerdos del pasado lo que distingue tan claramente a Pretoria de la cercana Johannesburgo: aquella bulliciosa, agitada y frenéticamente cosmopolita metrópolis de más de un millón de habitantes, que surgió de un terreno baldío en apenas setenta años.

Hoy, Pretoria es una ciudad tranquila, acogedora y elegante, con unos 350.000 habitantes (184.000 blancos, 151.000 bantúes, 8.000 «mestizos» y 7.000 asiáticos). Desde hace cien años es la capital del Transvaal. Desde 1910, cuando se estableció la Unión Sudafricana, y posteriormente desde el 31 de mayo de 1962, cuando se proclamó la República de Sudáfrica, se convirtió en la más importante de las tres capitales del país.

123

Pretoria es la sede administrativa: antiguamente fue la sede del gobernador general y hoy lo es del presidente y del primer ministro. Allí se encuentran también todos los departamentos del Estado y todas las representaciones diplomáticas. Solo cuando se reúne el Parlamento, todos los miembros del Gobierno se trasladan a Ciudad del Cabo, la capital legislativa, desde mediados de enero hasta mayo o junio. La tercera gran ciudad, la capital judicial, es Bloemfontein, sede del Tribunal Supremo.

Como es bien sabido, octubre es el mes más esplendoroso de Pretoria. Es entonces cuando los 50.000 jacarandás de la ciudad están en plena floración y cubren las avenidas con un magnífico dosel azul y rojo púrpura. Es una belleza sobrecogedora que hay que contemplar en persona para poder apreciarla plenamente.

A poca distancia de estos batallones de árboles plantados por la mano del hombre se alza un solitario y antiguo gigante de la naturaleza, cuya longevidad abarca prácticamente todo lo que la historia nos cuenta sobre la vida humana en las tierras salvajes de las que habría de surgir Transvaal. La Reserva Natural y de Aves de Wonderboom se encuentra bajo la sombra de un antiguo fuerte bóer, en las inmediaciones de los montes Magaliesberg. Una de sus características más impresionantes es una higuera silvestre cuyo tronco central ha dado origen a otros trece troncos, que con el paso de los años se han convertido en árboles gigantescos. Incluso podría decirse que con el paso de los siglos, pues se calcula que este gigante tiene unos 300 años.

Ya había comenzado a crecer cuando los primeros pueblos bantúes se aventuraron tímidamente, en grupos dispersos, a cruzar los ríos Vaal y Limpopo, y empezaron a surgir pequeños asentamientos en la región que hoy constituye Transvaal. El Gran Árbol ya había vivido la mitad de su edad actual cuando, en 1817, el territorio fue invadido y su escasa e indefensa población fue sometida rápidamente por Mzilikazi, un jefe subordinado de Shaka, el «Napoleón negro» y el tirano más cruel de Sudáfrica.

Tras enfrentarse con su monarca zulú por el reparto de los rebaños de ganado capturados durante el ataque, Mzilikazi consideró prudente poner los montes Drakensberg entre él y el inevitable castigo que, como sabía, pronto acabaría con él. Se llevó consigo a su pueblo, incluidos regimientos de guerreros bien armados y curtidos en la batalla. Primero se estableció en la parte alta del río Apies y después en la región del actual Transvaal que por entonces se conocía como Hurutseland.

124

No contentándose con esclavizar a la escasa población indígena local, lanzó crueles ataques hasta lo más profundo de los territorios vecinos de los tswana y los sotho. Se apoderó de su ganado y esclavizó a sus hombres y mujeres, con excepción de los más jóvenes y saludables, a quienes incorporó a su ejército. Su séquito no dejaba de crecer y se vio reforzado aún más por la continua llegada de grandes grupos de otros refugiados que huían de Shaka. Finalmente, se convirtió en la mayor potencia militar de su lado de los montes Drakensberg. Incluso la población situada al norte del río Limpopo, en la región que hoy constituye el Highveld de Rodesia del Sur, tuvo que vivir en un estado de temor constante ante sus ataques.

Así nació la nación ndebele, fundada por Mzilikazi, quien se convirtió en su primer Inkosi o rey. Su primer contacto documentado con los blancos tuvo lugar en 1819, cuando envió a su «primer ministro» a Kuruman, en Bechuanalandia, para invitar a un misionero, el reverendo Robert Moffat, a visitar su kraal real de Kungwini. Este recinto albergaba 10.000 cabezas de ganado robado y una guarnición de más de 1.000 guerreros. Poco después llegó el doctor Andrew Smith en representación de Sir Benjamin D'Urban (de quien más tarde recibiría su nombre la ciudad de Durban). En reconocimiento de la posición dominante de Mzilikazi en aquella región, el doctor Smith le entregó, en nombre del Gobierno británico, una medalla en la que estaba grabado el año 1835, además de «dos magníficas capas y dos prismáticos de gran potencia». Envalentonado por este notable reconocimiento oficial, el Inkosi consideró que había llegado el momento de enviar una delegación a las autoridades británicas del Cabo y, mediante su mediación, iniciar negociaciones para establecer un tratado con la Corona británica.

Esto ocurrió precisamente cuando los primeros grupos de agricultores bóeres inmigrantes comenzaban a cruzar el río Vaal. El enfrentamiento se hizo inevitable. Un año más tarde, cuando la gigantesca higuera silvestre apenas tenía unos 177 años y quizá acababa de brotar de ella su séptimo u octavo tronco, tan solo 107 de aquellos bóeres, junto con 105 hombres indígenas bajo el mando del voortrekker Hendrik Potgieter, obtuvieron una victoria decisiva sobre Mzilikazi en una sangrienta batalla de cuatro días en Zilikats Nek.

Este lugar histórico se encuentra cerca del valle al final del cual el actual Transvaal ha construido la presa de Hartebeestpoort. Se trata de un magnífico embalse de agua de 17 kilómetros cuadrados, un destino muy popular para

hacer picnics, navegar y pescar, y al que se puede llegar fácilmente tanto desde Johannesburgo como desde Pretoria.

125

Los restos del ejército de Mzilikazi fueron localizados y atacados poco después por regimientos zulúes enviados por Dingane, el sucesor de Shaka. Aunque el apogeo del ejército ndebele, que entonces se estimaba en 80.000 hombres, todavía estaba lejos, en Rodesia, donde saqueaba, masacraba y devastaba el territorio, Mzilikazi consiguió hacer retroceder a los zulúes. Sin embargo, temiendo que Dingane enviara refuerzos antes de que él pudiera disponer de los suyos, y consciente del daño que podrían causarle las fuerzas bóeres, más numerosas y que ya se estaban acercando, Mzilikazi decidió astutamente abandonar el campo de batalla para dejar que sus dos enemigos se enfrentaran entre sí. Mientras tanto, él y todos sus hombres podrían cruzar tranquilamente el río Limpopo y reunirse con sus fuerzas, que permanecían intactas en Rodesia.

Desde allí lanzó ataques en todas direcciones, destruyó o sometió tribus, masacró a sus habitantes, incendió despiadadamente aldeas y poblados y se apoderó ávidamente de rebaños de ganado. Después recorrió el territorio hasta encontrar un lugar que le resultara adecuado: cerca de la actual ciudad de Bulawayo. Allí se estableció con sus ejércitos y sus súbditos en toda la región circundante y emprendió la reconstrucción de un nuevo reino, naturalmente a costa de todos sus vecinos: los Tonga, los Yao, los Lozi, los Shona, los Kalanga y los Pedi, de los que hablaré dentro de un momento.

En aquella época, estos pueblos vivían en pequeñas comunidades dispersas, que no estaban preparadas para la guerra y que, por tanto, eran fáciles de conquistar. Así fue como el reino ndebele se expandió por esta región y dominó durante más de cincuenta años todo el territorio comprendido entre los ríos Limpopo y Zambeze, hasta que fue destruido en 1893 por las tropas de la British South Africa Company.

Mientras tanto, los primeros bóeres habían ocupado los territorios del Transvaal que Mzilikazi se había apropiado, devastado y después abandonado apresuradamente al huir al otro lado del Limpopo. Sin embargo, los incansables grupos originales de voortrekkers pronto se dirigieron hacia el este en busca de pastos más frescos y con la esperanza de establecer vínculos

con el mundo exterior a través de la bahía de Delagoa. Pero la gran migración estaba en pleno apogeo y pronto llegaron nuevos bóeres que se establecieron en las regiones que sus predecesores no habían ocupado.

Nombraron a A.W.J. Pretorius comandante de los bóeres asentados en ambas orillas del Vaal. En 1849, este otorgó al Transvaal su primera constitución. Cuando murió cuatro años después, su hijo M.W. Pretorius lo sucedió como comandante. Poco después, este último construyó aquella pequeña iglesia con techo de paja en un valle tranquilo y verde, fundando así Pretoria.

126

La principal razón por la que las aventuras y desventuras de Mzilikazi y su despiadada banda de mercenarios resultan especialmente interesantes para el visitante o el observador del Transvaal moderno es que Pretoria no solo se encuentra exactamente sobre el mismo terreno desde el que Mzilikazi ejerció durante tanto tiempo su cruel régimen de terror, sino que, a poca distancia al norte de la ciudad, todavía existen varios pueblos pintorescos y llenos de color. Probablemente se encuentran entre los más conocidos y fotografiados de todo el Transvaal, si no de toda la República de Sudáfrica.

Pertenecen a los ndebele del sur, a quienes algunos también llaman Mapoch o Mapocha, en referencia al nombre de Malaboch, uno de sus jefes más importantes de tiempos relativamente recientes. Tanto estos como los ndebele del norte, cuyos pueblos se encuentran muy próximos unos de otros alrededor de Potgietersrust, son descendientes de los nguni, uno de los tres principales grupos de los pueblos bantúes. Tras haberse enriquecido mediante una considerable mezcla de sangre árabe durante su lenta migración, hace aproximadamente mil años se dirigieron hacia el sur desde la región de los Grandes Lagos y se establecieron a lo largo de la costa del océano Índico. Más tarde, estos ndebele tuvieron que desplazarse hacia el oeste, empujados por el implacable afán expansionista de sus primos, los zulúes, conquistadores de todos los territorios circundantes.

Hace unos trescientos años, aproximadamente cuando aquel gigantesco árbol de higuera silvestre acababa de comenzar a brotar de la tierra, estos primeros ndebele se establecieron en sus territorios actuales después de cuatro años de exploraciones y desplazamientos. A pesar de los cambios, las invasiones y las contra-invasiones de tres siglos, han conseguido conservar de

manera extraordinaria su armoniosa lengua, sus antiguas y pacíficas costumbres tribales, sus creencias supersticiosas y sus ceremonias.

En otras palabras, han logrado mantener la mayor parte de su hermosa cultura, que se manifiesta de manera especialmente viva en el estilo espectacular y llamativo de sus viviendas, en sus adornos y en la vestimenta tan característica de sus mujeres.

Nadie sabe cómo este pequeño milagro de fidelidad a las antiguas tradiciones consiguió sobrevivir a la ola de opresión y terror que las hordas de Mzilikazi descargaron sobre ellos. Pero sobrevivió, al igual que también se ha conservado el propio nombre ndebele, mientras que el otro reino, más reciente, fundado por Mzilikazi en el Transvaal y que más tarde resurgió al otro lado del Limpopo, en Rodesia del Sur, suele conocerse con el nombre de Matabele.

127

El último nombre deriva de Matabele, una palabra de origen sotho-tswana que se utiliza generalmente para designar a los pueblos nguni. AmaNdebele es su forma plural. El singular es iliNdebele, también abreviado como iNdebele o umNdebele. Su lengua se denomina isiNdebele, nombre que fue adaptado al inglés como Sindebele.

Para evitar la confusión que podrían provocar todos estos prefijos (a los que se suman otras veinte formas existentes), la única solución práctica parece ser mantener el término Ndebele para el singular, el plural, la lengua y todos los demás usos. Solo hay que añadir una precisión: los ndebele del Transvaal (o Mapochs, o Mapochas) explican que su nombre no hacía referencia originalmente a su ascendencia nguni, sino al hecho de que llegaron a unos territorios que todavía consideran sus «tierras de nómadas o refugiados».

Sea como fuere, lo cierto es que las aldeas matabele de Rodesia del Sur no son más que un conjunto de chozas bastante desoladoras y sucias, con paredes de barro y techos de paja, mientras que las aldeas de los ndebele del Transvaal son verdaderamente hermosas y muestran un arte dinámico, aunque primitivo. Demuestran que estas gentes son, sin duda, los mayores maestros del arte mural entre los pueblos bantúes y, en opinión de muchos, tan buenos como los famosos mangbetu de Uele, en el Congo, o incluso mejores.



21. El monstruoso Kanga, la maldición de Atakufa Kesho y de su familia.

Además, su arte les proporciona un placer y una alegría constantes. No intentan conservarlo durante mucho tiempo protegiéndolo, por ejemplo, con tejados. Por el contrario, parecen disfrutar cuando la mayor parte de su trabajo es arrastrada cada año por las lluvias estivales. De este modo, durante

los meses secos del invierno pueden empezar de nuevo desde cero, dar rienda suelta a su imaginación, seguir ideas y diseños recién concebidos y utilizar otros colores.

Por lo general predomina cierto grado de simetría, al menos hasta que el artista se cansa de su obra. En ese momento, el resto del «lienzo» de su pared comienza a reflejar el cambio de su estado de ánimo, y los diseños de un lado de la entrada pasan a ser completamente independientes de los del otro lado.

128

Estos diseños presentan una variedad en constante transformación que refleja la evolución continua del artista. Incluyen la mayoría de los motivos tradicionales del arte africano: las clásicas líneas en zigzag, los rectángulos o triángulos dentro de rectángulos y las representaciones estilizadas de animales, plantas, flores, etcétera.

Sin embargo, esto no significa en absoluto que ignoren las letras del alfabeto o los números que los niños de la familia aprenden actualmente en la escuela. Tampoco faltan las imitaciones primitivas, pero sumamente efectivas, de paredes de ladrillo, balcones, en ocasiones incluso una cúpula, ventanas con cornisas de colores y contraventanas, torres, puentes; prácticamente cualquier cosa que haya estimulado la imaginación del artista. La incorporación de nuevos motivos procedentes de la civilización europea llega tan lejos que incluso una azucarera, una tetera, un reloj, algunos muebles o hasta un avión pueden servir de inspiración.

Sin embargo, el sentido innato de la proporción y la moderación del artista, unido a la hábil combinación del blanco, el negro, el gris, el verde y el azul claro con tonos de ocre amarillo, marrón y rojo, produce los efectos más agradables. Esto resulta especialmente cierto bajo aquel aire de claridad cristalina y sobre el fondo de un cielo intensamente azul.

Si además se ven tres o cuatro jóvenes de hermosa figura y magníficamente adornadas, sentadas sobre las barandillas que flanquean la entrada, acompañadas de algunos niños encantadores que están completamente desnudos, salvo por unos cuantos hilos de cuentas aquí y allá, resulta difícil imaginar una imagen más perfecta y agradable de una vida primitiva, apacible y feliz.

Las hijas y esposas de los ndebele del Transvaal llevan, desde su más tierna infancia, adornos cada vez más pesados, compuestos por gruesos anillos de cobre y, sobre todo, por collares de cuentas redondas y gruesas. Tienen especial predilección por las cuentas blancas, combinadas con otras amarillas, verdes, marrones, azul oscuro y rojo escarlata.

Durante la infancia llevan estos elegantes collares únicamente alrededor de las caderas y los tobillos. Con el paso de los años se van añadiendo cada vez más collares, y cada vez más gruesos, también alrededor del cuello, los brazos y la cabeza. Esto llega a tal extremo que una novia, con su atuendo nupcial completo, puede llevar hasta quince hileras alrededor de cada brazo y de cada pierna, además de varias en la cabeza, media docena alrededor del cuello y unas siete alrededor de la cintura, alcanzando así un total de setenta u ochenta.

De su cintura cuelga también un amplio delantal con flecos y adornado con cuentas, privilegio reservado a las mujeres comprometidas y casadas.

Este magnífico conjunto se completa con un gran adorno para el cuello (que, al igual que el delantal, está compuesto por cuentas blancas con figuras geométricas realizadas con cuentas de colores), con joyas formadas por numerosas monedas relucientes que cuelgan del cabello de la frente y del mechón situado en la nuca, mientras que el resto de la cabeza está afeitado, y con una magnífica manta de rayas (fabricada exclusivamente para el mercado ndebele). La mujer se envuelve elegantemente en ella, ahora que las anticuadas enaguas confeccionadas con pieles de animales suavizadas han pasado de moda.

129

## 25. Rituales antiguos

Desde el punto de vista de su «vida social», las mujeres ndebele adornadas con collares de cuentas y sus hombres (a estos últimos ya solo se les ve raramente con su vestimenta tradicional, menos llamativa), y en particular los ndebele del norte que viven cerca de Potgietersrust, están, sin embargo, muy fuertemente influidos por el pueblo pastoril de los pedi. Originalmente, los pedi habitaban la orilla oriental del río Oliphant, aunque hoy en día el nombre Pedi se utiliza para designar a todos aquellos africanos del Transvaal que hablan la lengua sesuto y han adoptado las costumbres de los sotho (o suto), los abaNtu ba-s-oSutu, o «gente del río de color marrón oscuro», denominación

que procede del color del agua de un río situado en lo que hoy es Suazilandia, donde se establecieron hace siglos.

La tribu sotho de los pedi adquirió fama por casualidad a finales del siglo XVIII gracias a un rey profeta (Thulare o Tulare), que vio por primera vez la luz del día (o la poca luz que había) en un sótano que se había vuelto peligroso debido a la presencia de puercoespines, y en el que su madre se había introducido arrastrándose unos instantes antes de su nacimiento. De ahí procede su nombre real, Sekhukhuni («el que se arrastra»), que ha sido conservado por la familia gobernante, del mismo modo que el puercoespín sigue siendo el animal totémico de la tribu. Una de las características más interesantes y representativas de los pedi o baPedi es su creencia de que el bienestar espiritual de la tribu depende del mantenimiento cuidadoso de los fuegos sagrados, que arden permanentemente (las mujeres tienen estrictamente prohibido acceder a ellos) en sus kraales rodeados de empalizadas, formados por cabañas circulares de barro con techos cónicos de paja.

Esta tradición se mantiene hasta el momento en que un jefe toma una «esposa tribal», la mujer destinada a darle un heredero. Entonces se apaga el antiguo fuego sagrado y se enciende uno nuevo haciendo girar rápidamente los dos palos rituales para hacer fuego, uno «masculino» y otro «femenino», que simbolizan el matrimonio. El nuevo fuego se identifica con el hijo real que está por nacer. A continuación, todos los miembros masculinos de la tribu encienden sus propios fuegos domésticos a partir de la llama sagrada, que es mantenida viva con reverencia por guardianes especialmente designados durante toda una generación, es decir, hasta la boda de la siguiente «esposa tribal».

130

Para las ceremonias de la lluvia se necesita otro fuego, completamente diferente, que son dirigidas por el jefe, quien es también el hacedor de lluvia de la tribu. Este fuego solo se enciende cuando se necesita lluvia. Para ello se utiliza madera verde y hojas húmedas, de modo que una gran nube de humo se eleve desde el fuego hacia el cielo. En una cabaña especial y secreta destinada a la lluvia, el jefe prepara también su medicina de la lluvia, que se rocía sobre los campos cultivados en primavera. En casos de sequía excepcionalmente persistente, también puede invocar la ayuda de Mujaji, la antigua Reina de la Lluvia de los lobedu («pueblo del oso salvaje», que habita

en el bajo veld del norte de Transvaal), pues es la hacedora de lluvia más famosa de toda Sudáfrica.

Probablemente sea realmente, como se afirma, aquella misma nieta del «Blanco como la leche e Inmortal» que inspiró a Sir Rider Haggard para crear su personaje «SHE» (y que sin duda tenía al menos una considerable cantidad de sangre portuguesa en sus venas). Sin embargo, la cuestión es sumamente incierta, ya que los lobedu están profundamente convencidos de que una Mujaji de finales del siglo anterior no solo tenía la piel de color marrón oscuro, sino también cuatro pechos, por lo que recibió el nombre de Mabeleruawe, «Reina de los cuatro pechos». También era famosa como Reina de las Langostas y tenía la capacidad de poner en marcha esta temida plaga y dirigirla hacia las cosechas de sus enemigos o de las tribus a las que deseaba castigar.

En cualquier caso, se dice que la Mujaji actual tiene la piel más negra que todas las demás. Sin embargo, muy pocas personas han podido verla. Vive recluida en su residencia real cerca de Duivelskloof y, cada vez que tiene que producir lluvia, se retira a un aislamiento todavía mayor, en un bosque sagrado de cícadas poco comunes, entre las cuales se encuentra su «templo de la lluvia». Allí ejerce sus funciones como una verdadera «Persona Divina», dotada de poder sobre las fuerzas de la naturaleza, de acuerdo con el antiquísimo culto de los «Reyes Divinos», que los lobedu heredaron del Egipto de los faraones junto con su antigua cultura camítica.

131

La remuneración de Mujaji por hacer venir la lluvia asciende a varios bueyes cada vez. Esto no resulta excesivo si se tiene en cuenta que, para obtener de los dioses un don tan valioso, primero debe permanecer encerrada durante interminables jornadas en el templo junto con su hechicero y médico tradicional, donde consulta los oráculos, sacrifica un buey negro, prepara el Mofuko, su infalible medicina de la lluvia, vierte parte de ella, desde un recipiente especial llamado Khirutwane, sobre las tumbas de sus antepasados, y así sucesivamente. En cualquier caso, sus honorarios están plenamente justificados por los resultados que consigue. Porque, por extraño e increíble que nos pueda parecer, rara vez fracasa, si es que alguna vez lo hace. En todos y cada uno de los casos, sus rituales se ven verdaderamente coronados por el éxito. Y poco después de haberlos terminado, suele caer la lluvia que da vida. Además, cae precisamente allí donde se necesita con tanta urgencia.

Sin extenderme demasiado en los numerosos detalles de las costumbres, todavía sumamente complicadas, de una boda ndebele moderna, quisiera, no obstante, mencionar algunos hechos interesantes que merecen ser destacados.

En primer lugar tiene lugar lo que nosotros llamaríamos un compromiso matrimonial. Este se formaliza oficialmente cuando el padre de la muchacha acepta un regalo o pago de su futuro yerno. Esta prestación recibe el nombre de Igangaziwe y, según los distintos dialectos, puede traducirse aproximadamente como «entrada en vuestro hogar» o «agradecimiento a vuestros padres». Después de esta formalidad, los jóvenes comienzan a dirigirse a los padres del otro llamándolos Umamazala (suegra) y Ubabazala (suegro). A su vez, las personas mayores corresponden a este tratamiento llamando a la futura esposa Umalokazana y a su prometido Umkwenyana, es decir, nuera y yerno. Lo mismo ocurre con los demás miembros de ambas familias, de modo que cada nuevo vínculo de parentesco queda representado por una larga lista de diferentes denominaciones, casi tan larga como un brazo.

Mientras tanto, naturalmente, ya se ha llegado a un acuerdo sobre la cuestión de la Lobola, puesto que, como ocurre entre la mayoría de los pueblos bantúes, el matrimonio no se considera un verdadero matrimonio hasta que el novio ha efectuado un pago por su futura esposa, algo que podría denominarse una «dote en sentido inverso». En efecto, un bantú considera semejante pago —por lo general, una entrega de ganado vacuno— como una compensación legítima por el hecho de que, mediante el matrimonio, el kraal del marido gana un nuevo miembro, mientras que el kraal de la novia pierde uno.

Lejos de ser simplemente un ingenioso recurso para enriquecer a un bantú que tenga muchas hijas, esta costumbre constituye además, en cierto modo, una garantía tangible de que el marido y la mujer se comportarán debidamente el uno con el otro. Si él la tratara mal, ella podría regresar al kraal de su padre, y él perdería así la Lobola que había pagado. Si, por el contrario, ella cometiera alguna falta o abandonara a su marido, este tendría derecho a «devolverla» y recuperar todo el ganado entregado como Lobola. En otras palabras, contrariamente a la opinión de muchos blancos poco familiarizados con estas costumbres, la Lobola ejerce una influencia fuertemente estabilizadora sobre la vida social de los pueblos bantúes.

132

Entre los ndebele, esta institución va todavía un paso más allá, puesto que también está vinculada a la capacidad de tener hijos, una cuestión tan vital para los ndebele como la del ganado.

La propia ceremonia matrimonial ha perdido hoy la mayor parte de sus costumbres y ceremonias tradicionales. Lo único que todavía se lleva a cabo es que la novia es acompañada por varios de sus familiares hasta el hogar de los padres de su marido, donde residirá en adelante, y que el marido sacrifica una vaca, «el animal del consentimiento» (Inkomo yokogcola), para ofrecer un banquete en honor del séquito de la novia. Las entrañas de esta vaca se envían a la madre del padre de la novia, quien, aproximadamente un año más tarde, corresponde a este regalo (Isikupo) con una calabaza llena de cerveza.

Cuando los recién casados han establecido su propio kraal y han tenido uno o dos hijos, el padre de la novia inicia el Umkuwabiza amalobolo, es decir, comienza a reclamar la Lobola, el ganado que el novio o su familia prometió a cambio de la fertilidad de la joven esposa. Si el pago se retrasa de manera excesiva e injustificada, su padre tiene derecho a exigir que uno de los hijos, o ambos, sean enviados a vivir con él hasta que el ganado prometido haya sido efectivamente entregado. Aparte de esta posibilidad, los familiares de la joven siempre muestran un enorme interés por sus hijos, y la mayoría de los niños pasan una parte de sus primeros años visitando a la familia de su madre.

Si resulta que la esposa de un hombre ndebele es estéril, este conserva al menos un derecho potencial sobre la hermana menor de su esposa, su cuñada (umlamu), o el derecho a recurrir al Ukubiza umlamu, es decir, «llamar a la cuñada» para convertirla en su segunda esposa, incluso aunque su primera mujer le haya permanecido fiel. Sin embargo, esta costumbre está desapareciendo en la actualidad, ya que los hombres ndebele de hoy afirman que dos hermanas suelen discutir mucho más que dos esposas que no tienen parentesco entre sí o, peor aún, que se ponen de acuerdo y forman un frente unido contra él.

133

En cualquier caso, la población ndebele (aproximadamente 215.000 personas en toda Sudáfrica, de las cuales 210.000 viven únicamente en el Transvaal) ha aumentado de manera constante desde que terminaron los horrores de las invasiones y las guerras. De hecho, estas cifras representan,

durante los últimos cincuenta años, un crecimiento demográfico de entre el 11,0 y el 31,5 %, frente al crecimiento medio de la población de los pueblos bantúes de Sudáfrica en su conjunto, que se situó entre el 8,5 y el 18,1 %.

La imponente higuera silvestre había alcanzado aproximadamente un tercio de su tamaño actual cuando, hace doscientos años, otro pueblo de piel oscura comenzó a infiltrarse en la parte septentrional de lo que hoy es el Transvaal. Se trataba de los Bavenda, los «pueblos del mundo», como ellos mismos se denominaban. Su jefe era «Makkedo, el León del Norte», quien, junto con su hijo Mphefu, seguiría siendo una espina dolorosa en el costado de los bóeres del Transvaal hasta finales del siglo anterior. De hecho, los Bavenda fueron la última tribu de Sudáfrica en aceptar el dominio blanco. Incluso hoy siguen siendo uno de los pueblos menos conocidos, aunque probablemente también uno de los más fascinantes.

Los Venda, de quienes se dice que proceden del Nilo, han conservado gran parte de la cultura del antiguo Egipto: sus dioses y tabúes, su lengua, sus creencias y ceremonias mágicas, su vestimenta, su música, sus danzas e incluso los extraños adornos con los que decoran las paredes de barro y los suelos semejantes al cemento de sus chozas.

Vendaland es una de las pocas regiones donde todavía se cultiva auténtico mijo egipcio. Quizá lo más desconcertante de todo sea el hecho de que el aire puro de esta región montañosa está constantemente impregnado del retumbar de los tambores, del sonido de las flautas de caña y de las melodías polifónicas de la Mbila, el xilófono que los primeros exploradores del país tomaron prestado de los músicos venda para introducirlo primero en Europa y posteriormente en América.

Las danzas deslizantes y de pisadas rítmicas de los Venda son extraordinariamente impresionantes, especialmente cuando se contemplan en una noche de luna llena. Casi desnudos, los muchachos y las muchachas venda balancean sus cuerpos esbeltos, elegantes y flexibles siguiendo ritmos complejos, y bailan en maravillosa armonía con la música de siete flautas, cada una tocada por un hombre diferente y capaz de producir una sola nota; con el sonido de la marimba; con los pequeños tambores que otros músicos sostienen entre las piernas y en los que cada uno puede producir doce tonos diferentes; con el retumbar de los distintos Ngoma, grandes tambores fabricados con gran destreza a partir de troncos de madera blanda ahuecados y cubiertos con piel de buey fuertemente tensada, sujeta mediante decenas de pequeñas clavijas de madera; y con el dulce y melodioso tintineo de la Mbila,

formada por láminas afinadas de madera dura colocadas sobre resonadores de calabaza, sobre las que unas baquetas de cabeza blanda golpean sin descanso y con gran animación.

134

La danza de la pitón de los Domba, o « Escuela de la imitación », es uno de los aspectos más dignos de admiración de estas festividades. Durante ella, las jóvenes solteras reciben enseñanzas sobre los deberes del matrimonio y la maternidad, así como sobre la humildad, además de tener que someterse a diversas pruebas ceremoniales de valor. Dado que la pitón es símbolo de sabiduría y fertilidad, decenas de muchachas, vestidas únicamente con unos cuantos brazaletes y ajorcas y un taparrabos del tamaño de un sello postal, se balancean y deslizan en la danza de la pitón. Se mueven siguiendo un intrincado dibujo entrelazado que imita de manera muy expresiva el lento movimiento ondulante de una serpiente gigantesca, girando alrededor de grupos de muchachas que tocan la marimba y el ngoma. Las altas llamas que brotan del fuego ceremonial proyectan luces siempre cambiantes sobre las figuras brillantes y flexibles de las bailarinas.

Probablemente sea el espectáculo más sobrecogedor, hermoso, elegante y atractivo que jamás haya tenido lugar en el Transvaal durante los trescientos años de vida de la vieja higuera silvestre. A juzgar por los siglos durante los cuales una gran parte de los Bavenda se ha mantenido fiel a sus antiguas tradiciones, pese al avance a menudo demasiado precipitado de la civilización, esta danza parece destinada a repetirse una y otra vez, año tras año, hasta que llegue el momento en que la vieja higuera silvestre se haya marchitado, desmoronado y caído en el olvido.

135

## 26. Jurisprudencia tradicional africana

En los últimos tiempos, la atención del mundo se ha centrado a menudo en la lamentable falta de educación y en el elevadísimo número de analfabetos entre las masas africanas. Hoy en día, los periódicos y las revistas están llenos de artículos que vuelven a denunciar una y otra vez la ausencia de justicia o su tergiversación en muchos de los nuevos Estados africanos. Tal es el caso, por ejemplo, de la República del Congo (Leopoldville), de donde los numerosos jueces belgas de todos los rangos —todos salvo uno, creo— han sido expulsados o han huido para salvar la vida.

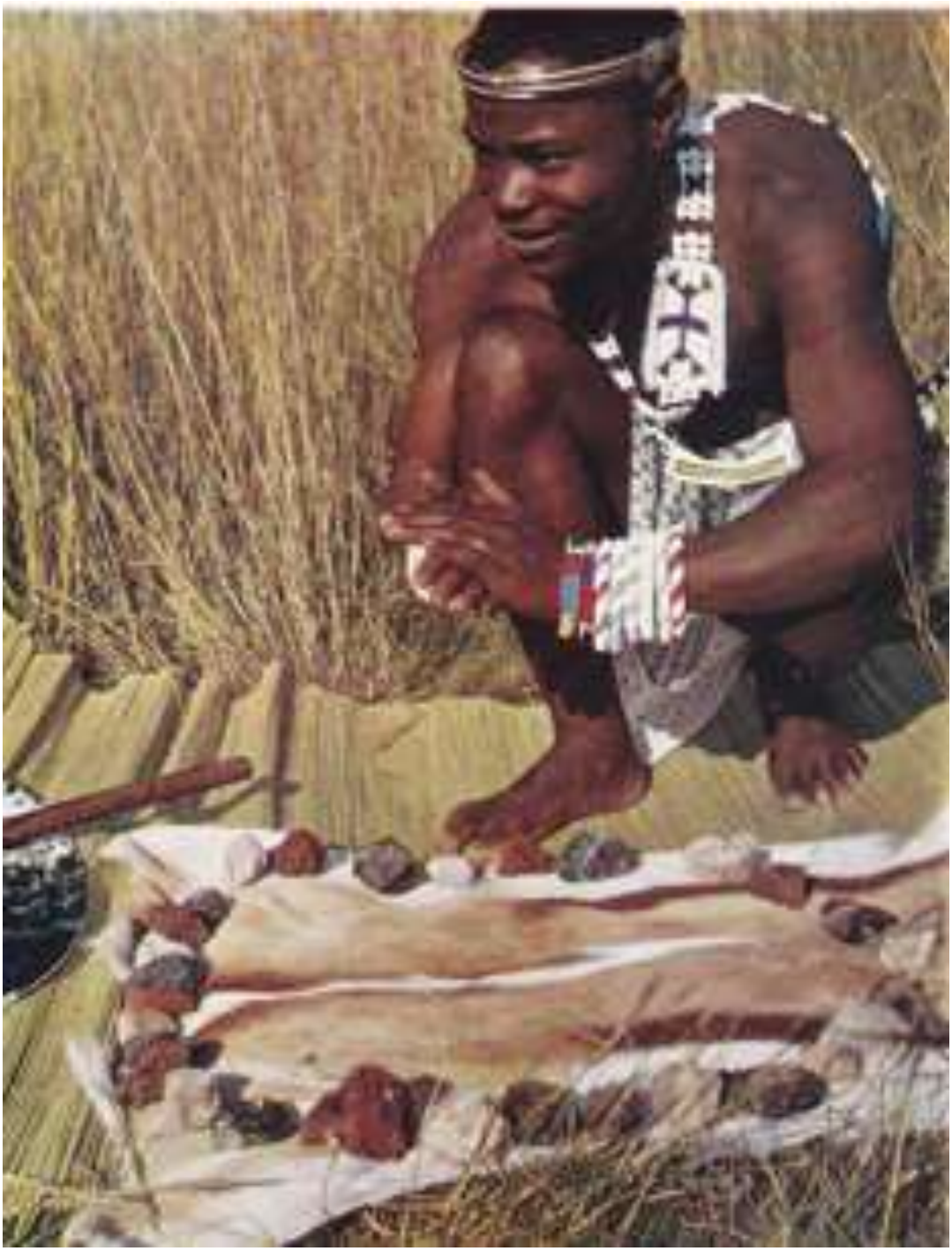
Personalmente, no estoy en absoluto convencido de que todos los casos judiciales solo puedan resolverse correctamente por medio de jueces profesionales blancos o de los poquísimos africanos negros que pueden jactarse de haber aprobado con éxito estudios universitarios de Derecho. Por el contrario, después de mis años de experiencia en África, he llegado a la conclusión de que ciertos casos, especialmente cuando son verdaderamente complicados e implican varios delitos diferentes, aparentemente sin relación entre sí pero esencialmente de carácter tribal, nunca pueden descubrirse con tanta rapidez, resolverse con un instinto tan certero ni juzgarse con tanta justicia como lo haría un buen jefe, concienzudo y de mente aguda, que quizá nunca haya aprendido a leer ni a escribir y ni siquiera disponga de un código legal.

Pues, frente a estas desventajas, posee una multitud de ventajas excepcionales. Salvo quizá algunos asuntos personales, que no harían sino impulsarlo aún más a dictar una sentencia justa para todos, incluido él mismo, no tiene otras preocupaciones que lo distraigan de su tarea principal: administrar justicia. Por lo general, conoce a la perfección la psicología, la mentalidad y el carácter más íntimo de prácticamente todos sus súbditos. Este conocimiento insuperable, junto con la habilidad para aplicarlo al resolver justamente un caso enrevesado, se ha ido afinando durante los largos años de su liderazgo y de su ejercicio de la justicia hasta alcanzar una agudeza casi hipersensible. Si todavía es joven, parece haber heredado esa sabiduría instintiva de una sucesión de predecesores. Pero, sobre todo, también puede contar con la ayuda que sin duda recibe de la «magia» de uno u otro objeto venerado.

Ni siquiera aquel permaneció mucho tiempo. Más tarde, las Naciones Unidas enviaron allí a unos cuantos jueces, todos extranjeros. En mayo de 1962 eran 47 en total: una cantidad insignificante para un país convulso de 17 millones de habitantes, ochenta veces más grande que Bélgica y sumido en una situación de anarquía caótica en sus dieciocho inmensas provincias.

136

El ejemplo más llamativo que he encontrado jamás en este ámbito fue un caso que me fascinó tanto que intenté seguirlo desde el principio hasta el final. Por ello, puedo describir con exactitud todos sus detalles importantes.



24. El jefe Kuanakali busca una solución a sus problemas.

El caso tuvo lugar en la aldea de Kingongo, en una región todavía salvaje y extraordinariamente primitiva, situada en los límites de la Reserva de los Bakgatla, en el inmenso Bechuanalandia. Curiosamente, se encontraba a poca distancia de la populosa y ultramoderna ciudad de Johannesburgo (lo que en Sudáfrica se considera una distancia corta).

El héroe y deus ex machina de este caso, tan asombroso e inolvidable para mí, fue Kuanakali. Era —y, hasta donde yo sé, sigue siendo— el jefe hereditario del poco conocido clan de los Biemba-Kabando, que parecen descender de los ndebele del Transvaal. Su «kraal real», modesto como es, sigue en pie en Kingongo, de acuerdo con la antigua tradición. Por desgracia, las chozas de los Biemba-Kabando no tienen nada del aspecto alegre y festivo de las aldeas ndebele cercanas a Pretoria. Sin embargo, tanto la lengua que se habla en Kingongo como la vestimenta y los adornos de las mujeres del lugar dan testimonio del estrecho parentesco que existió antaño entre ambas tribus.

Tras esta introducción, dejaré que el diario de aquella expedición hable por sí mismo, tal como hice mis anotaciones en aquel momento, cuando mis observaciones e impresiones estaban aún muy frescas. Y si las escribí deprisa y, pese a la gravedad de algunos de los delitos que aparecen en ellas, con cierta ligereza, fue únicamente por el enorme placer que me producía observar los métodos de lo que siempre me ha parecido una pequeña obra maestra de la justicia primitiva del veld.

Nunca antes había habido tantos problemas, disputas y confusión en la aldea de Kingongo; ni siquiera el induna (hombre sabio) más anciano de los Biemba-Kabando podía recordar algo semejante. Y nunca el jefe Kuanakali había sentido que sus fuertes hombros se doblaran bajo una carga tan pesada como durante los aproximadamente diez años transcurridos desde la muerte de su anciano padre, quien lo había dejado como heredero de las innumerables obligaciones de la jefatura, de un número limitado de cabezas de ganado, de nada menos que seis «esposas honorarias» (las viudas de su padre, que ahora le correspondían por costumbre) y de una cesta llena de «piedras sabias». El poder mágico de estas piedras había ayudado a generaciones enteras de jefes anteriores a resolver los casos más difíciles que habían tenido que afrontar.

137

Delgado y fibroso, con un aspecto juvenil, Kuanakali no podía precisar su edad. Su propia madre había muerto hacía mucho tiempo y a nadie más parecía importarle lo más mínimo si tenía 38 años, como afirmaban algunas de sus «esposas honorarias», o 40, o quizá unos cuantos años más, como sostenían algunos de los indunas.

Lo que sabía con certeza —y no cabía ninguna duda al respecto— era que todo su círculo familiar, incluidas sus tres esposas propias, que no eran ni demasiado jóvenes ni demasiado mayores, así como toda la aldea de Kingongo y la tribu entera de los Biemba-Kabando, se encontraban en un estado de agitación febril.

Por casualidad, el imponente nombre de la tribu resultaba un tanto engañoso. En el último recuento, el número total de sus miembros ascendía a tan solo 276, incluidos las ancianas, los bebés que todavía eran llevados en brazos y Sambimbo, la nueva esposa que un miembro de la tribu llamado Didiomba había tomado recientemente de una tribu amiga de los alrededores.

Doscientos setenta y seis, a menos que una horda de salvajes, los caníbales Oma-Lungui, que una Fortuna tuerta les había deparado como vecinos, hubiera hecho algunas nuevas deducciones de la cifra de población para beneficio de su propio departamento culinario. No habría sido nada sorprendente, pues desde tiempos inmemoriales los Oma-Lungui se habían dedicado a capturar con lazos de alambre, en la espesura del bosque, a los Biemba-Kabando incautos. Y lo hacían a pesar de la presencia de unas pocas autoridades blancas, apostadas muy lejos, y con una perseverancia que daba testimonio tanto de la constancia de sus gustos como del sabor especialmente exquisito de los Biemba-Kabando. Estos últimos, sin embargo, no parecían apreciar demasiado tal distinción, pues la costumbre los había insensibilizado hacía tiempo ante semejante honor.

Pero esta vez el jefe Kuanakali no sentía amargura hacia sus vecinos caníbales. Si sus súbditos, siendo apenas 276, ya le daban tanto trabajo y tantas preocupaciones, ¿qué no habrían podido hacer si su número se hubiera multiplicado por diez? Pues, según calculaba, esa habría sido más o menos la población normal de su tribu si todas las mujeres y muchachas que los Oma-Lungui habían devorado durante su vida hubieran sobrevivido y tenido descendencia, y después sus hijos, y luego los hijos de sus hijos.

138

Una cosa estaba clara: había que hacer algo, y pronto, pensó Kuanakali mientras se rascaba furiosamente el pequeño bulto que la madre naturaleza le había plantado en medio de la cara en lugar de una nariz. Desde hacía algún tiempo, la vida se había vuelto absolutamente insoportable. De repente, toda clase de delitos habían caído sobre su aldea como una granizada: incendios

provocados, peleas, matanza de ganado; un crimen más misterioso que el anterior.

Los pequeños grupos de amigos y parientes, de parientes de amigos y de amigos de parientes, que se habían formado inmediatamente para apoyar a cada víctima, habían dividido aquella tierra habitualmente pacífica en tantas facciones que ni siquiera él, el jefe, sabía ya cuántas había.

Todos estaban enfadados, llenos de reproches y dispuestos a atacarse unos a otros o a unirse todos contra él. Cada vez que acudían a contarle las injusticias que habían sufrido, gritaban tan fuerte y hablaban durante tanto tiempo que le provocaban terribles dolores de cabeza. Ni siquiera los tres alambres de cobre que solía enrollarse apretadamente alrededor de la cabeza cuando el dolor se volvía insoportable conseguían ya aliviarle el sufrimiento.

Y, lo que era mucho peor, sus propias esposas se habían entregado de lleno a aquel espectáculo infernal. Las seis mayores, las «esposas honorarias» que había heredado de su padre y que durante tantos años habían vivido en perfecta armonía, ahora se peleaban entre sí desde la mañana hasta la noche, cada una defendiendo a una facción diferente. Incluso intentaban sacar a relucir coqueteos enterrados hacía mucho tiempo en las profundidades del pasado, con la esperanza de inducirlo a tomar una decisión a favor del grupo concreto al que cada una de aquellas malditas mujeres había dirigido ahora su tardío entusiasmo.

En cuanto a sus tres esposas jóvenes, sus esposas propiamente dichas, por cuya adquisición había gastado tanto ganado, todavía el día anterior se había visto obligado a darles una severa reprimenda para impedir que siguieran peleándose entre ellas de una manera impropia de damas de noble linaje Biemba-Kabando.

139

Después de meditarlo detenidamente, llegó a la conclusión de que debía de haber nueve facciones principales, puesto que cada una de sus mujeres, de una u otra manera, había enarbolado la bandera de un partido diferente.

Sí, nueve tenía que ser el número.

Contó cuidadosamente con ayuda de los dedos. ¿Era realmente posible que hubiera tantas? ¿Acaso la presión que se ejercía sobre él estaba

confundiendo sus pensamientos? Si así era, la situación resultaba grave; pues nunca antes había necesitado tanto toda su sabiduría como en aquel momento para desenredar aquella complicada maraña.

Había convocado al Consejo de Ancianos para el día siguiente. Probablemente los indunas estarían todos presentes, pensó de pasada; pues eran tan viejos, no eran más que piel y huesos, que los Oma-Lungui no les inspiraban ningún temor. Sin embargo, no podía esperar que le proporcionaran orientación alguna, ya que ellos también se habían visto arrastrados por la agitación general.

No obstante, nueve le parecía una cifra enormemente exagerada, y ese era el primer punto que debía aclarar mientras aún tuviera la rara oportunidad de llegar a un lugar apartado y disfrutar de un poco de tranquilidad. Pensaba que aquello sería posible durante algún tiempo, ya que los gritos estridentes y las voces que le llegaban desde el recinto de su kraal le indicaban que todas sus mujeres se habían reunido para debatir informalmente aquella cuestión, que tanto les interesaba y que había despertado de tal manera su conciencia cívica.

Casi por instinto y, desde luego, sin darse cuenta, había cogido la cesta de las «piedras sabias» antes de escabullirse de su choza. Ahora se agachó en un claro rodeado de hierba amarilla y alta, desenrolló la estera y la piel de cabra que había llevado para su propia comodidad y, contento de tener fielmente a su lado la cesta, volcó las piedras de manera que pudiera seguir alcanzándolas con la mano.

«Ese es el partido de Didiomba», se dijo a sí mismo. Y, para no olvidarlo, colocó sobre la piel de cabra una piedra amarilla que había cogido del montón.

«Está alborotada porque cinco de las vacas más gordas de Didiomba han aparecido muertas en su corral, víctimas de una pérdida de sangre. Y él exige justicia. ¿Quién ha cometido este crimen?» Colocó una piedra rojiza frente a la amarilla.

140

«Este es el partido de Bunyambio», dijo, colocando una segunda piedra amarilla junto a la primera.

«¿Quién es su enemigo? ¿Quién? ¿Quién se acerca sigilosamente a él en la oscuridad, lo ataca y lo golpea con tanta crueldad que habría muerto si el curandero no lo hubiera salvado cubriendo sus heridas con el más poderoso de todos los remedios: estiércol de buey mezclado con la sangre de una rata sacrificada durante la luna llena y espolvoreado con hígado de mono seco?»

«Este de aquí», dijo, y así una segunda piedra rojiza quedó frente a la segunda piedra amarilla.

Y las piedras continuaron encontrando su lugar sobre la estera, de acuerdo con las palabras murmuradas del jefe: las amarillas en una fila, representando a las víctimas de las graves fechorías; las rojizas en otra fila, encarnando a los misteriosos culpables que habían cometido los crímenes.

«Este es Okimperi. Y este es el hombre que, aunque Okimperi no conocía a nadie que albergara sentimientos de enemistad contra él, prendió fuego a su choza precisamente cuando soplaba un viento fuerte, de modo que todas sus riquezas quedaron destruidas. Y este es Pekopeko, el padre de Sambimbo, la tercera esposa de Didiomba.

Y Didiomba quiere devolver Sambimbo a su padre Pekopeko porque ella ya le ha sido infiel durante los pocos días que lleva siendo su esposa. No sabe quién es su amante, pero está seguro de que lo tiene. Pues cuando, para ponerla a prueba, espolvoreó en su comida un polvo hecho de murciélagos secos y cenizas de patas de cerdo, Sambimbo se puso enferma.

Pero Pekopeko acude a mí, aunque pertenece a la tribu de los Mantiba, para exigir justicia, y se niega a devolver las veinte vacas que Didiomba le pagó para obtener a su hija por esposa. Pues afirma que su hija ya tenía aquel amante antes de casarse y que, si Didiomba la tomó por esposa sabiendo que tenía un amante, entonces debe quedarse con ella y con ese amante».

Sin embargo, aquel argumento no convenció al jefe. ¿Qué sería de las tradiciones de honor de su tribu si se aceptaran las ideas de Pekopeko?

Y, con un gesto de repugnancia, colocó dos piedras rojizas frente a la piedra amarilla de Pekopeko: una por Sambimbo y otra por el desconocido transgresor de la fidelidad conyugal.

141

Un intenso cosquilleo en la nariz llevó a Kuanakali a la conclusión de que ya no había más facciones enfrentadas. Con ayuda de los dedos, contó cuidadosamente las pequeñas piedras y se cercioró de que había cuatro amarillas y cinco rojizas.

Nueve en total. Así pues, el número de partidos y el de sus esposas (legítimas y «honorarias») coincidían después de todo. Tanto como acto de protesta contra ellas como porque el espacio vacío en una de las filas hería su sentido de la simetría, lo rellenó con otra piedra amarilla.

«Este de aquí», dijo, «soy yo, el jefe Kuanakali, a quien también se le debe hacer justicia por todos los problemas que le han causado y por toda la paz que sus mujeres le han arrebatado».

## 27. Jurisdicción con piedras de adivinación

Una sonrisa cruzó el rostro astuto de Kuanakali, pero era una sonrisa amable, sin nada desagradable ni ofensivo. Porque Kuanakali, a pesar de su sencillez, era un hombre muy sabio, lleno de decoro y principios. En este caso, el principio (y la razón de su sonrisa) era el siguiente: puesto que ahora había diez partidos y solo nueve esposas, y ninguna de ellas se había puesto de su parte, la única solución consistía en encontrar una décima esposa que se preocupara por sus intereses. Y, si de todos modos iba a tomar otra esposa, bien podía ser una mucho más joven.

Casualmente, una joven llamada Karamuka, bastante hermosa y atractiva tanto de rostro como de figura, no había dejado pasar últimamente ninguna oportunidad de darle a entender que no era en absoluto reacia a aquella idea. Al parecer, incluso estaba dispuesta a pasar por alto el hecho de que él andaba escaso de ganado, casarse con él y convertirse así en la esposa más joven y favorecida de la máxima autoridad de Kingongo.

Y no solo eso. Su padre, Lane, incluso había accedido, en consideración al gran honor que se le concedía, a dejarla marchar por tan solo diez vacas. Aunque el prudente Kuanakali sospechaba que la verdadera razón de aquel precio tan bajo era que Karamuka ya había dejado atrás el primer florecimiento de la juventud y pronto podría convertirse en una mala inversión para su padre.

«Diez vacas», murmuró el jefe, «diez esposas, diez partidos». Exhaló un profundo suspiro de satisfacción. Diez, diez, diez. El mismo número repetido

tres veces. ¿Qué señal más clara podían haberle enviado los espíritus de sus antepasados para indicarle que en aquel número se encontraba la clave para resolver todo aquel complicado y enrevesado asunto, el más complejo al que se había enfrentado en toda su vida?

142

Sin embargo, su trabajo distaba mucho de haber terminado. La solución tenía que encontrarse en el número diez. Sí, pero todavía tenía que descubrirla.

Durante varias horas permaneció sentado, meditando sobre las piedras. En ello residía, finalmente –aunque él no fuera consciente de ello–, su mayor poder mágico. Para eso se habían utilizado aquellas «piedras sabias» a lo largo de tantas generaciones de jefes tribales. Su función era concentrar y fijar la atención de un juez en los puntos esenciales de un caso difícil, aunque aparentemente no guardaran relación entre sí. Debían facilitar su concentración en algunos elementos conocidos y ayudarle a olvidar todas las influencias externas que pudieran distraerlo, a examinar los hechos desde todos los ángulos, a reunirlos y volver a separarlos, hasta que las piedras acabaran formando una figura de la que pudiera deducirse la solución correcta.

Naturalmente, para el jefe cada «piedra sabia» representaba ya a un individuo implicado en el caso: una víctima o un culpable, aunque en algunos casos todavía hubiera algunos personajes anónimos. Así pues, se puso manos a la obra y desplazó las diez piedras de un lado a otro, formando las combinaciones más diversas, como si fueran las piezas de un complicado rompecabezas. Con paciencia, atención y perseverancia. Hasta que, después de una larga sucesión de movimientos y manipulaciones, le pareció que el enigma estaba resuelto y que toda la situación se le revelaba con absoluta claridad. El patrón que proporcionaba la respuesta, el último de una larga serie, era un círculo en el que se alternaban piedras de distintos colores: una rojiza, una amarilla, una rojiza, una amarilla.

Antes de recoger las piedras con la mano, tomó la pequeña piedra que lo representaba a él mismo, pues ahora sería peligroso dejarla allí. Para asegurarse de que ninguna persona malintencionada pudiera lanzar un hechizo maligno sobre aquella piedra, el jefe Kuanakali se puso a pensar dónde podría esconderla para que nadie la encontrara.

Y justo en aquel instante apareció silenciosamente una figura a su lado. Kuanakali se alegró enormemente al comprobar que se trataba de Karamuka, que le sonreía. Se puso de pie y, aprovechando que ella tenía la boca grande y completamente abierta, le metió dentro la piedra amarilla. De este modo, el problema quedó resuelto de la manera más espléndida y, además, la muchacha quedó extraordinariamente feliz; pues, aunque cueste creerlo, si bien le costó tragarla, consiguió engullir la piedra. Y, además, con el mayor entusiasmo.

143

Porque nunca antes Kuanakali le había hecho, según ella creía, una declaración de amor tan inequívoca, y mucho menos una tan llena de insinuaciones manifiestas; quizá incluso un poco demasiado manifiestas. Sin duda se habría ruborizado al correr hacia su padre para comunicarle la buena noticia, si el color de su piel no hubiera hecho imposible aquella expresión de pudor virginal agradablemente escandalizado.

Tres mañanas después, todos los Biemba-Kabando volvieron a reunirse en la cabaña de las deliberaciones y a su alrededor, para disfrutar del tercer y probablemente último día del juicio. La mayoría estaba presente en calidad de acusados, demandantes o testigos; los pocos restantes –los más ancianos y los más jóvenes– asistían como espectadores.

Durante los dos días anteriores, el jefe Kuanakali, fiel a la tradición, había permitido que todos expresaran su opinión. Los torrentes desbocados de elocuencia que habían pasado sobre él lo habían dejado completamente indiferente. Sus súbditos podían acusarse o defenderse mutuamente cuanto quisieran. Pero él, su jefe, sabía leer entre líneas. Y nadie conseguiría volver a confundir sus pensamientos. Pues el círculo de piedras los había fijado definitivamente y de manera muy clara en su mente.

Hoy era el día de la sentencia, que demostraría una vez más a los Biemba-Kabando que nadie superaba al jefe Kuanakali en el arte de impartir justicia y de castigar o recompensar a cada una de las personas implicadas de tal manera que todos quedaran satisfechos. Sin duda, antes de que llegara la noche, la paz habría vuelto al pueblo de Kingongo… y también a su propio hogar y a su vida familiar.

«Esta es la verdad, y que los espíritus de mis antepasados me castiguen si no digo la verdad».



25. En uno de los alegres pueblos pintados de los Ndebele, en Transvaal.



26. Muchachas Venda junto al molino de machacar.



27. El jefe Kuanakali discute con sus esposas legítimas y sus «esposas honorarias».

Así comenzó el memorable discurso del jefe, que fue recibido con un profundo y respetuoso silencio cuando se puso de pie para dirigirse a su pueblo.

«Didiomba ha demostrado que Sambimbo, su tercera esposa, le ha sido infiel. Puede devolverla a Pekopeko, su padre.

Y Pekopeko deberá devolverle diez de las veinte vacas que recibió como pago por su hija».

144

« Bunyambio ha sido golpeado por Didiomba, que lo tomó por el amante de su mujer. Didiomba deberá darle diez vacas como indemnización.»

Un murmullo de aprobación recorrió la asamblea, pero se apagó inmediatamente cuando el jefe reanudó su discurso.

«Okimperi es hoy pobre a causa del incendio que redujo sus chozas a cenizas. Pero el fuego no se enciende por sí solo. El incendio fue provocado por Bunyambio, quien, por miedo a Okimperi, no se atrevió a decirle la verdad a Didiomba, el marido de Sambimbo. Como compensación por las chozas quemadas, Bunyambio deberá pagar diez vacas a Okimperi.

»Pero Okimperi, el amante de Sambimbo, cegado por la ira, creyó que Didiomba había prendido fuego a su kraal. Y para vengarse, sacrificó las cinco mejores vacas de Didiomba. Por eso Okimperi deberá darle diez vacas: cinco para reemplazar los animales sacrificados y cinco como indemnización.

»Pekopeko tiene ahora una hija más y diez vacas menos, debido a las que debe devolver a Didiomba. Okimperi deberá darle veinte vacas y tomar como legítima esposa a la mujer que desea y que probablemente se llevó cuando todavía era esposa de otro hombre. Y pagará el doble de la cantidad por la que ella fue devuelta, porque hoy vale para él tanto como ayer, cuando valía veinte vacas. Y como no posee suficientes vacas, deberá pagar diez, y las otras diez las aportará Lane, su padre, porque no le dio buenos consejos a su joven hijo.»

Esto le valió al jefe una gran ovación o, para decirlo con más exactitud, un tremendo pateo acompañado de estruendosas carcajadas, que era la manera en que se expresaba la aprobación en Kingongo.

Sin embargo, dos hombres participaron de maneras muy distintas en la alegría general. Uno era Pekopeko, que parecía estar fuera de sí de alegría. Para él, el veredicto significaba que se libraba de su hija culpable y, con ello, de todas las dificultades que había temido. Además, recibía diez vacas más como premio. El otro era Lane, que, por el contrario, estaba a punto de estallar de indignación ante la perspectiva de perder tantas vacas por culpa de su hijo.

145

Los ojos centelleantes del jefe se posaron por un instante en aquellos dos hombres, ambos sumidos en estados de ánimo tan opuestos. Después impuso silencio y volvió a tomar la palabra.

«Pero ¿dónde quedaría la justicia si, por la carne de su propia carne, un hombre ganara ganado mientras otro lo perdiera?»

Al oír estas palabras, pareció que alguna fuerza mágica había intercambiado las expresiones de los rostros de Pekopeko y Lane. El que antes había estado tan feliz se volvió ahora completamente desesperado, y viceversa.

«¿Y dónde quedaría la justicia si yo, vuestro amado jefe, pasara todos mis días trabajando duramente y comunicándome con los espíritus sin recibir compensación alguna por ello? Por tanto, Pekopeko deberá pagarme las diez vacas que recibe además de las que él mismo tiene que pagar. Y yo pagaré esas vacas a Lane como precio de la novia por su hija Karamuka, que él desea entregarme por esposa.

»De este modo —concluyó triunfalmente el jefe—, lo que la culpa de un hijo le ha quitado a su padre le será devuelto gracias al mérito de una hija.»

Por complicado que pudiera parecer este veredicto, en realidad era muy sencillo.

Pues, aparte del hecho de que dos mujeres cambiaban de choza —lo cual cuenta muy poco desde el punto de vista de la propiedad, ya que los Biemba-Kabando están tan acostumbrados a que sus mujeres desaparezcan debido al prejuicio ya mencionado de los caníbales Oma-Lungui—, solo diez vacas cambiaban de cercado para siempre. Eran las vacas que Okimperi, el amante, pagaba a Didiomba, el marido, como sustitución de los animales que había sacrificado, a modo de «bálsamo para el corazón».

Sin embargo, todos los culpables habían sido castigados, todas las víctimas recompensadas e incluso las «costas judiciales» habían quedado saldadas, sin que nadie tuviera que pagar nada, con la única excepción del ya mencionado Okimperi, el verdadero culpable.

Si alguien desea saber cómo se llevó a cabo el veredicto, o si le resulta difícil comprender el propio fallo y los acontecimientos que condujeron a él, puedo explicárselo. Seguí todo con atención y recuerdo muy bien aquel círculo final de piedras amarillas y rojizas dispuestas alternativamente. Para asegurarme de comprender todos los detalles a la perfección, incluso convencí al jefe de que repitiera para mí, sobre una estera en su propia choza, las distintas disposiciones de las diez piedras. Las fotografié mientras él me las explicaba.

146

Así quedó confirmada mi conclusión de que las únicas que habían sufrido eran las diez vacas inocentes. Para ellas, aquel día había sido agotador, desde el momento en que abandonaron el cercado de su dueño, Pekopeko, y fueron conducidas al corral de Didiomba como devolución parcial del precio original que se había pagado por Sambimbo.

Didiomba envió inmediatamente las vacas a Bunyambio, a quien había golpeado injustamente. Este se las entregó enseguida a Okimperi, el verdadero amante, cuyas chozas había incendiado. Okimperi las devolvió a Pekopeko como anticipo del cincuenta por ciento del precio de Sambimbo, que ahora iba a convertirse en su esposa.

Pero los pobres animales apenas tuvieron un instante de descanso antes de que gritos y voces los empujaran de nuevo hacia delante, esta vez en concepto de «costas judiciales», hasta el cercado del jefe. Aunque estaba muy ocupado con los preparativos de su próxima boda, no perdió tiempo y las envió a Lane como precio de la novia por Karamuka; pues tenía mucho interés en recibirla lo antes posible.

Y puede tenerse por seguro que las desdichadas vacas exhalaron un profundo suspiro cuando Lane las condujo de vuelta a Pekopeko, acompañado de otro suspiro igualmente sentido por su parte —aunque de naturaleza totalmente opuesta—, como compensación por el precio que, según el veredicto, su hijo debía pagar por Sambimbo.

## 28. Suazilandia: curanderos y tradiciones

Mis anteriores viajes a Zululandia me habían proporcionado tantas aventuras emocionantes y una cosecha tan abundante de observaciones interesantes que decidí —más fascinado que nunca por todo lo relacionado con la magia y la hechicería, desde que Bapuka y yo nos habíamos apoderado el uno del otro— emprender de nuevo el viaje y visitar una vez más a Twadekili, la sacerdotisa de la pitón. Los lectores de mis libros quizá recuerden que tenía sobradas razones para conservar recuerdos imborrables de aquella mujer excepcionalmente sabia y poderosa.

*1 In den Urwäldern des Kongo (Orell Füsli, 1947) und Tom Tom (Orell Füssli, 1952)*

147

Aunque anteriormente había comprobado que seguía viva y que —si es que aquello era posible— se había acercado todavía más a la cumbre de sus facultades, se me ocurrió que para entonces debía de tener ya bastantes años y que no debía dejar pasar la oportunidad de volver a verla. Y aquella visita resultó ser muy afortunada para mí, pues fue la última vez que la encontré con vida. Apenas unos meses después de que abandonara su Many, murió —y con ella, naturalmente, también su enorme pitón—, mucho antes de que, unos años más tarde, se me presentara otra oportunidad de regresar al Zululandia y trabajar allí, probablemente la última de mi vida.*

Sin embargo, de camino a las montañas de Enyati, donde vivía Twadekili, decidí pasar primero algún tiempo en Suazilandia, un país diminuto del que apenas sabía nada, salvo que creía haber entendido que todavía estaba profundamente sumido en la superstición y la hechicería, quizá incluso más que Zululandia. En otras palabras, por aquel entonces sabía menos de Suazilandia que el lector de periódicos de hoy, cuyos ojos recorren las últimas noticias sobre este antiguo reino en miniatura. Desde el punto de vista de la bomba atómica y de la Guerra Fría entre Oriente y Occidente, esas noticias no tienen ciertamente importancia para el destino de nuestro mundo. Pero interesan al lector medio porque hablan de un monarca africano lejano que precisamente ahora, en este año 1963, se enfrenta a problemas familiares cuya solución requerirá mucho más que las Piedras Sabias de Kuanakali.

La figura central de esta tormenta en un vaso de agua es Sobhuza II, de sesenta y cuatro años. Los británicos se empeñan en llamarlo «jefe supremo», mientras que él reclama el derecho a ser reconocido oficialmente como rey de Suazilandia, tal como sus súbditos lo han reconocido y llamado durante cuarenta años. El motivo de todo este revuelo es que recientemente se han celebrado en Londres conferencias para transformar también este pequeño fragmento de territorio bajo protectorado británico en un país con una constitución moderna y normal. Se trata de preparar así el camino hacia su independencia plena y permitirle incorporarse al grupo de las numerosas naciones nuevas que han surgido durante los últimos años. La dificultad reside en que Sobhuza, a pesar de las numerosas muertes ocurridas entre ellas, todavía tiene más de setenta esposas.

** Sangoma (Orell Füssli, 1960).*

148

Por una parte, para mantener la paz entre ellas y, por otra, para no convertirse en una carga demasiado pesada sobre los hombros envejecidos de su señor, la mayoría de estas mujeres están dispersas por todo el reino. De ahí que prácticamente todo Suazilandia se encuentre, como es natural, sumido en una enorme agitación.

Las preguntas que se debaten acaloradamente en cada mercado son las siguientes: si Sobhuza II llega a ser reconocido oficialmente como verdadero rey por otros países, por las Naciones Unidas, etc., ¿qué ocurrirá entonces con todas esas mujeres? ¿Se convertirán todas en reinas? ¿O algunas serán reinas y las demás princesas? ¿Cuál de ellas acompañará al rey en sus visitas de Estado a las lejanas tierras de otras naciones? ¿Y qué pasará con las hordas de hijos que Sobhuza II ha tenido durante sus cuarenta y un años de reinado con esas aproximadamente setenta esposas que aún viven, por no hablar de los hijos de todas sus numerosas esposas fallecidas o repudiadas? ¿Será reconocida esta falange de hijos e hijas de todas las edades como príncipes y princesas? ¿Y qué ocurrirá con las multitudes de parientes cercanos de esa interminable sucesión de esposas vivas, fallecidas y repudiadas: sus padres, hermanas, hermanos, etc.? ¿Y con los numerosos familiares del propio rey, sus hermanos, hermanas, cuñados y demás? ¿Cuál será su condición oficial, su rango y su posición en la nueva corte de la nueva nación? ¿Y quién, entre los pocos que quedan de una población africana de aproximadamente 260.000

almas, pagará los uniformes, los trajes ceremoniales y todos los demás accesorios necesarios para una familia real tan descomunal?

En cada pueblo, en cada aldea y en cada kraal, el debate sobre estos problemas se vuelve cada vez más acalorado, aunque a menudo una broma amable o unas palabras de burla consiguen suavizar los ánimos. Sin embargo, el asunto no es precisamente motivo de risa. Pues cuando recientemente preguntaron a Sobhuza II por esta multitud de miembros de su futura corte real, respondió con cautela a un diplomático: «Todavía no he tenido tiempo de tomar una decisión sobre estas cuestiones».

Mientras tanto, la magia, entendida en su sentido más amplio, desempeña un papel de ningún modo desdeñable en la vida del Suazilandia actual. A pesar de los siete hospitales y las veinte farmacias que mantiene el Gobierno, también con ayuda de las misiones, la mayoría de los suazis prefieren no confiar en la medicina de los blancos, salvo en aquellos casos en que sus propios «médicos» han fracasado repetidamente en sus intentos de curación.

149

Los típicos Inyanga Yemitsi suazis (plural: Tinyanga) pueden ocuparse de «enfermedades» que a nosotros nos pueden parecer muy extrañas y utilizar remedios que quizá nos resulten todavía más extraños. Sin embargo, estos herbolarios profesionales no son en absoluto unos charlatanes, a pesar de sus «bolsas de medicina» heredadas (cuyo contenido suele ser desconocido). Cada uno de estos especialistas en plantas medicinales se ha especializado en uno, dos o, como máximo, tres tipos de enfermedades, que trata siguiendo antiguas recetas secretas transmitidas de generación en generación desde tiempos inmemoriales, del padre al hijo favorito, al hermano menor o a otro pariente cercano. Independientemente de los vínculos familiares que los unan a su predecesor y maestro, estos Tinyanga siempre deben someterse primero a un largo período de enseñanza y formación. No comienzan a ejercer su profesión hasta que su maestro ha fallecido y les ha dejado en herencia sus «bolsas de medicina».

Un aspecto interesante a este respecto es que un Inyanga, además de recibir la formación adecuada y poseer las cualificaciones necesarias, debe tener también una personalidad especialmente apropiada para inspirar confianza a sus futuros pacientes. Sobre todo, debe demostrar que sabe de lo que habla y no debe presentar en sí mismo ninguna de las enfermedades que afirma poder curar en los demás. Si, por ejemplo, un Inyanga se ha

especializado en resfriados y enfermedades similares, nunca querrá que los demás lo oigan toser o estornudar. Otro, especializado en fertilidad, debe poder demostrar que él mismo ha tenido un número considerable de hijos. Un tercero, cuya tarea principal consiste en garantizar buenas cosechas en los campos, no llegaría muy lejos si sus propias tierras no produjeran cosechas especialmente abundantes. Y aquel que utiliza grasa de león para fortalecer el valor de un paciente debe demostrar su propia valentía. Todo esto parece muy razonable y supone mucho más de lo que se exige a nuestros propios médicos y otros profesionales.

El grupo de élite entre estos curanderos altamente cualificados está formado por los Tinyanga cuya tarea específica consiste en combatir a los Umtsakatsi (plural: Batsakatsi), es decir, las brujas y los hechiceros de quienes se cree que pueden hacerse invisibles y volar por los aires, entrar en una cabaña sin ser vistos y sumir a sus ocupantes en un profundo sueño. Además, se les atribuye la capacidad de provocar diversas enfermedades y lesiones graves o incluso de «arrojar la muerte sobre las personas desde lejos».

150

Mucho más prestigiosos, poderosos, respetados y mejor remunerados que estos «médicos» son los Isanusi (singular: Isangoma), es decir, los magos, los especialistas en rituales y los adivinos; en otras palabras, aquellos por cuya boca siguen hablando los espíritus de los antepasados de la nación.

Naturalmente, para convertirse en un Isangoma se requiere un período de instrucción y formación todavía más largo. En la mayoría de los casos, estos poderosos espíritus ancestrales deben haber penetrado en el cuerpo del Isangoma por transmisión hereditaria, a través de su padre, abuelo, etc. Se dice que esto les otorga la extraordinaria sabiduría con la que descubren las causas de las desgracias y de la muerte, interpretan los sueños, predicen el futuro, alejan el granizo y los rayos e incluso impiden que los pájaros ataquen las cosechas.

Para cada situación particular existe un ritual específico, generalmente bastante elaborado, que debe seguirse. En ocasiones, un Isangoma no puede ejercer su función sin entrar primero en trance o quedar completamente «poseído» por los espíritus de los antepasados, que entonces hablan por su boca y ven a través de sus ojos cerrados. Esto sucede, por ejemplo, durante las complicadas sesiones ceremoniales que se celebran para descubrir a los autores de actos delictivos.

Al desempeñar sus funciones, un Isangoma viste ropas extraordinariamente impresionantes, adornos simbólicos y un llamativo tocado. Pieles, colas, plumas de aves raras, pieles y vértebras de serpientes, así como cuernos de diferentes tamaños y formas que contienen ingredientes mágicos: todos estos elementos contribuyen a conferir a los adivinos una apariencia sumamente imponente. Esta suele resultar todavía más impresionante gracias a su evidente inteligencia, su mirada penetrante y firme y la sabiduría madura que reflejan sus ojos oscuros y expresivos.

Cuando se trata de asuntos de gran importancia, varios Isanusi se reúnen, se consultan mutuamente y trabajan juntos. En ocasiones también recurren a ritos que están estrictamente prohibidos por las autoridades blancas. En tales circunstancias, suelen reunirse en la región deshabitada de Namahasha, donde confluyen las fronteras de Suazilandia, Transvaal y el África Oriental Portuguesa. De este modo, si se produce una amenaza de intervención policial por parte de cualquiera de estos territorios, los Isanusi pueden cruzar rápidamente la frontera y encontrar refugio en el territorio de otro país.

151

Dado que, en última instancia, todo rito tiene como finalidad esencial la conservación y el bienestar de la nación, el rey, como padre de la nación, supervisa todos los rituales practicados por sus súbditos, independientemente de su rango o profesión. También en este caso, en su condición de Ingwenyama, «el León de los suazis», y junto con la reina madre, en su condición de Indlovukati, «la Dama Elefante», posee el privilegio exclusivo de realizar los ritos nacionales más importantes, concretamente los destinados a provocar la lluvia, tan esencial para la fertilidad y la prosperidad de las tierras y del ganado.

Se dice que únicamente otras tres personas en toda la nación poseen el conocimiento completo de este rito particular, de modo que puedan transmitir el secreto a otro rey y a otra reina madre en caso de que la pareja reinante fallezca repentina y simultáneamente. La posesión de este conocimiento constituye una carga tan terrible que ni siquiera se mencionan jamás los nombres de estos tres individuos. Incluso parece posible que su identidad solo sea conocida por la propia pareja real.

El rey y la reina madre llevan a cabo estas ceremonias en un aislamiento estrictamente vigilado, aumentando gradualmente la potencia del ritual

mediante el sacrificio de determinados animales cuidadosamente seleccionados, hasta conseguir los efectos deseados. Solo en los casos de sequía excepcionalmente persistente recurren a las piedras de la lluvia, heredadas de los primeros reyes de la nación. Si, a pesar de todo, la lluvia sigue sin llegar obstinadamente, también pueden emplearse otras «medicinas» de gran eficacia. Estas fueron robadas en un pasado remoto por los antepasados de la familia real a pueblos conquistados, que a su vez las habían robado a otros pueblos varios siglos antes.

## 29. Los espíritus de los antepasados

Una vez finalizada nuestra estancia en Suazilandia, viajamos al territorio zulú. Antes de continuar nuestro camino hacia el kraal de Twadekili, hicimos una parada de unos días para realizar lo que llamábamos nuestra «limpieza de primavera». Esto consistía en revisar, aceitar y engrasar nuestros vehículos, poner en orden los distintos equipos, sustituir las cuerdas de las tiendas de campaña, reparar los agujeros de las lonas, limpiar a fondo todas las cámaras cinematográficas y fotográficas, etcétera.

152

Una vez más, era la hora de la siesta y, una vez más, ignoré, tal como había hecho mucho tiempo atrás a bordo del «Kigoma», todas las reglas establecidas y renuncié a mi pequeña siesta de mediodía. En lugar de ello, me senté a mi escritorio y me empeñé obstinadamente en poner en orden algunas cuentas que parecían burlarse de mí, porque sus cifras nunca acababan de cuadrar. Todos mis compañeros (y probablemente también nuestros africanos) estaban durmiendo. Nuestro hermoso campamento – una hilera de tiendas y camiones dispuestos en un círculo ordenado alrededor de un árbol alto y esbelto, situado en el centro de una extensión de terreno duro – estaba envuelto en un cálido y somnoliento silencio.

De repente, una voz tranquila dijo: «Mpashi», como si alguien estuviera hablando consigo mismo. «Mpashi».

Preguntándome quién podía estar hablando de «espíritus» a aquella hora, salí de mi tienda para averiguarlo. A pocos pasos de mí se encontraba un zulú, erguido como una estatua, a pesar de su avanzada edad y su estatura mediana. Su cuerpo, cubierto de hileras de cuernos medicinales y colas de animales, mantenía una postura de extraña rigidez. Su cabeza, adornada con un elaborado tocado hecho de pieles, estaba echada hacia atrás. Sus ojos, que

brillaban con una luz magnética en su rostro ascético e inteligente, estaban claramente fijos en la copa de aquel árbol solitario y esbelto.

Al acercarme, levantó la mano derecha sin mover los ojos y señaló el árbol con su maza arrojadiza, repitiendo «Mpashi», esta vez aparentemente para informarme.

Vitrozzi, uno de nuestros fotógrafos, salió somnoliento de su tienda. Al ver al llamativo anciano zulú, comenzó a fotografiarlo desde distintos ángulos mientras murmuraba: «Un ejemplar magnífico»... clic, clic... «pero está exagerando. ¡Ve espíritus hasta en un arbolito...!».

Sin dejarse distraer, el médico brujo continuó mirando hacia lo alto. No nos había saludado y ni nuestros movimientos ni el sonido de nuestras voces lo habían molestado en lo más mínimo.

Al cabo de un rato, Vitrozzi se cansó de hacer fotografías. Se detuvo y contempló en silencio al anciano, que no había cambiado su postura estatuaria y que ahora murmuraba algún tipo de conjuro.

153

Nuestro campamento estaba instalado en un valle de las montañas Enyati y, una vez más, ningún sonido perturbaba la tranquilidad del lugar, salvo el suave murmullo de un pequeño manantial que, amablemente, nos proporcionaba una refrescante poza natural para nuestro uso antes de continuar serpenteando hacia el este, como una cinta sinuosa tendida sobre la hierba amarillenta.

Solo en aquella región tranquila se podían encontrar todavía los relativamente pocos zulúes que, viviendo lejos de los centros de población blanca, habían conservado la pureza de sus rasgos físicos y la pintoresca sencillez de su vestimenta tradicional. Estas debían de ser características de los súbditos del «viejo león Shaka» hacía más de cien años.

Sabía que una vez más habíamos entrado en un mundo en el que todo acontecimiento, por insignificante que fuera, se consideraba obra de fuerzas ocultas. Pero creer que incluso las hojas de un arbolito podían temblar al viento por efecto del poder de los espíritus era pedir demasiado a una mente abierta.



28. Un Tinyanga (hechicero) del actual Esuatini (antigua Suazilandia).

La escena que formábamos debía de resultar bastante absurda: el médico brujo, con la mirada fija en la copa del árbol; nosotros dos, los hombres blancos, observándolo atentamente; y nuestros muchachos, que habían comenzado a reunirse a cierta distancia, contemplando a su vez a nuestro pequeño grupo.

Tuve la impresión de que el anciano se estaba divirtiendo enormemente a costa de todos nosotros, tanto blancos como negros.

Por fortuna, Karroo, un fox terrier que había adquirido poco tiempo antes, apareció para salvar la situación. El pelo de su nuca se erizó y emitió un gruñido amenazador. Siguiendo su mirada, observé por primera vez con atención la parte superior del tronco. Entre las hojas apareció una larga mamba de color grisáceo, que se disponía a deslizarse hacia abajo mediante rápidos movimientos en espiral.

Apenas podía creer lo que veían mis ojos. Nunca antes había visto una serpiente a semejante hora y en un lugar como aquel. ¿Por qué habría trepado precisamente a aquel árbol tan esbelto? En su copa no había nada que pudiera haberla atraído y, además, allí estaba completamente expuesta a los ardientes rayos del sol, que las mambas, como la mayoría de las serpientes, detestan.

Conociendo el valor de mi perro y sabiendo que, en cuanto la mamba estuviera a su alcance, se lanzaría sobre ella sin preocuparse en absoluto por la posibilidad de recibir una mordedura mortal, le ordené que regresara a mi tienda. Obedeció de mala gana, emitiendo un gruñido sordo a cada paso.

Mientras tanto, la serpiente, que medía entre 2,50 y 3 metros de largo, había llegado al suelo. Vaciló, luego se deslizó alrededor del tronco, volvió a vacilar y repitió la maniobra varias veces, hasta que finalmente se detuvo.

154

Pero yo no tenía más dominio sobre mi perro que el hechicero sobre aquel reptil, al que mantenía constantemente sometido al poder de su mirada. Y entonces, ante un gesto suyo, la serpiente comenzó a deslizarse y pareció seguir la dirección de la maza arrojadiza que el anciano sostenía en su mano extendida. La siguió a paso lento durante unos sesenta metros; después se detuvo, se volvió al cabo de un instante y regresó hacia nosotros.

Su actitud había cambiado por completo; ahora se mostraba natural, espontáneo y relajado. Me saludó cordialmente, levantando la mano en posición vertical hasta la frente.

Khalani, mi criado personal, acababa de contarme que había encontrado aquella misma mamba unas horas antes sobre una manta de lana, dentro de su tienda. Naturalmente, me explicó, ni siquiera se le había pasado por la

cabeza matarla o ahuyentarla, porque había comprendido de inmediato que se trataba del espíritu de su difunta madre. En lugar de hacerlo, había enviado a otro criado a buscar al hechicero, pues solo él tenía el poder de hablar con el espíritu que se manifestaba en forma de serpiente, averiguar por qué había venido a visitar a su descendiente y convencerlo de que se marchara de nuevo en paz, de la manera adecuada y sin ofenderlo.

Cuando le pregunté al respecto, el hechicero confirmó el relato de mi criado. «Grandes cosas le esperan a Khalani —dijo—, y el espíritu de su madre ha venido a anunciárselas».

Volvió a mirar hacia la copa del árbol y dejó vagar la mirada en la dirección en que soplaba el viento. Permaneció en silencio durante varios minutos, con el rostro concentrado, como si intentara poner en orden una serie de asuntos complicados, y luego se dirigió a mi criado: «Donde se pone el sol está la Gran Agua, y en sus orillas vive el pueblo Tonga. Y quien ocupa un rango superior al de todos los demás es el gran jefe supremo, cuya sangre también corre por tus venas. Que la cuarta luna, cuando aparezca en el cielo, te encuentre preparado».

«Así sea, padre», respondió Khalani con sencillez, y estrechó tres veces la mano del anciano.

Y eso fue todo, por el momento.

155

Aquel día el viento soplaba del este. Por eso, razoné mientras intentaba interpretar de manera racional las palabras del hechicero, probablemente había señalado hacia el oeste, donde, como sabía perfectamente, vivían los Tonga. El hecho de que la Gran Serpiente hubiera trepado hasta la copa del árbol, sin duda el punto más alto del campamento, podía ser una forma de indicar, mediante una asociación de ideas, que el jefe supremo de los Tonga, quien ocupaba el puesto más elevado de la tribu, estaba implicado en el asunto. Y el hechicero seguramente sabía que mi criado estaba emparentado con el jefe supremo de los Tonga, como Khalani me dio a entender más tarde, añadiendo que era hijo del hermano del jefe actual.

Este parentesco real me explicaba, dicho sea de paso, el respeto con que los demás criados trataban a Khalani. En mi egocentrismo, yo lo había atribuido a su condición de criado personal. Pero, aunque el jefe era su tío, no

alcanzaba a comprender por qué Khalani podía esperar convertirse en su sucesor; eso era, precisamente, lo que yo había deducido de la alusión velada del hechicero. El muchacho me dijo que el cargo de jefe se heredaba en línea directa, de padre a hijo.

Por tanto, los acontecimientos que el hechicero había predicho para el futuro y que le habían llevado a afirmar que, dentro de tres meses, a mi criado le sucederían más o menos «grandes cosas», seguían siendo para mí un enigma. Y estoy seguro de que Khalani tampoco había comprendido lo que el hechicero quería decir.

Tenía muy claro que sería inútil hacerle al propio hechicero más que las preguntas más superficiales sobre aquel asunto. De hecho, intenté sonsacarle algo cuando volví a encontrarme con él por casualidad, pero, con las expresiones de cortesía más refinadas, no me dijo absolutamente nada.

Pasaban las semanas mientras nos trasladábamos de un punto de las montañas a otro. Era una actividad agradable. A menudo, por la noche, pensaba que en aquella región habíamos conseguido todo lo que era posible conseguir. Un día más y llegaríamos a las proximidades del kraal de Twadekili. Entonces podría descansar en mi sillón de campaña «Raja», fumarme otro cigarro y contemplar perezosamente a Bapuka, que, naturalmente, dominaba mi tienda desde el lugar más destacado.

156

Casi cada vez que ocurría aquello, una nueva idea nacía lentamente en mi mente. Crecía y poco a poco iba tomando forma y consistencia. Empecé a estudiar mapas, notas antiguas y los pocos libros de consulta fiables de que disponía. Pronto había tomado una decisión. Sí, al día siguiente continuaríamos nuestro camino. Pero solo hasta aquel otro valle. Estaba seguro de que al profesor también le parecería un plan magnífico, o emplearía palabras por el estilo. Y, curiosamente, cada nueva inspiración —llamémosla así— resultaba extraordinariamente interesante y valiosa por sus resultados, aunque retrasara cada vez más nuestra llegada a Twadekili.

En aquel entonces, aquellos retrasos me producían cierta inquietud, pues regresar al kraal de la Sacerdotisa del Pitón había sido, desde el principio, el objetivo más importante y urgente de mi viaje. ¿Me estaría convirtiendo en un esclavo de la indolencia? Me parecía que sencillamente utilizaba a Bapuka como pretexto para concederme más tiempo e inventar continuamente nuevas

razones para prolongar nuestras andanzas por aquella región encantadora del antiguo Zululandia, todavía verdaderamente virgen.

Solo más tarde llegué a comprenderlo. Finalmente me di cuenta de que la influencia de Bapuka —o mi propio instinto, o el simple azar, o lo que fuera— me había impulsado a quedarme tanto tiempo. Porque, si hubiera llegado a casa de Twadekili según lo previsto y, por consiguiente, la hubiera dejado varios meses antes de cuando finalmente lo hice, me habría perdido uno de los dramas más extraños del veld y, en mi opinión, una de las hazañas más asombrosas de la Sacerdotisa del Pitón.

Fuera como fuese, durante algún tiempo no había olvidado exactamente el episodio de Mpashi, pero tampoco pensaba mucho en él. Poco a poco había llegado a considerar a Khalani como una presencia permanente y casi indispensable en mi vida cotidiana cuando, un día, un grupo de guerreros se acercó ruidosamente a nuestro campamento.

Por las primeras palabras que dirigieron a Khalani, supe que habían venido a comunicarle que, por derecho de sangre y por decisión del Consejo de Ancianos de los Tonga, había sido proclamado nuevo jefe supremo. Aunque Khalani se esforzaba por ocultar su desconcierto tras la actitud impasible de un orgulloso guerrero, vi que estaba casi tan sorprendido como yo.

No había advertido la llegada del hechicero, pero de pronto lo encontré a mi lado. Alegre, como un hombre que llega puntualmente a una cita concertada mucho tiempo atrás, se unió al coro de felicitaciones y vítores que los mensajeros, mis otros criados y todos los habitantes de los alrededores, que empezaban a acudir en tropel al campamento, dirigían al nuevo jefe.

157

Y cuando Khalani, después de despedirse afectuosamente de mis compañeros y de mí, y de prometer varias vacas como regalo al hechicero, se marchó al frente de una ruidosa procesión, el anciano se acercó de nuevo a mí.

Durante las dos semanas anteriores nos habíamos hecho buenos amigos, y me alegró verlo entonces, pues tenía intención de visitarme durante varios días.

«Los espíritus de los muertos nunca se equivocan», me había dicho con toda seriedad. Como supuse que ahora, una vez cumplida su predicción, estaría más dispuesto a hablar, le conté cómo había intentado interpretar sus palabras y le confesé que nunca había conseguido comprender qué le había indicado cuánto tiempo transcurriría antes de que sucedieran aquellos acontecimientos.

Me escuchó sonriendo y con un afecto casi paternal, pero en sus pequeños ojos brilló un destello travieso.

«¿Acaso no viste tú mismo —preguntó cuando hube terminado— que la mamba dio tres vueltas alrededor del árbol y se detuvo justo al comienzo de la cuarta?»

Como albergaba la vaga y nada agradable sospecha de que, detrás de sus palabras serenas y corteses, se estaba burlando de mí, abandoné el intento de seguir el curso de sus pensamientos y me limité a comprobar un solo hecho.

«Por lo que me contó Khalani —le dije—, entendí que, cuando muere el jefe supremo, su propio hijo le sucede».

«Sí, baaba —respondió el anciano—. Cuando los espíritus vinieron a llevarse al jefe supremo de los Tonga, se llevaron también a su único hijo ese mismo día. ¿No te dije —me recordó suavemente— que los espíritus nunca se equivocan?»

## 30. Twadekili, la sacerdotisa de la pitón, lo ve.

A menudo, cuando sigo el vuelo de un pájaro y observo la hermosa libertad con que planea por el aire, y admiro su habilidad para volar con ligereza y en línea recta hacia donde desea ir, me pregunto qué ser tan lento y torpe es el hombre, y cómo se ve frenado y obstaculizado por toda clase de limitaciones.

158

No podría expresar de otra manera la sensación que experimenté ante la extraordinaria capacidad de una sabia mujer indígena para hacer volar su mente a través del tiempo y del espacio a voluntad, ver lo que deseara ver y, cuando le placiera, contemplar el presente, el pasado y el futuro.

Digo contemplar, y no recordar el pasado o imaginar el futuro, como puede hacerlo cualquiera de nosotros que tenga buena memoria y cierto grado de imaginación. Tampoco me refiero a la capacidad de prever acontecimientos futuros concretos de manera más o menos imprecisa, como había observado hacer al hechicero en el caso de Khalani.

Me refiero a ver literalmente, con todos sus detalles, acontecimientos que suceden fuera del alcance de su vista física, exactamente en el momento en que ocurren, después de que hayan ocurrido o antes de que vayan a suceder. Y verlos con la misma facilidad y precisión con que nosotros podemos observar algo que está sucediendo en ese mismo instante, aquí, ante nuestros propios ojos, o a gran distancia en una pantalla de televisión, o seguir en la pantalla del cine acontecimientos que han tenido lugar en cualquier otra parte del mundo.

Sin duda, esta es una de las cosas más maravillosas que he presenciado jamás en África. Y, como ya he mencionado, fue cuando finalmente llegamos junto a mi antigua amiga, la Sacerdotisa del Pitón, Twadekili —en aquella visita memorable, que tuvo lugar justo en el momento oportuno, pero que desgraciadamente también sería la última que le haría—, cuando tuvimos el privilegio de seguir paso a paso la asombrosa manifestación de sus extraordinarios dones y poderes.

Todo sucedió de tal manera que mis compañeros y yo pudimos presenciar personalmente cada detalle, o bien los aspectos que no habíamos observado directamente nos fueron confirmados por testimonios de testigos dignos de confianza.

Todo comenzó una mañana, cuando el profesor Arnou, Vittozzi y yo conversábamos con la Sacerdotisa del Pitón. Esperábamos que nuestra charla informal nos permitiera descubrir algo que arrojara luz sobre los diversos «milagros» que la había visto realizar en tiempos anteriores.

En cierto momento, en mitad de una frase, se interrumpió bruscamente, como si alguien hubiera aparecido de repente ante ella.

«Un gran jefe viene a consultarme», nos explicó unos instantes después. «Es un asunto grave, incluso más grave de lo que él mismo cree».

159

Después de mirar a su alrededor para asegurarse de que no había nadie a la vista, Vitrozzi le preguntó: «¿Cómo lo sabes?»

«Lo veo», respondió ella, sin dejar de mirar fijamente hacia delante. «Lo veo. Ahora está junto al manantial, abajo en el valle».

El profesor Arnou, cuyo escepticismo superaba incluso al de Vitrozzi, me susurró: «Debe de haberse enterado por medio de un tam-tam o alguna otra señal». Tenía la costumbre de encontrar una explicación sencilla, rápida y «lógica» para todo lo que veía.

La sacerdotisa de la Pitón, naturalmente, no comprendía sus palabras en francés, pero o bien leía sus pensamientos o los adivinaba por el tono de su voz, pues respondió inmediatamente:

«No, lo veo con mis propios ojos. Ahora está cortando una rama del gran árbol Mobanga, que se refleja en el manantial. Con ella está fabricando un nuevo mango para su escudo».

«Viene solo», continuó después de un momento. «Denner se encuentra en una situación muy difícil. El fuego ha destruido gran parte de su maíz. Y ha encontrado treinta y dos de sus vacas muertas, víctimas de una enfermedad misteriosa».

«¿Qué clase de enfermedad?», pregunté.

«La maldad de un hermano celoso».

Después de dar esta respuesta, se retiró repentinamente a su cabaña.

«Una enfermedad que hasta ahora no ha sido clasificada en ningún manual de veterinaria», comentó el profesor entre risas.

Nuestra experiencia cotidiana nos había enseñado que la distancia entre el manantial y el kraal de la sacerdotisa de la Pitón suponía una caminata de cuatro horas para nosotros y de tres horas para un nativo. Y exactamente tres horas después, Vittozzi, que se había ofrecido voluntariamente para hacer guardia, nos llamó.

El jefe llegó sin su escolta habitual. No llevaba ninguna insignia de su dignidad y tenía en el rostro una expresión de preocupación y desesperación.



29. Sambimbo, la nueva esposa que Didiomba trajo de una tribu amiga.



30. Pekopeko, el padre de Sambimbo.



31. El hechicero de rostro ascético y ojos magnéticos, que interpretaba el comportamiento de Mamba.

En la mano derecha sostenía tres azagayas y un escudo recubierto de piel de buey moteada, reforzado por un palo vertical. Sin ceremonia alguna, el profesor Arnou le quitó el escudo de las manos, lo examinó en silencio y luego nos lo entregó. El palo era de madera verde y fresca, a la que acababan de quitarle la corteza, y sin duda procedía del gran árbol Mobanga situado cerca del manantial, el único árbol de esa especie en toda la región, según sabíamos.

160

«¿De dónde has sacado eso?», preguntó el profesor, señalando el palo mientras devolvía el escudo al jefe.

«De la fuente de ahí abajo», respondió este último, un tanto sorprendido. «Hace un momento, cuando la crucé».

Vi aparecer la cabeza de Twadekili en la abertura baja y ovalada de su cabaña, y un leve atisbo de sonrisa iluminó por un instante la seriedad de su rostro.

El jefe se dirigió rápidamente hacia la cabaña; era evidente que apenas podía esperar para comenzar su consulta con la sacerdotisa de la Pitón. Después del habitual intercambio de saludos, ella se sentó delante de la entrada, le indicó con un gesto que se sentara a su lado y nos lanzó una mirada que interpreté como una invitación para que también nosotros tomáramos asiento junto a ella.

Él comenzó inmediatamente a contarle sus problemas. Aquella misma mañana, uno de sus rebaños había sido atacado por una extraña enfermedad. Treinta y dos hermosas vacas, una parte considerable de su riqueza, habían acudido como de costumbre al abrevadero y, poco después, habían muerto de manera imperceptible. Además, un granero se había incendiado por una causa desconocida. Todas sus posesiones parecían haber sido alcanzadas de repente por una maldición.

«Oh, sacerdotisa de la Pitón, sálvame», fueron sus últimas palabras, pronunciadas en tono suplicante. «Solo tú, tú que lo ves todo».

«¿Y dónde está tu hermano Nguo?», preguntó de repente la sacerdotisa de la Pitón, como si despertara de un sueño.

El jefe no lo sabía. No había visto a Nguo desde la tarde anterior.

«Veo a Nguo», dijo Twadekili.

«Lo veo ayer, cuando lo castigaste porque una vez más te había desobedecido. Lo veo esta mañana, antes de que salga el sol, dirigiéndose a la fuente. Lleva en la mano una calabaza alta de madera que Sindela le ha dado. Está llena de veneno, que arroja al agua. Después sale corriendo... Veo llegar a tus vacas, conducidas por tu hijo menor, y las veo beber de aquella agua; porque no saben que la muerte acecha en ella».

El rostro del jefe había adquirido un tono gris ceniciento, y estaba pendiente de cada palabra de la sacerdotisa de la Pitón, mientras fruncía las cejas por el esfuerzo de imaginar mentalmente a las personas y los acontecimientos en todos aquellos lugares que tan bien conocía y que Twadekili le describía uno tras otro, exactamente tal como los veía.

161

«Una mujer prendió fuego al granero mientras tú te inclinabas sobre tus vacas enfermas. Pensamientos de alegría llenan su corazón ante la perspectiva de tu ruina. Y pensamientos de amor hacia Nguo, de quien sabe que se encuentra a salvo, escondido en el kraal de su padre Sindela».

«¿Rumati?», exclamó el jefe, incrédulo y horrorizado. «¿Rumati, mi esposa favorita?».

«Rumati», fue la tranquila respuesta. «Y te veo regresar a tu kraal, con el alma llena de pensamientos de venganza. Pero la buscas en vano. Reúnes a tus mejores guerreros a tu alrededor y marchas con ellos hacia el kraal de Sindela».

La sacerdotisa de la Pitón veía — veía toda la escena — y la describía hasta en sus más mínimos detalles. Me vino a la mente la imagen de un comentarista deportivo cuya voz nos llega desde lejos a través de la radio, mientras relata todas las fases de un partido de fútbol que se desarrolla ante sus ojos.

El jefe y sus guerreros rodean en la oscuridad, poco antes del amanecer, el kraal del traicionero suegro. Con las primeras luces del nuevo día, avanzan. Un presentimiento de peligro se apodera del jefe cuando se acerca a la tercera choza. Tiene razón, pues en el interior Nguo permanece al acecho, con su

azagaya en la mano, esperando para salir de un salto y atacar a su hermano. Nguo salta hacia fuera, pero el jefe ha sido advertido de antemano y solo recibe una herida leve. Entonces ambos se enzarzan en una lucha cuerpo a cuerpo. Pero los guerreros del jefe acuden precipitadamente en su ayuda y lo rescatan justo cuando está a punto de sucumbir ante la fuerza descomunal de su malvado hermano. Nguo es capturado y llevado ante el consejo de los indunas.

El jefe registra entonces todas las chozas del kraal de Sindela, pero no consigue encontrar ni a Nguo ni a su hija Rumati...

El comentarista estaba sentado allí, delante de nosotros, contemplando el tiempo y el espacio, observando y describiendo cada movimiento de aquel juego a muerte que se desarrollaría al día siguiente.

«Pero Rumati... ¿dónde está?». El jefe aprovechó una pausa en el discurso de la sacerdotisa de la Pitón para hacerle esta angustiosa pregunta sobre la mujer cuyo bienestar parecía importarle más que el destino de su hermano, la salvación de su propia vida o incluso la pérdida de sus vacas.

Twadekili abrió la boca para responderle. Pero no salió ningún sonido de sus labios. Permaneció sentada, completamente inmóvil, mirando fijamente algo que estaba sucediendo ante sus ojos.

162

Durante varios segundos permaneció en silencio, y aquellos segundos debieron de parecerle interminables al pobre hombre que esperaba su revelación.

«Dónde está Rumati», dijo finalmente, «Umkulum-Kulu, el dios más grande, te lo hará saber en el momento señalado. Pero, por tu propia seguridad, lleva este collar día y noche».

Al introducir la mano hacia el fondo de su cabaña, sacó un collar hecho de semillas secas. No sé si lo había preparado para aquella ocasión en particular o si lo guardaba como reserva para una eventualidad semejante.

Sin que su rostro impasible mostrara el menor signo de emoción interior, deslizó el collar por la cabeza del jefe.

«¡Inzimbiti!», exclamó. Y todos nos sorprendimos ante la expresión de profundo espanto que temblaba en su voz.

El hombre que se levantó y nos saludó brevemente, con aire ausente, ya no era el mismo que había llegado poco antes al kraal de la sacerdotisa de la Pitón. Entonces su rostro reflejaba preocupación y dolor. Pero ahora estaba profundamente surcado por la aflicción, y en sus ojos se leía un horror indescriptible.

«¡Inzimbiti! ¡Inzimbiti!», lo oímos murmurar mientras se alejaba lentamente. Llevaba los hombros encorvados, como si aquellos últimos instantes hubieran depositado sobre ellos el peso de muchos años.

## 31. La maldición de los Inzimbiti

La sacerdotisa de la Pitón siguió al jefe con la mirada hasta que desapareció. Después volvió a hablar, en voz baja, dirigiéndose en realidad más a sí misma que a nosotros.

«¡Rumati! Te veo, Rumati, hace dos días, cuando mezclaste en el maíz que estabas cocinando para el jefe el polvo mágico que habías recibido de tu padre. Para que tu marido no descubriera que Nguo se había convertido en tu amante. Pero no sabes que tu padre, para preparar aquel polvo, no trituró las semillas de Muzanga, que provocan la ceguera, sino las semillas de Inzimbiti».

163

Inzimbiti es el nombre que los zulúes dan al árbol de hierro, que tiene un gran valor para ellos porque con su madera fabrican sus magníficas porras arrojadizas. Eso era, al menos, lo que sabíamos. Nosotros mismos habíamos recogido en más de una ocasión, como curiosidades para nuestras colecciones, las largas vainas que permanecen colgadas del árbol durante más de un año antes de encogerse y dejar caer su contenido, las semillas. Habíamos oído decir que los roedores y los pájaros comen las semillas secas sin sufrir ningún daño, pero que las semillas cuando aún están verdes son extremadamente venenosas para el ser humano.

Sin embargo, si Rumati había intentado envenenar a su marido, consciente o inconscientemente, no podía comprender por qué él se había mostrado tan alterado, tan horrorizado, al enterarse de aquella noticia dos

días después. ¿Acaso el veneno de esas semillas actuaba más tarde y de forma gradual? Le pregunté a la sacerdotisa de la Pitón si ese era el caso.

A pesar de su aspecto completamente normal, debía de encontrarse en una especie de estado de trance, pues parecía no oírme.

«Pero lo que no sabes, Rumati», continuó con aquella voz suave, grave y sepulcral que resultaba tan extrañamente impresionante, «es que no fue tu marido, sino Nguo, el hombre al que amas, quien se comió toda la torta de maíz mientras tú habías ido a la fuente a buscar agua. Y ahora arde un fuego en el estómago de Nguo, en su garganta, en su corazón, mientras permanece escondido en el kraal de Sindela. Y mañana —¡oh!— te veo, Rumati, llorando por tu crimen, llorando y pidiendo ayuda a gritos. Pero no hay nadie cerca de ti. Nadie, excepto alguien que no puede oírte. Y al día siguiente... ¡Oh!»

Algo terrible debió de aparecer ante los ojos de Twadekili, pues, con un pequeño grito, se deslizó rápidamente como una anguila hacia el interior de su cabaña y apoyó contra la entrada el escudo de mimbre recubierto de piel que le servía de puerta.

Creo que ninguno de nosotros se sorprendió cuando, al día siguiente, los acontecimientos se desarrollaron punto por punto tal como Twadekili los había predicho. Cuando conocimos el veredicto de los indunas, los ancianos sabios de la tribu, no pudimos sino asombrarnos de que Twadekili hubiera «oído» varias horas antes cómo lo pronunciaban.

Por orden de los indunas, debía confiscarse todo el ganado que pertenecía a Nguo, y el propio culpable debía ser conducido inmediatamente, escoltado por diez miembros de la guardia personal del jefe, ante las lejanas autoridades de los blancos, para que fuera juzgado por el magistrado de policía de Eshowe.

164

Cuando aquella noche regresamos a nuestro campamento, cerca del kraal de Twadekili, donde naturalmente comentamos con gran animación los acontecimientos del día, la serena convicción de Vitrozzi me tomó completamente por sorpresa. Acababa de mencionar la absoluta ignorancia de Nguo acerca de la misteriosa desaparición de Sindela y de su hija, cuando Vitrozzi me aseguró: «La sacerdotisa de la Pitón sabe perfectamente dónde están».

Al volverme hacia el profesor Arnou, esperando encontrarme con su habitual sonrisa cínica, lo encontré sumido en un estado de ánimo grave y pensativo.

—Había algo en la mirada de Nguo —nos dijo— que no me gustó. No sé exactamente cómo definirlo, pero me produjo un escalofrío.

Debo confesar que ni Vitrozzi ni yo habíamos observado nada semejante. Al contrario, nos había sorprendido la actitud tranquila de Nguo durante todo el juicio, así como la inesperada docilidad con que había permitido que los guerreros lo ataran y se lo llevaran.

—Hum —asintió el profesor—. Sí, lo sé; yo también lo observé. Sin embargo, sus ojos me recordaban a los de un leopardo hambriento, agazapado al acecho y esperando el momento de abalanzarse sobre su indefensa presa.

Esta pintoresca comparación, añadida a su manera de expresarse, normalmente sobria y precisa, resultó tan llamativa que Vitrozzi y yo intercambiamos una mirada, mientras me invadía una vaga sensación de inquietud.

Al llegar al campamento, intentamos en vano ver a Twadekili. Como acostumbraba hacer cuando tenía que resolver algún problema grave, se había encerrado en su choza; un retiro que nos habíamos impuesto como norma no interrumpir jamás.

Sin embargo, a la mañana siguiente la vimos salir de su choza y nos acercamos enseguida para visitarla. La encontramos completamente dispuesta a hablar.

—Es Nguo quien ha matado a Sindela —nos dijo en respuesta a nuestras preguntas. Estábamos tan sorprendidos de que la sacerdotisa de la Pitón acusara a Nguo del crimen que nos olvidamos por completo del destino del anciano. Creíamos que ya debía de encontrarse muy lejos, camino de Eshowe, atado y escoltado por diez guerreros de la guardia personal del rey.

—Sí —afirmó Twadekili con gran seguridad—, fue Nguo. Ayer mató a Sindela, antes de ser capturado. Pero volví a verlo cuando estaba a punto de matar a Rumati, y esta mañana he enviado una advertencia al jefe.

165

Se interrumpió y, después de una pausa, volvió a dirigirse a nosotros.

—Ahora veo al jefe. Parte solo para salvar a Rumati, pero llega demasiado tarde, pues su pie herido no le permitirá correr tan deprisa como quisiera. Y también veo a Magugu, que salva al jefe justo en el momento en que Nguo está a punto de abatirlo.

Aquellos crímenes ya nos parecían más que suficientes, pero para el profesor aquello era sencillamente demasiado.

—La mejor representación de Grand Guignol que he visto en mi vida —dijo. Pero la mirada que Twadekili le dirigió pareció bastar para congelar la sonrisa en sus labios.

—No sabes, oh padre —le dijo—, que quien se traga las semillas del Inzimbiti acabará comiendo carne humana.

Y solo el collar de semillas de Inzimbiti que lleva puesto puede proteger a una persona de ser devorada por un hombre semejante.

—Ahora comprendo la expresión de aquellos ojos —dijo el profesor con calma. Su interés científico se había despertado por completo—. No creo ni por un momento que las semillas posean semejante poder. Pero si todos los indígenas de esta región creen en ello con tanto fanatismo, probablemente eso produzca el mismo efecto en el pobre diablo que se ha tragado las semillas.

La sacerdotisa de la Pitón sonrió como si hubiera comprendido cada una de sus palabras y prosiguió:

—Desde mi choza vi cómo Nguo se zafaba de las manos de los guardianes y desaparecía ante sus propios ojos. He visto los terribles crímenes que cometerá. Y he visto a Magugu correr durante mucho, mucho tiempo y salvar al jefe justo en el momento en que este ve acercarse el horror que lo amenaza: ser devorado por su propio hermano.

—¿Y Nguo? —pregunté—. ¿Qué será de él?

—El corazón de Nguo será atravesado por la punta de su propia azagaya.

Con su habitual manera brusca y forzada, se levantó y se dispuso a alejarse rápidamente de nosotros.

—¿Cómo podrá encontrarlo Magugu —le gritó Vitrozzi— si no sabe adónde ha ido Nguo?

Twadekili se detuvo. Una nota de impaciencia hizo que su voz sonara más áspera.

—Lo he visto allí —dijo con aire autoritario—. Por eso estará allí.

166

Pues bien, aquella misma mañana habíamos visto a Magugu, un curandero que vivía en un kraal cercano. Al recordar nuestra conversación con él, todos quedamos profundamente impresionados por el hecho de que, en aquel momento, todavía no supiera nada de aquellos acontecimientos tan secretos.

En ese instante pareció descender a nuestro alrededor un velo denso e impenetrable.

La sacerdotisa de la Pitón permaneció retirada durante largo tiempo en su choza y, durante la semana que aún nos quedaba por pasar en sus inmediaciones, no volvimos a verla. Así que, finalmente, tuvimos que marcharnos sin haber conseguido siquiera vislumbrarla. (Si hubiera sabido que nunca volvería a encontrarla con vida, sin duda me habría quedado hasta que reapareciera. Pero ¿quién podía prever algo así? Quizá ella. Y quizá no volvió a salir de su choza para evitar una última despedida.)

Nuestros intentos de ver a Magugu y al jefe tampoco tuvieron más éxito. Ni sus familiares ni los demás indígenas pudieron darnos información alguna sobre ellos.

De hecho, todos los indígenas se habían vuelto de pronto reservados y misteriosos. Su actitud dejaba claro que no sentían preocupación alguna por la ausencia de su jefe y de Magugu. A pesar de sus amables negativas, con toda probabilidad sabían perfectamente adónde se habían marchado los dos.

Aunque guardaban un silencio parecido en lo referente a Sindela, su hija y Nguo, su reacción ante nuestras preguntas sobre aquellas tres personas era

muy distinta. No nos costó deducir de su nerviosismo que el desdichado trío había desaparecido no solo del país, sino también del mundo de los vivos.

Lo único que aún pudimos averiguar fue que Nguo había conseguido escapar de sus guardianes, y que lo había hecho precisamente la noche del día en que se lo llevaron ante el tribunal de los Indunas.

El día anterior al de nuestra partida prevista, una insinuación de mi criado personal nos aclaró por fin el motivo del cambio de actitud de los indígenas hacia nosotros. Temían que las autoridades de los blancos llevaran a cabo una investigación. Y puesto que sabíamos tantas cosas y estábamos tan empeñados en averiguar todavía más, sin duda temían que, consciente o inconscientemente, pudiéramos meterlos en problemas con las lejanas autoridades blancas. Por eso se habían encerrado en sus conchas, como las ostras.

167

Estaban especialmente inquietos por el rumor de canibalismo que flotaba en el ambiente, pues esta práctica provoca hoy en día vergüenza y horror entre los zulúes. Hasta donde yo sé, durante los últimos treinta años solo se ha producido entre ellos otro caso semejante en Zululandia. Al igual que en el ejemplo que estoy relatando, se trató de un caso aislado, y el crimen fue cometido por dos individuos que también se habían convertido en bestias salvajes por haber comido semillas de Inzimbiti.

## 32. La muerte de Nguo había sido predicha.

Cuando llegamos a la encantadora y pequeña ciudad de Eshowe, capital de Zululandia y, al mismo tiempo, principal centro de intercambio de noticias zulúes, no tardamos mucho en averiguar nuevos detalles sobre el asunto. Lo que no supimos por boca del juez de policía y del secretario del tribunal —un viejo sargento negro, sabio y experimentado, y un joven y enérgico oficial de policía blanco, ambos amigos míos desde hacía años— pudimos reconstruirlo por nuestra cuenta a partir de lo que habíamos averiguado gracias a Twadekili y que ellos desconocían.

En pocas palabras, esto fue lo que ocurrió:

Tras una larga búsqueda, encontraron los cadáveres de Sindela, Rumati y Nguo. Se había «establecido» oficialmente que los tres habían sido atacados y

muertos por leopardos u otros animales salvajes mientras se ocultaban imprudentemente en la espesura para escapar del castigo que merecían.

Esa era la versión oficial, que nosotros, al igual que la mayoría de nuestros amigos de Eshowe, aceptamos personalmente con ciertas reservas.

Finalmente, a medida que nuestra propia reconstrucción de los hechos iba tomando forma, descubrimos que las cosas habían sucedido de manera muy distinta. El día en que Twadekili nos había comunicado su última predicción, Magugu había ido al kraal del jefe con la esperanza de averiguar alguna novedad. Sin embargo, al llegar encontró a los diez abatidos guerreros de la escolta de Nguo. Por ellos supo que el jefe había partido completamente solo unas horas antes, en dirección a la espesura donde Nguo había desaparecido tras escapar de sus guardianes. Profundamente leal a su jefe y hombre valiente por naturaleza, Magugu decidió seguirlo, quizá con el presentimiento de que su jefe iba a necesitarlo.

168

«¡Inzimbiti!», habían murmurado los guerreros, llenos de espanto y reverencia, cuando él les comunicó sus intenciones. Esa era la verdadera razón por la que no se habían atrevido a perseguir a Nguo. Pero Magugu no sentía miedo, pues llevaba al cuello un collar de semillas que la sacerdotisa de la Pitón le había entregado dos días antes. Y así se había atrevido a emprender la peligrosa misión ante la que habían retrocedido diez valientes guerreros.

A partir de aquel momento, mi impresión de los episodios restantes de la tragedia fue tan vívida como si yo mismo los hubiera presenciado. Un día, en efecto, después de muchas súplicas, Magugu accedió a reconstruir para mí lo que había hecho y visto entonces, en un lugar situado a las afueras de Eshowe que se parecía mucho al escenario original. Había sido convocado allí por el tribunal. La capacidad de los indígenas para expresarse mediante la pantomima es tan extraordinaria que, por ejemplo, un hombre no puede describir la caza de un antílope sin representar vivamente todos los movimientos y las emociones tanto del cazador como del animal. Por tanto, es fácil imaginar el dramatismo con que Magugu reprodujo ante nosotros aquellos desgraciados acontecimientos.

Aquel día tuvimos que caminar un largo trecho antes de que Magugu encontrara un lugar que, según sus propias palabras, era «gemelo del otro».

Se trataba de una zona boscosa que ocupaba un pequeño valle entre dos colinas escarpadas. En cuanto llegamos a los primeros árboles, Magugu comenzó inmediatamente su representación. Miró atentamente al suelo, como si estuviera buscando huellas. Después, mediante gestos de pantomima, interrumpidos solo de vez en cuando por una o dos palabras, nos mostró cómo había descubierto una zona de hierba pisoteada y salpicada de gotas de sangre, y cómo, después de buscar minuciosamente, había encontrado entre la hierba una espina larga y gruesa, manchada de sangre. Era la espina que se había clavado tan profundamente en el pie del jefe que este había tenido que sentarse para extraérsela. Se trataba del pie izquierdo, pues Magugu había observado repetidamente rastros de sangre en las huellas del pie izquierdo del rastro que había seguido.

A continuación, Magugu describió con todo detalle la marcha de una hora que lo había llevado por aquel sendero durante aquella noche fatídica. Tampoco dejó de mostrarnos con qué cautela había avanzado y cómo se sobresaltaba ante cada aleteo, ante el más leve susurro de las hojas o de la hierba.

169

Finalmente se detuvo y, agachándose, escudriñó atentamente a través de una pequeña abertura entre los extremos de la hierba alta y las ramas bajas de los árboles. Luego saltó hacia delante, en dirección a un pequeño claro que tenía ante sí, blandiendo sus lanzas en una mano y su garrote arrojadizo en la otra. Hizo el gesto de asestar un golpe terrible con su garrote a un enemigo invisible. En realidad, había sido Nguo quien había recibido aquel golpe, precisamente cuando estaba a punto de matar al jefe, que yacía tendido en el suelo, indefenso y tratando desesperadamente de impedir, a toda costa, que su hermano le arrancara del cuello el collar de Inzimbiti.

La sacerdotisa de la Pitón, pensé mientras Magugu hacía una pausa, había visto, por tanto, todo lo que realmente había sucedido: lo había presenciado con sus propios ojos. Pero dos días antes, cuando los acontecimientos se desarrollaban a treinta y cinco kilómetros de distancia.

Y lo que había podido ver gracias a aquella extraordinaria facultad lo había contemplado como espectadora y no como participante, que quizá habría podido modificar de algún modo el curso de los acontecimientos, aunque solo fuera indirectamente. En otras palabras, si preveía una desgracia y hacía llegar una advertencia a la persona afectada, y esta cambiaba entonces de

estrategia, todo ello ya estaba incluido en la visión de Twadekili. Al penetrar en el misterio del futuro, la visión no le mostraba lo que habría sucedido sin su advertencia, sino, con todo lujo de detalles, lo que realmente tenía que suceder: incluida la advertencia, la estrategia modificada que esta provocaría y las consecuencias que necesariamente se derivarían de ello. Pero Magugu interrumpió mis cavilaciones y reanudó su relato.

En cuanto Nguo cayó al suelo, el jefe se había levantado y, tomando un assegai —casualmente, uno de los que Nguo había escondido allí antes de su detención—, había apartado la hierba alta, como si no se atreviera a tocarla con las manos.

Horrorizado, Magugu había descubierto allí el cuerpo sin vida de Sindela, todavía atado a un árbol, en el mismo lugar donde permanecía desde la mañana de la vista judicial, cuando Nguo lo había atado allí y lo había matado a golpes.

170

Debía de tratarse de la persona que, según las palabras de la sacerdotisa de la Pitón, se había encontrado cerca de Rumati, «pero no había podido oír sus gritos de auxilio».

Porque, debajo de otro árbol, yacía el cadáver de Rumati. Las cuerdas que aún permanecían enrolladas alrededor del tronco indicaban que en otro tiempo había estado atada allí.

Pero lo que para Magugu constituía el colmo del horror era que el cuerpo de Rumati no estaba completo. El charco de sangre fresca que la rodeaba y el fuego que aún humeaba cerca de allí, del que emanaba un olor espantoso a carne carbonizada, revelaron con toda claridad al jefe y al médico brujo lo que las semillas del Inzimbiti habían inspirado a quien las había comido.

«Rumati, Rumati», murmuró el jefe mientras permanecía allí, contemplando la lamentable escena que se ofrecía ante ellos. Y aquella muda prueba de la afrenta cometida contra su esposa infiel, pero todavía amada, parecía volverlo loco.

Entonces un grito, semejante al de una bestia salvaje, resonó por todo el claro.

Nguo había recobrado el conocimiento. Empuñando su cuchillo, se puso en pie de un salto y se abalanzó sobre su hermano con aquel grito inhumano. Pero el jefe aún sostenía la lanza que había recogido unos minutos antes. Volviéndose, la hundió profundamente en el corazón de Nguo.

La tragedia que durante varios días había pesado tan duramente sobre los buenos zulúes de las montañas había llegado a su espantoso desenlace.

Mientras Magugu se secaba el sudor de la frente y sus últimas palabras se desvanecían en mis oídos, recordé una vez más las palabras de la sacerdotisa de la Pitón:

«El corazón de Nguo será atravesado por su propia azagaya».

## 33. Sabiduría antigua

Hasta qué punto la Pitón, que compartía la choza de Twadekili, estaba realmente «implicada» en sus curaciones y en la formulación de sus asombrosas declaraciones y profecías es algo que ni yo ni ninguna otra persona que conozca podríamos decir. Cómo y por qué murió en el mismo instante que Twadekili es otro misterio que ni siquiera intentaré explicar.

171

Sin embargo, parece más fácil comprender la razón de la antigua tradición que exige que una sacerdotisa de la Pitón fallecida, junto con la Pitón que la acompañó y la inspiró durante toda su «vida profesional», sea enterrada bajo el suelo de la cabaña estrictamente privada de su sucesora.

Su presencia invisible allí abajo constituye la prueba del apoyo espiritual y moral que la nueva hechicera sigue obteniendo del recuerdo inolvidable de su predecesora, aquella mujer extraordinaria a la que debe todo lo que sabe.

Esto significa que se ha añadido un nuevo eslabón a la larga e ininterrumpida cadena de sacerdotisas de la Pitón, que han transmitido escrupulosamente sus conocimientos heredados, sus secretos y sus habilidades a través de los siglos —nadie puede imaginar cuántos siglos—, enriqueciendo cada nueva generación ese saber con algunas pepitas de oro adicionales: las experiencias y los descubrimientos que cada sacerdotisa de la Pitón ha realizado personalmente durante los años en que ha servido a su pueblo.

Al mismo tiempo, también representa la continuación interminable de esa antiquísima e inquebrantable creencia en los poderes de la sabiduría, la renovación y la regeneración, que tantos pueblos y civilizaciones diferentes han atribuido a la serpiente desde tiempos inmemoriales.

Algunas almas prosaicas afirman que esta creencia milenaria puede explicarse por el hecho de que las serpientes mudan de piel con frecuencia. Sin embargo, a mí esta explicación no me parece en absoluto convincente y, desde luego, tampoco suficiente. Siento que hay mucho más detrás de todo ello, aunque no podamos verlo.

Sea como fuere, lo cierto es que incluso hoy la serpiente enroscada de Asclepio, el dios mitológico de la medicina, es el emblema de la Asociación Médica Estadounidense; que las dos serpientes entrelazadas alrededor del bastón alado del dios Mercurio son utilizadas por el cuerpo médico del ejército estadounidense; y que las serpientes, de una forma u otra, constituyen en casi todo el mundo el emblema más habitual de médicos y farmacéuticos.

En cuanto a la palabra «sacerdotisa de la Pitón», no se puede pasar por alto su origen en el término griego Pytho, el antiguo nombre de Delfos. Allí fue, según sabemos, donde las primeras sacerdotisas de la Pitón, las sacerdotisas del dios Apolo, pronunciaban respuestas oraculares, predecían acontecimientos futuros y realizaban curaciones milagrosas.

172

¿Podría existir acaso un estrecho parentesco entre las gloriosas hazañas de la antigua Hélade y la barbarie del Zululandia más moderno? ¿Una sucesión interminable de mujeres dotadas de un don de clarividencia, un vínculo que habría perdurado durante tantos siglos y que se extendería desde las azules aguas del Mediterráneo septentrional hasta las montañas de tonos amarillo verdosos del lejano Zululandia, en el extremo sur de África?

Más de una vez me he planteado esta pregunta y he buscado una respuesta entre personas entendidas en la materia, pero no la he encontrado en ninguna parte.

Por otra parte, debemos recordar una vez más cuántas cosas seguimos sin comprender quienes vivimos en la segunda mitad del siglo XX, o cuántos misterios apenas comenzamos a desvelar.

Por ejemplo, leí en los informes de investigación más recientes y avanzados que un cúmulo de estrellas de intenso resplandor, cuya luminosidad los astrónomos pueden observar y medir, se aleja de la Tierra a una velocidad equivalente a una sexta parte de la velocidad de la luz, es decir, a 300.000 kilómetros por segundo, y que, por tanto, debe encontrarse a dos mil millones de años luz de nosotros.

Otra galaxia, según dicen, debe encontrarse a 3.600 millones de años luz, puesto que se aleja de la Tierra a una velocidad equivalente a un tercio de la velocidad de la luz. Sin embargo, añaden que, para resultar visible con semejante brillo, debe emitir cien veces más luz que toda nuestra Vía Láctea, con sus cien mil millones de estrellas.

También calculan que algunos de estos cúmulos estelares emiten nubes de energía radiante equivalentes a la cantidad que se liberaría si toda la materia contenida en 2.500.000 soles se transformara por completo en energía. O que algunos de esos cúmulos estelares irradian cada segundo más de cien mil millones de veces la cantidad de energía térmica y luminosa que emite el Sol.

Quizá otras personas sean capaces de comprender, o incluso de imaginar, lo que significan todas estas afirmaciones desconcertantes, o lo que supone que otros astrónomos nos aseguren que, si una estrella gigantesca de la Vía Láctea explotara en este mismo instante, los habitantes de la Tierra no se enterarían de ello hasta dentro de otros 30.000 años.

Personalmente, estas afirmaciones significan muy poco para mí. Debo de ser un ignorante imperdonable, pues no sé qué hacer con ellas. Por lo que a mí respecta, solo puedo decir que, aunque no soy capaz de comprender estas cosas, no me niego a creer en ellas. Simplemente están por encima de mi entendimiento; quedan fuera de mi horizonte. Eso es todo.

Exactamente igual que muchas de las facultades de las sacerdotisas de la Pitón y de otros hechiceros, o la extraordinaria agudeza perceptiva de los pueblos indígenas, pueden parecer exageradas o inverosímiles a alguien que no haya tenido una larga experiencia personal con ellas.

173

Además, extraigo de las cifras, imágenes y visiones de los astrónomos, que parecen sacadas de la fantasía, cierta sensación de perspectiva, casi reconfortante.

Contemplo las imágenes de radiotelescopios que pesan cientos de toneladas, de receptores de impulsos de radar de varias decenas de metros de tamaño y de las gigantescas y apocalípticas pantallas de radar que se han construido o se están construyendo por miles de millones de dólares, con el fin de permitirnos echar las primeras miradas a los desconcertantes misterios de los que acabo de esbozar brevemente algunos ejemplos.

Entonces mi pensamiento regresa a un enigma o a un acontecimiento maravilloso con el que me encontré durante mi vida en África y sobre el que ahora quiero escribir. ¡Qué infinitamente pequeños y sencillos, casi me atrevería a decir insignificantes, parecen de repente en comparación! ¡Qué extraordinariamente fácil debe de ser resolverlos, explicarlos y demostrarlos! Y si no puedo hacerlo yo mismo, lo hará otra persona; y si no ha sido posible hoy ni en los últimos años, quizá lo sea en un futuro próximo, siempre que equipos de investigadores competentes los aborden con los medios adecuados y los métodos correctos.

A ese primer «siempre que» se añade una segunda condición. Y esta es la peor de todas: que algún gobierno, fundación o empresa fabulosamente rica llegue a mostrar algún día el interés necesario para dedicar los recursos precisos a resolver problemas tan relativamente insignificantes.

Porque esas soluciones podrían resultar vitales para nuestra propia salud, nuestro bienestar y nuestro progreso; y no dentro de varios cientos de miles de millones de años luz, ni siquiera dentro de unos míseros 30.000 años contados a partir de hoy, sino ahora.

Esto es precisamente lo que ha sucedido, y sigue sucediendo, en otro ámbito dentro del mismo campo: el de los secretos que forman parte de la herencia ancestral de los hechiceros «primitivos», las sacerdotisas de la Pitón y los curanderos tradicionales.

Esto se debe a que tales secretos son menos difíciles y complicados de investigar. Y a que cada descubrimiento tangible y positivo encontrará un público enorme dispuesto a recibirlo, por lo que podrá transformarse rápidamente en un gran beneficio económico, a veces incluso descomunal.

174

Existen numerosos precedentes que, por supuesto, no se limitan a África, y cuya historia se remonta a mucho tiempo atrás. Hace ya casi doscientos años que William Withering, al investigar un remedio casero utilizado en Shropshire para fortalecer los corazones debilitados, descubrió que su principio activo procedía de la dedalera común. Así dio a conocer la digital, que todavía hoy es uno de los medicamentos más eficaces.

En 1885 se aisló la efedrina como principio activo del ma huang, el remedio vegetal que los chinos llevan utilizando desde hace unos cinco mil años. Todavía se emplea para tratar el asma. Los antiguos remedios a base de raíz de serpiente, utilizados en la India contra ciertos trastornos mentales y la hipertensión, inspiraron la obtención de la reserpina, un preparado que llegó a convertirse en un próspero negocio multimillonario.

También en la India, varias tribus apartadas de la civilización saben desde hace siglos preparar una infusión de hierbas que reduce el nivel de azúcar en la sangre: el tratamiento oral natural que nuestros propios diabéticos tuvieron que esperar hasta hace siete años. Se conocen asimismo casos probados y bien documentados en los que, en Nicaragua, un curandero indígena trató con éxito un cáncer de piel mediante una cataplasma hecha con una especie de pasta de hojas trituradas. Actualmente, especialistas están investigando este procedimiento. También recientemente, las raíces del ñame mexicano, cuya importancia había sido señalada por curanderos, habrían de convertirse en una fuente importante de materia prima para las hormonas esteroides de la familia de la cortisona. Químicos de grandes empresas farmacéuticas han analizado cuidadosamente una nuez roja que en Haití utilizaban practicantes del vudú para tranquilizar a pacientes con trastornos mentales. Y en África han obtenido de un curandero una preparación prometedora que este llama Mafuta Bhabesi — grasa de león.

Quizá algunos lectores pensaron que yo «me lo estaba inventando» cuando describí en SANGOMA cómo Zitwezonke Mtetwa, el curandero de Suakes, consiguió con toda naturalidad que una joven virgen produjera en unas pocas horas tanta leche que pudiera amamantar abundantemente a un bebé cuya madre había muerto la noche anterior.

Naturalmente, conté la pura verdad. Pero, después de aquella experiencia, mi interés fue aún mayor cuando leí en una revista científica acerca del ixbut de los indios de Guatemala.

Orell Füssli, 1961

175

El joven Manuel Serrano se había sentido fascinado, en la plantación de su padre, por los relatos según los cuales una infusión de hierbas preparada con ixbut siguiendo una antigua fórmula indígena podía aumentar la producción de leche materna o incluso provocarla en mujeres de edad muy avanzada. Después de estudiar en Alemania y obtener sus doctorados en Química y Ciencias Naturales, regresó a su país para enseñar en la Universidad de San Carlos, en Ciudad de Guatemala. Sin embargo, siguió dedicando su tiempo libre al estudio del ixbut y, con la colaboración de varios médicos guatemaltecos, realizó experimentos a gran escala con unas 1.800 madres que tenían dificultades para amamantar.

Finalmente se descubrió que el 50 % de ellas no podían amamantar en absoluto sin ixbut, pero que con él conseguían hacerlo satisfactoriamente. Otro 35 %, que apenas producían leche, experimentaron una mejoría apreciable. En el 15 % restante, en quienes apenas se observó cambio alguno, se trataba en su mayoría de personas de temperamento nervioso.

Sin embargo, Serrano encontró el mismo pequeño porcentaje de fracasos en sus experimentos paralelos con cabras de las que se sabía con certeza que no eran nerviosas. Por otra parte, especialistas de la industria lechera informaron de que la producción de leche de sus vacas se duplicaba exactamente cuando se les administraba ixbut (Euphorbia lancifolia). El doctor Serrano probó prácticamente de todo con su propia esposa, incluso la hormona prolactina, que estimula la producción de leche. Nada consiguió que pudiera amamantar a sus cuatro hijos. Pero después de beber diariamente seis tazas de infusión de ixbut, preparada dejando en remojo cinco hojas o cinco trozos del tallo, fue perfectamente capaz de hacerlo.

Otro secreto centenario, compartido por los indígenas de Sudamérica y los bantúes de África central y oriental, consistía en envolver la carne, por lo general dura y recién obtenida de la caza, en hojas del árbol de la papaya. (Sus jugosos frutos constituían casi a diario el principal componente de nuestro desayuno durante todas nuestras expediciones.) Ni los indígenas ni los bantúes tenían la menor idea de por qué observaban tan fielmente aquella costumbre. Tampoco lo sabían nuestros distintos cocineros de campamento.



32. La sacerdotisa de la pitón Twadekili.



33. El malvado Ngno, hermano del jefe.



34. El más anciano de los Indunas pronuncia el veredicto contra Ngno.



35. Los guerreros que asisten al juicio hacen gestos amenazadores hacia Ngno, a quien los guardias se llevan.

Todos sabían únicamente que aquellas hojas ablandaban la carne y la mantenían jugosa.

Como descubrieron los científicos, la explicación estaba en que tanto las hojas de papaya como el jugo de sus frutos contienen una enzima que ablanda el tejido proteico del mismo modo que lo hacen los jugos digestivos del estómago. Dos antiguos militares profesionales estadounidenses tuvieron la imaginación suficiente para sacar provecho comercial de este descubrimiento. Después de desarrollar un procedimiento para mezclar el extracto de papaya con sal común de mesa y promocionar debidamente su ablandador de carne, tres años más tarde fueron recompensados con unas ventas anuales de 3.000.000 de dólares.

176

## 34. ¿Fe o superstición?

Podría llenar páginas y páginas con relatos de ejemplos semejantes. En lugar de hacerlo, quisiera citar algunas cifras. Pensemos que tan solo en Estados Unidos, en un año (1961), se destinaron 6.500.000 dólares a la investigación oficialmente reconocida sobre el reumatismo y la artritis, mientras que el público gastó 250.000.000 de dólares en tratamientos inútiles y, a veces, incluso perjudiciales. Y que ese mismo año Estados Unidos dedicó 890 millones de dólares a la investigación médica en todos los campos, mientras que la población estadounidense gastó nada menos que mil millones de dólares en curanderismo, artículos inútiles y regímenes dietéticos exagerados.

Si tenemos presente que ese único millardo de dólares fue despilfarrado en un año en pura charlatanería y tratamientos de curanderos sin cualificación por ciudadanos estadounidenses a quienes generalmente se considera muy civilizados y refinados, ¿acaso es de extrañar que por todo el mundo, y muy especialmente en las regiones salvajes de África, miles de representantes de empresas químicas y farmacéuticas busquen literalmente plantas nuevas o hierbas raras que posean auténticas propiedades medicinales?

Por lo general, estos hombres enviados en misión ponen a prueba antiguas recetas indígenas, principalmente localizando e interrogando a los hechiceros y curanderos que poseen la mayoría de esos secretos. Y estos botánicos, químicos y médicos, por no hablar de las grandes organizaciones que los

respaldan, han visto sobradamente justificados sus extensos esfuerzos. Porque el descubrimiento y la fabricación química adecuada de un nuevo producto útil pueden —como han demostrado decenas de casos anteriores— proporcionar tanto fama como millones en beneficios. (Del mismo modo que quizá algún día alguien con más talento comercial que yo descubra el secreto del Fifero o de ciertas hojas parecidas a un ungüento, como aquellas que me dio el padre de Skaimunga.)

Por el contrario, la medicina africana y los poderes mágicos están tan estrechamente entrelazados que no sorprende que el africano, tan impregnado de superstición como está, siga depositando su fe ciega en esos mismos hechiceros, no solo en cuestiones de salud, sino también en todos los demás asuntos que le importan. Tampoco debe sorprender que esté más que dispuesto a pagarles sus tratamientos, consejos y predicciones con valiosas cabras y vacas, y que los prefiera antes que aprovechar los tratamientos gratuitos que le ofrecen toda clase de hospitales, misiones y otras instituciones de los blancos.

177

Porque el africano es, sin duda, profundamente supersticioso, y seguirá siéndolo durante mucho tiempo. Durante innumerables generaciones, las creencias supersticiosas han constituido un elemento esencial de toda la existencia de su raza, su tribu y su familia.

¿Cómo podrían borrarse por completo, incluso entre esa proporción relativamente pequeña de personas que han recibido una educación plenamente europea o estadounidense y han asimilado una buena dosis del modo de vida occidental?

Conozco bastante bien a un embajador ante las Naciones Unidas de una nueva república africana. En Estados Unidos vive con su única esposa —pues los suyos son cristianos convertidos desde hace ya dos generaciones— y sus hijos en una magnífica suite de habitaciones de uno de los mejores y más caros hoteles de Nueva York. Su joven esposa, vivaz y atractiva, compra sus vestidos en Bonwit Teller. Él solo viste trajes confeccionados por un famoso sastre de Savile Row; sus zapatos y camisas se los hacen a medida en Italia. Escribe sus propios discursos en un inglés impecable y, lo que es más significativo, los lleva consigo en un maletín de piel de cerdo de la marca Mark Cross. (No como su colega, sobre el que tanto se ha publicado, que hace que un mozo le lleve el maletín; aunque no precisamente sobre la cabeza, como

sus mujeres todavía estaban acostumbradas, hace apenas tres años, a llevar su equipaje y su comida sobre la cabeza cuando lo seguían en una respetuosa comitiva por un sendero de la selva.)

En la muñeca izquierda, mi amigo lleva, sujeto a una pulsera de oro, el último modelo de reloj suizo de oro, eléctrico, resistente a los golpes y al agua, y con calendario. Pero un día, cuando me sirvió un whisky de la fuerte marca King Ransom, quedó a la vista su muñeca derecha y, bajo el impecable puño de la camisa, apareció un amuleto africano bastante repugnante.

Al darse cuenta de que mis ojos lo habían descubierto y habían mostrado involuntariamente cierta sorpresa, explicó con un poco de embarazo: «Pero, naturalmente, todavía lo llevo. Este y otro más». Dicho esto, se aflojó la corbata Countess Mara de veinticinco dólares, se abrió el cuello y se desabrochó los primeros botones de la camisa de seda. Entonces me mostró otro talismán, que llevaba colgado del cuello de un cordón muy descolorido.

178

«Un famoso hechicero me lo regaló después de estudiar mi futuro, cuando yo era todavía un niño pequeño. Mi padre le pagó por ello dos vacas bien gordas. ¡Y vaya si valió la pena! El anciano sabio predijo que, mientras llevara conmigo estos dos amuletos, no me faltarían el éxito, el poder y la salud. Y... míreme. ¡Mire en lo que me he convertido, yo, que salí de la sucia choza de mi familia en una miserable aldeíta!»

«¿De verdad cree que todo esto se debe a esos amuletos?»

«¡Naturalmente! Escúcheme. Cuando estaba en la universidad, un día se me rompió el collar justo cuando me disponía a presentarme a un examen de importancia decisiva. Tenía prisa y, para no correr el riesgo de perder mi amuleto, lo dejé guardado en una caja cerrada con llave en mi habitación. Para consternación de todos, incluidos mis profesores, suspendí el examen: la única vez en mi vida. Y no creo haber estado nunca tan seguro de mí mismo; había estudiado muchísimo. ¡Pero no! Espere. Todavía hay más que contar».

Se levantó y me hizo señas para que lo siguiera al lujoso cuarto de baño ultramoderno.

«Mire esta ducha. ¿Ha visto alguna vez otra mejor, más segura y a prueba de accidentes? Pues bien, hace dieciocho meses, cuando ya me había

enjabonado, esta pulsera se me deslizó de la muñeca derecha. De acuerdo. El amuleto no llevaba ni dos minutos en el suelo cuando resbalé y me caí, rompiéndome el brazo izquierdo por tres sitios —por suerte, el izquierdo— y lesionándome gravemente también una rodilla…»

«¿No podría haber sido una simple casualidad? ¿O incluso autosugestión?»

«¡De ninguna manera, querido amigo! Los dos únicos accidentes en casi cuarenta años, ¿y usted lo llama casualidad? Fue sencillamente lo que el anciano me había vaticinado. Mientras yo estaba en el hospital, se sometieron a votación dos decisiones de enorme importancia para mi país… y yo no estuve presente. Ya ve, por tanto, que tengo que llevar estas cosas siempre conmigo, de día y de noche. ¡No solo por mi propio bien, sino también por el bien de mi país!»

Estaba pensando en una respuesta apropiada cuando vi que su rostro, de un tono marrón claro como el chocolate, adquiría un color gris ceniciento mientras se santiguaba apresuradamente.

179

« ¡Por el amor de Dios, si le cuenta esto a alguien, por favor, no mencione ni mi nombre ni mi país! Algún enemigo político podría arrancarme el talismán de la muñeca derecha en medio del tumulto del metro o en cualquier otra aglomeración de gente. Y entonces, ¿qué nos sucedería?». Y por segunda vez hizo la señal de la cruz, algo que me pareció sumamente inapropiado en el curso de aquella discusión. El embajador era rápido de entendimiento y comprendió mis sentimientos en un instante.

Sonrió con aire de turbación. «¿Qué tiene de malo tener dos pólizas de seguro de vida en lugar de una sola?».

Recuerdo que, después de salir del hotel, no pude evitar pensar en otro político africano, más importante y mucho más culto: el doctor Kwame Nkrumah, presidente de Ghana y Osagyefo, el Salvador, el Infalible, el Líder que todo lo da, el Gigante de Ghana, el León y el Águila, el Defensor, el hombre que siempre hace todo bien, etcétera. Tiene una opinión tan elevada de sí mismo que sueña con gobernar toda el África negra. Sin embargo, este hombre, doctor en Teología, cuando se enfrentó a la elección de una esposa, jamás pensó en dar un paso tan importante sin antes mantener largas y serias consultas con un hechicero.*

No es de extrañar, por tanto, que sus periódicos publiquen boca abajo las fotografías de sus enemigos políticos, con la intención de causarles algún mal; que sus partidarios quemen en ataúdes las imágenes de esos enemigos; que sus seguidores acudan desde distintas partes de Ghana para expulsar a los espíritus malignos que atormentan a Osagyefo (e incitan a los hombres a intentar asesinarlo), ofreciéndole brebajes preparados con raíces de ñame y huevos y rociando sus ilustres pies con sangre de oveja; o que ninguna autoridad se atreviera a intervenir cuando, hace algún tiempo, una ballena muerta apareció varada en la playa de la capital y permaneció allí durante días, contaminando con su hedor el aire de los alrededores de Accra. Se consideró un buen augurio que habría de proporcionar una pesca abundante a los pescadores. Sacerdotes y sacerdotisas fetichistas celebraron solemnes rituales junto a la choza de hojas de palma que albergaba el enorme cadáver, mientras los tamborileros tocaban ritmos funerarios y se sacrificaban bueyes.

Véase La nueva África (Orell Füssli, 1959).

180

Tampoco es de extrañar que uno de sus admiradores, cuando el Dr. Nkrumah estaba a punto de asistir a una conferencia de la Commonwealth en Londres, donde iba a almorzar con la reina y los demás primeros ministros y jefes de Estado y a ser fotografiado con ellos, decapitara apresuradamente a uno de sus propios hijos y enterrara la cabeza en la playa, con el rostro vuelto hacia el mar, tal como exige una antigua superstición para garantizar el feliz regreso del dirigente.

O que – pasando de lo espantoso a lo grotesco – la compañía Parker, que domina el mercado de la tinta en África occidental, viera recientemente cómo sus ventas se disparaban como un cohete y se quedara asombrada ante la repentina demanda de los minoristas de tinta en botellas de cinco litros. Después se descubrió que todo aquello se debía, literalmente, a una enorme sed de conocimiento: las mujeres embarazadas bebían diariamente cantidades bastante considerables de tinta porque estaban firmemente convencidas de que así sus hijos sabrían escribir desde el mismo momento de nacer.

Lo que antecede, sin embargo, no ha sido escrito desde ningún sentimiento condescendiente de superioridad. Hay que tener en cuenta un aspecto importante: la creencia en el bien y el mal domina a toda la humanidad, con innumerables matices y en mayor o menor medida. En África se podría

caracterizar esencialmente mediante las expresiones «espíritus buenos y malos», cuyos intérpretes vivientes en la tierra son las distintas clases de hechiceros y curanderos tradicionales. Pero esto no difiere demasiado de lo que nosotros llamamos buena o mala suerte, aunque nuestros «intérpretes en la tierra» sean de una variedad infinita y, en el caso de las personas religiosas, estén supervisados e inspirados por poderes superiores en el cielo.

Porque, seamos religiosos o no, ¿estamos realmente los blancos libres de toda superstición? Mi diccionario define el término, entre otras cosas, como «creencia en la veneración de cosas que no son propiamente objeto de adoración; una creencia o artículo de fe basado en la ignorancia o en ideas indignas acerca de la divinidad; una práctica u homenaje fundado en tal creencia; creencia en lo sobrenatural; creencia en la intervención directa de poderes superiores en determinados asuntos, como la creencia en poderes mágicos o en la hechicería, o en fenómenos sobrenaturales, tales como apariciones, presagios, etc.».

181

Bien, ¿qué ocurre con un gato negro que se cruza en nuestro camino? ¿O con pasar por debajo de una escalera de mano? ¿Por qué algunas personas tienen algo en contra del viernes y otras contra el número trece? ¿O por qué tememos las consecuencias cuando se rompe un espejo, aunque solo valga unos pocos céntimos, mientras que no nos preocupa lo más mínimo romper una pieza de cristalería valiosa? ¿Por qué golpeamos la madera o el hierro (o, para demostrar que nos consideramos unos necios, nuestra propia cabeza)? ¿Acaso nunca cruzamos los dedos o hacemos algún otro gesto equivalente para evitar la mala suerte? ¿Por qué algunas personas no soportan que se arroje un sombrero sobre una cama o que se coloquen dos cuchillos cruzados sobre la mesa del comedor? Y así sucesivamente.

¿No podría aplicarse también la palabra «superstición» al siguiente relato, publicado en The New Yorker el 1 de diciembre de 1961, acerca de algo que le ocurrió a nuestro buen amigo, el coronel Z. T. Beach? Pues bien, funcionó. El artículo decía lo siguiente:

La expulsión de los malos espíritus, si alguna vez sale a relucir el tema, ya no es algo desconocido en Park Avenue.

«Cuando mi superior, el señor William Ichabod Nichols, se trasladó hace algunos años a un apartamento del edificio situado en el número 417 de Park

Avenue», nos contó recientemente el señor Stewart Taft Beach, subdirector de This Week, «él y su esposa se vieron acosados por las palomas en su balcón. Las palomas arrullaban y revoloteaban a todas horas, y demás. Una noche, el señor y la señora Nichols comentaron esta molestia a los Roy Howard mientras cenaban en su casa. La señora Howard, cuyo dormitorio da a un jardín, les contó cómo había resuelto un problema parecido mediante un pequeño truco que su marido había aprendido en China.

"Mandé cocer uno de los huevos de paloma y me lo comí, y eso las hizo marcharse", dijo.

A buen entendedor, pocas palabras bastan. La señora Nichols volvió a casa, cogió un huevo de paloma, lo coció hasta dejarlo duro y se lo comió. Apenas lo hubo hecho, según me contó su marido, las palomas emprendieron el vuelo en dirección al Racquet Club y, desde entonces, no se las ha vuelto a ver».

Personalmente, me había considerado – salvo por una única y grave excepción – bastante libre de supersticiones, ¡hasta este mismo momento, cuando encontré en el diccionario la definición citada anteriormente! Solo entonces me di cuenta de en cuántos aspectos tenía que declararme culpable.

De todos ellos, el mayor motivo de culpabilidad – y lo confieso de buen grado – es mi absoluta fidelidad y mi fe en Bapuka (exactamente igual que le ocurría a mi esposa). Así ha sido para ambos desde el mismo día en que la conocimos: primero yo y, más tarde, Ellen.

Sinceramente, no podría afirmar que nuestra confianza haya sido jamás, ni siquiera durante un solo minuto, menos profunda y ferviente que la de mi amigo, el embajador africano ante las Naciones Unidas, en los dos amuletos que le había regalado un viejo hechicero.

Y aunque este sentimiento de confianza ya era profundo desde el principio, posteriormente se añadieron varias razones de peso que reforzaron aún más esta fe.

182

## 35. ¿Bapuka? ¡Una fe inquebrantable!

Ya había comenzado a describir algunas de estas razones cuando el año pasado escribí el primer borrador de mi autobiografía. Pero después, por casualidad, hablé de este asunto con mi esposa. Y Ellen, cuyos sensatos consejos, aunque rara vez los da, siempre he considerado absolutamente fiables, me recomendó inmediatamente que eliminara de aquella obra toda referencia específica a Bapuka y que la reservara, en cambio, para el presente libro, que ella misma me había propuesto originalmente y para el que llevábamos años reuniendo material juntos.

Por este motivo, y estando completamente de acuerdo con su consejo, omití en el manuscrito definitivo, que envié a mis diversos editores, toda referencia al importante papel que, según nuestra firme convicción, Bapuka había desempeñado en la vida de ambos, comenzando por el descubrimiento plenamente recíproco de la existencia del uno y del otro y por la fusión de nuestras dos vidas.

Debo comenzar retrocediendo hasta marzo de 1931, cuando me dieron el alta en el Hospital Italiano Rey Umberto de El Cairo, convertido en una sombra de lo que había sido. Después de haber escapado por muy poco de la muerte durante mi primer ataque grave de fiebre hemoglobinúrica, me encontraba tan débil y agotado como un trapo mojado. Estaba tan delgado que la ropa me colgaba del cuerpo.

Pero todavía más vacía estaba mi cartera. Aquella maldita enfermedad había llevado a la expedición en la que me había embarcado a un desastre económico tan catastrófico que casi habría podido pesar mi cartera y mi cuenta bancaria sin notar su presencia: ambas estaban completamente vacías.

En otras palabras, en aquel momento incluso una modesta cantidad de dinero me habría parecido un regalo del cielo. Con ella habría podido resolver inmediatamente las diversas dificultades contra las que intentaba luchar, débil e infructuosamente. También me habría devuelto la tranquilidad interior que tanto necesitaba para recuperar algo de salud y fuerzas.

183

Pero un día recibí la visita de un baronet británico al que había conocido por mediación de un amigo. Vino a verme al modesto alojamiento donde pasaba mi convalecencia. Cuando echó un vistazo a la estatuilla de Bapuka,

que me hacía compañía desde lo alto de una cómoda elevada, y empezó inmediatamente a hablar de su colección de ídolos, famosa en todo el mundo, comencé a ponerme tenso.

Sin embargo, fue tan cortés como para preguntarme si podía examinarla de cerca, y difícilmente podía negarle aquella petición. Además, la manipuló con tanta delicadeza, casi con reverencia, que poco a poco volví a relajarme. Sin darme cuenta, me complacía observar cómo aquel hombre tan culto, con su gran experiencia, sabía apreciar la textura de la madera antigua, la perfección del trabajo de talla y toda la extraordinaria belleza de mi diosa.

Pero cuando Sir Edward se colocó ante el ojo derecho una especie de lupa, como las que utilizan los relojeros, y me preguntó cuánto quería por la estatuilla, estuve a punto de estallar.

«Vuelva a ponerla en su sitio», le dije, aunque no estoy acostumbrado a hablar en un tono tan brusco. «Exactamente donde estaba. ¡Y déjela tranquila, por favor!».

Supongo que todos los verdaderos coleccionistas se parecen, y él era sin duda uno de los más fanáticos. Primero me ofreció una suma considerable, después otra mayor y, finalmente, una todavía más elevada. El dinero no suponía ningún obstáculo para él y, evidentemente, estaba decidido a adquirir aquella estatuilla a cualquier precio.

En aquella época, el dinero era para mí cualquier cosa menos un asunto insignificante, pero jamás se me pasó por la cabeza, ni siquiera por un instante, desprenderme de Bapuka. Y doy gracias a Dios por no haberlo hecho. Sin embargo, incluso entonces aquel incidente me afectó tan profundamente que hoy, al releer mis notas de aquella época, todavía puedo oír nuestras voces de hace treinta y dos años, casi palabra por palabra.

Le conté brevemente a Sir Edward la historia de Bapuka. Concluí con estas palabras:

«Mire, hasta ahora ella siempre me ha acompañado y ayudado. Quizá de una manera sencilla y pasiva, simplemente porque ha estado constantemente conmigo, dondequiera que yo estuviese. Pero, literalmente, me ha ayudado a superar una docena de situaciones, cada una más difícil que la anterior, y últimamente también esta fiebre hemoglobinúrica, cuando los médicos ya

habían perdido toda esperanza de salvarme. Por eso la conservaré a mi lado bajo cualquier circunstancia».

El baronet se sintió ofendido. Supongo que me consideraba una persona muy supersticiosa.

«Vamos, hombre, sea razonable», consiguió decir, casi tartamudeando. «¡Pero si acaba de terminar su relato diciéndome que el negro que le regaló la estatuilla le dijo que podía desprenderse de ella cuando quisiera ...!».

184

«No sea absurdo», lo interrumpí. «No era un "negro". Su color de piel no tiene nada que ver con esto. Era uno de los hombres más bondadosos, comprensivos e inteligentes que he conocido jamás. Era muy sabio y poseía unos conocimientos increíbles. Y en cuanto a desprenderse de esta estatuilla, que para él era tan sagrada, no olvide cómo lo expresó. Dijo que solo podía entregar a Bapuka de una manera que me permitiera conservarla. Esto me parece, si no me equivoco, una indicación bastante clara de que debo regalar la estatuilla a una muchacha —cosa que usted, desde luego, no es—; que debo casarme con esa muchacha —una trampa en la que no tengo la menor intención de caer—; y que debo compartir Bapuka —al igual que mi vida y mi felicidad— con esa muchacha. Un plan en el que usted, mi querido Sir Edward, no parece tener cabida...»

Ante aquello, el ofendido baronet me volvió su corpulenta espalda, enfundada en su traje de tweed, me concedió el privilegio de contemplar su nuca rojo ladrillo y se marchó, refunfuñando como un pequeño volcán a punto de entrar en erupción.

Mi extraordinaria debilidad había hecho que la entrevista me dejara agotado. No tenía ganas de leer, y mucho menos de levantarme y acercarme al teléfono para pedirle al camarero de habitaciones que me subiera algo de comer. En lugar de eso, permanecí sentado durante horas en mi profundo sillón, contemplando con anhelo la sonrisa semejante a la de una esfinge de mi pequeña y venerada diosa, mientras un caleidoscopio de imágenes y pensamientos, de recuerdos nítidos y planes confusos, giraba en mi cabeza.

En un instante me encontraba de nuevo en una cabaña limpia, libre de insectos, escuchando las solemnes palabras del padre de Skaimunga; al

siguiente, me preocupaba cómo iba a pagar el hospital, al médico, el hotel y mi viaje desde El Cairo hasta... sí, ¿adónde exactamente?

Una tras otra, fueron iluminándose en mi mente todas las terribles crisis de las que Bapuka me había ayudado a salir: aquella misteriosa fiebre de los pantanos; las cobras en el suelo de la cueva de los terrores mortales; el agua enrojecida que se agitaba a mi alrededor, removida por los cocodrilos enloquecidos por el olor de la marea. Elefantes gigantescos, cientos de búfalos enfurecidos que amenazaban con aplastarme hasta convertirme en pulpa. El mayor de los gorilas gigantes, que había levantado su enorme puño por encima de mi cabeza, y el todavía más grande Mulahu, que observaba cada uno de mis movimientos entre sus piernas, oculto en la vegetación impenetrablemente densa de la selva...

185

¿Qué era lo que me había protegido en aquellas situaciones terribles, y en tantas otras, cuando parecía haberse desvanecido hasta el último vestigio de esperanza? ¿Era la Providencia o el Destino... o era Bapuka?

«¡Bapuka!» Sin el menor rastro de duda ni vacilación, escuché aquella voz. «Si estás en peligro, Bapuka te salvará la vida... Si las cadenas te aprisionan, Bapuka te liberará de ellas...» ¿Era la voz del padre de Skaimunga —o era la mía, repitiendo aquellas palabras de conjuro? ¿O estaba soñando despierto, a plena luz del día, o dormía y soñaba?

No puedo decir cuándo me quedé dormido. Pero dormí, y durante muchísimo tiempo. Porque, cuando abrí los ojos, la noche ya había pasado y los primeros rayos de un sol rojo acariciaban el rostro de Bapuka, dándole un rubor suave, casi humano.

Por muy cómodo que hubiera sido aquel gran sillón y por muy cálida que hubiera resultado la noche, estaba convencido de que debería sentirme molido y de que me dolerían terriblemente los huesos y los músculos. Casi no podía creerlo, pero sucedía todo lo contrario. Me sentía fresco y descansado, mejor que en muchísimo, muchísimo tiempo.

Me levanté rápidamente y telefoneé para pedir un desayuno abundante: el día anterior, tan solo pensarlo me habría provocado náuseas. Mientras lo esperaba, me afeité y me duché con un placer que hacía mucho que no experimentaba.

Por primera vez, mi mente ya no estaba cristalina. Mientras comía huevos fritos, panecillos frescos y crujientes, tostadas con mantequilla y mermelada, y después bebía una gran tetera de té negro, experimenté una sensación de bienestar completamente nueva. Y, entretanto, los pensamientos comenzaron a aflorar en mi interior.

Mis dificultades económicas, que el día anterior se alzaban ante mí como una montaña, se redujeron de pronto a la solución más sencilla, una solución que estaba a la vista de todos y que solo las brumas de mi confusión me habían impedido descubrir.

Y de pronto supe también lo que quería hacer. Y por qué. Y cuándo.

Quería ir a América y organizar una nueva expedición. De inmediato; es decir, tan pronto como pudiera reservar un pasaje en un barco de Alejandría a Marsella y, desde allí, en otro con destino a Nueva York.

186

El sol brillaba con fuerza, pero su calor me sentaba bien y ya no me deslumbraba. Cuando salí —por primera vez sin bastón—, caminé desde la legación hasta el banco, el consulado y la agencia de viajes sin sentir el menor cansancio. Terminé en Groppi, donde me tomé un aperitivo. Y, a unas cuantas mesas de distancia, vi a Sir Edward.

Con una amplia sonrisa, lo saludé alegremente con la mano. Sin embargo, tardó varios segundos en devolverme el saludo. Tenía los ojos casi bizcos de incredulidad. Probablemente habría oído alguna vez que uno podía ver a un hombre un día y a su fantasma al siguiente, pero no viceversa. Y no cabía duda de que yo me sentía como ese mismísimo caso inverso.

Así fue como, siguiendo las indicaciones de Bapuka (o del Destino, o de la Providencia), llegué por primera vez a Nueva York el 13 de abril de 1931.

Allí viví algunos altibajos. Pero, mirados en retrospectiva, carecían por completo de importancia. Lo que realmente contaba, lo que constituyó el giro más grande y feliz de mi vida, fue que el 27 de mayo conocí a Ellen. Como ya he contado, yo, que había jurado no volver a dejarme atrapar jamás en la trampa del matrimonio, me metí de lleno en ella aquella misma noche.

De común acuerdo con Ellen, aquella noche encantadora no hice nada tan banal como pedirle que se casara conmigo. Por tanto, tampoco tuvo ocasión de «aceptar» mi propuesta. Simplemente decidimos casarnos de inmediato y comenzar juntos una vida que transcurriría en su mayor parte en África, además de hacer otras cien cosas, muchas de las cuales parecían todavía más improbables e imposibles que las demás.

Pero las hicimos, aunque para llevar a cabo algunas de ellas necesitáramos años y años.

Sin embargo, hubo una cosa para la que solo necesité unas pocas horas: empaquetar a Bapuka y llevármela conmigo para entregársela a Ellen cuando nos encontramos para cenar al día siguiente. Ni siquiera se me pasó por la cabeza que nunca había sido capaz de separarme de aquella estatuilla. Parecía envolverse por sí sola y acurrucarse en mi brazo cuando salí, todo por su propia voluntad.

Del mismo modo, aquella segunda noche de nuestra maravillosa vida nueva, Bapuka pasó a las delicadas y tan gráciles manos de Ellen. Y mientras que probablemente cualquier otra muchacha de Estados Unidos habría mostrado al menos un poco de decepción por no recibir un anillo de compromiso, a Bapuka se le llenaron de lágrimas de alegría aquellos ojos castaños tan dulces y maravillosamente expresivos, antes incluso de que yo le hubiera contado la historia (Dios sabe cómo) de aquella estatuilla que ahora era nuestra diosa.

187

Y nunca nos separamos de ella, del mismo modo que tampoco nos habíamos separado nunca el uno del otro, salvo durante unas pocas horas y, en dos ocasiones, durante unos cuantos días.

En apartamentos de grandes hoteles de América o Europa, así como en sencillas posadas, a veces completamente primitivas, de África; en aviones, en compartimentos de tren en tres continentes, en los camarotes de barcos de pasajeros y cargueros, y en botes de remos por los ríos tropicales; en Glenbrook House, que durante bastante tiempo fue nuestro «paraíso» en el estado de Vermont, y en Tzamboho, nuestro «palacio» de barro, troncos de árboles y hierba, en pleno corazón de la selva ecuatorial; en chozas, tiendas de campaña y caravanas, así como a bordo de nuestros magníficos yates de la selva: dondequiera que estuviéramos, «dos soldados en una misma trinchera»,

como solíamos decir, allí estaba también nuestra diosa. Siempre ocupando el lugar de honor, siempre ofreciéndonos su enigmática sonrisa y su bendición, que durante mucho tiempo pareció inagotable.

Después nos instalamos en nuestra más reciente «trinchera»: probablemente uno de los apartamentos más bonitos y confortables de la acogedora Lugano.

Resultó que tuvimos que diseñar nosotros mismos la mayor parte de los muebles para nuestro gran estudio, a fin de poder acomodar debidamente nuestras enormes colecciones de libros y objetos, películas, fotografías y diapositivas en color. Naturalmente, nuestro primer pensamiento fue encontrar un lugar adecuado para Bapuka.

Ellen propuso un nicho en el centro de las cuatro largas estanterías que habíamos encargado. Allí debían caber todas las traducciones y las distintas ediciones de los libros que habíamos escrito desde aquel 27 de mayo de 1931, dejando además algo de espacio libre para algunos libros más que escribiríamos en el futuro.

En el estante superior colocamos nueve pequeñas estatuillas de músicos, raras, antiguas y encantadoras, que habíamos traído de Dahomey. Sus pequeños pedestales irregulares las hacían un tanto inestables. Allí arriba, pensamos, estarían firmes y a salvo de cualquier daño.

Pero ¿dónde colocaríamos a Bapuka, con sus pies desiguales, tallados a mano, que tantas veces nos habían hecho temer por su seguridad y nos habían obligado a guardarla en una caja especialmente bien acolchada cada vez que nuestra «trinchera» se ponía en marcha?

¿Qué podía pasarle ahora si nuestra buena criada, muy trabajadora pero bastante torpe, se ponía a quitarle el polvo mientras nosotros estábamos de espaldas?

También resolvimos ese problema fijando la estatuilla de manera invisible, pero firme, a un pesado bloque de madera africana: un detalle que menciono aquí por una razón importante para mí.

188

Y allí sigue Bapuka todavía hoy, en su nicho, justo enfrente de mi sitio en el escritorio. Ni siquiera yo sabría decir cuántas veces, muchísimas veces, mientras escribía este libro, he dirigido la mirada hacia ella y la he contemplado una y otra vez. Sobre todo durante estos últimos meses dolorosos, desgarradores, desde que me «habló» por última vez.

## 36. Bapuka y la sociedad secreta

Pero antes debo contar otra intervención maravillosa, que Ellen y yo solo pudimos atribuir al misterioso poder de Bapuka. Ya fuera un milagro sobrenatural o, como quizá lo considerarían otros, nada más que otra coincidencia extraordinaria, de algún modo está relacionada con la continuación de otra historia que también comenzó hace mucho tiempo: la historia de los N'Kunda.

A lo largo de los años, Ellen y yo hablamos a menudo de la Sociedad Secreta de los Hombres-Babuino y de los maravillosos secretos que, según se decía, custodiaban sus miembros, en particular el Fifero. Fuera lo que fuese, cualesquiera que fueran los extraordinarios efectos que pudiera producir el auténtico McCoy, cuando me agotaba por trabajar demasiado bajo un sol demasiado intenso, solía bromear: «¿Qué tal una buena dosis de Fifero?».

Según la hora del día, Ellen me preparaba enseguida un delicioso Negroni, un Martini ultraseco o quizá un Sidecar bien generoso. Lo compartíamos amistosamente mientras charlábamos de una cosa u otra.

Más veces de las que puedo recordar, durante aquellas conversaciones uno u otro de nosotros se preguntaba si alguna vez conseguiríamos llegar al territorio de los Bakumu Walengola. Porque ambos deseábamos averiguar si los N'Kunda todavía existían o si ya habían desaparecido, como había temido tantos años atrás en Puerto Saíd aquel coronel de caballería, amigo de mi padre.

Pero, por una razón apremiante u otra —y debo repetirlo aquí, aunque vuelva a decir lo mismo—, nuestras expediciones siempre nos llevaban a otros lugares: Sudáfrica, Kenia, Uganda, Tanganica... incluso al Congo, aunque a otras regiones remotas de aquella inmensa colonia.

Era una empresa colosal, que emprendimos en estrecha colaboración con los gobiernos belga y congoleño y bajo su protección, así como con el apoyo de varias grandes compañías semiestatales que controlaban todas las principales

vías de comunicación de la colonia: por aire, por agua —mares y ríos— y por tierra.

189

Nos detuvimos en Bélgica en 1938, donde debían firmarse los contratos definitivos para las dos grandes películas que íbamos a realizar por encargo del Gobierno belga. Además, nos esperaba allí una docena de reuniones de última hora cuando nos sorprendió la falsa alarma de una Segunda Guerra Mundial.

El país fue movilizado. Las carreteras estaban atascadas por innumerables transportes de tropas y reinaba tal desorden que mi padre, que había venido desde Milán para despedirse de nosotros, tuvo que dar un rodeo espantoso, hacer una docena de transbordos y pasar unas terribles cincuenta horas viajando en tren, en lugar del habitual y cómodo viaje nocturno en coche cama.

Naturalmente, estábamos preocupados por el peligro de guerra y por todo lo que ello implicaba. Pero aún más desesperados estábamos por nuestra propia y precaria situación. Habíamos gastado una fortuna que acabábamos de adquirir en comprar una cantidad fantástica de equipos y, sobre todo, en diseñar y construir nuestros yates selváticos, más que de cuento de hadas: yates como nunca antes habían existido y que tampoco se han vuelto a construir desde entonces.

Hasta el último dólar en efectivo del que disponíamos se había destinado a transportar todo el equipo por vía marítima, directamente desde Nueva York hasta Matadi y, después, por ferrocarril hasta Leopoldville; a pagar los pasajes de avión de todo nuestro equipo de técnicos estadounidenses con destino a esa misma ciudad; y a adelantarles a todos sus salarios.

Mientras ellos disfrutaban ahora de la vida a nuestra costa en el mejor hotel de Leopoldville, con sus salarios, por supuesto, siguiéndose pagando, nosotros estábamos atrapados en Bruselas, matando el tiempo sin hacer nada, prácticamente arruinados y sin la menor idea de qué sería de nosotros, de nuestro equipo recién adquirido y de nuestro personal.

Entonces, las peores preocupaciones desaparecieron tan repentinamente como habían surgido. Entretanto, el Acuerdo de Múnich todavía no se había firmado. La terrible tensión se palpaba por todas partes. Y no había ninguna

posibilidad de que se firmara mi contrato ni de que recibiera el cheque con el que contábamos. Ni siquiera conseguía reunirme con ninguno de los distintos ministros, jefes de departamento y presidentes de compañías con quienes debía celebrar aquellas reuniones tan importantes.

190

Rara vez, si es que alguna vez lo había visto, había conocido a un ser humano tan sereno y siempre tan valiente como Ellen. Pero aquellas preocupaciones también acabaron siendo demasiado para ella.

Solo tengo que cerrar los ojos para volver a ver aquella habitación del Atlanta Hotel. Bapuka dominaba la estancia desde el centro del gran tocador, cuyo espejo ocupaba toda una pared. Nosotros estábamos sentados a ambos lados, en dos profundos sillones. Hablábamos de lo poco que había que discutir sobre nuestra situación, mientras bebíamos a pequeños sorbos, sin demasiado entusiasmo, un Fifero Martini helado.

Teníamos que afrontar la realidad. Si aquel contrato con el Gobierno no llegaba a firmarse, muy pronto no solo perderíamos todo lo que poseíamos, sino que además yo acabaría con unas deudas enormes: los cuantiosos anticipos que había recibido por casi una docena de películas menores y por numerosos reportajes fotográficos y grandes series de artículos para algunas de las revistas más importantes de Estados Unidos.

Todo aquel dinero se había destinado a organizar la expedición. Si esta no podía llevarse a cabo y concluirse con éxito, aquellos contratos quedarían sin cumplir.

Eso significaría que dos años de duro trabajo, junto con todas nuestras posesiones materiales, se habrían esfumado, y que nos quedaríamos con varios cientos de miles de dólares de deudas injustificadas, ¡cuyo pago nos llevaría años!

En aquel ambiente de consternación, inquietud y confusión generalizadas, no conseguí mantener ni siquiera una conversación de un minuto con los señores responsables. No lograba ponerme en contacto con sus asistentes más importantes. Ni siquiera conseguía ver a sus secretarias, y mucho menos a las secretarias de sus secretarias. Cada día desperdiciaba muchas horas llamando una y otra vez a los mismos números de teléfono, sin oír apenas otra cosa que la señal de línea ocupada.

«Bueno, qué le vamos a hacer», todavía me oigo decir, adoptando mi mejor expresión fatalista. «A lo largo de las próximas semanas acabaremos conociendo nuestra sentencia. Sea cual sea».

«No», dijo Ellen.

Todavía la veo dejando su copa sobre una mesita y juntando sus elegantes manos en un gesto como si quisiera implorar a nuestra diosa. Todavía escucho su dulce voz murmurando:

«¡Oh, Bapuka! ¡No puedes abandonarnos de una manera tan terrible!»

191

A otros quizá les parezca cómico. Pero a mí no me lo parecía, aunque sonreí con ternura y le aseguré a Ellen: «¡Por supuesto que no lo hará!». Sin embargo, si he de ser sincero, pronuncié aquellas palabras con apenas la mitad de la fe y la convicción que mi mujer había puesto en las suyas.

Bapuka siguió mirándonos con su delicada, dulce e impenetrable sonrisa.

¿Y entonces? ¿Fue una pura coincidencia o un nuevo milagro? ¿Quién puede saberlo? Lo cierto es –y este hecho casi increíble fue algo que mis oídos se negaron al principio a creer– que recibí una llamada telefónica temprano a la mañana siguiente.

Acababa de echar un vistazo al periódico y había visto, por sus titulares sumamente alarmantes, hasta qué punto seguía siendo explosiva la situación internacional, cuando llegó aquella llamada. Durante unos segundos me dejó completamente sin habla.

Debía presentarme en el Ministerio de Colonias en el plazo de dos horas. Para firmar el contrato. Para recibir el gran cheque que se extendería en aquel mismo momento.

Y no era una ilusión. Por imposible que pareciera, era absoluta y verdaderamente cierto. La expedición estaba salvada. Y nosotros con ella.

A partir de entonces, todo marchó sobre ruedas. Un tren expreso a Amberes. Camarotes oficiales a bordo del SS Albertville con destino a Matadi. Un vagón especial en el Train Blanc. Y entonces llegamos a Leopoldville.

Todavía nos hicieron falta varias semanas de trabajo febril para negociar con las autoridades locales, seleccionar, contratar y equipar a unos dieciocho conductores, cocineros, camareros, ayudantes de cronometraje y ayudantes de cámara.

Después, los yates selváticos, que habían provocado un entusiasmo extraordinario en Estados Unidos, junto con los demás vehículos y el resto de nuestro considerable equipo, fueron cargados a bordo de un vapor fluvial de 800 toneladas, junto con todo nuestro personal africano.

Cuando unos días más tarde embarcamos nosotros y nuestro equipo de colaboradores en el viejo Kigoma, que tanto nos recordaba al Skaimunga, lo primero que hizo Ellen fue sacar a Bapuka de su caja y colocarla en el lugar de honor del «salón» del apartamento que la compañía Unatra nos había proporcionado. El apartamento constaba de dos magníficas estancias y dos cuartos de baño.

Navegamos pasando por Luko-Lela y por la familiar e interminable sucesión de pequeños puestos administrativos y aldeas indígenas. Hacíamos escala en pequeñas poblaciones y cargábamos nuevo combustible siempre que era necesario.

Cuando llegamos a Stanleyville, nos esperaba media docena de elefantes amaestrados. Nos ayudaron a descargar todo nuestro material del barco que acababa de llegar.

192

Al segundo día ya estábamos en camino. Como siempre tengo muchísimo trabajo al comienzo mismo de una gran expedición, esta vez ocurrió que, cuando nos adentramos en la selva tropical siempre verde del ecuador, no pensé ni por un instante en los N'Kunda ni en Fifeio.

Siguiendo la única carretera de arcilla, estrecha y profundamente llena de surcos, que atravesaba aquel mundo primitivo y caótico de oscuridad húmeda y silencio opresivo, llegamos a un claro situado a unos 160 kilómetros de las

cataratas Stanley. Se encontraba justo detrás del río Aruwimi, en pleno corazón de los territorios de los Bakumu-Walengola.

¡Por fin, por fin habíamos llegado!

Nos detuvimos y comenzamos la difícil tarea de establecer un campamento base permanente.

Oficialmente, nuestro único objetivo era estudiar, fotografiar y capturar más ejemplares del Kongo-Bongo, el más raro, esquivo y desconocido de todos los habitantes de la selva.

Aquello suponía trabajo para varios cientos de cazadores, rastreadores, porteadores, etcétera. Pero no era fácil reclutarlos. Los habitantes de la región vivían en pequeñas aldeas dispersas por la selva y no mostraban demasiadas ganas de abandonarlas para venir a trabajar con nosotros, ni siquiera por el buen salario que yo les ofrecía.

Al principio, el jefe local nos hacía una nueva promesa cada día. Pero, aunque era un sultani importante, nunca ocurría nada.

Un día, mientras le estaba diciendo lo que pensaba de él, tuve que volver repentinamente la cabeza, porque mis ojos se habían sentido atraídos involuntariamente por la figura de un hombre alto y esbelto que permanecía tranquilamente cerca de mí.

Sus facciones serias y pensativas resultaban aún más impresionantes gracias a una peluca de pelo largo confeccionada con pelaje de colobos blancos y negros.

Lo miré y él me devolvió la mirada con firmeza. No era en absoluto una mirada insolente. Era más bien una mirada escrutadora, como si intentara atravesarme con los ojos y descubrir qué se ocultaba realmente detrás de mi apariencia exterior.

Después me saludó con una cortés reverencia: «Senene, Mandele», y se acercó.

El cambio más sorprendente se produjo en el sultani.

En cuanto el hombre esbelto comenzó a hablarle, pareció encogerse.

«Lokuta te», asintió con toda seriedad. «Lokuta te, Efumu».

193

Pues bien, «Lokuta te» es la forma más respetuosa de expresar asentimiento. Y «Efumu» significaba, según mi amigo, el jefe, uno de los rangos más elevados dentro de los N'Kunda, la Sociedad Secreta de los Hombres Babuino.

Eso significaba que la secta realmente seguía existiendo. En cuanto a su poder, bueno, bastaba con escuchar a aquel hombre cuando le dijo tranquilamente al jefe que, a partir de la mañana siguiente y todos los días posteriores, debía proporcionarme sin falta todos los hombres y suministros que necesitara.

Apenas había terminado de hablar cuando la actividad ya se puso en marcha. El jefe, que de repente comenzó a sudar, convocó a los dignatarios, dio órdenes a sus policías y envió mensajes a los ancianos de aldeas muy lejanas. Incluso los perros del poblado comenzaron a ladrar y parecían haber despertado de su habitual letargo.

Yo estaba muy satisfecho, pero al mismo tiempo algo me inquietaba. Porque la voz del Efumu tenía una entonación que me resultaba extrañamente familiar. ¿Dónde y cuándo la había oído antes?

Después de darle las gracias, le dije que creía haberme encontrado con él anteriormente y le pregunté cómo se llamaba.

«Soy Ivele», respondió sencillamente. «Y nunca antes has visto este pelaje», añadió, tocándose la peluca.

Quizá se trataba de una respuesta simbólica y negativa, o una vez más de una manera cortés de eludir una pregunta.

A partir de aquel momento, todo marchó sobre ruedas, al menos en lo referente al Bongo. Disponíamos de hombres y provisiones en cantidad suficiente. Nuestro trabajo avanzaba rápidamente. E Ivele se había nombrado a sí mismo mi ángel guardián.

Durante las marchas caminaba delante de mí. Cuando nos deteníamos para que nuestros exploradores pudieran encontrar un nuevo rastro del Bongo o recuperar uno que habían perdido, Ivele solía sentarse cerca de mí y conversar.

Hablábamos del Bongo, de la vegetación, de las tradiciones y costumbres de los Walengola. De todo, excepto de los N'Kunda o del Fifero.

Cada vez que mencionaba alguno de estos temas, los cazadores que se encontraran cerca se apresuraban a desaparecer. Y el rostro de Ivele adquiría entonces, invariablemente, una expresión completamente impasible.

Sacudía la cabeza y cambiaba la mirada.

«Mis labios están sellados», decía entonces.

Y enseguida surgía alguna distracción. Un cazador llegaba corriendo con algunas noticias urgentes. A menudo, todo estaba tan perfectamente sincronizado que sabía que siempre había sido acordado de antemano.

Y entonces reanudábamos la marcha, y con ella volvía el silencio.

194

## 37. El árbol de la vida y de la muerte

Pasaron otras seis semanas. Todavía no habíamos capturado ningún Bongo, pero su vida íntima ya no guardaba secretos para mí. Mis carpetas se llenaban de fotografías y mi diario, de anotaciones. Se había rodado con éxito un buen número de escenas y secuencias de nuestras dos grandes películas. En otras palabras: todo avanzaba espléndidamente. Pero, en cuanto a los N'Kunda, lo único que sabía era que seguían siendo tan poderosos y herméticos como siempre. Y aunque había pasado casi todos los días con uno de sus más altos dignatarios y había localizado a algunos otros gracias a la extraordinaria veneración que les profesaban los indígenas, todo lo que había conseguido reunir sobre el Fifero no era más que una simple conjetura.

Ivele vivía solo en un claro apartado, en cuyo centro se alzaba su gran choza redonda. En lugar de estar construida alrededor de un poste central, la habían levantado en torno a un árbol alto y sin hojas que parecía sin vida y que, sin embargo, estaba cubierto de extrañas flores rojas. Más extraño aún

era el hecho de que nunca había visto un árbol semejante en ningún otro lugar, salvo los dos que servían de postes centrales para las chozas de los otros dos Efumu.

Al entrar en cualquiera de aquellos tres claros, se percibía un fuerte olor agrio y se experimentaba un gran alivio, pues ningún insecto molestaba y no se podía descubrir ni un solo hormiguero. Y eso que, justo al lado de aquellos claros, no había un solo centímetro cuadrado de terreno que no estuviera plagado de miles de millones de hormigas y escarabajos.

No hacía falta mucha imaginación para suponer que, si el árbol Fifero existía realmente, tenía que ser aquel extraño árbol alrededor del cual los Efumu construían sus chozas. De ese modo podían mantenerse en contacto permanente con él y, protegidos de miradas indiscretas, trabajar en él y, llegado el momento oportuno, recoger sus raíces, su corteza o cualquier otra cosa que pudieran utilizar en sus medicinas. Y ¿qué otra cosa, sino la presencia de un árbol que segregara una sustancia de extraordinaria potencia, podría explicar aquella singular ausencia de todas las plagas de la selva?

195

Ni siquiera Ivele, a pesar de la vigilancia a la que estaba sometido, pudo negar aquellos hechos cuando se los expuse. Después de presionarlo considerablemente, tuvo que admitir que yo tenía razón. Pero al principio me dijo que el Fifero solo se utilizaba para teñir los taparrabos de los Efumu, tan rica era su madera en materia colorante de un púrpura intenso y brillante. Al cabo de un rato admitió que la pulpa contenida en los frutos, aplicada sobre un estómago enfermo, proporcionaba un alivio inmediato. Después «recordó» que la corteza, bien lixiviada, producía una droga capaz de devolver la fertilidad a una mujer hasta entonces estéril.

Y, insistí con obstinación, ¿no había también un veneno? La pregunta hizo reaparecer de inmediato en sus ojos aquella extraña mirada inquisitiva. «Sí —dijo lentamente—. En las raíces del Fifero.

Contienen el veneno que los Walengola untan en las puntas de sus lanzas y flechas. Hoy, como en el pasado, para abatir piezas de caza. En tiempos antiguos, también para matar a sus enemigos».

A pesar de todos mis esfuerzos, probablemente nunca habría llegado a saber más. Pero la diosa de la fortuna, Fortuna —aunque, a decir verdad,

Ellen y yo habríamos jurado que era una vez más la bendita influencia de Bapuka la que se hacía sentir—, acudió inesperadamente en mi ayuda, y lo hizo en forma de un Bongo.

¡Y qué accidente tan corriente fue aquel! El ataque repentino de un toro enfurecido mientras Ivele y yo esperábamos el regreso de nuestros exploradores. Un disparo del rifle que, por fortuna, tenía en las manos. Un enorme antílope rojizo que cayó de rodillas, pero que todavía fue impulsado hacia delante por la fuerza de su propia carrera; el estruendo del choque contra Ivele cuando este saltó a un lado. La caída de Ivele, la sangre que brotaba de una herida en el pecho que, aunque terrible, no acabó con su vida, pues el animal había muerto antes de poder atravesarlo con sus enormes y afilados cuernos.

Los cazadores regresaron inmediatamente. Comprendieron la situación al instante. Enseguida formaron un círculo compacto alrededor de Ivele, como si quisieran impedir que yo me acercara a él. Uno de ellos se inclinó para vendarle el pecho. Otro tomó una calabaza que llevaba colgada del cinturón y se la acercó a la boca. Luego mandó marcharse a todos los hombres y me pidió, con respeto pero con firmeza, que durante un rato no tocara a Ivele ni hablara con él.

Menos de tres minutos después, Ivele abrió los ojos, se llevó tranquilamente una mano a la boca y tocó el áspero vendaje que le cubría el pecho. Entonces se puso en pie. No con esfuerzo ni mostrando el menor signo de dolor. Simplemente se levantó, como después de un sueño profundo y reparador. El suelo todavía estaba empapado de su sangre. Pero caminó con ligereza hacia el lugar donde yo permanecía, mirando la escena atónito, y estrechó con fuerza mi mano inerte tres veces.

196

Fue como si volviera a oír las palabras de Skaimunga, casi literalmente. «Te doy las gracias —dijo Ivele—. La vida que me has salvado te pertenece ahora».

Luego llamó de nuevo a los hombres. Con su habitual voz tranquila, les ordenó que despellejaran al Bongo, le cortaran los cuernos y llevaran estos, junto con toda la carne, a mi campamento.

Y después emprendimos el camino de regreso, con unos cuantos exploradores por delante, como si no hubiera ocurrido absolutamente nada.

¿Increíble? Eso era exactamente lo que yo mismo pensaba durante aquella larga marcha. Pero no cambiaba el hecho de que el anciano de aspecto frágil, que acababa de sufrir heridas tan graves, que había perdido tanta sangre y que seguía perdiendo más despreocupadamente, mientras esta se filtraba por el vendaje insuficiente, caminaba delante de mí.

Y lo hacía con una energía y una ligereza que yo, a pesar de estar ileso y de ser al menos veinte años más joven, no podía sino envidiarle.

Naturalmente, en aquel momento todavía no podía saber nada del mayor prodigio del Fifero: los tubérculos que crecen en sus raíces. A diferencia de la raíz de mandioca, que es venenosa recién extraída de la tierra, pero se convierte en un alimento saludable después de secarla y molerla, estos tubérculos son mortales cuando están secos, pero constituyen un estimulante maravilloso cuando acaban de sacarse del suelo. Y, cocidos con cantidades cuidadosamente medidas de corteza, semillas y pulpa de fruto de Fifero, producen un elixir de vida capaz de multiplicar por cien la vitalidad, la fuerza y la resistencia de una persona. Ese era el remedio que había hecho posible la recuperación casi instantánea de Ivele.

Sin embargo, todo aquello, y mucho más, no lo supe hasta varios días después, por boca del propio Gran Jefe de los N'Kunda, y en unas circunstancias que justificaban plenamente mi fe incondicional en todo lo que me contaba.

Casi no hace falta decir que debía la mayor parte de lo que llegué a saber al hecho de que —por emplear las palabras del propio Ivele— le había salvado la vida. Era el miembro más importante de la secta, solo estaba por debajo del Gran Jefe y había sido durante muchos años su amigo más fiel.

Inmediatamente después del accidente con el Bongo, por tanto, se derrumbaron todas las barreras invisibles que hasta entonces me habían frenado. Ya al día siguiente, un Hombre-Babuino me llevó el agradecimiento del Gran Jefe y su invitación para asistir, unos días más tarde, a una reunión secreta en la que se proponía iniciar a uno de sus miembros en el rango de Efumu.

197

La ceremonia tuvo lugar en un pequeño claro rodeado por un círculo de palmeras, cuyas delicadas hojas de un verde brillante destacaban casi teatralmente contra el sólido muro negro de la selva virgen. En el centro se alzaba un Fifero de flores rojas, que sobresalía por encima del techo perfectamente sostenido de la choza del futuro Efumu.

De la choza llegaban los sonidos apagados de unos tam-tams tocados con vigor. Los miembros de la secta formaban dos filas, una especie de corredor de figuras humanas de bárbara magnificencia que se extendía desde el sendero situado en el borde de la selva hasta la puerta de la choza.

Aquellos hombres, que se comportaban con natural dignidad y serenidad y que habían dedicado sus vidas al estudio y la práctica de misterios tan antiguos como la propia humanidad, inspiraban respeto.

Once Efumu, los tres que yo conocía y otros ocho, surgieron del túnel verde oscuro del sendero selvático: figuras grotescas, pero impresionantes. Sus cuerpos estaban cubiertos con vestiduras de corteza; sus brazos parecían el doble de largos debido a los escudos planos y trenzados que llevaban; y sus rostros estaban ocultos tras extrañas máscaras de madera de colores vivos y variados. Aquellos atuendos pretendían representar el pelaje, los largos brazos y el rostro barbudo y gruñón del Gran Babuino, que, según cuenta la tradición, había transmitido en otro tiempo las propiedades del Fifero al fundador de la raza.

Más tarde, Ivele cedió ante nuestras insistentes, aunque corteses, preguntas y nos repitió la antiquísima leyenda sobre el origen de los N'Kunda. Resumida brevemente, dice así:

De todos los adivinos —llamados ya Efumu en aquellos tiempos remotos— que se conocían entonces, Abarambu era el más famoso. El Gran Jefe de los Walengola jamás habría iniciado una guerra contra ninguna de las tribus vecinas sin consultar antes a Abarambu, quien siempre predecía con la máxima exactitud los planes de las tribus enemigas y las posibilidades de éxito de una expedición contra una u otra de ellas.

Un día, Abarambu desapareció. Se había perdido en el bosque y durante muchos días grupos de hombres lo buscaron en vano. Al décimo día se abandonó la búsqueda y se envió un mensaje a su hermana, casada con Likundu, para comunicarle que su hermano había muerto. Ella partió

inmediatamente hacia la aldea de Abarambu junto con su marido, su hijo Agwabu y su pariente Lubamba, para «llorar» a su hermano.

198

Antes de que el pequeño grupo llegara a la aldea, el adivino reapareció de repente. Contó a sus hermanos que, mientras estaba perdido en el bosque y había estado a punto de morir de hambre, había visto un Abula de tamaño gigantesco. En lugar de atacarlo, el babuino había desenterrado las raíces de un árbol Fifero y se las había entregado. Le había dicho que, si quería recuperar sus fuerzas y encontrar el camino de vuelta a su aldea, solo tenía que pelar unas raíces de Fifero, cocerlas de una manera determinada con otras hojas y beber después la decocción.

El Abula también le había hablado a Abarambu de otro árbol, hermano del Fifero, llamado Isangi, «alrededor del cual el adivino debía construir una casa nueva».

Maravillosamente fortalecido por el Fifero, Abarambu regresó rápidamente a su aldea llevando un enorme tronco de Isangi. Reunió a todos sus hermanos y también al grupo encabezado por su hermana. No solo había construido una choza alrededor del tronco recto de corteza blanca, sino que además compartió con sus familiares todos los secretos que había aprendido de Abula. Así fundó la «Casa», la Sociedad Secreta de los N'Kunda.

Siguiendo las instrucciones adicionales de Abula, Abarambu retiró la piel que cubría la abertura de un tam-tam y, con su cuchillo, recortó en ella una especie de máscara. Tenía unos agujeros que representaban de forma rudimentaria los ojos, la nariz y la boca del Abula, provista de colmillos. El parecido se acentuó aún más al pintar la máscara con caolín blanco y ocre rojo.

Llamó Sembu a aquella máscara y se la colocó sobre el rostro. Después comenzó a bailar la «danza del Sembu», en la que representaba el papel de un Abula: por turnos, forcejeaba juguetonamente con sus hembras y las defendía a ellas y a sus crías —representadas por sus familiares— con ferocidad y destreza frente a un enemigo imaginario.

«Así fue —concluyó el viejo curandero, no sin solemnidad— como el más grande de todos los Grandes Abula del bosque fue apaciguado y complacido. Así nació la N'Kunda, cuyos miembros todavía conocen hoy muchos secretos

y atraviesan rápidamente la selva virgen sin cansarse, sin ser heridos y sin perderse jamás. Porque la distancia que un hombre necesita todo un día para recorrer, ellos la cubren de un solo salto, sin esfuerzo y de manera fabulosa».

199

Sonrió al ver la expresión de asombro de Ellen. «Esto no debería sorprenderte tanto, Memsaab (señora blanca). Porque sabes cómo piensan y hablan los nativos. Los Walengola tienen incluso una imaginación más viva que los demás. Pero es cierto que en medio día, sin cansarme, puedo recorrer el doble de distancia que un hombre de la mitad de mi edad necesitaría una jornada completa y agotadora de marcha para cubrir».

Cuando aquel día regresamos al pequeño y silencioso claro, los demás Effumu, ante un gesto de asentimiento de Ivele, se dirigieron a la cabaña para ir a buscar a su dueño y escoltarlo hasta el Gran Jefe, que estaba llegando en ese momento. Como un fantasma, surgió de la selva virgen, envuelto en nubes de plumas que lo cubrían desde el suelo hasta mucho más arriba de su cabeza.

En las manos sostenía una máscara nueva, que él mismo ató delante del rostro del hombre que iba a ser iniciado. Después le susurró durante largo rato al oído, mientras las otras figuras enmascaradas se colocaban en círculo a su alrededor, simbolizando el muro de misterio que rodeaba los últimos secretos de la secta, secretos que el Gran Jefe estaba revelando ahora al nuevo Effumu.

Los tam-tams de la cabaña, cuyo ritmo y volumen habían aumentado para impedir que oídos no autorizados pudieran captar las palabras, volvieron a su ritmo anterior en cuanto terminó la conferencia. Y mientras todos los Effumu se lanzaban a la «Danza de los Babuinos» –una representación dramática y muy acrobática de las aventuras del fundador de la secta–, el Gran Jefe se acercó a nosotros.

Con un gesto cortés, nos ofreció dos sillas talladas en ébano. Él también se sentó en una silla de ese tipo. Entonces habló, y una emoción que no podía controlar se apoderó de mí.

«Más de una vez», me dijo, «has demostrado ser amigo de los Walengola. Y más de una vez responderé a tus preguntas».

Tenía cien preguntas de ese tipo. Pero ahora que había obtenido su promesa, podía reservarlas para más adelante. Todas, excepto una.

«¿Qué ocurrió», pregunté, «con los dos Walengola que murieron ante mis ojos hace muchos años en una ciudad lejana de los hombres blancos?»

200

«No murieron», respondió con seriedad, «porque en aquel entonces fuiste prudente y no pronunciaste palabras que los habrían matado».

Explicó que habían comido un polvo elaborado con corteza de Fifero mezclada con los restos carbonizados de un musgo que crece sobre ella. Era la misma medicina ancestral que, en un pasado remoto, había salvado a muchos, muchísimos Walengola del cautiverio y la tortura. Pues les daba el aspecto de estar muertos. Pero solo durante un breve período. Al cabo de unas horas, volvían a la vida, bebían el brebaje de Fifero y recuperaban sus enormes fuerzas.

Al dejarlos allí como si estuvieran muertos, podían escapar fácilmente. «Porque el árbol de la vida y de la muerte», concluyó, «concede la vida con generosidad. Pero, con astucia, solo finge la muerte».

Catalepsia, pensé. Nada más complicado que un estado de muerte aparente perfectamente convincente y calculado con precisión. Pero…

«Ivele llevó Fifero a aquellos dos hombres», dijo el Gran Jefe, respondiendo a mi pregunta antes de que pudiera formularla. «Él solo. A través de los barrotes de hierro de las ventanas. Después se marchó con ellos. A través del barro. Regresó a su cabaña sin que nadie lo viera. Se escondieron hasta que volvió a oscurecer y entonces emprendieron el largo, larguísimo camino de regreso al Aruwini».

Ahora sabía cuándo había oído por primera vez la voz de Ivele: mientras interrogaban a los 34 Walengola. Los años transcurridos –y sobre todo su peluca– debían de haber cambiado su aspecto hasta hacerlo irreconocible. Pero ¿y Gorogoro y Bandakwe? Por muy fortalecedor que fuera el brebaje de Fifero, ¿habían sido realmente capaces de recorrer 8.000 kilómetros?

Una vez más, antes de que pudiera hablar, el Gran Jefe hizo un gesto. Como si hubieran estado esperando aquella señal, dos Effumu se acercaron a

nosotros. En el que iba delante reconocí inmediatamente los ojos: aquellos ojos de color marrón oscuro que había visto por primera vez en el hospital de Johannesburgo y que entonces había sentido que nunca olvidaría.

«¡Gorogoro!», exclamé.

Cuando el otro se quitó lentamente la máscara, también lo reconocí.

«¡Y Bandakwe!», exclamé.

«Lokuta ye, Mundele», respondió tranquilamente la tortuga.

Temblé al devolverle el saludo. ¿Y por qué no? Con mis propios ojos había sido testigo de la prueba definitiva de algo que no dudo en llamar un milagro: el milagro del árbol de la vida y de la muerte.

201

## 38. Ellen y Bapuka: su último aliento

Admirablemente valiente, como siempre había sido, Ellen había expresado en más de una ocasión dos deseos muy profundos. En primer lugar, no quería sobrevivirme, porque estaba convencida de que no podría seguir viviendo si yo ya no estaba. Y, además, deseaba que, cuando llegara su hora, no tuviera que sufrir durante mucho tiempo, para ahorrarme la agonía de verla padecer.

Que ambos deseos se cumplieran fue el único y diminuto consuelo que me quedó cuando, después de 31 años de felicidad indescriptible, me encontré completamente solo en aquel lugar, ahora desierto, que había sido «nuestra trinchera».

Al comienzo del 24 de septiembre de 1962, cinco minutos después de la medianoche, llegó a su fin el coma ininterrumpido de treinta y seis horas de Ellen. Cuando su último aliento se escapó de sus labios como un suave suspiro, me incliné para besar su serena frente y apenas oí el golpe sordo que se produjo en nuestro estudio contiguo.

Cuando después intenté recuperar el control de mi voz para llamar al médico, me froté los ojos y miré instintivamente hacia arriba para comprobar si alguna de las inestables estatuillas de Dahomey se había caído. No era así.

Pero Bapuka sí se había caído.

Ni siquiera ahora puedo explicarme cómo pudo suceder, puesto que sus pies habían estado tan firmemente sujetos al pesado bloque de madera.

Y, sin embargo, se había caído. Exactamente en aquel instante.

¿Cómo? ¿Por qué? ¿Era aquella su manera de hablar? ¿Su última palabra para mí?

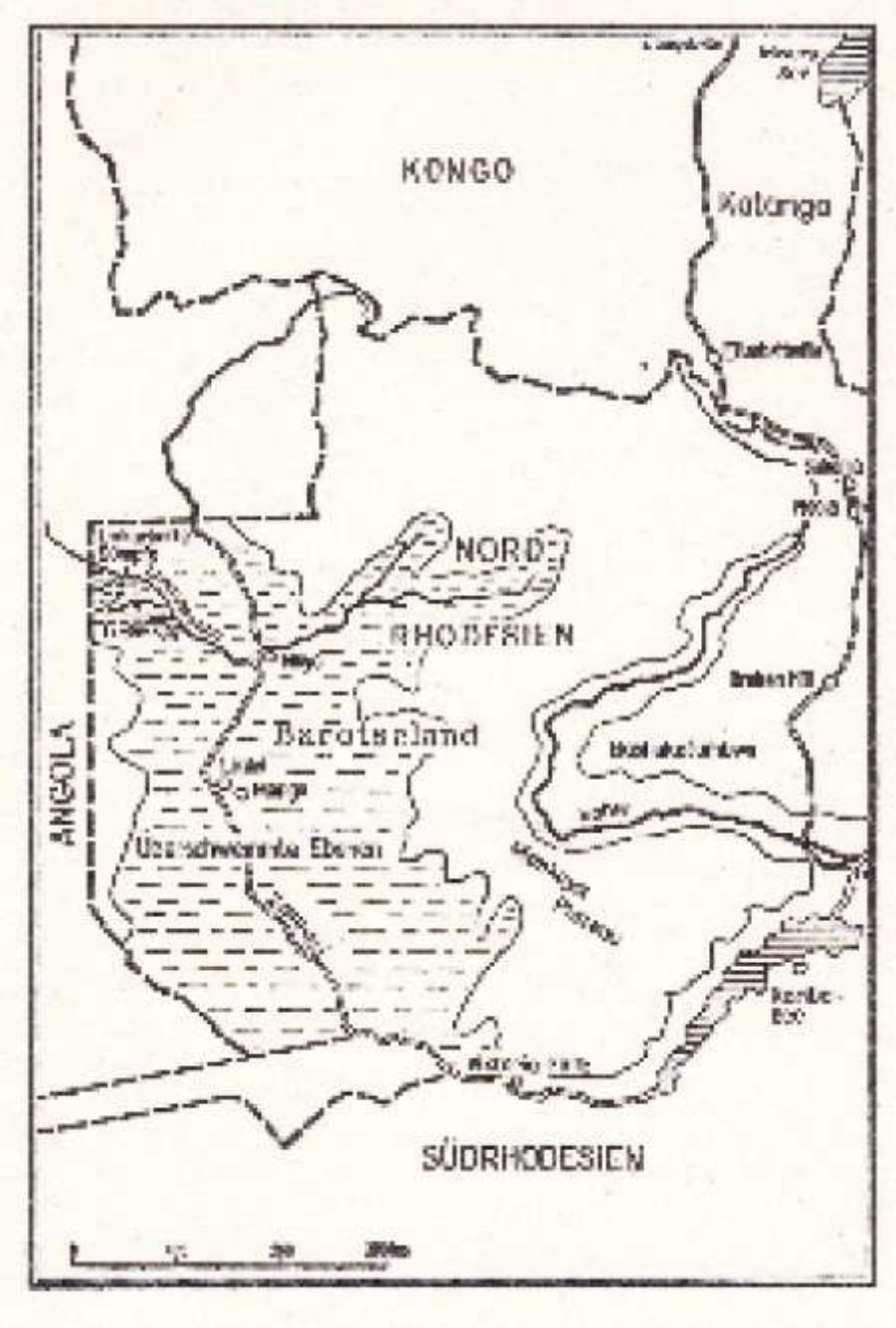
No lo sé. No lo sé.

La miro suplicante, esperando que me lo diga.

Por supuesto, no lo hace.

Pero tampoco puedo volver a ver sonreír su estrecha boca.

202




## Epílogo del webmaster

Gatti relata que, durante sus numerosos viajes por África, se vio envuelto en múltiples situaciones de peligro mortal, de las que logró escapar de forma extraordinaria en cada ocasión. Posteriormente, se mudó a Nueva York, donde conoció a Ellen en 1931. Se casaron y, a partir de entonces, ella lo acompañó en todos sus viajes por África.

[1]

Cuando más tarde se fueron a vivir juntos a Lugano, Suiza, a orillas del lago del mismo nombre, la figurita de madera de Bapuka —que adorna la portada de este texto— ocupó un lugar de honor en su sala de estar. Estaba ubicada en un nicho especial en el centro de una estantería que contenía todos los libros sobre sus viajes, así como sus traducciones. Para evitar que la figurita se cayera, Gatti le había colocado un pesado pedestal de madera maciza africana.

Pasaron los años. Según Gatti, su matrimonio fue particularmente feliz. Unos treinta años después, Ellen enfermó gravemente. En su vejez, había expresado dos deseos en más de una ocasión. Primero, no quería sobrevivir a Gatti, pues estaba convencida de que una vida sin él sería insoportablemente vacía. Segundo, esperaba que, cuando llegara su hora, su sufrimiento no durara mucho. De esta manera, quería evitarle el tormento de tener que verla deteriorarse lentamente sin poder hacer nada.

A principios de septiembre de 1962, cinco minutos después de la medianoche, Ellen dejó de entrar en coma tras treinta y seis horas de coma. Gatti escribe: «Cuando el último aliento, como un suave suspiro, se desprendió de sus labios, me incliné y le di un último beso en la frente».

Precisamente en ese momento, oyó un fuerte golpe provocado por la caída de un objeto. Al darse la vuelta, vio que la estatuilla de Bapuka se había caído y yacía hecha pedazos en el suelo. Gatti nunca ha encontrado una explicación

para esta curiosa «coincidencia». Concluye su libro preguntándose si esto podría haber sido un último mensaje de Bapuka para ambos.

Quien aún hoy posee una comprensión profunda de esta curiosa dimensión de la realidad jamás considerará este suceso una coincidencia. Personas con un don especial para la adivinación afirman que el espíritu pagano de la naturaleza, Bapuka, ha utilizado toda su fuerza vital para cumplir su función protectora, no solo hacia la tribu que la venera, sino también hacia Gatti y Ellen.

Recordemos que las religiones no trinitarias se caracterizan por una «armonía de opuestos» bastante traicionera. Son los propios seguidores de estas religiones quienes experimentan la poca fiabilidad de sus dioses. Estos seres bendicen a sus adoradores, pero también les infligen sufrimiento, según sus caprichos. Así, la mitología griega atribuye al dios supremo Zeus que, mientras impone leyes a los griegos, engaña a su esposa Hera con mujeres mortales y viola a Leda, la esposa del príncipe espartano.

Según videntes cualificados, los espíritus benévolos de la naturaleza, como Bapuka, se sitúan éticamente por encima de los seres traicioneros del mundo exterior. En su papel protector, Bapuka agota por completo su fuerza vital. Una vez privada de ella, cae presa de demonios cínicos y poderosos. Bíblicamente hablando, seres como Bapuka solo están a salvo bajo la protección de la Santísima Trinidad. Fuera de ese marco protector, agotan por completo su fuerza vital. Lo cual, en última instancia, también se manifiesta materialmente en la historia de Bapuka: su figurita de madera se desmorona en pedazos.

Recordemos que el cristianismo divide la realidad en tres dominios distintos: «naturaleza», «extranaturaleza» y «supernaturaleza». La «naturaleza» abarca principalmente la realidad material y perceptible sensorialmente. La extranaturaleza se relaciona con el mundo paranormal y sutil, poblado por una multitud de seres diversos portadores de energías sutiles. El testimonio de Gatti sobre Bapuka ofrece una ilustración concreta de esto. La supernaturaleza está reservada para los seres y energías sutiles conectados con el Dios bíblico.

Mientras que las religiones extrabíblicas utilizan energías de naturaleza sexual en sus prácticas mágicas y rituales de sanación, el cristianismo se basa en energías trinitarias. Es difícil culpar a las religiones paganas, que aún no han entrado en contacto con el cristianismo, por recurrir a las energías sutiles

a su disposición para afrontar los problemas de la vida. Según los expertos, estas religiones constituyen una fase legítima en la evolución religiosa.

Un cristianismo concebido dinámicamente se esforzará, por lo tanto, por aceptar estas religiones, purificarlas y elevarlas a un nivel trinitario. La labor misionera que pretende erradicar religiones paganas como la de Bapuka para luego proclamar el amor del Dios bíblico, comete, por lo tanto, un error imperdonable.

Esa es, al menos, la opinión de los pocos expertos familiarizados con esta sutil dimensión de la realidad.